



Ixus®

A mis padres y a mi eterno hermano pequeño Javi

ÍNDICE

- La señora de los paraguas 13
El chico del chandal azul 15
El trabajo de las estrellas 17
La casita de madera 19
Los insectos de hoja 21
El señor del bar de pintxos y el cocinero de sushi 23
La chica del bar de Shibuya 26
Los ojos de Kanazawa 29
El proyecto de los helados 32
Sueño inventado 36
La chica de Okinawa 38
Corazón de neón 42
Las noches secretas 45
Una especie de mueca 49
Kokoro 52
Bilbao 54
Calor humano 57
Mi día 60
Te pido perdón 62
Podría vivir sin reloj 65
Parecía que no iba a llover 66
Cuando valga la pena 69
Como si nada 71

Toki doki	72
Un lunes de karate	74
Un martes de té	77
El barrio donde vivo	80
Recuerdos	82
La chica que doblaba toallas	84
Melancolía	87
Esperando en Shinagawa	89
La señora de los paraguas, epílogo	91
Viernes, 18 de septiembre de 2009	93
La chica de Shimokitazawa	97
Brillando por tu presencia	100
Esta mañana, la de hoy	102
A la izquierda del cero	104
Conversaciones con un gaijin	106
Hasta luego, adiós... quizás para siempre	111
La chica de Enoshima	113
Javi	123
Ternura	126
La cita a ciegas	129
Confesión	132
Gentes	135
Fujisan ^	138
La chica que siempre sonríe	140
Natsu ☀ verano	144

Kawaii	146
Se abre el telón	148
Arriando	152
Akarenga	155
El gran terremoto de Tohoku	157
Nozomi, esperanza	163
Una semana después	164
de percepciones y apreciaciones	168
Regreso	171
Conversación de menú del día	173
Asfalto de por medio	176
La chica de la pena perpetua	181
Alcohol, sushi y besos por docenas	183
Dime... ¿Qué hago?	185
Agua, glucosa, proteínas, sodio y potasio	188
Cosa de dos	190
Otra vida más	193
Mi maratón de Tokio	195
Un año atrás	205
La conversación	210
Tomomi-chan	213
El señor de la tienda de zapatos	216
La proposición	220
El día de mi boda	223



Tokio, 18 de mayo de 2013

Es de caballeros presentarse antes de nada y como, de momento, esto de leer un libro es solo de ida, me vais a permitir que lo haga yo primero: me llamo Oskar Diaz aunque en mi partida de nacimiento pone Oscar con C, pero decidí cambiarla por el camino por alguna razón de la que no acabo de acordarme. Nací en un precioso pueblecito entre montañas llamado Zalla a unos veinte kilómetros de Bilbao, por lo tanto soy vasco de nacimiento aunque mis padres son de Extremadura. En realidad yo nunca me he considerado de ningún sitio aunque me sigan diciendo que hablo como el Arguiñano. Eso sí: mi pueblo me encanta y vuelvo siempre que puedo para darle todos los paseos que le debo.

Ah, claro, que a estas alturas todavía no sabéis lo de Japón... bueno, pues el caso es que llevo siete años y pico viviendo en Tokio. Si a eso le sumamos unos treinta fuera, las cuentas me dicen que he sufrido ya unos 37 inviernos. Efectivamente: hasta que yo no tuve cerca de quince años no existía internet, así de viejuno soy... tanto que a la tele de casa de ocho botones le sobraban la mitad porque no había canales suficientes. Yo me hacía chapas recortando fotos de Arconada, cascando cristales y rellenando los bordes con plastilina (cuando no me la comía), tenía una bolsa de ganchillo llena de canicas y mi espalda

sobrevivió de alguna manera al "churro va". Cuando salieron los móviles yo no me acercaba a nadie que tuviese uno porque me daban miedo las ondas que eso emitía.

En el año 2001, recién acabada la carrera de ingeniería informática en Deusto de milagro y por los pelos de una rana me presenté a un anuncio en el periódico en el que buscaban un "becario para Japón" y resulta que me acabaron cogiendo. Me pagaron un millón y medio de pesetas por pasar seis meses en Tokio sin saber ni papa de Japonés y como mucho un arito de cebolla de inglés. Ese fue mi primer sueldo y mi primer trabajo. ¿cómo te quedas?, pues tu no sé, pero yo viviendo la mejor experiencia de mi vida, tanto es así que cuando tocó volver a Bilbao pensé que no tardaría mucho en tratar de buscar la forma de regresar a ese país en el que tan bien me trataron.

La idea, las ilusiones se acabaron diluyendo entre vasos de realidad que la rutina se encargó de hacerme beber cada día entre atascos y oficinas.

Hasta que unos cinco años después me encontré de sopetón con que no quedaba nada de la vida que creía que tenía. Mi corazón era un escombro y resulta que me costaba tanto reír, que me codeaba tan a menudo con la tristeza que decidí que había que hacer algo por mejorar esa copia destenida y deprimente en la que se había convertido el que se reflejaba en mis espejos.

Antes de que el daño fuese permanente, hui. Literalmente: hui, corrí, me escapé de aquella situación que me agarrotaba el esternón quitándome las ganas de respirar y me vine al sitio más lejano en el que había estado jamás. En aquel avión camino de Tokio iba un tipo con dos maletas, un par de ojos empalagados de pena y los ventrículos desgarrados de tanto intentar olvidar mil millones de latidos en vano.

Un tipo que estaba cumpliendo el sueño de volver a Japón, pero era un sueño que se cumplía de rebote, ya sin color, sin ritmo... era un sueño desafinado.

Este libro empieza apenas unas semanas después de que aquel señor japonés bajito con gafas estampase un visado de turista en mi pasaporte en el aeropuerto de Narita. Como empezó con número rojos, con saldo negativo, no me quedó otra que

aprender a macerar las horas de nuevo junto a personas maravillosas que se cruzaron y decidieron quedarse en aquella, mi recién estrenada nueva vida.

¿Los detalles?, a partir de la siguiente página.

¿Tú como decías que te llamabas?.

Jueves, 8 de Noviembre de 2005

LA SEÑORA DE LOS PARAGUAS

傘のばあちやん

Ella siempre está allí en el cruce.

A su alrededor pasamos los demás. Algunos en coche, la mayoría en bici o andando, todos con prisa sin excepción. Ella sólo está allí, apoyada en el guardarrail por el lado de la acera, no parece tener ningún sitio al que ir ni nadie que mire el reloj por ella.

Yo también paso por su lado cuando voy camino de la estación y ella siempre me mira y sonríe divertida. Digo yo que le haré gracia, o tal vez es que le sonríe a todo el mundo demostrando que se le puede alegrar a uno la mañana con ese gesto tan humano como escaso.

Así a ojos de un occidental, le calculo unos setenta y poco años, por lo que seguramente tendrá más de ochenta. Vive allí, lo sé porque la he visto entrar en su casa alguna vez.

A su lado siempre hay cuatro o cinco paraguas colgados del guardarrail o apoyados en la pared, y uno pende siempre de su brazo. El tiempo es lo de menos: no importa que llueva, esté nublado o haga sol, la señora siempre está allí con sus paraguas.

Y siempre sonríe.

A veces barre la acera, aunque no esté sucia, con un ritmo lento pero constante, la espalda arqueada y los paraguas a mano. Y a veces cambia de sitio en el guardarrail para poder ver a la gente del otro sentido del cruce.

Hoy me ha parecido que por un instante ha pensado en hablarme, pero en el último momento se ha arrepentido, aunque, como para compensarme, me ha dedicado una sonrisa más amplia de lo habitual.

Creo que el próximo día le daré yo los buenos días.

Ignoro si vive sola, o qué hace el resto del tiempo que no está en aquella esquina. Creo que su



cabeza no funciona todo lo bien que debería, pero en su mundo de paraguas y aceras por barrer, de gentes que vienen y van, ella no duda en sonreir.

Parece feliz. Si algún día veo que le faltan paraguas, yo mismo los compraré y los colgaré de noche en el guardarrail.

Por verla sonreír.



青トラックスーツの男の子

Martes, 26 de Febrero de 2008

EL CHICO DEL CHANDAL AZUL

Mis primeras clases de karate en uno de los lugares más famosos de todo Japón: el cuartel general de la SKIF, la asociación de Hirokazu Kanazawa donde dan clases tanto él como sus hijos. Un sitio frecuentemente visitado por profesores de todo el mundo que vienen, a modo de peregrinaje, a pasar semanas de cursos de perfeccionamiento de lo que a mí me parece ya imposible de mejorar. Disciplina, respeto, honor... todo sigue vigente durante la hora y media que duran las clases.

En medio de tanta fama, de tanto prestigio, a mí me sobrecoge el alma un chico enfermo con problemas de movilidad al que no le interesa el karate y que va allí a modo de terapia. Seguramente vivirá en el vecindario y sus padres, que seguro que le obligan a ir, pensaron que le vendría bien que hiciese algún deporte y le mandan allí, al que probablemente sea el dojo de karate más conocido del mundo.

Después de unos meses yendo a karate, empezó a venir unas dos veces por semana un chico en chandal. Es una persona especial, distinta: hace ruidos con la boca, habla sólo y en su cara siempre hay una mueca que yo definiría como una sonrisa triste.

Las clases duran hora y media, pero él sólo está los primeros 45 minutos, justo hasta el descanso. Nunca le oirás un "oss", ni tampoco le verás saludar a nadie. Él sólo llega con su chandal azul, se desabrocha la chaqueta y hace lo que buenamente puede mientras sonríe y habla en voz baja sin parar, o susurra en alto, según se quiera escuchar.

Sin parar... Esto es precisamente lo que quieren conseguir con él, que se pueda parar quieto. De alguna manera, su cuerpo se está siempre moviendo, es una especie de tic nervioso que se concentra especialmente en su brazo derecho.

Todo el mundo le tiene un gran respeto, menos algunas veces que otros niños se ríen de él de esa inconsciente forma que sólo ellos saben. Aunque él los ignora, como nos ignora al resto mientras trata de que se pase lo antes posible el mal trago de estar allí para poder volver a lo suyo, que poco tiene que ver con patadas y puñetazos.

Así que nosotros tratamos de ser más rápidos, de hacer las cosas mejor, de levantar más la pierna, pero él sólo anda para adelante y para atrás. Sigue nuestros pasos, más por quitarse del medio que por tener ningún interés en aprender karate. Se nota a la legua que viene obligado, seguramente sus padres hayan hablado con los



profesores y hayan llegado a la acertada conclusión de que esto le viene bien.

Cuando el profesor anuncia el descanso, la mayoría entra en el vestuario a beber agua, o a secarse el sudor. Yo me quedo, porque me emociona ver lo que pasa: el profesor obliga

al chico a ponerse delante del espejo, y, con voz firme, le ordena hacer una serie de movimientos básicos. Él sonríe más, aunque no es porque esté pasando un buen rato, sino de nervios, y hace lo que puede por controlar su cuerpo.

Pero la parte más dura es cuando el profesor le ordena estarse quieto mirando al espejo. Él no puede, su brazo tiembla, sus ojos se van al reloj que está arriba en la pared, al suelo, a cualquier lugar. ¡¡Mírate a los ojos!! le gritan y te juro que lo intenta durante un rato, hasta que se le olvida y vuelve a hacer ruidos mientras se ríe y pestañeá muy seguido, y hace el ademán de irse de allí hasta que le llaman la atención de nuevo. "¡¡no te muevas!! ¡¡mantén la mirada en el espejo!!".

Sé que la firmeza y las maneras del sensei son fingidas y estoy seguro que le cuesta actuar así, pero de no hacerlo sería imposible mantener su atención para que aquello valga la pena que sin duda vale.

Hoy, después de muchos meses, me he dado cuenta de que ha conseguido estarse quieto como medio minuto. A nadie le ha parecido importar, pero yo lo he visto y el profesor también. Me habría encantado comentarlo con alguien, pero por alguna extraña razón, nadie habla nunca de él aunque, al fin y al cabo, es nuestro compañero.

En ese pacto entre sus padres y los profesores, están intentando que su cuerpo vaya un poco menos por libre.

Y me alegra en el alma de que lo esté consiguiendo.





星の仕事

Jueves, 3 de abril de 2008

EL TRABAJO DE LAS ESTRELLAS

Mi primer hanami con los compañeros de la empresa, la primera vez que me iba a juntar a beber cervezas bajo la excusa de admirar las flores de los cerezos. Poca gente sabe que hasta justo una semana antes había estado saliendo con una compañera de la oficina, y aprendí la famosa lección de primera mano: nunca en mi vida volveré a hacer algo semejante.

El mismo día del hanami yo decidí por la mañana que no iba a ir para evitar una situación incómoda porque no nos hablábamos, pero mi jefe me convenció de lo contrario dándome a entender que estaba obligado a cumplir como empleado.

Esa mañana tenía los sentimientos a punto de caramelos y decidí evadirme escribiendo una especie de cuento sobre las flores y las estrellas, algo que expresase de alguna manera lo que significaba para mí aquella noche y me permitiese olvidarme un poco del panorama de Eri.

Al final fui, y en efecto, se dieron situaciones que supimos sortear con cierta diplomacia y que sin dejar de ser incómodas, no empañaron del todo la experiencia. Pero yo me quedé con el cuento, el que me recuerda a Eri, la chica del eterno enfado con la que compartí cinco meses y que llegó a querer y odiar al mismo tiempo.

EL TRABAJO DE LAS ESTRELLAS

He oido que por las noches las estrellas bajan
a recoger las flores de los cerezos.
Y que las guardan en el cielo.

Me han dicho que al año siguiente,
cuando todos duermen y el invierno está acabando,
descienden de nuevo.

Y que meten las flores dentro de los corazones de los árboles
para que broten otra vez.

Dicen que a las estrellas les gusta ver a la gente feliz.
Aunque sean tres semanas al año.

Así que si una noche estás cerca de un cerezo y miras al cielo,
quizás veas una bajar, pero debes fingir que no la ves.

O se irá y habrás conseguido que el árbol
tenga una flor menos al año siguiente..



Sábado, 3 de mayo de 2008

LA CASITA DE MADERA

Me compré una bici y los fines de semana intentaba, sin éxito, encontrar el camino de la oficina. Lo cierto es que ese era mi objetivo: conseguir olvidarme completamente del tren, pero no había manera. Finalmente me di cuenta que estaba mucho más lejos de lo que yo pensaba, y, lo que son las cosas, me acabé acostumbrando a recorrer diez kilómetros todos los días antes de dedicarme al lio de programar durante todo el día.

De las ocho o nueve horas que estaba en la oficina procuraba no estar delante del ordenador más de dos seguidas, y aprovechando que en la calle hacia buena temperatura, me daba por salir de vez en cuando a respirar aire fresco y olvidarme de todos los líos que me traían entre manos. Mira por donde que en esos descansos encontré algo que me hizo, de alguna manera, darme cuenta que la gran mayoría de los problemas que cargaba a los hombros en realidad no eran míos, o no eran importantes en absoluto...

Tengo dos maneras distintas de llegar a la oficina.

Si el tiempo es bueno y he dormido bien, cojo la bici y me preparo para pedalear durante algo más de 20 minutos subiendo y bajando cuestas por la autovía de tres carriles mientras esquivo los coches de la caravana que se suele formar por las mañanas. A veces, y sin que ellos lo sepan, compito con los motoristas, y a veces hasta gano a alguno.

Cuento con los semáforos como aliados.

En cambio, si el ánimo no me acompaña, o llueve, entonces no me queda más remedio que andar durante diez minutos hasta la estación, y pasar otros tantos dentro del tren. Es más triste, rutinario, demasiado normal aunque aprovecho para soñar que alguna chica se fija en el extranjero de pelo castaño que quizás resulta mono cuando se empeña en leer un libro en japonés entre parada y parada.



En ambos casos, siempre acabo torciendo la esquina que conduce a mi destino: es una calle estrecha de esas en que las que el doble sentido es sólo en teoría, porque la práctica manda que uno de los dos se pare si dos coches se cruzasen. A mi espalda, las vías de la línea Yamanote con sus largos trenes repletos de vidas distintas que, como los mismos vagones, vienen y van sin quizás poder pararse a pensar en el camino.

Mi oficina queda a la izquierda, pero justo donde la carretera se desvía a otra dirección, hay una casa de madera que sobrevive al paso de los años. Se podría decir lo mismo de su dueña, una señora de edad indeterminada más allá de los 80 que vive ajena a los rascacielos que crecen a su alrededor, protegida, quizás, por las vallas del pequeño jardín que delimita su propiedad del mundo exterior.

Pocas veces la he visto, casi nunca asoma, aunque no es extraño ver ropa tendida y escuchar enca a todo volumen. Me la puedo imaginar sentada en algo parecido a una cómoda, o quizás directamente en el suelo de tatami, tarareando la canción con una taza de té caldeando las palmas de sus manos. Unas manos repletas de arrugas que son surcos de vida labrados mes a mes, año a año, década a década.

Es su hogar, su refugio... su casa. Qué más da que fuera esté eso tan ridículamente grande que llaman Tokio, donde la Vida se mueve al triple de velocidad sin acordarse de tener tiempo, apenas, de dejarse vivir.

Así que cuando el ordenador de la oficina decide no hacerme caso, cuando las horas se ponen del revés, cuando se tuercen las ganas salgo a la calle y me quedo mirando a la casita de madera e inevitablemente mi vista se desvía a los rascacielos de enfrente aunque vuelve de nuevo al marrón de las paredes, al verde de los jardines, al increíble remanso de paz en medio del caos.

Y sonrió. Y creo entender que quizás la felicidad consiste en disfrutar de una canción con un té... que puede que la suma de todas las canciones con tés, de todos esos momentos, sea lo que en realidad hace que las cuentas cuadren, que acumular respiraciones siga siendo rentable. Que igual el secreto de este cuento de despertarse por las mañanas es saber darle valor a lo que nos importa, encontrar qué o quién es nuestra canción con té y entender, taza en mano, que lo demás en realidad no supone tanto como parece o nos quieren hacer parecer.

Sean rascacielos, oficinas, clientes, ordenadores o problemas que nos agarrotan los pulsos y nos roben la frescura.

葉っぱの虫

Martes, 1 de Julio de 2008

LOS INSECTOS DE HOJA

Desde hace algunas semanas, si hace buen tiempo me voy a un parque cercano a comer. A veces voy sólo y otras veces se anima alguien más de la oficina, aunque lo primero suele ser lo habitual.

Y sentado en un banco, palillos en mano, me dedico a observar lo que pasa en un parque cualquiera de Tokio entre la una y las dos del mediodía: veo madres que juegan con sus hijos en los columpios cercanos, algún que otro barrendero, empleados de empresas cercanas haciendo lo mismo que yo... pienso que no se diferenciará mucho de lo que se podría encontrar en cualquier parque de cualquier ciudad del mundo a la misma hora.

Pero de un tiempo a esta parte, y de forma ocasional, he encontrado en el banco en el que me suelo sentar unos insectos hechos de hojas. Es como si fuese origami, pero utilizando hojas de árboles en lugar de papel. Una día aparece uno, después puede pasar una semana y aparecer otro con distinta forma. Siempre en el mismo banco, y siempre insectos hechos de hojas.

Los dos primeros me hicieron gracia y no les di demasiada importancia, pero cuando apareció el tercero, empecé a coleccionarlos.

Hoy he salido a comer una hora antes, cerca de las doce, y he ido al parque andando muy rápido, corriendo en ocasiones, poseído por una emoción casi infantil como hacia tiempo que no sentía.



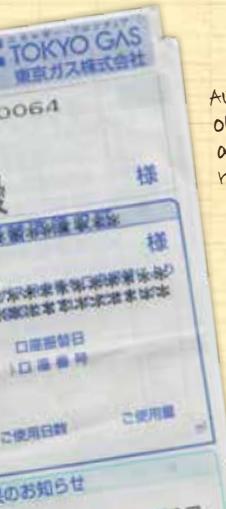
Y le he visto: un señor con traje y corbata, de unos 60 años estaba sentado en el mismo banco. Se pudiera decir que es su turno, como si yo fuese el relevo de después.

Yo me he sentado enfrente, a unos dos o tres metros. El hombre había acabado ya de comer; el recipiente vacío de comida estaba perfectamente recogido a su lado envuelto por una tela de color verde. Curiosamente del mismo verde que se deja asomar entre sus manos que no paran quietas: un dobrado aquí, un corte allá... entrelazando, dando forma, esculpiendo las hojas con gesto experto, con movimientos repetidos quizás durante años. En su cara se dibuja una expresión de ausencia, como si su mente estuviese a mil kilómetros de allí, sin embargo sus dedos parecen saber muy bien en qué están metidos.

Yo no había acabado ni siquiera la mitad de mi plato cuando me doy cuenta que es el segundo insecto que está haciendo hoy. Puedo ver el primero desde mi sitio y de repente una ráfaga de viento lo tira al suelo. El hombre lo recoge, casi sin levantar la vista del que tiene a medio hacer, y lo vuelve a poner en su sitio, y un par de minutos después, veo que examina con cuidado su segunda obra, lo mira, lo remira, le da unos últimos retoques y lo vuelve a mirar.

Con la misma cara de no pensar, coge ambos insectos y los coloca con cuidado en el reposabrazos del banco, recoge su bolsa y se va como si no hubiese estado nunca, lo mismo que sus cavilas. Por el camino se va ajustando la corbata pensando quizás en las reuniones de trabajo que le esperan. Pero antes de doblar la esquina se gira y mira a los insectos, para comprobar que todavía siguen allí.

Y creo verle mirarme y sonreír, como si supiera de sobra que soy yo el que las adopta.


Aún conservo dos de estos insectos que me siguen pareciendo auténticas obras de arte. Hace mucho que se volvieron amarillos y se endurecieron adquiriendo cierto aspecto acartonado que me hace pensar que se romperán muy fácilmente.

Cuando los miro me acuerdo de mis primeros días de oficina, de las historias de Yuko, una compañera que estaba embarazada y con la que coincidi y congerí los tres meses que trabajamos juntos, de los primeros días de Akira, de la mirada primeriza e infantil con la que iba descubriendo la vida en Tokio.

Los días que no fueron mejores, ni tampoco peores, pero que echo de menos a veces a rabiar por todas aquellas personas con las que los compartía y que rara vez veo en la actualidad.

EL SEÑOR DEL BAR DE PINTXOS Y EL COCINERO DE SUSHI

Era también agosto, aunque unos años atrás y en un lugar muy diferente, tanto que parece la vida de otra persona que apenas tiene en común el envoltorio con la que soy ahora.

Estaba esperando en un bar a que Beatriz acabase una entrevista de trabajo. No era la primera que hacia en el mismo sitio cerca de Bilbao, así que sabía que tendría tiempo para tomarme un café acompañado de algún que otro pintxo con el que sobrellevar la espera.

Periódico del día en mano, me senté en una mesa y me dediqué a lo mío durante una media hora, sorbiendo el café con calma entre página y página. Cuando acabé, dejé el periódico en su sitio y sin pensar llevé la taza ya vacía y el plato con los cubiertos desde la mesa hasta la barra del bar, di las gracias y cuando casi estaba ya cruzando la puerta, el dueño me llamó prácticamente a gritos:

— ¡Perdona!, espera no te vayas, ¿puedes venir un momento?

Me volví extrañado pensando en que quizás nos habíamos confundido con la cuenta y uno de los dos debía dinero al otro.

— Oye, no sé si te lo habrán dicho alguna vez, pero eres una gran persona.

Más sorprendido todavía le miré tratando de entender la broma pero su cara de amabilidad, de sinceridad, no parecía haber rastro alguno de ironía en aquellas palabras. Yo no sabía muy bien por donde iba a tirar aquél asunto y la verdad es que fue un momento bastante incómodo.

— No es sólo —continuó— que hayas tenido el gesto de recoger la mesa, sino que se nota que hay algo en ti que te hace especial, intenta que no te cambien.

— Vaya, gracias... me has dejado sin palabras... —probablemente la vez que más sentido tuvieron, precisamente, esas palabras en mi boca.

El asintió con la cabeza satisfecho y volvió a lo suyo como si nunca me hubiese soltado lo más desconcertante que un desconocido me había dicho hasta entonces. Y a mí sólo me quedó irme sin darle demasiada importancia. Supuse que era raro que alguien le

recogiese la mesa al marcharse o quizás es que ya no se dan las gracias tan a menudo como se debería... o igual es que se lo decía a cualquier forastero que entrase por la puerta para entretenérse junto a los parroquianos del lugar.

La anécdota se escabulló entre los recuerdos y por allí mismo se perdió.

Cuatro años más tarde, ya en Tokio, entré en un restaurante de sushi que hay en Shinjuku. Es de esos en los que la comida pasa en platos por una cinta transportadora y te sirves tú mismo pagando después según el color de los que hayas escogido. En este restaurante, además, puedes ver al cocinero que está en el centro preparando el sushi y puedes pedirle alguno de los que está en la carta si ves que no acaba de pasar por delante de ti.

A mi esa tarde me apetecía de natto, así que con una sonrisa nerviosa por no saber si estaba hablando bien en japonés, se lo hice saber. Él asintió riéndose abiertamente, supongo que por el canteo que aquél extranjero le ponía a su idioma. Es bastante probable, además, que me hubiese equivocado en alguna palabra y supongo que todo junto hacia que diese cierta sensación de inocencia entrañable. El caso es que no dejó de mirarme y en esa mirada se intuían las ganas de querer decirme algo pero no se acababa de atrever.

Finalmente miró a la chica que estaba a mi lado y señalándome con la cabeza hablaron sobre mí. Ella asintió y ambos se rieron.

Yo no entendí nada, solo acerté a seguir sonriendo a modo de actuación comodín de las mías cuando no se sabe muy bien qué otro gesto convendría poner sobre la mesa.

Cuando el cocinero entró a por más arroz, ella me habló en un inglés forzado, dulcificado por el brillo de sus ojos y el halo de vergüenza de la mueca de sus labios

— He told me he feels you are a nice person, he doesn't know why, but he told me that. I was so surprised that I just said I agreed!!

Yo me quedé sin palabras y relacioné inmediatamente ambos sucesos: me viene a la memoria el bar de Zamudio, los pintxos de tortilla, la cara de aquél hombre de detrás de la barra, su gesto solemne y amable a la vez, el café, el periódico, sus palabras...

Acabé la comida, pagué y me fui sin que se volviesen a intercambiar más mensajes que los que nuestras reverencias

transmitieron. Camino de casa, no fui capaz de dejar de pensar en lo sucedido, en la razón por la que dos personas que no había visto en mi vida sintieron la necesidad de decirme lo mismo con tan sólo conocerme durante unos minutos. Dos personas que nada tienen que ver entre sí, de nacionalidades, de razas y culturas distintas que compartieron espacio con dos versiones completamente diferentes de mí mismo.

Sabiendo, como nadie mejor que yo sabe, que no soy, ni de lejos, el ejemplo perfecto de una buena persona, no puedo más que pensar en que quizás hay gente que es capaz de intuir algo que los demás no vemos y que puede que todos estemos conectados de alguna manera de la que no somos conscientes.

O puede que solo fuese una caprichosa y excéntrica casualidad... si, seguramente sólo fue eso, dos señores con ganas de decir algo que simplemente coincidió que estaba yo.



387742001009

渋谷のバーの女子

Lunes, 11 de Agosto de 2008

LA CHICA DEL BAR DE SHIBUYA

El tiempo empezó a cambiar: del más frío de los inviernos que recuerde que haya vivido nunca, por fin empecé a necesitar el abrigo sólo a partir de esas horas en que al sol le entra la prisa por marcharse a otro cielo.

Era más un quiero en toda regla que un puedo, pero decidí salir a comprar ropa acorde con la nueva temperatura que se empezaba a intuir.

Aunque Shibuya está lleno de tiendas, después de todos estos meses ya tengo mis preferidas. Sé donde voy a encontrar lo que quiero y aunque me gusta perder el tiempo curioseando, ese día fui al grano. En lo que me quise dar cuenta, se hizo de noche y el paisaje de la zona cambió radicalmente sustituyendo rayos de sol por neones. Siempre tengo la sensación de que es como otra forma de hacerse de día.

Sali tarde, así que no me apetecía volver a casa tan pronto. Total, nadie me iba a echar en falta y no todos los días se está en un sitio como aquél. Así que me metí en un bar, un irlandés, me senté en una esquina, dejé las bolsas en el suelo y como no debía ser de otra manera, pedí una cerveza negra de esas de marcas de apellidos irlandeses que se sirven en veces.

A mi lado había una chica que estaba concentrada escribiendo en un cuaderno. Si bien el sitio no era el mejor, estaba claro que la luz no era ni mucho menos la adecuada, así que su cabeza estaba sumergida entre las hojas, quedando casi a la misma

altura que su mano derecha con la que no paraba de escribir, casi dibujar, en perfecto japonés. En aquel momento estoy seguro de que ni siquiera reparó en mí.

Saque mi teléfono, más por hacer algo que por tener ningún interés en él. Y empecé a navegar entre los emails y mensajes que empezaban a abarrotarlo. Pensé que definían



bastante fielmente mi vida desde que llegué a Tokio, allí estaban las amistades que había hecho, las llamadas que había recibido, mensajes que anticipaban encuentros con personas que unos meses antes no existían y que ya formaban parte de mis días.

Alguien me habló. Un chico japonés con traje y pelo largo, lo que le daba un aire de salary man venido a menos, como un niño jugando a ser mayor. No era la primera vez que estaba en un bar y alguien decidía entablar conversación conmigo en inglés. Fue un gesto amable que supe apreciar, así que estuvimos charlando un rato. ¿Qué haces aquí? ¿de dónde eres? ¿por qué zona vives?...

Me llamaron al móvil, y mientras atendía la llamada, vi que el chico empezó a hablar con la que seguía escribiendo a mi lado. Pude ver que esta vez la conversación era en japonés por las pausas solemnes y los asentimientos obligados casi al final de cada frase.

"Este tío está en su salsa", pensé mientras acababa de hablar con el móvil, y reafirmando su innata habilidad, hizo lo que me temía: nos presentó medio en inglés medio en japonés. Hay que reconocer que incluso mezclando idiomas era capaz de hablar con desparpajo.

Cuando le contó de dónde venía yo, la chica de repente se puso a hablar en perfecto castellano. Resulta que había estado estudiando en Salamanca y que fue una muy buena experiencia que siempre recordaba con cariño.

En algún momento de la conversación, el chico japonés desapareció para volver cinco minutos después con dos cervezas con las que

nos invitó antes de dejar el bar con un inmenso gesto de satisfacción.

Allí nos quedamos respirando la atmósfera en la que dejó su huella de socio canalla de la noche, aliado desconocido de acompañar lunas entre humos de



cigarros, lenguas desatadas por vasos con hielos y esperanzas demasiado esperadas on the rocks.

Tres horas después, todavía estábamos allí. A ella le gustó volver a hablar, por fin, en aquél idioma que aprendió y que a duras penas utilizaba, y a mí me gustó escucharlo. Compartimos vidas prestadas en el país del otro y la noche se acabó de poner caprichosa cuando abrió un candado más de su confianza leyéndome parte de la carta que le estaba escribiendo a su hermana con lágrimas asomando. Aunque no me acuerdo de cuales, sé que yo también le conté cosas que tenía en el corazón muriéndose por salir.

La hora del último tren llegó, y fuimos juntos de la mano a la estación donde nos despedimos para no volvemos a ver olvidando adrede compartir teléfonos. Quizás bajo el hechizo de la madrugada granuja que nos embrujó, quizás por no estropear la idea de que es posible todavía vivir fascinantes encuentros con almas desconocidas a las que abrirse de cuando en cuando sin pretensiones ocultas de hormonas, libidos y terceras o cuartas intenciones.

Ayer volviendo a casa, escuché a alguien de mi barrio hablando en castellano y me vino a la memoria aquella chica del bar de Shibuya con la que jugué a trocar mi molesta nostalgia por la chuchería de su sonrisa, sus valiente recuerdos por mi miedo a acordarme, su castellano de whiskys dobles por mi japonés de ginebras con lima... hace ya una resaca horrible, dos años y muchas horas más de siete meses.

Volví al bar la semana siguiente, y la siguiente, y un mes después, pero no apareció hasta tres años más tarde de casualidad pero ninguno de los dos estábamos solos esa vez. Me gustó volver a ver que seguía en Tokio, y aún sin decírnos nada, nos saludamos con la mirada más de tres instantes que parecieron horas.



金澤 金澤館長の日

Miércoles, 27 de agosto de 2008

LOS OJOS DE KANAZAWA

Un anciano amable, cordial, entrañable, pienso que sería fácil quererle con sólo un mínimo de trato aunque no se supiese nada de la increíble historia, todavía lejos de terminar, de su vida. Su sola presencia dice más de él que todo lo publicado junto.

Corresponde a nuestros saludos con esa sonrisa tan suya de gratitud humilde, como si el regalo lo recibiese él enseñando en vez de nosotros aprendiendo. Reverencias a sus paisanos, apretón de manos al resto a modo de respeto por las costumbres foráneas de los que fuimos a hacer allende los mares y acabamos en su casa rebotados por algún concepto a caballo entre azar, voluntad y sacrificio.

Cuando preside la clase, todo es solemnidad. Es inconcebible que alguien ría, bosteze, o siquiera mire para otro lado que no sea al centro del tatami donde aquel señor vestido de blanco descansa sentado sobre sus rodillas. Últimamente lleva traje y cinturón nuevos. Pienso en cuántos habrá usado a lo largo de toda su vida, cuántos viejos cinturones desgastados... lo que daría por tener uno de ellos.

Con voz firme nos ordena levantarnos, nos hace una reverencia y todos nos aseguramos de doblarla en grados y en segundos, creo que yo lo hice desde el primer día sin que nadie me lo tuviese que explicar, es fácil ser cortés si sale desde dentro.

Se sabe nuestros nombres, se asegura de sabérselos y si tiene que

agacharse para corregirte una postura, lo hará con gesto lento, te agarrará la pierna y te hará doblar más la rodilla explicándote la razón mientras está en cuclillas a tu lado mirando hacia arriba. Y la siguiente vez, si lo haces bien, te dirá que aprendes rápido, aunque no sea tan verdad como uno quiere creer.

Fuera del dojo, que es su otra casa, no es raro verle con traje pero de los de corbata ésta vez, como un jubilado que se resiste a serlo y sigue dando lo mejor de sí mismo sin importar que se cuenten por veintenas los veranos que hace que abrió los ojos por primera vez. Es relativo eso de la edad, sólo hay que verle.

Aún sin pretenderlo, es el centro de atención. Nunca faltan voluntarios que le lleven el equipaje o le llenen el vaso sin que haya tenido siquiera que pensar en pedirlo. Mucho todavía que aprender del concepto de sutilidad de este país.

En el campamento de verano de karate nos juntamos todos en una misma habitación, apartamos la mesa y nos sentamos en el tatami del suelo. La borrachera se cocinó a base de la emoción del momento y el alcohol de los mil tipos de sake que bebimos, no sabría decir qué tenía más grados.

Hubo conversaciones mezcladas aquí y allá, hasta que alguien mencionó mis combates de la competición de apenas un par de semanas antes y por alguna razón el resto quiso escucharlo enmudeciendo el resto de conversaciones. Él no los vió, pero se interesó por ellos y me dio la enhorabuena. Dijo, girándose hacia mí, que tenía mucho valor para él tener extranjeros en su escuela porque no sabemos japonés y aún así no nos importa pasarlo mal con tal de aprender. En una mezcla entre inglés y japonés, acabó diciendo que le honraba que yo estuviese allí e inclinó la cabeza a modo de reverencia. Yo lloré, como lloro a veces al recordarlo, como estoy llorando ahora al escribirlo. Y todos se rieron, y una chica dijo "kawaii". De repente, todos, unas quince personas, se callaron. Quizás no fue mucho tiempo, pero fue un silencio firme, imponente, que pareció durar horas.





Con la mirada empañada vi que todos miraban al suelo, y recuerdo que sólo se podía escuchar el sonido entrecortado de la respiración que yo trataba de recuperar mientras alguien que no recuerdo me daba palmadas en el hombro.

Entonces la velada siguió, y entre vaso y vaso de aquel sake, él nos regaló la historia de cuando entrenó

con Bruce Lee en China, o de cuando el Karate estaba prohibido en Rusia y tenía que enseñar a escondidas en sótanos de escuelas para que no le detuviera la policía. Uno de sus hijos asentía sonriendo con ese gesto de complicidad de haberlo oído tantas veces, los que entendían japonés le escuchaban fascinados y yo... yo me dejé hipnotizar por el sonido amable de su voz.

Si cierro los ojos un momento, soy capaz de vivir de nuevo esa velada como si estuviese pasando de verdad de tantos detalles que recuerdo. Y ya hace más de cuatro años.

Al día siguiente nos sentamos para comer después de la clase, y a mí me tocó estar casi a su lado. No paró de sonreír y hablar en toda la comida, pero yo no podía evitar mirar a sus ojos. Los ojos de un anciano de casi ochenta años que ha dedicado toda su vida al Karate, que hace ya más de tres decenas de años que tuvo el coraje de fundar su propia escuela empezando de cero con su versión de cómo deberían ser y no eran las cosas, y que todos los años viaja por el mundo para contar porqué hay que doblar más las rodillas a todo aquél que quiera saberlo.

Pero, sobretodo y por encima de todo, los ojos de una gran persona que siendo quién es, se empeña en no ser más que cualquiera.



アイスのプロジェクト



Viernes, 3 de Octubre de 2008

EL PROYECTO DE LOS HELADOS

Fue mi primer trabajo serio en Japón, tanto que a veces creo que es el más difícil que he hecho. Lo que no es mucho decir porque por aquel entonces no tenía demasiada experiencia.

El cliente era la sede japonesa de una empresa italiana que fabrica máquinas de helados que tienen mucho éxito en Japón. El problema era que tenían toda la información de clientes, incluyendo visitas por reparaciones o nuevas instalaciones, en diferentes hojas excel con miles de registros. Mi trabajo consistía en hacerme cargo de todas esas filas en japonés, tratar de eliminar duplicados, corregir errores y crear una base de datos más o menos coherente que permitiese gestionar tanta información de una manera sencilla a través de la web.

No quiero entrar en demasiados detalles, pero me costó muchísimo, de verdad que ha sido uno de los trabajos más difíciles de mi vida. Sin embargo, cada nueva reunión con el cliente era peor: cada vez pedían más y más, y ya hacía bastante que había empleado el tiempo estimado en el presupuesto. Mi jefe no estaba contento con el proyecto que me anulaba para cualquier otro nuevo trabajo, el cliente no parecía estar nada satisfecho con lo que le ofrecíamos y yo no levantaba cabeza a pesar de casi no meter ninguna hora de más. Esto último es algo que he tenido claro desde el primer día en que aterricé en Tokio.

En la oficina de la empresa italiana había algunos italianos, pero la mayoría eran empleados japoneses. Nosotros tratábamos siempre con dos: la secretaria del jefe y el jefe de los técnicos. La primera siempre tenía una sonrisa que ofrecer lo que sumado al gracejo con el que hablaba inglés hacia que uno también sonriese sin querer. El segundo, como si fuese el poli malo, siempre estaba serio y nunca hablaba de nada que no fuese trabajo. Ahora, desde meses de distancia, entiendo que la cantidad de trabajo que tendría que hacer a partir de entonces iba a depender directamente de cómo nosotros programásemos la aplicación, así que se jugaba mucho más que quedar bien con aquel japonés y aquél español que se empeñaban en hacerle

fírmara una hoja de requisitos en inglés.

Aún así, nunca era amable y a veces cruzaba la frontera entre los dos tipos de educación con alguna frase demasiado directa que ponía en duda nuestra profesionalidad, especialmente la mía. Ahora creo que era simplemente por la manera en que hablaba inglés... en japonés nunca sonaba tan mal.

Hace un mes quise ir yo sólo a presentarles la aplicación. Me puse mi traje, preparé un CD y estuve un buen rato configurando todo en el ordenador que me dejaron. Ella venía de vez en cuando y me traía agua. Él me vigilaba desde su sitio dándose momentos de esos en los que las miradas se cruzan pero ambos tratamos de aparentar que no.

Con la franqueza y la tranquilidad que me daba el saber que iba a dejar la empresa y que pasase lo que pasase no iba a ser responsabilidad mía, les expliqué una por una todas las pantallas de la aplicación cuya programación tan en serio me tomé. Respondí a cada una de sus preguntas con respuestas claras y convincentes y poco a poco pude ver que él cambiaba su actitud defensiva por una más amigable aún sin perder su seriedad.

Al acabar, les confesé que era mi último mes en la empresa, que si tenían cualquier problema con la aplicación,



que contactasen conmigo directamente lo antes posible ya que me iba a ser más fácil lidiar con ello que la nueva persona que me sustituyese. A ella pareció darle pena, tanto que casi me lo creí, mientras que él sólo se preocupaba por averiguar quién iba a ser responsable a partir de ahora.

Y aunque mi último día en esta empresa fue el lunes, hoy he ido a hacer la última instalación junto con la persona que me sustituye desde hace dos semanas. He creído necesario hacerlo tanto por el cliente como por mi sustituto, que lo iba a tener bastante difícil para hacerlo por su cuenta y porque, aunque es una larga historia que ya contaré algún día, yo sigo ligado a esta empresa.

Así que esta mañana tenía la sensación de estar jugando a informático más que serlo, quizás sabiendo que no pertenezco ya a esta comedia en la que me he visto envuelto el último año, y he ido entrajetado disfrutando de lo que iba a hacer, motivado, contento, haciéndome pasar por uno más de los salary mans que iban de aquí para allá por Tokio maletín en mano. O mejor dicho: siéndolo por última vez.

Hemos acabado la instalación y ella ha probado la aplicación en su ordenador. después de ver que todo funcionaba, ha venido él. Me ha preguntado si no nos vamos a volver a ver, y yo le he dicho que no. Entonces me ha dado la mano y me ha dicho "Thank you very much for your hard work all this months".

Tanto me ha sorprendido que me ha dejado sin palabras, sólo he sabido dar las gracias yo también. después, hemos ido los cuatro hasta la puerta. Ella, siempre con su sonrisa, me ha deseado buena suerte. Él, siempre serio, me ha hecho una reverencia que ha parecido durar horas, y casi me ha gritado "Arigato gozaimashita" y ha seguido haciendo reverencias hasta que la puerta se ha cerrado.

No sé si es significativo, si esta es la manera habitual de trabajar entre empresas japonesas porque he tenido otros clientes y nunca ha sido así, aunque es cierto que los proyectos nunca han sido tan importantes.

Me puso el listón alto, mucho, tanto que este proyecto ha sido una de las razones por las que he dejado la empresa. Recuerdo todas las reuniones, siempre tensas, el tono de los emails, las llamadas de teléfono con exigencias imposibles de cumplir la mayoría de las veces. Pero hace apenas tres horas que me ha dado cuenta de que él realmente ha sabido apreciar mi esfuerzo.

mi trabajo, mi actitud... como nadie nunca antes lo había hecho.

Y, de alguna manera, ha conseguido que me sienta totalmente satisfecho eliminando todo rastro de frustración de este, mi proyecto estrella, que a partir de ahora ya no será más mío.

Tengo claro que no podría aguantarlo una segunda vez.

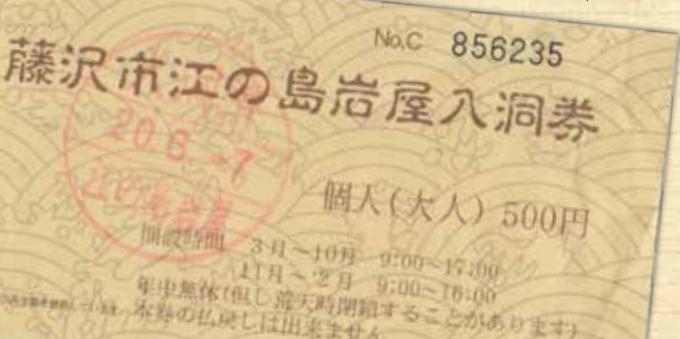


Este proyecto supuso sin duda alguna un antes y un después en mi carrera profesional. Nunca antes me había tocado enfrentarme a un trabajo tan tan imposible.

Programar aquello fue prácticamente lo de menos, el reto fue tener que procesar y ordenar semejante cantidad de datos en japonés bajo el inquisitivo control casi diario del más exigente de los clientes.

Me emplee a fondo, me esforcé al 200%, y al final obtuve algo que siempre me ha faltado en esta profesión: satisfacción personal. Se me agradeció mi trabajo en proporción al alto nivel que se me exigió. Y esto no suele pasar nunca: ni el trabajo es tan difícil, ni se acuerdan de uno cuando todo acaba.

Aemás me sirvió para trabajar mano a mano con Akira, el de ventas de mi empresa que me acompañaba en cada reunión y que también dio todo de sí mismo. Una gran persona, en todos los sentidos, y uno de los mejores amigos que tengo.





Miércoles, 2 de julio de 2008

SUEÑO INVENTADO

Estoy andando de noche por Odaiba y mirando hacia la ciudad a través del Rainbow Bridge, está el Guggenheim al lado de la Tokio Tower proporcionando un doble reflejo de un enorme barco rojo metálico en el agua del océano Pacífico.

No hay nadie, sólo una persona a lo lejos, en la otra esquina de la playa. Está quieta, muy quieta mirando al mar. Bisturí un chandal azul y aunque no puedo ver su cara, sé que está intentando con toda su alma que su cuerpo no se mueva sin su permiso.

No soy quién para interrumpir, así que paso por detrás de él sin hacer ruido, y escucho música proveniente de detrás de unos árboles. Me acerco, las distancias son largas pero en mi sueño se recorren en segundos. Y veo una casa de madera, y en una de las ventanas está una señora que me ofrece té. No habla, sólo prepara el té con muchísimo cuidado, como siguiendo los pasos de una ceremonia no escrita aprendida de sus padres y éstos a su vez de los suyos. Huele bien. Me gusta estar ahí.

Mientras lo bebo, y todavía hechizado por sus movimientos, siento una paz infinita que ya había experimentado antes.

Sin quererlo, me duermo.

Despierto en mi casa pero escucho sollozos en la calle. Estoy vestido, así que, de nuevo, taro muy poco en llegar hasta una anciana que está llorando. Es bajita, tiene la espalda un poco

encorvada y lleva un sombrero. En su mano hay un paraguas, pero está roto. Yo busco desesperadamente otro para dárselo, pero en mi sueño sólo existe uno que está partido por la mitad y ella no para de llorar.

Entonces me acuerdo de una persona, y salgo corriendo a buscarla al parque. Con él de la mano, me presento de nuevo ante la señora. Se miran, ella con lágrimas en los ojos parece más una niña. Él recoge hojas del suelo, y le dice que espere. Ella le mira muy atenta mientras se sorbe los mocos cuatro o cinco veces haciendo mucho ruido, aunque no resulta en absoluto desagradable.

Quiero abrazarla.

El señor le regala una figura que ha hecho con la hoja: un paraguas de color verde que enseguida se llena de millones de gotas que brillan. La sonrisa más sincera que he visto en mi vida aparece en la cara de la anciana que vuelve a parecer mayor.

Me mira como si no me hubiese visto hasta entonces, y se le ocurre darme los buenos días, y se ríe, y me da la espalda, y se va.

Enfoqué el blog de distintas maneras, desde un primer momento quise mostrar lo diferente de vivir en un país tan lejano, pero pronto me di cuenta que la inmensa mayoría de lo que contaba ya estaba contado. Casi sin quererlo, empecé a escribir historias que me iban sucediendo, trataba de contar pedazos de mi día a día que me eran especiales por algo o por alguien, y el escenario, el hecho de estar en Tokio pasó a ser secundario.

Aquella noche quise inventarme una que juntase un poco todas las que había escrito últimamente, y me salió el sueño que nunca soñé.

Miércoles, 15 de Septiembre de 2008

LA CHICA DE OKINAWA



Fue mi primera quedada con el resto de españoles que estaban viviendo por aquí. Algunos siguen, los de siempre, aunque la mayoría ya volvieron a sus vidas anteriores con mil anécdotas que contar y quizás quinientas de las que presumir.

Me doy cuenta que es algo por lo que yo ya he pasado y que volveré a vivir algún día quizás no demasiado lejano, aunque mis anécdotas ya se han convertido en rutina y la mayor parte de las historias que tengo que contar, ya están contadas. Era

impensable, entonces, adivinar que lo iba a hacer a través de la radio, o que algún japonés las iba a poder leer porque alguien creyó que eran lo suficientemente interesantes como para traducirlas y publicarlas. El alma se aísla, se refresca con momentos como esos.

En aquel bar, un quinto piso de uno de tantos edificios de Shibuya, había gente famosa. Puse cara a las personas que estaban detrás de todos esos blogs con los que soñaba, por un momento, que estaba de nuevo en Japón. Luego habrá quién diga que la vida no da vueltas.

Héctor, Kirai, lo organizaba y es cierto que me impulsó verle en persona. Flapy, Un Español en Japón, derrochó simpatía a todo aquel que se cruzó con él, y, sorpresa, se acordaba de mí: aquel chico con aires de empresario que casi le suplicó un enlace al ikusuki de los viajes en su blog. Hasta me dio un abrazo y todo.

Alejandro, Ale/Pepino, vino con su gameboy y el resto quedábamos un poco en segundo plano quizás eclipsados por los veteranos que sabían pedirle al camarero sin tener que señalar ninguna foto.

Muchas copas y risas después fuimos a un bar en el que se podía estar en la calle, lo que equivalía a sentirnos, más o menos, como en cualquiera de nuestras ciudades. Y ya para acabar, nos metimos en una de las discotecas más famosas de Shibuya. Creo recordar que Ale rodó por el suelo alguna que otra vez mientras bailaba, y viendo las fotos me doy cuenta de que las cervezas que bebíamos eran Heineken y que venían en lata.

Cambiamos varias veces de planta, y con ello, de ambiente. Y finalmente nos quedamos en una. Me hizo gracia ver que alguno había conseguido ligar, aunque yo me acabé apalancando en una silla pensando más en la hora del primer tren que en establecer relaciones internacionales.

Uno de los que lo hizo vino donde mi y me dijo que él tenía novia y que no quería tener que arrepentirse de nada, pero que la chica parecía insistir, así que se le ocurrió que yo podía ser su sustituto. Y me la presentó, y ella se puso a bailar delante de mí, y yo, con más pena que gloria, trataba de encontrarle significado a la situación. Así que mientras ella buscaba al otro chico que parecía haberse disipado, yo decidí que allí no pintaba nada y que mejor me iba a mi casa a dormir que uno tiene ya una edad para andar jugando a ser lo que no es.

En la entrada de la discoteca me advirtieron que si salía, no podría volver a entrar, decisión que no me tuve que pensar demasiado. Ya en la calle intenté contactar con algunos de dentro, pero los teléfonos no tenían cobertura, así que decidí irme sin más y ya dardíamos las explicaciones otro día.

Cuando iba camino de la estación me encontré a la chica de antes sentada en una acera, la cabeza sujetada entre sus manos y con pintas de estar más muerta que viva. Le compré un botellín de agua y se lo dejé al lado de los zapatos. Sin mediar palabra seguí mi camino hasta la estación. Allí, cerca de las cinco de la mañana, había mucha gente esperando para volver a sus casas, y yo me uní a ellos. Pensé que estaba viviendo algo muy diferente al Tokio que yo conocía de tiendas, excursiones y templos, y recuerdo que tenía una extraña sensación de satisfacción, como si ya pudiese tachar de la lista que una noche volví a casa en el primer tren, aunque el espectáculo que tenía delante no casaba demasiado.

Entonces ella vino, la chica de antes, con el botellín en la mano. Y señalándolo me dio las gracias. Se notaba que estaba esforzándose por parecer menos borracha de lo que estaba, que era mucho.

y poniéndose muy seria se sentó a mi lado y empezó una retahíla de frases en japonés que a veces sonaban a enfado, a veces a tristeza y alguna que otra vez a niña de 6 años. Parando, de vez en cuando, para dar pequeños sorbos de agua hasta que mi botellín quedó vacío. En ese rato

pareció serenarse, como si hubiese echado fuera todo el alcohol de su cuerpo a la par que sus palabras.

Se levantó, me cogió de la mano y tiró de mí hasta que consiguió que yo también me levantase. Y, siempre en japonés, me dijo que fuésemos hasta Ebisu andando, que no estaba muy lejos y que como estaba amaneciendo, que sería un paseo agradable. Era la siguiente estación y tampoco es que tuviese nada que hacer, así que para allá que nos fuimos.

No calló en todo el camino, me contó mil cosas de las que entendí veinte y contesté a siete con mi japonés artificial de libro que estaba recién estrenado. Y cuando no se le ocurría qué más contar, inclinaba la cabeza y me soltaba un "yasashii" que viene a ser algo así como decirme que qué majo era, supongo que porque yo no paraba de sonreir que era lo único que se me ocurría al no entender casi nada.

Al de una media hora andando, hablando y escuchando, llegamos a Ebisu. Nos intercambiábamos los teléfonos, y nos dijimos adiós mientras cada uno cogía su tren. Al día siguiente intenté llamarla para intentar preguntar qué tal estaba, pero no me cogió, ni tampoco lo hizo al de dos días, así que no lo intenté más.

Después de aquello, de vez en cuando, aparece una llamada perdida en mi teléfono que sé que es de ella. A veces tengo el teléfono delante cuando ocurre: no deja sonar más que un tono y cuelga. Es como si aquella noche ya me hubiese contado todo lo que me tendría que contar y no hubiese más que añadir, pero que se sigue acordando de vez en cuando y quizás quiere que yo lo haga a la par.



La última creo que fue hace tres meses, antes de verano.

Lo que ella no sabe es que ahora, después de un año, hubiese entendido un poco más de todo lo que me contó y no me hubiese quedado sólo con que era de Okinawa y que, creo, vino a Tokio de vacaciones.

¿Quién sabe qué habría pasado entonces?

Mucho de lo que he leído y todavía leo sobre otros que cuentan su vida aquí en Tokio, se centra en tecnología, mangas, animes... la vida en Japón siempre me la han pintado con esos tintes, es como si no hubiese nada más allá de la artificial imagen de lo que se supone que debe ser esto.

Lo cierto es que la vida, sea en Tokio o en Bilbao, es impredecible y uno nunca sabe con quien va a acabar compartiendo tiempo y espacio en las horas que quedan entremedias de la cama. Quizás es que a nadie le da por desvelar esos ratos a medias en los que uno se da cuenta que poco importa de donde se venga o a donde se va.

Por razones que creo obvias, la mayoría de estos improvisados momentos tan humanos como entrañables han sido siempre con chicas de las que apenas empecé a enamorarme cuando ya no estaban.

Y sin embargo ahí siguen.

Lunes, 27 de Octubre de 2008

CORAZÓN DE NEÓN

La ciudad donde vivo es ir en el mismo tren día a día a la misma hora y sin embargo ver a miles de personas desconocidas cada vez. Es tener siempre prisa, acostumbrarse a esquivar gente y a hacer colas, es un mundo de luces y sonidos artificiales que sustituye al real cuando cae la noche y los gatos no se vuelven pardos porque se siguen viendo.

A veces es una chica a la que se le antojas por un rato porque eres diferente aunque sea fácil que a uno se le olvide pero otras sea tan obvio. También es sentirse sólo entre millones de personas, que es como estarlo dos veces... es la soledad al cuadrado, aunque casi siempre es una cara amable, una sonrisa de alguien que se interesa por saber por qué ahora tu vives en su ciudad y te alaba por intentar hablar su idioma.

La ciudad donde vivo es poder comprar cualquier cosa a cualquier hora mientras algunos leen sin pagar. Y que te calienten la comida y te den unos palillos y una servilleta húmeda, y te cuenten las vueltas dos veces, y que se te estanke la canción del local en la cabeza.

Es un paseo que se acaba cuando uno se cansa, porque el camino, muchas veces marcado de amarillo, nunca tiene fin y es casi impensable encontrar una cara conocida.





Es recorrer calles sin estructura aparente, sin ordenar, donde doblar la esquina dos veces no suele significar volver hacia atrás.

A veces el sol sólo se ve reflejado en cristales de rascacielos de alturas imposibles donde siempre hay alguna luz encendida en pisos casi inalcanzables para la vista, dando a entender que alguien sigue trabajando sin importar la hora o que haya un mundo allá abajo.



Otras veces es una anciana barriendo la puerta de su casa de madera mientras su marido riega las flores con una toalla anudada en la cabeza. Es una boda donde los familiares visten de negro mientras

los novios llevan trajes preciosos en templos que evocan tiempos pasados. Es un grupo de niños jugando al béisbol en la calle y hombres de oficina en traje yendo en bici con el maletín en la cesta cruzándose con madres cuyo equipaje, esta vez, son sus hijos a los que llevan al colegio.

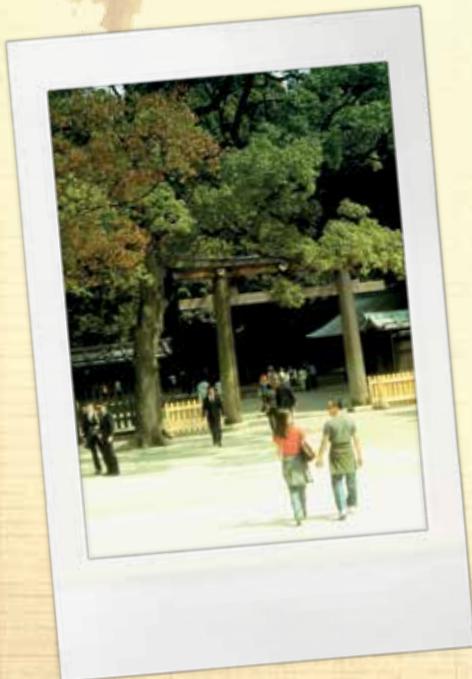
La ciudad donde vivo tiene un mar sin playas que inviten a pasar, pero con puentes de película que lo sobrevuelan y túneles que lo esquivan por debajo. Es un mar lleno de pensamientos, de recuerdos, de deseos, de miradas porque siempre hay alguien absorto en él. Muchas veces yo.

Es escuchar graznidos desagradables de cuervos, zumbar de cigarras, ladridos de perros... interrumpidos por el estruendo de los locales de alterne, de los hombres anuncio, del sonido de las estaciones, de carcajadas sincronizadas, de melodías de teléfonos móviles.

Es que el suelo tiembla y que parezca no importar, que salga un día increíblemente despejado que hace olvidar que el día anterior hubo un tifón. Que los árboles se vistan de rosa, verde y rojo, y después irónicamente se desnuden en invierno. En un ciclo sin fin.

En la ciudad donde vivo a veces alguien decide no seguir viviendo y salta a las vías del tren.

Por la ciudad donde vivo perdí mi corazón y no soy capaz de encontrarlo del todo.



La tarde anterior di un largo paseo por Tokio. Recorri calles sin rumbo aparente olvidando a propósito la cámara de fotos. Con las manos en los bolsillos caminé y caminé observando las gentes, los edificios, los semáforos, las tiendas, las calles. A veces tenía que disminuir el paso para deleitarme con más calma con lo que estaba delante de mí: esos ojos que me devolvían la mirada, el olor delicioso de algún restaurante de barrio, las risas de niños jugando...

Se me hizo de noche y apenas llegué a coger el último tren que me devolvió a mi casa, creo que caminé alrededor de cinco horas en total.

Inspirado por la canción de Sabina, "Corazón de neón", me senté delante del ordenador y empecé a plasmar todo lo que esta ciudad me llevaba sugiriendo desde hacia muchos meses más de un año.

Acabé el relato entre lágrimas, y es que a pesar de estar más solo que nunca, me sentí feliz de estar aquí.

Murakami sensei, el profesor de los lunes, es uno de los más exigentes, tanto que uno teme que le toque como jurado en los exámenes. Pero también es el que más sacará de ti si tienes el coraje suficiente de seguir yendo a sus clases. Te hará repetir patadas hasta que salgan perfectas, no importa si el resto de la clase te está esperando y tus pulmones parezcan rendirse. Contará hasta treinta y te hará dar la vuelta cuando ya no quede más espacio y entonces vendrán otras treinta patadas más. El kiai, el grito con el que marcas las decenas te saldrá solo. No es concebible rendirse. Al fin y al cabo uno va allí para eso, ¿para qué, si no?

Murakami sensei me trató como uno más desde el primer día, me ponía en evidencia y al rato me sacaba como ejemplo, hacia bromas sobre mí y después explicaba las técnicas conmigo. Me desafiaba y me premiaba.

Hacer de anfitrión a su lado para personas de todo el mundo que venían a visitarnos fue para mí el mayor de los honores.

OSS, sensei.

シーケレットナイト

Martes, 11 de Noviembre de 2008

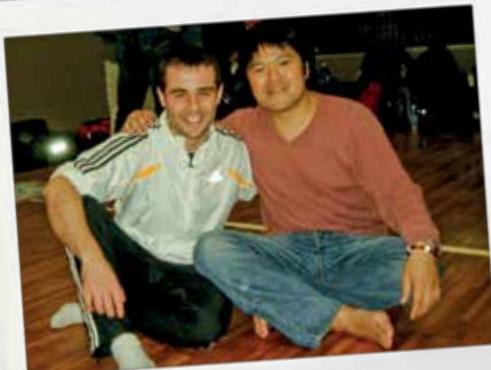
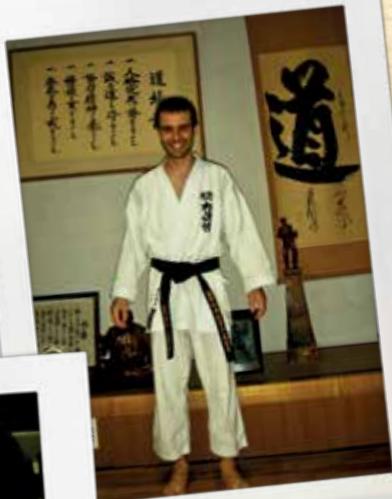
LAS NOCHES SECRETAS

Hace poco que se ha celebrado el 30 aniversario de la asociación SKIF, la fundada por Hirokazu Kanazawa, así que gente de todo el mundo ha venido a entrenar con nosotros durante dos semanas. Aprovechando el evento, mis profesores han organizado cursos, exámenes y actividades para los invitados, se ha intentado por todos los medios que su estancia en Tokio haya sido lo más placentera posible.

El anfitrión por excelencia ha sido Murakami sensei, experto en la materia por estar siempre viajando por el mundo a los gimnasios cuyos propietarios eran los invitados esta vez.

Una tarde había quedado con mi amigo Fran después de karate y resulta que ese día habían llegado los de Chile y se vinieron con nosotros. Fue una cena curiosa, tranquila, amena en un izakaya cercano donde nos dimos cuenta que a pesar de venir de países totalmente distintos, el idioma establece vínculos más fuertes cuanto más lejos de casa esté uno.

Nepal, Francia, Italia, Grecia, Suecia, México... más de diez nacionalidades contamos un día, pero lo que es más importante:



personas que al final resulta que no somos tan distintas entre nosotros a las que nos unía una misma afición, un mismo estilo de vida, una misma forma de mirar.

A todos les sorprendía que yo no estuviese tan de paso como ellos, y a oídos de alguien que no sabe, mi japonés les llamaba la atención con lo que no me fue difícil establecer cierto grado de amistad con muchos de ellos. Así que Murakami sensei siempre se acordaba de invitarme a todas y cada una de las veces que se los llevaba a cenar después de los entrenamientos.

El resultado era que yo llegaba a casa entre semana en el último tren con más cervezas de las que habría pedido y con una mezcla de idiomas en mi cabeza que, lejos de resultar confuso, me hacía sentir que era parte de algo mucho más grande. "Hijos de la tierra", dijo una vez Kanazawa Kancho como colofón a una clase maravillosa en un inglés que se quedó grabado en mi mente. "Sons of Earth", qué bonito cuando uno se da cuenta realmente de lo que significa.

En esas noches se compartían mil anécdotas, la mayoría de las cuales venían de los viajes de Murakami sensei a cada uno de los gimnasios de los que estaban allí, que resultaron ser expertos en sus respectivos

países. Y cada noche, aún siendo parecida, era distinta porque venía alguien nuevo, o faltaba algún grupo que ya había regresado. Lo que nunca faltaban eran la invitación de Murakami sensei después de las clases y el dolor de cabeza combinado con agujetas del día siguiente en el trabajo.

Los últimos que quedaron fueron los belgas y los suecos, y el miércoles pasado se repitió el ritual. Hay veces en que uno conoce a alguien con el que siente que se va a llevar bien, porque se tienen pensamientos comunes o quizás no, pero es fácil darse cuenta cuando ocurre porque uno conecta. Eso pasó con los chilenos que ya no estaban, y también con la mayoría de los que estábamos allí esa noche. Así que después de la cena decidimos darle la espalda a la estación donde iba a llegar el último tren, y nos fuimos a un bar de unos amigos de Murakami sensei, sin importar que al día siguiente habría un ordenador esperando en la oficina, o importando, pero procurando no pensar lo.

Y bebimos y cantamos, y pretendímos hablar en más idiomas de los que sabíamos, compartiendo risas, sentimientos e incluso alguna lágrima. En mi memoria quedará siempre aquella chica japonesa que me agarraba de la cintura mientras yo cantaba una canción con su marido, estará la chica que nació en Israel, que resultó estar en el equipo nacional de Suecia y que daba besos por sorpresa, de tres en tres porque "en España no sabemos saludar", y no le faltaba razón a juzgar por las caras de felicidad de los que los recibíamos.

Me acordaré de que mi borrachera y yo le dijimos a Murakami que era nuestro profesor preferido por lo menos siete veces, y que él me decía que en karate tendría el cinturón negro pero que en



karaoke no llegaba ni al naranja otras tantas.

Y mucho más que jamás se me pasaría por la cabeza ni siquiera mencionar. Hasta que se hizo de día.

Ayer en la clase, Murakami sensei acortó las distancias, aparcó la solemnidad y dejó de ser mi profesor durante veinte segundos:

- ¿Fue todo bien, Oskar?
- Si, llegué muy rápido (en referencia al taxi en el que me montó)
- Me alegro, nos lo pasamos bien, ¿eh?

No hace falta nada más. Porque no importa de donde vengamos o que idioma hablamos porque todos sabemos que esas noches son secretas. Y lo que digamos o hagamos se queda ahí entre nosotros estableciendo vínculos cada vez más sinceros que nunca se mezclarán con los días, que son de todos.

Y así tiene que ser.

中華便
一一一
美食



Lunes, 8 de diciembre de 2008

UNA ESPECIE DE MUECA

Al principio de mi calle había un mendigo, un señor cuya edad seguro que era mucho menor de la que aparentaba. En la cabeza siempre llevaba un gorro de lana de esos con una bola en la punta, y guantes medio rotos protegiendo a duras penas unas manos que la mayoría de las veces sostenían una botellita de sake de las baratas del combini.

Su casa estaba formada por la magistral disposición de unas cajas de cartón junto a una marquesina de madera. Su armario, que hacía las veces de nevera y estantería, era la cesta de la roñosa bicicleta que estaba aparcada siempre a su lado. Costaba creer que esa bicicleta se moviese, aunque costaba más imaginar a su dueño montado en ella.

Una noche yo volvía a mi casa, que por aquel entonces quedaba muy cerca de donde él había elegido tener la suya, y al pasar por delante me tropecé con un adoquín que sobresalía armando bastante ruido al intentar no caerme. De entre los cartones asomó una bola de lana seguida de una voz que gritó algo perfectamente entendible sin importar demasiado el idioma.

Asustado también, grité un "sumimasen" y seguramente hice una reverencia y puse bastante cara de miedo porque su respuesta fue sonreír y hacerme un gesto con la mano dándome a entender que estaba perdonado, que el susto había sido mutuo y que quedábamos en paz.

Un segundo después
había desaparecido
entre los cartones.

Yo seguí mi camino con cierto temor,
mirando hacia atrás de vez en cuando
asegurándome de que no me seguía
y recuerdo que apretaba los puños dentro de la chaqueta como



para intentar acumular valor en el caso en que algo malo tuviera que pasar. Pero no pasó, y al día siguiente por la mañana, como todas las mañanas, no quedaba ningún indicio de que alguien hubiera dormido en la marquesina. Ni cartones, ni botellas de sake vacías, ni siquiera mal olor. Nada.

A partir de ese día nos hemos cruzado unas cuantas veces, o más bien se puede decir que yo he pasado por delante de su casa, de su habitación, estando él allí. Si ya era de noche, le encontraba durmiendo metido en su saco de dormir azul que a duras penas entraba en el banco de la marquesina. Y sabiendo que al día siguiente tendría trabajo que hacer bien temprano recogiendo su casa para irse a lugares que sólo él sabría, yo ponía especial atención en no volver a tropezar en el adoquín.

Si el azar quería que volviese de día, entonces él estaría sentado en su marquesina bebiendo sake y apurando algo parecido a un cigarrillo. La primera vez creyó reconocerme y me miró a la cara desde lejos. Cuando yo incliné la cabeza a modo de saludo- confirmación, él esbozó una especie de mueca a modo de sonrisa a la que acompañó una leve inclinación de cabeza.

Y desde entonces, siempre que nos cruzábamos, él me sonreía y yo inconscientemente aminoraba el paso para disfrutar de esa sonrisa que me parecía tan amigable, tan sincera a pesar de estar compuesta por cuatro dientes horribles colocados a destiempo.

Yo volvía de mi mundo de oficinas, ordenadores y estrés, y me cruzaba con su mundo, el de cajas de cartón, días al aire libre y botellas de sake de las baratas pagadas con dinero que no quiero ni pensar de donde habría salido.

Y me sonreía, o trataba de hacerlo al menos.



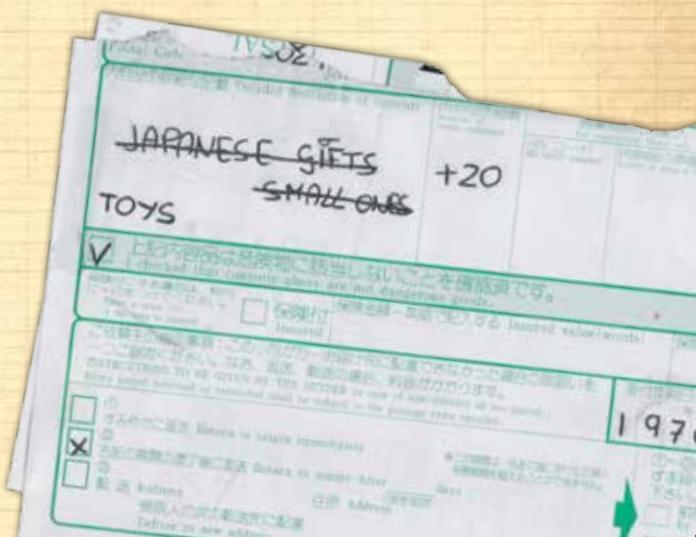
después el invierno se recrudeció, el viento helaba el rostro y el ánimo, e incluso nevó. Y por mucho que yo volviese pronto a casa, no volví a ver cartones en aquella marquesina, ni la bici cargada de trastos escogidos sin sentido aparente, ni aquél trozo de saco de dormir azul que sobresalía del banco porque no le cabían las piernas.

Me lo imagino recogiendo y plegando las paredes de su casa que construyó la noche anterior en algún lugar más cálido que mi barrio. Seguramente con dolor de cabeza y el reto de buscar qué comer ese día mientras se mueve por Tokio con la bicicleta en las manos. Y me gusta pensar que todavía quiere tratar de sonreírle a la gente, aunque sea enseñando algún diente menos.

Todo por no aceptar que quizás no vuelva jamás.

La rutina hace amigos de vista. Vivir y pasar todos los días por las mismas calles y trenes supone que con el paso del tiempo se repitan personas que acaban siendo referentes de la época que nos toca compartir: la señora de los paraguas del final de la calle, el carpintero que construye tatamis, la dependienta del supermercado... Verlos aún sin hablar, nos hace sentir parte de un mismo lugar, de una misma vida en la que cada uno tiene la suya.

Nunca imaginé que sentiría tanto dejar de ver, después de muchos meses, al mendigo que dormía apestando a alcohol a escasos metros de mi casa.





Miércoles, 17 de diciembre de 2008

KOKORO

16

Hace casi dos años sentía pena, añoranza de las horas pasadas apenas unos momentos antes, miedo a lo desconocido. Lágrimas imposibles de contener, escondidas, disimuladas dirigiendo la mirada a la ventana del avión para que sólo el cielo las viese. Pensamientos que no se pueden detener, de lo vivido, de lo que dejó atrás, de lo que vendrá. Intento pararlos leyendo el libro que descansa en mi regazo, pero no consigo concentrarme en aquellas letras y vuelvo a llorarle al cielo una y otra vez.

Me confundo con miles de personas que buscan, como yo, donde tienen que estar para cambiar de avión. Si, Tokyo está un poco más cerca, pero también Bilbao y Zalla cada vez más lejos. Cuando por fin llego donde debo, me siento en el suelo y ésta vez consigo avanzar con el libro que todavía está húmedo por la última lágrima derramada. Trato de leer esa página rápido, salto párrafos intentando dejarla atrás y, con ella, mi vida anterior. Como si al no

verla, al no pensar en ella, todo se hiciese más fácil.

Vuelvo a estar sentado dentro del avión, ésta vez será infinitamente más largo, como seis veces más, así que tengo mucho más tiempo para sentir mis pensamientos, pensar mis sentimientos...

Y por más vueltas que le doy, no consigo saber si es la decisión correcta, no hay nadie a mi lado con quien hablarlo y lo peor es que tampoco habrá nadie allá donde voy.

Estoy sólo, yo y el cielo.

El libro consigue atraparme con su historia y junto con dormir y despertar incontables veces, consigo llegar a Tokyo acallando a ratos a mi corazón. Mañana, casi dos años y miles de experiencias después, me reencontraré conmigo mismo.

Pasearé por calles que me han visto jugar, reír, llorar, crecer... lugares que saben cosas de mí que yo habré olvidado. Quizás mis pasos me lleven a aquél portal donde besé por primera vez, o al jardín de la iglesia desde el que me caí y quedé inconsciente, momento que el espejo siempre me recuerda. Volveré a entrar al bar donde me sorprendí peleándome por defender a un amigo... bares donde tenía tantos amores inconfesables disfrazados de amistad.

Volveré a ver a todas esas personas que antes estaban y ahora volverán a estar al menos durante dos semanas. Y bajo la luna, que es más mía vista desde allí, daré todos los abrazos y besos que les he ido guardando durante 667 días.

Sali de Bilbao y después de Zalla vacío por dentro. La idea era dejar de tener ideas, tratar de desenmarañarme y que todo volviese a tener al menos una pizca del sentido perdido. Los primeros meses fueron tan duros... pero tan duros... no fui capaz de acostumbrarme a la soledad del que está solo de verdad, del que no tiene siquiera una cara conocida cerca porque todas están por conocer.

Tardé dos años en poder volver. Dos años en los que empecé desde menos diez y supe recomponerme y salir adelante con un nuevo trabajo, nuevas amistades, nuevos amores, nuevos valores con los que medir las horas, nuevas formas de mirar.

Las dos o tres semanas antes del viaje no podía dejar de pensar en todo lo sucedido. En todo lo que había cambiado mi vida en 24 meses, en como encontraría a los míos, en mi nueva sobrina.

Si hubo un momento emocionante, un momento que me sacudió el alma como nunca pensé que pasaría, fue cuando al aterrizar en el aeropuerto de Loiu vi a mi madre. Se me hicieron mucho más largos los diez o quince minutos esperando las maletas, que los dos años que llevaba lejos de los míos. No supe hasta ese momento que les había echado tanto de menos.

Es la ciudad que queda a unos 20 kilómetros de mi pueblo y que no pisé sin la compañía de mis padres hasta que tuve cerca de 15 años.

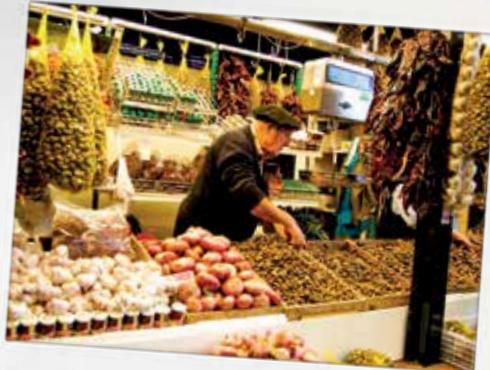
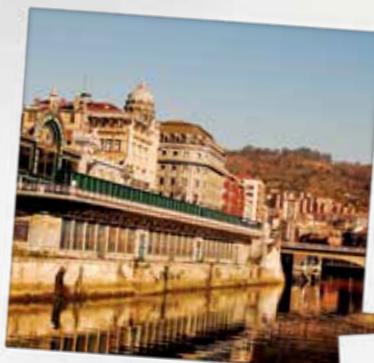
Recuerdo ese día, en el que la mayor parte de mis amigos iban al cine, pero a mí no me dejaban. Yo estaba allí con la chaqueta puesta discutiendo con mi madre en la cocina de mi casa mientras desde la ventana veía a todos mis amigos esperando al tren en la estación. No tenía permiso, y mucho menos dinero, pero aún así yo no daba mi brazo a torcer y suplicaba que me dejara hacer lo que todos.

Como madre sólo hay una, y como la mía ninguna, me vi sacando "ida y vuelta a Bilbao" con todos mis amigos apenas unos momentos antes de que llegase el tren. Y aunque no recuerdo qué película vimos, si sé que el dinero me llegó para comprar palomitas y que llegué a casa pensando que ya era mucho más mayor que la edad que tenía y por lo menos el doble de la que aparentaba.

Otras veces iba con mis abuelos a ver a mi primo a Basauri, y si esto pasaba, normalmente dormía en su casa para poder estar en la estación con tiempo. Bueno, por eso y porque en casa de los padres de mi padre siempre se estaba bien a pesar del volumen de la televisión que se escuchaba desde fuera del edificio. Ellos jugaban a las cartas mientras yo les miraba y me reía, y a él le chivaba las cartas de mi abuela, aunque daba igual porque siempre perdía y se enfadaba porque mi abuela, encima, "era una trampolinista".

Y en el tren, camino de Bilbao, él trataba de enseñarme los nombres de las estaciones que se sabía de memoria mientras ella sujetaba los billetes de cartón en la





mano, para que no se perdiesen durante los más de cuarenta minutos que duraba el viaje.

Unos años después cambié las visitas esporádicas al cine y a las rebajas por la rutina diaria de ir a la universidad. Día tras día, mes tras mes, año tras año fui descubriendo que la ciudad era mucho más pequeña de lo que mi imaginación creía y hoy en día no entiendo cómo me pude perder tantas veces.

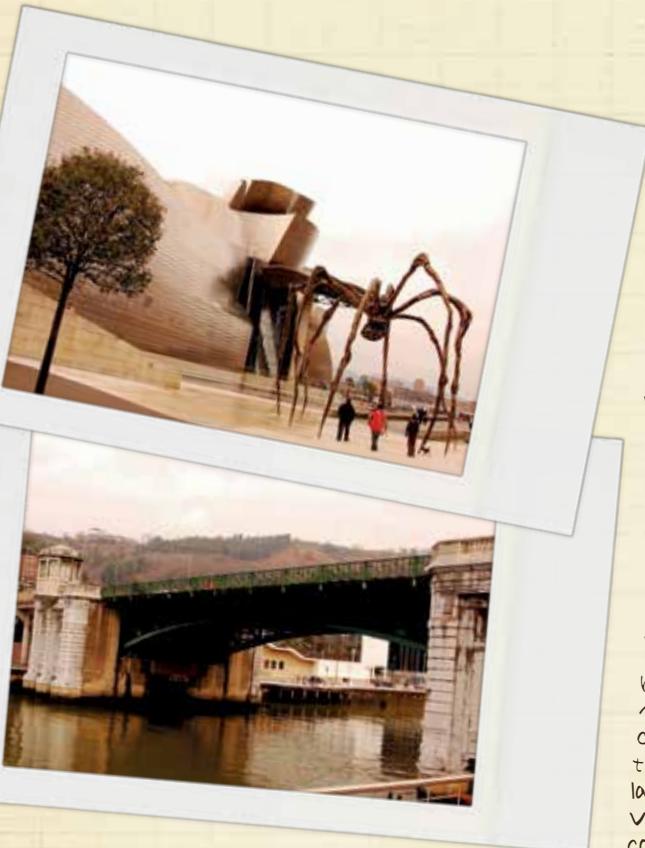
La carretera sustituyó a los andenes, y a la carretera las llaves de un piso, y entonces Zalla pasó a significar visitar a mis padres mientras que el puente de Deusto, Abandoibarra y el Casco Viejo ya eran barrios de mi ciudad como lo son ahora Shibuya, Asakusa o Kugahara.

Hace dos semanas pasee por Bilbao consiguiendo que mis pupilas se desintoxicasen de neones, que mis piernas se desacelerasen, que mis oídos se acostumbrasen a entender lo que escuchaban sin poder

evitar sentir vergüenza al hacerlo después de un tiempo, que sin ser tanto, me pareció una eternidad.

El olor de los puestos de castañas asadas me recordó al barrio chino de Yokohama, las tiendas se me antojaron vacías, las casas me parecieron enormes y los parques diminutos, los edificios preciosamente antiguos, las calles sucias pero llenas de vida, los transportes lentos y sujetos a un azar que había olvidado, las gentes altas, grandes, espontáneas, ruidosas...

Y como si yo fuese el protagonista de una obra de teatro que dura ya 32 años, no puedo más que sentirme agradecido de haber vivido, de haber conocido, de haber actuado en escenarios maravillosos a rabiar.



Viajar a Japón me cambió en muchos sentidos, y más que por el país en sí ahora sé que es porque me fui solo. Uno tiene mucho tiempo para pensar cuando se empieza de nuevo con uno mismo y es inevitable recordar una y otra vez otros tiempos, distintas etapas de nuestra vida que a veces son tan lejanas que parecen de otras personas.

Paseé por Bilbao con los mismos pies pero lo miré con otros ojos. No había templos, ni rascacielos y la gente era como yo en vez de ser yo el que no era como los demás. Me gustó tanto mi primera ciudad de adopción, pero tanto tanto...

人間の暖かさ

Lunes, 1 de Enero de 2009

CALOR HUMANO

Cuando uno está viviendo fuera en otro país durante una temporada, es fácil acostumbrarse y olvidarse de cómo se vivía antes. Y quizás por esto me sentí fuera de lugar en el pueblo donde nací, pero seguro que si volviese allí de nuevo, retomaría vida como si lo del medio hubiese sido un sueño y nunca me hubiese alejado demasiado de los columpios de la plaza donde aprendí a romperme la crisma desde que tenía siete veces menos años.

Esto iba pensando en el avión de vuelta a Tokio, tratando de buscar la razón por la que durante 13 días sentí que invadía una rutina que no era la mía, que mis vivencias en Japón se quedaban sólo para mí mientras los que allí seguían, lógicamente, se preocupaban de sus propios asuntos y no quisieran o no les interesase creerse del todo lo que venía yo a tratar de contarles.

En el viaje de vuelta, no pude evitar pensar en que tendría que molestar a las dos chicas de mi izquierda si quería salir del asiento, aunque también es cierto que la pared del avión da más juego a la hora de buscar la postura para dormir. Sin duda volvería a elegir ventanilla.

Después de unas horas, mientras me peleaba con unos soba, fideos japoneses, la chica de al lado me habló en inglés. La conversación empezó siendo de ascensor para, inesperadamente, convertirse en refrescanteamente amena. Me contó que ese tipo de fideos son famosos de la región donde nació y que ella, junto con un grupo de más de cincuenta japoneses, venían de hacer un viaje por España. Durante ocho días habían pasado, casi contrarreloj, por Madrid, Toledo, Córdoba, Sevilla, Granada, Valencia y Barcelona. Ni rastro del País Vasco, como de costumbre, con lo distinto que es...

Me estuve enseñando muchas fotos en las que siempre aparecía con la misma pose: hablamos sobre las diferencias entre ambos países y fue curioso comprobar cómo mucho de lo que me contó coincidía con mis propias impresiones aunque alguna que otra vez tuve que luchar contra tópicos como el de la siesta que, supuestamente, todos disfrutábamos a diario incluso como derecho dentro de la oficina, que a ella se lo habían contado.

De vez en cuando nos dormímos, quizás veinte minutos, quizás horas, para que cuando volviéramos a coincidir despiertos,

retomásemos la conversación como si no se hubiese acabado. Pasábamos de churros con chocolate a sopa miso y arroz, de la Alhambra de Granada al Toshogu de Nikko, de cómo habla la gente de Andalucía a cómo son los de Osaka, de que allí todos son chinos a que aquí nosotros somos americanos...

Cuando tratando de buscar la postura dije "semai kore" (qué estrecho es esto), ella levantó el reposabrazos que nos separaba. Cuando empecé a estornudar, ella sacó un paquete de pañuelos de su bolso y me lo dio, y cuando contesté que sí a la pregunta de si tenía frío, ella me puso por encima la mitad de su manta.

Así nos dormimos uno apoyado en el otro en un sofá improvisado con dos asientos de avión entre dos mantas y un par de chaquetas.

Tiempo después aproveché el momento en que las dos chicas fueron al baño para hacer lo propio, y llegué a la puerta a la vez que una señora a la que cedi el paso. Me hizo una reverencia, y pude sentir de nuevo que casi volvía a estar en Japón.

Con la espalda y las piernas aliviadas y agradecidas por haber estado de pies, me senté otra vez en mi sitio, y me dormí. Entre medias sentí que ella volvía, apoyaba su cabeza en mi hombro y me hablaba:

- ¿Sabes? la señora del baño es mi madre
- Anda, no lo sabía
- Claro que no. ¿Cómo lo ibas a saber?

Después me apretó el brazo y se acordó de no quitar la mano de él; así seguimos durmiendo en una especie de abrazo hasta que de repente el avión se empezó a sacudir. No es que fuese mucho, pero que se encendiese la señal de abrocharse el cinturón y que el piloto hablase fue bastante para que nos asustásemos.





Cuando me quise dar cuenta, ella me había cogido de la mano y me la apretaba con fuerza. Yo le decía que no pasaba nada aunque no me lo creía y muerto de miedo le hablaba para tratar de tranquilizarla mientras me esforzaba por parecer seguro de mí mismo.

Las turbulencias no fueron nada, pasaron en menos de diez minutos pero nuestras manos siguieron enlazadas mucho más tiempo. Apagaron las luces y con la ayuda de la oscuridad, compartimos sueños y mucho más que nunca contaré porque aunque artificial, era una noche y las noches son secretas.

Aquel primer sábado del 2009 nos despedimos justo antes de aterrizar sabiendo que ella volvería con sus padres y fingiríamos que seguíamos siendo desconocidos.

Y cuando por fin pude meterme en el futón a dormir, me di cuenta de que a pesar del peso de mi equipaje, del peregrinaje por andenes y estaciones inundadas de gente, de lo incómodo del regreso... yo no había parado de sonreír en todo el camino a casa.

Después de una muy emotiva estancia en Zalla, tocó volver a Japón. Tocó despedir de nuevo a mi familia hasta que hubiese otra ocasión de darles todos los besos acumulados en la médula de mientras no se tiene el ya privilegio de tenerles delante.

Momentos duros en el aeropuerto de Bilbao precedieron al largo viaje de vuelta hasta Narita pasando por Frankfurt. Lo que debía ser un tedioso fastidio alternando pasillos de aeropuertos y de aviones se convirtió en la película romántica de los domingos. Nunca en la vida me había pasado algo semejante y no creo que me vuelva a suceder jamás.



僕の日

Miércoles, 4 de Febrero de 2009

MI DÍA

Mi día empieza con música que suena enlatada desde dentro del teléfono móvil y se atreve a interrumpir mis sueños.

Mi día es preparar un café, y pretender que es un desayuno. Es encontrarme en el espejo y a veces descubrirme mirando fijamente a los ojos del que tengo delante como si quisiese saber qué piensa realmente esa otra persona que soy yo.

Es un viento frío que me obliga a caminar deprisa a la vez que una canción eclipsa uno de mis sentidos mientras los otros cuatro se impregnan de vivir donde vivo. Es un tren siempre lleno, y siempre de desconocidos. Son unas horas delante de un ordenador, un paseo robado al salario, un ir y venir de preocupaciones muchas veces enmascaradas por alegrías y tristezas.

Es que me visiten a la mente personas que no están conmigo y que antes estaban y ahora se cuelan sin que ellos lo sepan. ¿Cómo estarán? ¿qué estarán haciendo ahora? ¿se acordarán ellos de mí?

Es un libro en castellano que me ayuda a recordar de dónde vengo en medio de casi no saber dónde estoy.

Es ponerme un traje blanco y que durante hora y media no importe nada más que sintonizar cuerpo y mente para intentar volver a sentir esa satisfacción de haber entregado lo mejor que pude dar. Es hacer del honor y del respeto mi guía sin dejarme engañar por el falso valor de los halagos, las derrotas o las



y sentimientos que no entienden de idiomas porque de tanto sentirse, se expresan desde lejos sin ni siquiera abrir la boca.

Es dejarme cuidar por mis amigos, mis profesores, mis compañeros. Satisfacer curiosidades sobre mi lugar de origen, mi forma de ser, mis manías y rarezas. Es compartir mi día con otros días de otras personas y recalentar el alma a base de arrimaria a otras almas.

Es preparar un té a invitados a veces desconocidos intentando que cada movimiento se convierta en un gesto y que cada mirada estudiada trate de parecer espontánea. Es que durante tres horas el detalle sea tan tenido en cuenta que se pierda su concepto. Que me traten como uno más sin serlo, pero siéndolo.

Mi día es que haya muy pocas veces donde uno sepa con total certeza qué está ocurriendo o de qué se está hablando y sin embargo acostumbrarse a ello consiguiendo reaccionar con naturalidad. Es que a veces parezca que falten horas mientras que otras es como si no se acabase nunca.

A mi día vienen recuerdos de otros días y hay también un hueco para los sueños y esperanzas puestas en otros muchos que vendrán.

En mi día también hay noche, pero esa... esa es secreta.

victorias. Sin importar que el cuerpo se queje al día siguiente, porque mando yo y no él, y seré yo quién decida cuando parar.

Es compartir tiempo con una persona que casi me dobla en edad y con los suyos, que ya hace mucho que siento como míos. Y charlas en mexicano, y carcajadas, ilusiones, sueños

y sentimientos que no entienden de

idiomas porque de tanto sentirse, se expresan desde

lejos sin ni siquiera abrir la boca.

Un día al llegar a casa pensé en lo que había hecho desde por la mañana y traté de escribirlo. Traté de dar un paso atrás y comprobar desde lejos en qué se había convertido mi rutina. Me gustó lo que vi, me gustó saber que nunca dejaría de echar de menos a los míos y que supe encontrar un sitio donde nunca pensé que lo iba a tener.

謝る

Lunes, 16 de Febrero de 2009

TE PIDO PERDÓN

Te tengo que pedir perdón porque miento cuando digo que soy de Bilbao, y tú sabes que no es verdad mejor que nadie. Porque tuyas son las calles que he ido pisando con cada nuevo número de pie que iba estrenando.

Porque aunque no te lo creas, me acuerdo del día en que un vecino me dejó su bici y fui capaz de dar muchos pedales antes de caerme al suelo, y corrí escaleras arriba a decirle a mi madre que me quitase las dos ruedas pequeñas de atrás de la mía, porque ya me había hecho mayor y no las necesitaba. Y sé que tu me has guardado el secreto de todas las veces que me caí por no querer admitir que había sido demasiado pronto.

También sé que sabes que ponía clavos en las vías del tren para hacerme navajas con mis amigos, y después íbamos al jardín de la casa abandonada, el "chalet", para cortar ramas de los árboles pequeños y hacernos flechas. Y, como a la mayoría de los que jugábamos donde ahora tienes el ayuntamiento, me has visto caerme a la vieja piscina y tratar de salir entre sapos, musgo y lágrimas.

Cuando por fin mi madre se pudo sacar el carnet de conducir, el resto de la familia eras tú el que lo vigilabas, y nos dejabas salir de vez en cuando para ir a la playa de Castro Urdiales en viajes de mil curvas y mareos, y cintas de música, de noventa, para no tener que darles la vuelta más de un par de veces.

La mitad de mis amigos iban a la otra escuela que albergabas, y ellos empezaron a estudiar inglés unos años antes que yo, así que seguro que te reiste cuando César me puso aquel mote de "koki" porque ese día estudiaron cómo se decía "galleta" en inglés y el sonido le pareció



lo suficientemente gracioso como para adjudicármelo de nombre. Recuerdo como algunos amigos llamaban y preguntaban por Koki en vez de por Oskar, y mi madre decía que allí no vivía nadie con ese nombre, y Javi se reía.

Quizás no sepas que cuando volví a verte en navidades, todavía hubo gente que me llamó así después de 20 años.

Sabrás que Mari Carmen y Maribel, las chicas de la librería de al lado del portal de casa, me guardaban los tebeos de Goku que recogía cada viernes, y llevaban la cuenta que, en teoría, yo pagaba a fin de mes aunque muchas veces lo hacía mi madre, lo que tampoco importaba mucho porque el dinero de mi paga venía del mismo sudor sudado en la misma fábrica por la misma persona.

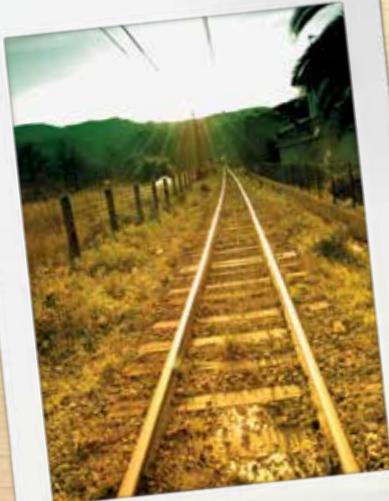
Y seguro que sonreirás con la misma ternura con la que lo hago yo, cuando te hable de la tabletita de chocolate que mi padre siempre dejaba en la vieja caja de galletas María recortada de dentro del armario, y que yo me comía a escondidas, y él reponía. Y ninguno decíamos nada.

Acabé de estudiar en tu escuela quizás demasiado pronto porque quisieron que me hiciese adulto de golpe al llegar al instituto mientras yo trataba de encontrar el equilibrio entre sentirme tan mayor, tan hombre... y otras veces con tanto miedo o más que cuando era niño sin importar los cumpleaños que íbamos celebrando juntos.

Casi todas mis primeras veces fueron contigo: ver la nieve, aprender a nadar, mis amores, los desengaños, las amistades...

Recuerdo noches comiendo pipas con el Pirri en el banco de al lado del Batzoki planificando amoriños. Me vienen a la mente paseos hasta casa de mis abuelos, la niebla más espesa que haya visto nunca. Viajes interminables en tren, tardes yendo a la piscina con César, el que me puso Koki, y cenas de palmeras de chocolate. Charlas con Borja y con Bani





al salir de karate lo que hacia que mi madre, resignada, dejara la cena metida en el microondas sabiendo que tendría que recalentarla de todas maneras.

Aunque ahora me parece mentira, me acabo de acordar que hice la mili en la Cruz Roja donde aprendí junto con Gorka, Chema e Iñaki la teoría sobre cómo reanimar a una persona, aunque lo que más hacíamos era jugar a la playstation.

Esté donde esté, sé que tengo un lugar al que volver, que eres tu. Así que, Zalla, te tengo que pedir perdón por decir que soy de Bilbao, ¿pero sabes que pasa?, que aquí nadie te conoce y es más fácil no tener que andar con explicaciones.

Al fin y al cabo tu esperaste a que me fuera para poner un cine, así que estamos en paz.



Paseé por Bilbao y me gustó tanto que no sé cuantas fotos llevé a sacar esas Navidades. Escribí sobre aquella ciudad que quedaba al lado de mi pueblo, pero también sentí que le debía algo a este último. Bilbao entró en mi vida de manera habitual a partir de los quince o dieciséis años, pero Zalla siempre había estado allí antes. No se sentía como justo ignorar a ese precioso pueblo entre montañas donde mis padres fueron a parar hace ya más de cincuenta años buscando darnos una vida a mí y a mis dos hermanos, quizás sin ellos saberlo todavía.

Así que Zalla, mi Zalla, te ruego que me perdonas porque tu estabas antes.

時計なしで

Miércoles, 18 de Marzo de 2009

PODRÍA VIVIR SIN RELOJ

Y cambiar el insolente sonido del despertador por el abrazo templado de los primeros rayos del sol del amanecer.

Sabría que es temprano al caminar junto a los estudiantes que se dirigen a la escuela del otro lado de mi calle. Y junto con su charla, sus risas y mis recuerdos llegaría a la estación a tiempo porque los trenes estarían llenos ya de personas que al estar allí me confirman que la hora es la adecuada.

Comería cuando tuviese hambre, y trataría de dormirme a la par que el sol, cuando la luna se desperezase y el cielo se apagase.

Trabajaría delante del ordenador mientras mi mente se iría llenando cada vez más de ti, y sabría que es la hora de salir cuando no pudiera aguantar más sin verte.

Y si no me importa el tiempo cuando estoy tratando de entender la forma de tus ojos.

¿Para qué quiero un reloj?

Hay momentos en los que simplemente me apetece escribir algo. No ha tenido porque pasar nada en concreto, pero me gusta imaginar historias a modo de sueños paralelos a mi vida, como dándole la vuelta a las horas de mis días...



雨が降らなさそうだった

Lunes, 23 de Marzo de 2009

PARECÍA QUE NO IBA A LLOVER

Tumbado de costado encima de dos futones, mis ojos recorren la habitación en busca de algún olvido entre lo recordado. Lo segundo parece ganar a lo primero y me duermo alrededor de la tercera vez que trato de repasar mentalmente la lista: futón, mantas, comida, adaptador para el enchufe...

Quince minutos más tarde, 4 horas según el reloj, suena la alarma del móvil y me despierto con la sensación de no haber dormido más que una pequeña siesta que apenas ha conseguido siquiera intuir el sueño, o quizás la pesadilla, que tocaba esa noche que todavía dura. Me apunto soñar el doble mañana.

La rutina me posee, me lleva, me mueve durante los siguientes minutos y de repente tengo una taza de café en la mano y estoy mirando por la ventana. No recuerdo cómo lo he preparado... pero como toda rutina, no importa mucho, el caso es que no parece que vaya a llover aunque hace mucho viento.

Cargado con dos mochilas salgo a la calle en esa hora en que las farolas han dejado de iluminar aún estando encendidas, pero el sol todavía no acaba de relevárlas del todo, como si le diese pereza empezar a trabajar y remolonease entre sábanas de estrellas y nubes suplicándole cinco minutos más a la luna.

Busco cambio en la tienda de la esquina y un dependiente somnoliento me cobra el sandwich y la botella de té que he puesto como excusas entre mi billete y sus monedas, esas que luego me servirán para cambiar las mochilas por la llave de una taquilla en la estación a la que volveré unas horas más tarde.

Cambio de tren una, dos, tres veces entre ausencias de gente, huecos que serán ocupados pronto, pero no a esta hora en que el sol está ya tomando su taza de café sin quizás saber cómo lo ha preparado.

No estoy donde creía que debía estar, y me doy cuenta tarde, así que corro hasta el nuevo sitio que requiere cambiar una cuarta vez de tren. El reloj se ríe mientras sigue amenazándome con cada nueva decena de minutos que va marcando.

Cuando ya voy camino del aeropuerto, con diez amenazas de retraso, trato de contactar con los que allí esperan que esté esperándoles. En vano. Todo lo que se me ocurre no funciona, pero no quiero dejar de

intentarlo. Creo ver el reflejo del Fuji por la ventana de enfrente, y efectivamente está allí a lo lejos. A él no parece importarle esa manía nuestra de contar los segundos...

Llego al aeropuerto y corro, logrando llegar el primero a las escaleras mecánicas que subo de dos en dos dándome cuenta, en ese momento, que son más altas y casi me caigo al llegar arriba. Sigo corriendo hasta llegar al control de policías. No se me había ocurrido que tal vez necesitaba el pasaporte para ir a la sala de espera... así que todavía jadeando le explico al policía la situación y me dice que con cualquier documento vale.

Me identifico como alien, lo cierto es que a veces me siento así de verdad, y sigo corriendo. Sin pensarlo, esquivo las escaleras mecánicas y subo por las de siempre, que a esas mis rodillas ya les tiene cogida la altura.



Y me topo de frente con mis amigos que llevaban allí un buen rato. Me cuentan lo de su maleta, lo del humo en la pista, lo del susto. Nos reímos aliviados, ellos por que por fin pueden moverse de allí, yo porque todavía no lo habían hecho. Se me pasa pronto la sensación de ser el peor de los anfitriones en cuanto llevamos dos minutos de conversación y otros tantos de juegos con su hija.



El tren que nos acerca a Tokio lo hace parando en muchas estaciones, incluso en medio de la nada. Algo va mal y no sabemos que es. El reloj no deja de reír y marca el triple del tiempo que debería para estar todavía donde estamos.

Llegamos a casa, por fin. Ellos duermen y como uno más de todos los trenes por

los que he pasado hoy, yo me encarrillo a los railes de la rutina de la que descarrillé después del café.

En la oficina, después de comer miro las noticias, busco algo sobre Narita. Lo encuentro: un avión de Fedex se ha estrellado en el aeropuerto por un golpe de viento cuando aterriza. Han muerto el piloto y el copiloto, una pista ha sido cortada, y el desbarajuste ha causado retrasos tanto en los vuelos, como en los trenes que normalmente estarían perfectamente sincronizados.

Mis amigos duermen. Y yo me acuerdo de que esta mañana, taza de café en mano, parecía que no iba a llover.

Y de que hacia mucho viento.



En cinco años que llevo viviendo en Tokio sólo he recibido una visita. Arantza, una compañera de mi antiguo trabajo en Bilbao, se vino con toda la familia y justo el día en que aterrizaron hubo un accidente de avión en el mismo aeropuerto aproximadamente a la misma hora en que ellos llegaban. No lo supe hasta horas después de dejarles ya durmiendo en mi casa.

Menudo susto.



それだけの価値時 ↓時

Miércoles, 1 de Abril de 2004
CUANDO VALGA LA PENA

Esto no va a durar siempre y eso lo sé desde aquel 25 de febrero del 2004 en el que recorrió el camino del aeropuerto a la oficina con mis maletas, mis sueños y mis miedos.

Y teniendo esto siempre presente, me he propuesto vivir batallando contra la pereza y la rutina, tratando por todos los medios de no dejarme llevar sino de hacer lo que yo he querido cuando yo he querido.

Quizás por estar solo, he ido descubriendo un poco más de mi mismo con cada nuevo día, sabiendo que es inevitable llorar y que es mejor hacerlo cuando merece la pena. Por supuesto, también me he reido, mucho y con otras personas que son las risas que mejor se ríen.

He conocido gentes que me han hechizado, y otras tan ruines que dolía estar al lado de ellas. Y he sabido escoger con quien compartir mi tiempo, este que se pasa tan rápido que a veces no parece real.

Han excavado en mi dignidad por ser extranjero. He pasado enfermedades, dolores, agujetas, resacas. He fumado y me he emborrachado hasta pasarme de la raya. También he hecho más ejercicio del que nunca pensé que podría y aprendido que cuerpo y mente están mucho más unidos de lo que parece.

He querido y me han querido, muchas veces a destiempo. Por

momentos me he sentido la persona más sola de la tierra y a ratos la más feliz.

He echado de menos mi vida anterior con rabia. Y ya estoy echando de menos mi vida actual.

He vivido. Estoy viviendo.

Y algún día vendré aquí porque estos tiempos serán ya viejos y me gustará recordarlos. Y sé que viendo las fotos con las que trataba

de resumir cada uno de los meses que viví

en Japón, vendrán millones de sentimientos a mi corazón y otros tantos recuerdos a mi mente con infinita nostalgia.

Y lloraré, porque, sin duda, esas lágrimas merecerán la pena.



Ha habido muchos momentos en que he deseado no estar aquí. Hay días en que todo sale mal y simplemente no poder estar cerca de los tuyos hace que lo malo sea cien veces peor. No aprendí lo subestimados que están los abrazos hasta que dejé de tener a quien me los diese.

Sin embargo, el sólo hecho de imaginarme lejos de este país me provoca, aún estando todavía aquí, la más aguda e intensa de las melancolías.



Nahia, la hija de mis invitados Arantza y Alex, visitó a su vez Tokio en esa edad en la que no hay todavía vergüenza alguna pero si esa curiosidad infinita que nunca deberíamos perder por culpa de la primera.

Aquella tarde Nahia se puso a jugar con una niña japonesa de aproximadamente su misma edad. Los que estábamos allí nos quedamos embobados viendo tan insólita como preciosa situación: dos niñas de mundos e idiomas totalmente opuestos, entendiéndose en el idioma universal de los que sólo quieren jugar.

その後

Jueves, 5 de Mayo de 2004

COMO SI NADA

Una hablará Euskera y Castellano, crecerá viendo Los Lunis, paseará por Bilbao, decidirá si le gusta el fútbol y quizás se haga del Athletic para fastidiar a su padre, que es de la Real.

Por Pozas seguirá junto con sus amigas a ese chico que tanto le gusta, se vestirá de arrantzal para dar la bienvenida a Mari Jaia en Agosto y algunos domingos los pasará yendo al cine del centro comercial del puente de Deusto. Puede que tenga un Creditrans con el que ir de pintxos por el Casco Viejo, o a Gorliz a la playa, o, quizás, a Portugalete a cruzar el puente andando y atreverse a mirar abajo.

La otra hablará Japonés, se hará mayor viendo Doraemon y le comprarán algún yukata con el que verá fuegos artificiales en verano. Los domingos se sacará fotos con sus amigas en máquinas purikura, y seguro que también se enamorará muchas más veces de las que confesará. Tendrá una bici tras otra, y paseará por Tokio con la tarjeta Suica en el bolso, hoy a ver cerezos en flor, mañana a un onsen, pasado a cenar a un izakaya con el dinero ahorrado del arubaito.

Algún día. Quizás.

En aquel momento sólo eran dos niñas iguales, tanto que ambas ignoraban que sus vidas iban a ser tan distintas.

Y jugaban juntas como si nada.





Miércoles, 25 de Mayo de 2004

時々 TOKI DOKI

Yo veía una puerta cerrada con una mirilla que enseñaba el mundo un poco. Y unas zapatillas sucias, un pantalón roto y un cuerpo que quería salir.

Había un grupo de chicas en un grupo de bicis y yo escuchaba sus palabras y sus carcajadas que mezcladas con el viento secaron la nostalgia que había tendida en mi piel.

Y el camino eran árboles que me saludaban en silencio porque hacía tiempo que me conocían, y coches aparcados, y casas que resguardan gentes que resguardan almas.

Veía bambúes, muros de hormigón, semáforos girados

y señales de tráfico sin tráfico.

Yo era distinto al resto de las personas pero se me olvidaba. Había un cielo que era igual, y nubes que ya me las conocía de otros lugares, y un niño que reía, un padre que se derretía y una madre que no estaba.

Olia a suelo húmedo y a humo de tabaco a veces, a quietud y a incienso siempre.

Yo quería desgastar una pizca de mi ego y conseguir algo de humildad y sosiego. Quería acordarme de los míos con muchas ganas para intentar que ellos se acordasen un poco de mí. Y les veía de ojos para dentro, y sonreía y creía verles sonreír durante lo que duraban mis parpadeos.

Había nadie y estaba yo. Veía edificios con luces que también



parpadeaban a su manera, y pájaros que me veían pequeño, y gentes que no me veían pero yo a ellos sí.

Y me senté junto al tiempo que dejó de pasar por hablar conmigo, y desenmarañé cada idea y cada pensamiento, y el cinturón dejó de apretar tanto porque allí dejé algunas angustias, unas pocas aflicciones y otro pedazo más de mí.

Los primeros años aquí estuvieron marcados por la soledad. Tenía un trabajo, tenía amigos... pero la hora de la verdad era la hora de llegar a casa y encontrarse con nadie esperando. Unos días se notaba más y otros menos. En esos momentos en que el vacío se notaba que tenía incluso menos, me gustaba salir a dar largos paseos por los alrededores de mi barrio. En uno de tantos, encontré un majestuoso templo que se convirtió en el lugar de peregrinaje de mi alma cuando a la mente le daba por pensar hacia atrás.

No había, ni hay, motivo religioso alguno. Yo iba hasta allí y dejaba de pensar en que hay un tiempo que va pasando para empezar a pensar en mí. Tomé muchas decisiones clave de mi vida allí sentado a la sombra de una pagoda de cinco pisos.

Una noche, al volver, decidí anotar aquel paseo.



Martes, 9 de Junio de 2009

UN LUNES DE KARATE

No se ve a nadie a través del cristal, así que parece que hoy será un lunes más en el que llego el primero al dojo de karate.

A pesar de estar solo, hago dos reverencias, una al entrar por la puerta y otra antes de pasar al vestuario. Estas son de verdad, no como el resto que llevo hechas durante el día, éstas salen de dentro.

Cambio los pantalones de pana y la camisa de manga corta por el traje blanco que compré hace casi dos años a Suzuki Sensei. Recuerdo hablarle en inglés y deletrearle mi nombre para que lo bordasen en el pantalón y en la chaqueta en katakana. Pienso en todo lo que habré cambiado desde entonces y lo poco que me dare cuenta de ello.

Mientras saco el cinturón de la mochila, entra un compañero al vestuario y me saluda con un "oss". Medio vestido, le correspondo al saludo y sigo con el ritual de atar ese trozo de tela bordada y teñida de negro que me ha condenado a tener todos los días agujetas en alguna parte de mi cuerpo desde hace más de 24 meses.

Salgo al dojo olvidando por completo ser el Oskar que se sienta delante del ordenador en la oficina.

Siento un cosquilleo por toda la espalda. Ya estoy aquí otra vez.

Ya hay más gente, pero yo sé que esto va de mí contra mí mismo, de que mi mente pelee contra mi cuerpo y le gane algunas veces.

Mientras hago estiramientos entra el señor mayor con el que tuve aquél incidente cuando en medio de un combate le di una patada que le dolió más en su orgullo que en las costillas. Es lunes y él siempre viene los lunes, así que era de esperar pero una vez más mi cuerpo gana y decide reaccionar por si mismo acentuando el cosquilleo de la espalda llevándolo hasta la nuca. Decido hacer que no le veo una vez más y así evito saludarle. Perdono, pero no olvido, y mi cuerpo, al parecer, tampoco.

Más compañeros llegan. Hay saludos que anuncian pequeñas conversaciones y risas, algunas más de verdad que otras.

Automáticamente todos dejamos lo que estamos haciendo cuando entra el profesor, y nos acercamos y le hacemos una reverencia. La tercera que no es fingida en lo que llevamos de día.

Es la hora. El profesor da la orden de empezar, y entonces la

autoridad pasa al alumno más veterano que nos grita que nos pongamos en fila, y nosotros nos ordenamos por cinturones. Hace tiempo que ya no hacemos el ademán de ceder el lugar de la derecha a los que tienen el mismo nivel que nosotros porque Suzuki Sensei nos dijo que rompía el ritual.

Nos arrodillamos y saludamos al dojo, al profesor y a los compañeros gritando "por favor" cada vez. Murakami Sensei, en un tono más calmado, nos anuncia que la clase empieza y nos hace una nueva reverencia que todos devolvemos. Una más de todas las que nos haremos durante la hora y media que estaremos allí.

A partir de ese momento poco importa que la desidia casi me convenciese de dejar pasar la estación y volver a casa a descansar, no significa nada que en la calle llueva, o los planes que pueda tener para mañana. En ese momento estoy yo y otros como yo que tratamos de hacer, la mayoría de las veces sin éxito, lo que una persona nos dice. Y el mundo da igual. O el mundo es esto, según se mire.

Hay algo que cuesta más de lo normal y la clase se para. Escuchamos atentamente al profesor, y de repente me mira y se calla. Se le nota pensativo. Vuelve a hablar para decir en inglés "understood?" y yo le contesto en japonés: "hai!" y le hago la enésima reverencia. Miro a mi alrededor y aunque llevamos más de una hora de clase, no ha sido hasta ese preciso momento cuando me he dado cuenta de que soy el único extranjero. Es una sensación extraña que hace que la balanza de sentir a veces se incline hacia la incomodidad de que la clase se pare por mí y otras veces hacia ser un privilegiado. Lo primero pasa cada vez menos, y últimamente es innecesario porque entiendo la explicación en japonés sin demasiado problema, pero los profesores no lo saben, o no lo creen, o un poco de ambos.

El traje de karate acumula mi sudor, y con él, mis ilusiones y anhelos. Las agujetas ya no están, aunque yo sé que se esconden y saldrán de nuevo a esas otras horas que ellas y yo sabemos.

Podría decir que estoy enfadado, no con nadie en concreto, pero es el sentimiento que mejor me define en ese momento. Enfadado, enojado, exaltado para seguir poniendo más de mi ser con cada patada, con cada puñetazo, con cada parada, para no bajar la intensidad del principio, para que no importe que duela respirar.

Cuando monto en el tren camino de casa, me siento exhausto pero rebosante, pleno de algo que no sabría explicar, algo entre felicidad y satisfacción.

Me bajo en dos paradas y empiezo a andar. El azar, o el destino, han querido que la ruta más corta sea por Honmonji por donde siempre paso de noche y nunca hay nadie. Me paro junto a la pagoda, una vez más, y la miro. La paz del lugar hace que ésta vez el corazón decida tirar para el lado bueno, el que tiene que ver con saber apreciar lo que se tiene en ese momento sin pensar demasiado en lo que se ha perdido.

Ya en casa cuelgo el traje en una percha. Está todavía húmedo y no son horas de poner la lavadora, así que dejo que siga empapado con mis sueños y ambiciones que, hoy especialmente, hacen que pese más del doble.

Y entonces me acuerdo de Roberto, y las ganas de compartir con él las tres últimas horas hacen que me siente delante del ordenador y empiezo a escribir lo más rápido que puedo, para no olvidarme de nada ahora que los sentimientos todavía están tibios:

No se ve a nadie a través del cristal, así que parece que hoy será un lunes más en el que llego el primero al dojo de karate...



Hubo otras razones para venir a vivir a este país, pero seguir practicando karate se convirtió en seguida en una de las principales. Tuve acceso a uno de los dojos más famosos de karate Shotokan del mundo entero, el cuartel general de la SKF (Shotokan Karate International Federation) fundado por Hirokazu Kanazawa.

Aprendía y aprendo tanto con cada clase, que un día traté de plasmar en un texto para que un amigo supiese lo que significa para mi esa hora y media que paso descalzo vestido de blanco unas tres veces por semana.

UN MARTES DE TÉ

Con los ojos todavía entrecerrados enciendo el ordenador y muevo la flecha esa blanca que sale inclinada hasta ponerla sobre el ícono que me dice el número de personas que se han acordado de mí mientras yo dormía. Hoy hay pocos, pero me conformo mientras haya uno sólo. Y con él y sus noticias que son malas y trato de digerir junto a un café que quema, soy por inaugurado un nuevo martes de esta vida tan extraña que alguien quiso que viviera.

Es raro el día en el que no me planteo quedarme a trabajar en casa, pero el sentido común y yo sabemos que basta algo medianamente interesante para distraerme de mi trabajo, y resulta que Internet está lleno de ese tipo de cosas. Así que cojo la bici y enfilo el camino que me llevará a la oficina pasando por calles con leañas y avenidas remolonas que todavía no han acertado a despertarse.

La misma flecha del ordenador de casa aparece en el de la oficina, y también la apunto al ícono que, esta vez, me suele decir qué hacer durante las ocho horas siguientes. El primer mensaje es de Michiko, dice que me ha dejado un postre japonés en la nevera, que está dentro de una lata y que me lo coma frío que está muy bueno. Sonrío y la miro, pero resulta que ella hace rato que estaba haciendo lo mismo. Mientras escribo la respuesta más amable y sincera que se me ocurre, pienso que hoy ya ha merecido la pena no haberme quedado a trabajar en casa.

Últimamente la hora de salir llega muy pronto y este martes, además, está muy bien señalada porque la profesora de la ceremonia del té va a estar esperándome a una media hora de viaje de allí. En Tokio es mentir decir que se llega tarde por culpa de un tren, así que pongo especial atención en salir lo más pronto posible después de las seis.

Hoy Michiko no puede venir por temas de trabajo con lo que es la primera vez que voy sólo a la clase. Me siento nervioso, me da vergüenza y por el camino me voy inventando excusas para no ir, a pesar de lo cual me montó en el tren correcto. Menos mal que ni a mí mismo soy capaz de convencerme.

Entro y saludo en japonés mientras mequito los zapatos. La profesora me recibe con una sonrisa enorme. Pienso en que siempre la recordaré así, con esa sonrisa eterna que nos regala al llegar, y me

apunto en un rincón que eso de sonreír tengo que hacerlo más para ver si alguien me recuerda a mí algún día de la misma manera.

Me habla en japonés todo el rato, aunque a veces se da cuenta de ello y trata de hablar en inglés aunque no va más allá de dos o tres palabras. Yo casi no tengo problemas para entenderla en japonés y me gusta mucho más que hable en ese idioma porque es lo suyo, pero en lo que ella considera un gesto hacia mí, de vez en cuando cambia a inglés y lo mantiene hasta donde puede que, gracias a dios, no suele ser mucho.

Tiene onigiris preparados para Michiko y para mí. Siempre nos dice que como vamos directos desde el trabajo, que tendremos hambre y siempre nos tiene algo preparado.

Me como el mío mientras ella ultima los preparativos de la clase, aunque no deja de hablarme quitándome de un plumazo esa estúpida sensación de nervios que tenía hace un rato.

Entonces empezamos. Repito los mismos pasos una y otra vez, pero siempre hay algo que corregir: el brazo está muy elevado, no mires al invitado directamente, el dedo menique lo has separado al soltar el cazo, has echado demasiado té, el natsume es un dedo más a la derecha...

Todo lo dice de forma que no resulta ofensivo y además yo sé que se calla muchos de mis fallos de los que yo mismo me doy cuenta. Es todo un arte cómo es capaz de enseñar y corregir sin que el ego de uno se dé por aludido.

Pasan las dos horas como dos sorbos, y nos dedicamos a recoger los utensilios en silencio. La solemnidad sigue presente justo hasta el momento en que todo se ha recogido y nos saludamos con una reverencia de rodillas manteniendo la distancia entre alumno y profesor hasta ese instante. De repente vuelve la sonrisa, la jovialidad, la amabilidad, la ternura de la señora que prepara meriendas y pregunta por las novias que no tengo.

Trenes y pedaleos después vuelvo a casa, me quito el pantalón y veo que está manchado de verde. Algunos de mis dedos tienen todavía el mismo tono, y no estoy seguro si es en el paladar o en mi cabeza, pero yo noto el gusto del té por ahí dentro.

El sábado me preguntaron sobre el significado de la ceremonia y no supe qué contestar. Creo que hoy tampoco sabría describirlo, pero sé que tiene que ver con hacer de la calma el sentimiento mayoritario, de apaciguarse, de alimentarse de sosiego respirando templanza.

de concentrar cuerpo, mente y alma en un pequeño ritual que es precioso si se sabe mirar, pero lo es más si se sabe escuchar.

Y lo mejor es que ese sentimiento no se va al cerrar la puerta de la sala, sino que sigue con uno hasta mucho tiempo después.

No sé... es como si alguien no me hubiese dejado de acariciar la nuca desde hace más de dos horas.



Yo tenía claro lo del Karate, pero no desperdíe las oportunidades de aprender algo nuevo que se me presentaron. Michiko es una compañera de trabajo que vivió diez años en México y por esta absolutamente genial coincidencia del idioma, trabajamos amistad desde prácticamente el primer día. Una de sus amigas es profesora de la ceremonia del té y al hablarle de mí, insistió mucho en que fuese a una clase de prueba con ella. Asistí junto con Michiko y me gustó tanto, que estuve un año entero asistiendo una vez por semana a aprender una de las artes más representativas de la cultura tradicional japonesa.

住んでる場所

Jueves, 2 de julio de 2009

EL BARRIO DONDE VIVO

El barrio donde vivo no tiene casas con escaleras que se puedan subir más allá de tres pisos y los coches se ceden el paso unos a otros porque la carretera no tiene una raya que la parta por la mitad.

Viven a mi alrededor ancianos que me triplican en edad y que hace tiempo que me dejaron de mirar curiosos porque ya se han acostumbrado a que yo les mire curioso.

En el barrio donde vivo también viven cuervos y gatos seguro que desde hace mucho más que yo, y seguirán graznando y maullando mucho después de que yo me vaya, aunque yo les seguiré escuchando allá donde me toque dormir, como ahora sigo escuchando la voz de los míos.

Hay cinco cerezos por cada farola y tocamos a mil flores por vecino que se reparten en primavera. Yo ya he guardado dos mil novecientas noventa y nueve en el saco que tengo entre los dos ventrículos. La que falta se la regalé a la quinta chica de la que me enamoré aquella tarde de lluvia donde sólo tocó sentir eso tan raro de ser feliz.

El barrio donde vivo me ha guardado siempre el secreto de todas esas noches en las que no dormí en él y me recibe con un guiño al verme llegar al amanecer sin preguntar de dónde vengo o qué he hecho sin él.

Uno sólo sabe que está en una ciudad al llegar a la parte de arriba de cualquiera de los caminos, porque todos se hacen subir, y desde allí se ve a esos otros que viven en casas de muchas más escaleras y neones y ruidos.



Como la estación de tren está lejos, para salir del barrio donde vivo existe un indispensable y maravilloso requisito: dar un paseo. Al estar todos obligados a ello, es inevitable cruzarnos cada día. Las sonrisas parecen impuestas por ley, y los vecinos nos encargamos de ejercerlas la mayor parte de las veces sin conocernos.

A veces alguien me pregunta por el lugar donde vivía antes. Y entonces hablo sin parar de casas, personas, olores, sabores y lugares que poco tienen que ver con éste en apariencia, pero siendo en esencia tan iguales que asusta cerciorarse de ello. Lo hago en voz baja para que mi barrio no se entere que no he vivido aquí siempre, no vaya a ser que deje de guiñarme el ojo cuando llego.

Si alguna vez uno de los cerezos del barrio donde vivo sigue desnudo a pesar de que todos los demás hace tiempo que han florecido, es que ya no viviré allí y habrá decidido guardarme las flores que me tocaban esa primavera.

Eso es que sabe que volveré a por más cuando ya no me queden, y eso será porque las habré regalado todas. Porque yo sé que mientras el saco donde las guardo siga latiendo, no se marchitarán.



Aunque estoy a punto de mudarme, he vivido más de cinco años en el mismo barrio desde que llegué a Tokio. Lo elegí por cercanía a mi lugar de trabajo de entonces y lo cierto es que al principio no me gustó demasiado: apenas hay tiendas, la estación me queda un poco lejos y la media de edad de mis vecinos duplica a mi edad actual.

Entonces llegó la primavera y resulta que todos esos árboles que había al lado de mi casa eran cerezos que decidieron florecer todos a la vez haciéndome cambiar de una vez y para siempre de opinión.

Vivo tan bien aquí que ya me está dando pena pensar que probablemente en dos o tres meses estaré viviendo en otro lugar.



思ひて

Miércoles, 29 de julio de 2009

RECUERDOS

El día que llegué tenía los ojos hinchados y una maleta que pesaba una cuarta parte que mis recuerdos.

Aterrícé en Tokio y empecé a luchar contra ellos, a tratar de deshacerlos para intentar creer que no hubiesen existido nunca mientras pasaba por terminales, andenes, aceras y miradas. Pero ellos ganaban siempre y se encargaban de aliñar mi existencia con una melancolía que impregnaba todo mi ser y lastraba mi alma.

Entonces conocí a Michiko y al segundo supe que quería que me adoptase porque su voz me hacía sentir tan cerca aún estando tan lejos, que no quería dejar de escucharla. Y con ella como pilar construí paso a paso toda mi rutina, tal y como yo quería que fuese y la seguí punto a punto porque debía ser así para amasar rápidamente nuevos recuerdos que eclipsasen a los que pesaban.

Y entendí que no debía luchar, sino caminar junto a ellos. Y les cogí de la mano y les miré de frente y les desafíé. Me vi recordado, ignorado, querido y odiado. Encontré huecos que nunca se habían llenado y otros que se desbordaban. Me crucé con los míos, con los que decían que lo eran y con los que no podían serlo, con voces que dolían y miradas que endulzaban, y supe que todo era parte de esto de vivir.

Me esforcé por ser acogido un poco más de lo que me tocaba, y llegó un momento en que los meses ya dejaron de contarse hacia atrás.

Y aunque recordaba con más fuerza que nunca, mi alma cada vez pesaba menos hasta que ese hueco acabó por desbordarse también.

No creí poder aprender tanto de piel para adentro, a veces de buenas personas, a veces de personas de otros tipos. Por el camino me enamoré muchas veces al dia, ayer sólo y en secreto, hoy a voces y compartido, mañana quizás de verdad.

Miré a los ojos del destino y no fui capaz de sonsacarle nada más que verme a mí mismo mirándome a los ojos. Y seguí por ahí, por ese sendero de sueños, esperanzas, lágrimas, muecas y sonrisas mientras trato de que lo que doy alcance, aunque sea de lejos, un poco a lo que recibo ahora que los recuerdos ya no pesan y es más fácil evocarlos porque ya no duelen siempre. Sólo a veces cuando llueve o hace frío y las noches duran el doble.



A veces toca pulsar el botón de emergencia para que la vida se pare y nos de tiempo a bajarnos en el apeadero. Las vías del tren de los días quedará atrás y es inevitable hacer balance de cómo estaba uno cuando compró el billete y de cómo se iban pasando las estaciones.

Hice compañeros de viaje, como Michiko mi madre adoptiva a la que adopté como madre y sin embargo amiga; pero empecé el viaje solo aunque cargaba mucho más que la maleta y hubieron de pasar muchos túneles antes de que el revisor anunciase que ya íbamos llegando donde queríamos.

A veces, basta muy poco para que a uno se le ilumine el día.

タオルを折ら女の子

Jueves, 6 de agosto de 2009

LA CHICA QUE DOBLABA TOALLAS

Hay días en que aprovecho la hora de comer para salir de la oficina e ir de compras. En el mismo edificio de la estación de Meguro hay un Uniqlo y un Muji a parte de muchas tiendas pequeñas. con lo que no es raro verme por allí curioseando aunque no compre nada, para acabar comiendo algo rápido del combini de la esquina y bajando la cuesta con la bici casi a contrarreloj para cumplir el horario.

Ese día decidí tomármelo con calma y compré un par de camisas de manga corta, y por alguna razón salí por la otra puerta del Uniqlo que daba a un pasillo con más tiendas que otear.

En una de ellas vendían objetos para el hogar de esos artesanales de madera incluyendo artilugios y aceites para dar masajes. A mí estas cosas siempre me han llamado la atención, así que empecé a toquetear, abrir y oler... hasta que cogí lo que yo entendí como un masajeador de piernas cuyo hipotético uso empecé a ejercer.

Entonces llegó ella, una chica de más o menos

mi edad que estaba doblando y colocando toallas en una estantería. Dejó de hacerlo y se me acercó. Hacía muchas reverencias y sonreía tanto que había momentos en que costaba saber si tenía los ojos realmente abiertos. Su pelo largo y negro se confundía con la chaqueta del uniforme negro y rojo de la tienda, totalmente inapropiado para el calor que hacía aunque he de reconocer que era muy elegante y le quedaba perfecto.



O eso me pareció.

- Excuse me -me dijo en un inglés forzado- that ... that
- Hai -le contesté en mi japonés forzado- que esto no es para las piernas, ¿verdad?
- Oh, hablas japonés muy bien
- Que va, que va
- Pues es que eso que has cogido es un masajeador de espalda, ¿me permites?
- Ya me parecía a mí raro, toma toma

Cogió el chisme, que era poco más que un palo con dos rodillos de madera con pinchos, y me empezó a dar un masaje en la espalda. Al acercarse más a mí pude notar un olor suave pero muy fresco, que supuse de champú y de repente quise acariciarle el pelo y olerlo más de cerca. En vez de eso seguí sujetando las bolsas del Uniqlo y ella siguió presionándome lo que sea que tenga yo entre los omoplatos con firmeza, haciéndome algo de daño a veces al clavarlo demasiado. Nunca he entendido eso de que un buen masaje debe doler, pero me dejé hacer el rato largo que duró la demostración.

- Joe que gozada, ¡no pares! -dije. No era mentira del todo porque aunque dolía, me gustaba tenerla cerca... dejémoslo en que era una verdad desafinada.
 - Jajaja, ¿a que sí? Pues así se usa, aunque es mejor con alguno de estos aceites, se lo puedes regalar a tu novia y así que te de masajes, jajaja
 - Eso si tuviera novia, claro -¿dato sonsacado?: o eso quisimos creer mi ego y yo.
 - Jaja, bueno pues a tu madre, qué remedio
 - Un poco a desmano le pilla también, ¡está en España!
 - Vaya, jajaja, pues ¡alguna amiga?
 - No se yo... me parece que cuando quiera un masaje, vendré aquí y me pondré a masajearme los pies con el masajeador de espaldas hasta que aparezcas tú - parecía que era otra persona la que estaba hablando por mí
- Ella, lejos de cortarse, me siguió el juego:
- Jajaja, vale, pues ya me fijaré por si vienes otra vez. ¿Qué haces en Japón? ¿estudias?

- Anda, pues si que me ves joven, no no, estoy trabajando aquí cerca
- Pues no te habría visto nunca por aquí
- Creo que es la primera vez que entro aunque la mitad del sueldo me lo dejo en el Uniqlo de ahí detrás
- Jajaja -de nuevo esa sonrisa encantadora. El olor del champú de tanto estar ya no estaba- Uniqlo es barato y está bien, lo malo es que cuando te compras algo, lo tiene medio Tokio
- Si, eso es verdad

De repente una voz salió de detrás de la caja registradora gritando Eri y algo más que no supe entender.

- Me tengo que ir, espero verte más por aquí
- Si si, en cuanto me duela algo vuelvo
- Jajajaja -esta vez sí que llegó a cerrar los ojos del todo, estoy seguro
- Hasta luego Eri
- Are? ¿cómo sabes mi nombre?
- No te asistes... lo acaba de gritar tu jefa a medio Meguro. Yo soy Oskar, encantado
- Encantada, vuelve otro día, ¿vale?, aunque no te duela la espalda
- Vale, trato hecho -mientras sigas usando ese champú....-



Jueves, 13 de agosto de 2009

MELANCOLÍA

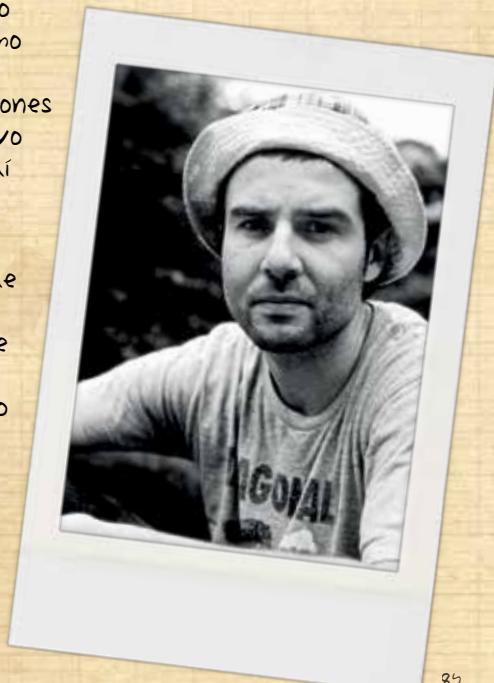
- No sabría decirte por qué, de verdad que no lo sé, creo que no hay una sola razón sino muchas que se van acumulando durante semanas hasta que de repente hacen que me pase lo que me pasa.

- Esta mañana, por ejemplo, he llegado a la oficina después del terremoto, y me sentía muy bien. Era una mezcla entre temor por si alguna vez ocurre ése tan tremendo que dicen que están esperando, y emoción por haber vivido la experiencia. Así que llego, abro la puerta de la oficina, doy los buenos días y, como siempre, sólo Michiko me responde. Las otras tres personas apenas se dignan a apartar un instante la vista de sus monitores para ver qué ha perturbado la atmósfera. Pues bien, esa ha sido la razón, digamos, desencadenante. De repente me ha entrado algo parecido a un escalofrío por el pecho y se ha quedado ahí para todo el día inundándome de pena, haciendo que ya ese día no vea nada con claridad. Y fíjate, tan contento como estaba.

- Por supuesto, sé que no merece la pena, que estos tres miserables de ego inflado no se merecen ni un recodo de mis sentimientos, pero ha pasado y pasa aunque entiendo que no tenga sentido, me ocurre y no puedo hacer nada para remediarlo más que dejar pasar las horas. Es como si luego, con el reposo de la noche, se desenredasen solas todas las preocupaciones y se dejases en un montón que el nuevo amanecer se encarga de barrer, y aquí no ha pasado nada.

- Si toca uno de esos días, no se puede sacar nada en claro. No hay karate que valga, ni té verde en polvo que batir, ni coreografía que ensayar. Todo pierde su color, nada parece tener sentido, cualquier cosa que no sea estar metido en la cama parece una pérdida de tiempo.

- ¿Sabes eso que decimos nosotros de la botella medio vacía?, pues yo no es que la vea así, sino que la botella en sí me da igual.



- Curiosamente esos días suelen ser los más productivos en el trabajo, me aísló, cosa bastante fácil en mi oficina, y tecleo sin parar con el objetivo de mantener mi mente entretenida en algo que me permite dejar de pensar que el maldito reloj cuenta hacia atrás cuando no miro.

- Y llego a casa, y como chocolate y mi cuerpo pesa el doble en el futón. Allí me quedo pensando en lo que siento, pero no hay razón aparente. Y entonces lloro al ver algo normalmente relacionado con mi pasado: la foto de mi hermano Javi, la letra de una de las cartas de mi madre... no es que rompa a llorar desconsoladamente como en las películas, no va por ahí la cosa. Es mucho más íntimo, brotan lágrimas durante largo tiempo aunque apenas hacen que se perturbe mi respiración, pero ¿sabes?, con cada una de ellas el escalofrío del pecho va perdiendo fuerza, como una batería que se descarga.

- Después, exhausto de sentir y con los ojos todavía templados, me duermo profundamente, como si hubiese corrido una maratón. Y al día siguiente todo está en su lugar. Es como si mi corazón cumpliese el ciclo de sentir y reclamarse ser vaciado. Y luego todo vuelve a empezar como si nada hasta dentro de unos meses que volverá a ocurrir.

- O sea, que tú, como nosotras, también tienes la regla.

- Visto así....



desde hace muchos años, yo diría que desde que tenía la mitad de vida que ahora, se han venido sucediendo días en los que parece que el corazón se deshincha y el alma se le desvanece a uno. No hay un motivo común, creo que no podría explicar la razón de ser de la mitad de estos días... lo único que sé es que los pensamientos aparecen diluidos en un mar de melancolía que los ahoga, que el cuerpo pesa más, que los ojos se humedecen...

Eso días en que uno está triste y arrugado se repiten de manera cíclica, no siempre con la misma frecuencia, pero uno sabe que volverá a pasar tarde o temprano.

El día siguiente a uno de esos días, hablé por primera vez con una amiga sobre lo que había pasado un par de docenas de horas antes...

品川で待っている

Viernes, 21 de Agosto de 2004

ESPERANDO EN SHINAGAWA

Ayer estuve esperando a una amiga en la estación de Shinagawa. Me apoyé en una pared, me quité los auriculares y me descubrí ensimismado mirando a montones de personas que no dejaban de pasar por delante de mis ojos.

Ví cuerpos sin alma que caminaban como si morirse fuese dejar de hacerlo. Otros, sin embargo, iban iluminando la estación allá por donde pasaban con sonrisas de 1000 vatios y chispas en la mirada.

Había grupos de chicas con teléfonos móviles que hablaban a gritos entre ellas sin despegar la vista de la pantalla, y entrajetados que les miraban las piernas con descaro, y señoritas con mochilas y gorros que subían y bajaban al ritmo de sus reverencias de despedida.

A mi lado había una papelera a la que venían a veces personas con dinero suficiente para pagar el billete y estar dentro de la estación, pero no como para comprar algo que leer, así que sacaban periódicos y tebeos rebuscando en la papelera y continuaban su camino. Sus ropas sucias y zapatos roídos no merecían apenas las miradas de los que estábamos allí, su olor, sin embargo, sí.

Me giré y enfrente estaba yo reflejado en un ventanal. Me vi joven, con el pelo más largo que nunca y pensé que últimamente me dejaba barba por bastante tiempo. En el reflejo estaban detrás de mí mis padres, él me ponía su mano derecha en mi hombro izquierdo, y ella su izquierda en el otro y me sonreían. Si me giraba no estaban, así que seguí mirando al reflejo por un rato y casi pude sentir de verdad el peso de su apoyo invisible en los hombros, esos que sirven para equilibrar la cabeza calibrando, acaso, la cordura.

Escuché risas y vi a un grupo de niños con gorros amarillos y mochilas rojas que se pegaban entre ellos mientras caminaban. Había tres chicas mayores acompañándoles. Dos reían con ellos, la otra no. Dos deslumbraban y la otra asumía el papel contrario, como si fuese el agujero negro del grupo poniendo empeño en deshilachar la alegría de todo el resto. Pensé en que si de mí dependiese, hacia tiempo que la habría despedido.

El que esperaba al lado mío dejó de hacerlo cuando aquella chica de

pelo anaranjado llegó. Apenas se miraron a la cara dos segundos, pero se hicieron reverencias y se fueron caminando juntos. Pensé en que quizás eran novios, de hecho por su edad podrían perfectamente estar casados y seguro que se querían con locura, pero ni siquiera se rozaron los dedos cuando se encontraron. O tal vez simplemente eran dos compañeros de trabajo que apenas se conocían.

Alguien me estaba mirando, así que miré y era otro extranjero que estaba también esperando pero por el lado de fuera de la estación. Creí por un instante en eso de que las personas podemos sentir las miradas de otras, aunque también pensé que es simplemente casualidad como cuando miras un reloj digital y ves la misma cifra en todos los números. Mantuve su mirada justo hasta que aquella chica la interrumpió pasando entre nosotros y nuestros cuatro ojos se pusieron a caminar con ella.

Era mayor, tenía un pelo negro largo, larguísimo, que le cubría toda la espalda. Llevaba una camiseta blanca ajustada que publicaba su delgadez con titulares de elegancia y una minifalda que atormentaba la imaginación. Caminaba encima de unos zapatos de tacón de altura inalcanzable, como ella misma. Seguro que esta vez no fue casualidad porque mi mirada la podía notar hasta yo, así que se dio cuenta y me respondió con la suya, y me sonrió, y me iluminó el alma... me pregunto a cuantos más habría puesto a sus pies ese mismo minuto.

Me giré para intentar recordar para siempre su manera de andar mientras se alejaba, y al hacerlo me choqué con un señor mayor que se había puesto detrás de mí tal vez para hacer lo mismo que yo. Nos pedimos perdón a la vez y él se alejó unos pasos por si acaso yo me dejaba embelesar por otra y le empujaba otra vez al verla alejarse de mí.

Entonces llegó mi amiga, me pidió perdón por llegar tarde y dejé de ser espectador para convertirme en actor. Eso sí, yo sonriendo como si me fuese la vida en ello, no vaya a ser que a alguien le de por fijarse y no esté yo iluminando la parte que me toca de mundo.

Es rara la vez en que nos paramos simplemente a mirar lo que nos rodea. El mundo corre y nos empuja, siempre hay un sitio donde estar a una hora y la prisa muchas veces auto impuesta y casi siempre sin ningún sentido, no nos deja ni siquiera pararnos a ver mirando o a mirar viendo, según se mire.

Una amiga llegó tarde, mucho más tarde de la hora prevista y aproveché ese rato de espera en una de las estaciones más transitadas de Tokio para simplemente observar a los que me rodeaban. Me di cuenta de cosas muy interesantes...

傘のおばあちゃん, エピローグ
Martes, 8 de septiembre de 2009

LA SEÑORA DE LOS PARAGUAS, EPÍLOGO

Llevaba ropa oscura cumpliendo esa absurda regla universal de los ancianos, incluyendo un sombrero negro que apenas lograba ocultar su pelo blanco. Una vez pensé que una caña era un sueño tan deseado que al no cumplirse atormentaba a la persona hasta que ésta trataba de dejar de añorarlo eliminándolo por los poros destiñiendo un poco el color que la vida tenía hasta ese momento. Hoy sé que cada caña tiene un significado diferente y que todas y cada una de ellas se sabe a pies juntillas porque está ahí aunque a su dueño se le quiera olvidar.

A juzgar por su mirada, a ella no parecía ya importarle eso de cumplir sueños porque su vida misma lo era. Debajo del sombrero había una sonrisa que le comía la cara y lo demás carecía de importancia. Me sonreía a mí, a otros vecinos, a los perros, a los coches, a los cuervos y a las nubes... A veces me daba los buenos días y yo no dudaba en pararme y devolvérselos con una reverencia que ella correspondía para darme la espalda satisfecha y seguir moviendo su escoba de ramas olvidándose al instante de mí.

Me pregunto si supo alguna vez que yo era extranjero.

Sólo recuerdo una vez que alguno de sus paraguas tuvo sentido, quizás porque ese día se olvidó de sonreírle a las nubes y éstas lloraron un poco sobre su sombrero negro que ella tapó con un paraguas del mismo color. Tengo esa imagen remachada en la memoria, la de ella vestida toda de negro mirándome quizás sin verme, y sin sonreír. Como si todos los días de su vida se hubiese estado preparando para ese momento, colocando los paraguas con cuidado sobre el guardarrail hasta que por fin llovío y a ella no le pilló de improviso. En mi mente la escena es en blanco y negro como el póster de una



película antigua. El blanco, el de su pelo y el de las nubes, el negro, el de su silueta, y todo lo demás gris, para que no destaque otra cosa.

Después no la vi más. Las ventanas de su casa dejaron de proyectar sombras de muebles que se veían desde la calle, los paraguas desaparecieron, ella desapareció.

Nevaron pétalos de cerezo al son de tambores y pasos de baile. Llovieron tifones que fueron evaporados por soles abrasadores empalmando el ambiente y la tez de las gentes. La tierra tembló una, dos, tres veces removiendo las razones por las que sigo yo aquí, pero ella nunca volvió a barrer las hojas de la carretera con su escoba de ramas, no volvió a rodearse de paraguas mirando a la gente con ojos desorientados dibujando una expresión límitrofe con el mundo de los cuerdos.

Este fin de semana una familia se ha mudado a su casa confirmando que ella no volverá.

Y yo sé muy bien que éste pelo que antes era marrón claro como todos los demás, ha perdido su color para que nunca se me olvide una de las primeras personas que no dudó en regalarme su cándida sonrisa desde que llegué. Aunque a ella sí que se le olvidase al instante cada vez.



La vi cada día durante algo más de un año, después cada dos o tres días, después una vez a la semana... hasta que no la volví a ver.

Michiko quizás cansada de escuchar la cantinela de que todavía seguía yo sin novia, quiso que conociese a una chica que decía que era perfecta para mí, "muy guapa y muy decente". La cita se canceló a última hora, pero nosotros decidimos no irnos a casa después del trabajo y quedarnos en un izakaya para hablar y escuchar, reír y quizás llorar con el trozo de vida que el otro quisiese contarnos.

Es curiosa la amistad que todavía nos une a pesar de la diferencia de edad. Además de mi madre adoptiva, Michiko se convirtió en la mejor de mis confidentes y después de aquella velada vinieron muchas más.

Repetimos la cita con aquella chica, Chiaki, unos días después... y qué puedo decir si llevamos juntos más de año y medio y seguro que para cuando estas líneas estén publicadas, si algún día esto pasa, ya estaremos casados.

Otra más que le debo a Michiko, y esta es muy grande

Viernes, 18 de septiembre de 2009

VIERNES, 18 DE SEPTIEMBRE DE 2009

2009年9月28日, 金曜日

¿Por qué ya no sueño? me pregunto mientras me incorporo desde el futón, ¿o quizás es que no me acuerdo?... como quiera que sea, es cierto que hace mucho que no recuerdo mis sueños, esos en los que aparecían capítulos de mi vida con personajes mezclados, que nunca se habían conocido entre ellos pero que interactuaban como si así fuese.

Había veces en que mi madre hablaba con mi antiguo jefe y lo hacían en japonés, ella hasta con acento extremeño, y todo parecía normal.

Pero esta mañana parecía que hacía una eternidad desde el último sueño. Sin ser bueno ni malo, sólo raro. No importaba demasiado, hoy es viernes y había quedado con Michiko y una chica que me quería presentar en Ikebukuro. Apenas sabía nada de esta historia, pero me dejé llevar hasta el punto de estar entusiasmado, tanto, que



planché la camisa blanca de manga corta que tan bien creo que me queda antes de salir de casa.

Afeitado y con gomina pedaleé los cinco kilómetros que me separan de la oficina, pero hoy con calma para no sudar más de lo normal no vaya a ser que el olor del aftershave fuese anulado antes de tiempo. Cuatro, cinco, seis, nueve... cuando la bici tratando de no olvidar la combinación y entro en la oficina. Saludo y de cinco personas me lo devuelven tres, no está mal, haremos una raya en la pared.

Michiko me pregunta si he leído el correo, le digo que no y entonces me cuenta que la chica no puede venir, que mañana tiene que madrugar y que mejor otro día con más calma. Miro la camisa semiarrugada y me río, le cuento lo de la plancha matutina y nos reímos juntos, después le pregunto si tiene algo que hacer, que ya me había hecho a la idea de no irme a casa después del trabajo. Me dice que si no me importa ir con ella, que encantada, le digo lo mismo, nos volvemos a reír. Nadie nos entiende porque hablamos en castellano, y con esa complicidad implícita frente al resto quedamos a las seis y media cerca de la estación de Meguro.

Llego tarde, como un cuarto de hora porque mi ordenador no va todo lo rápido que yo creía, o porque me propongo hacer más cosas de las que debería, no sabría decir. Pero llego, le pido perdón y ella le quita importancia riéndose como siempre y preguntándome por temas de trabajo. Pienso en que el mundo sería maravilloso si todo el mundo fuese como ella.

Llegamos al izakaya y nos sentamos, pedimos dos cervezas y entonces nos falta tiempo para hablar. Ponemos un poco a parir a los demás de la oficina, no demasiado, a cada cual lo que le toca como harán ellos con nosotros. Y van llegando platos, y se van vaciando las jarras y llegan otras relajando la vergüenza y relativizando el respeto.

- ¿Te acuerdas del día que llegué? yo estaba muy cansado y me moría de sueño

- ¡Si me acuerdo! te abrí la puerta y llevabas una playera roja con un muñeco en la espalda, y dos maletas enormes, y mientras esperabas al jefe dabas cabezadas en la mesa del sueño que tenías. Ese día no te dije nada, pero parecía que habías llorado mucho

- Fíjate, tenía tanto miedo que el chico que había a mi lado en el avión tenía que estar asustado. Pero imaginate, dejaba atrás mi vida anterior para empezar desde cero una nueva. Ya había estado en Tokio una vez, como sabes, pero fue acompañado. Ese día llegué

sólo y no tenía ni idea de nada de lo que iba a pasar.

- ¡Qué me vas a contar que me tiré diez años en México! Me acuerdo que Eric te acompañó al hotel al que ibas, ¿te acuerdas de Eric? ¡mira que era raro el francés!

Alguien grita al lado, es una chica que está borracha. Michiko la mira fijamente, se la nota molesta

- ¿Por qué tiene que hablar así?

- ¡A gritos! pues estará borracha, no le hagas caso

- No es sólo eso, dice palabras muy feas, como si fuese un hombre, ¡pendeja!

Su acento mexicano me suena bonito, casi poético. Alguien nos interrumpe, una chica vestida con escasa ropa de cuero blanco nos pregunta si fumamos, le contestamos que no y se va disculpándose por habernos interrumpido. La miro irse y me arrepiento de no fumar. Michiko me ve:

- ¿Le decimos que vuelva?

- Es que vaya vestidito que me traía... ¡si hace falta fumar se fuma!

La miro reirse y cómo se le acentúan las arrugas alrededor de los ojos que se le empequeñecen aún más. Con alguna jarra más de cerveza, llega su turno y no sé cómo la conversación empieza a girar en torno a su vida en México. Diez años, algunos atracos, un terremoto y mucho corazón.

- Voy a volver el año que viene, aunque mi madre se enfadará -al decir esto, sus manos hacen el gesto de poner cuernos, creo entender que es la manera de gestricular el enfado- porque dejaré a mi padre sólo, pero quiero ir aunque sean dos semanas

- Claro que sí, dos semanas no van a ningún lado y te lo mereces -me pregunto si estaré hablando más de lo que debería- desde que tu padre está en el hospital no haces



otra cosa que estar pendiente de ellos, no creo que pase nada porque vuelvas y así te olvidas de todo un poco

Me da la razón y aunque siempre me la da, ésta vez sí que creo que la tengo aunque la sensación de hablar de más sigue ahí. Vuelve la camarera, trae más platos y más jarras.

No me había fijado en ella, no es que sea especialmente guapa pero sí que es resultona... pienso en que a veces me gustaría no estar tan sólo.

- Qué pena que no haya venido hoy Chiaki, creo que te habría gustado -dice como leyéndome las pupilas
- Bueno, pero si hubiese venido ella, seguro que no hubiésemos hablado de todo lo que llevamos ya hablado, así que no pasa nada

Mis dos años y medio de esta nueva vida pasan ante nosotros, recordamos muchos momentos juntos y separados, nombramos personas que ya no están con nosotros, compañeros y compañeras que compartieron parte de sus vidas con las nuestras y de los que no sabemos nada. Nos desciframos mutuamente un poquito más hasta que finalmente nos despedimos con un abrazo enfrente de personas que normalmente no se abrazan por la calle. Ella se va en tren, pero antes de doblar la esquina se vuelve y me mira diciéndome adiós con las manos. Le devuelvo el saludo y me vuelvo a casa sólo una vez más.

Mirando al cielo pienso en lo distinta que sería mi vida aquí sin ella. Entonces empiezo a bajar la cuesta que me lleva hasta la bici detrás de tres japoneses con traje que están borrachos y rien y fuman y me obstaculizan el paso. Yo rebusco en mi bolsa, pongo música al azar y doctor beso me recuerda de donde vengo aún estando donde estoy.

"Tuviste que decirme adiós, calles hundidas a mis pies para echarte en falta hasta la muerte, y yo bailando al ritmo de mis zapatos negros como una veleta fiel al viento..."

Y bajo la luz de la luna caen algunas lágrimas de mis ojos. Lágrimas de felicidad y de tristeza, de dicha y de desdicha, de amor y de soledad. Lágrimas que me recuerdan lo que tenía, lo que tengo y que anuncian, desafiantes, lo que tendré.

Y yo sigo mi camino. Con ellas.

"Vamos a engañarnos y dime, mi cielo, que esto va a durar siempre..."



下北沢の女子

Domingo, 18 de Octubre del 2004

LA CHICA DE SHIMOKITAZAWA

El día que compré la cámara de fotos grande decidí dar una vuelta por Shimokitazawa porque por aquél entonces la energía y la ilusión con las que cogía los fines de semana todavía no entendían de obligaciones y rutinas. Eran otros tiempos, a veces pienso que mejores aunque no los cambiaria por los de ahora de patadas de karate y bailes de Yosakoi cuyo sudor tiene, a menudo, más que ver con el corazón que la propia sangre.

Recuerdo una lista interminable de barrios de Tokio que iba recopilando durante la semana. A veces los veía por internet, otras me los contaban y yo siempre lo apuntaba todo. Cuando llegaba el viernes por la noche elegía uno, normalmente al azar, y copiaba los datos a lápiz en el reverso de unos papeles de origami que hacían las veces de postit: líneas y estaciones de tren, horarios, tiendas... Nunca pude hacer nada más que la grulla con ellos, pero supe darles un buen uso. Al fin y al cabo componían las figuras de mis fines de semana.

Las pupilas saben que el escenario es el mismo, y el personaje principal sigue siendo el que sale en mis espejos, pero es claro que la función parece haber cambiado de acto y no ha lugar volver atrás porque aquello ya se representó con éxito. Hoy los sábados son de karate y los domingos de Yosakoi aunque siempre haya entreactos en papel de origami y esperanzas con agujetas.

Había mucho de arrepentimiento aquél día, y los venideros, por haberme comprado una cámara que necesitaba de mucho más que un bolsillo para acompañarme, y supe entonces que el dineral que me había costado iba a costar ser amortizado entre tantos botones y ruedas

porque seguramente el modo automático iba a mirar por encima del hombro a las ganas, o la pereza, de aprender a manejarla.

Quizás para tratar de olvidarme de tan caro, pesado y aparentemente inútil colgajo, decidí que ya iba siendo hora de marcar el teléfono que aquella chica me había enviado después de unos cuantos intercambios de mensajes con más mensaje que letras escritas. Siempre habíamos bromeado con que no nos íbamos a poder entender porque ella no hablaba inglés y yo tampoco japonés, pero que seguramente nos llevaríamos bien porque, al menos en aquellas palabras escritas en pseudoinglés, parecía que nuestros templos entendían a templarse mutuamente.

La llamada fue un desastre y acabó conmigo esperándola en la salida de la estación opuesta a la que ella me explicó de mil y una formas.

- Don't move, ne, ima ikimasu kara -me dijo
- Ok -contesté a lo primero, con esperanzas de que lo segundo fuese lo que yo creía haber entendido
- Osukaa? - escuché al de unos minutos- halooo

Cuando me giré vi a la chica más guapa del mundo y pensé que si era ella de verdad, entonces iba a pasar todas las noches de mi vida en vela estudiando japonés para poder seguir viéndola el máximo de los latidos que me quedasen. Me dolían los ojos a causa de su sonrisa y si los cerraba la seguía viendo porque ya me había cegado para siempre jamás. Su piel morena se burlaba de cualquier tópico, su pelo parecía dibujado y colocado al milímetro sobre aquellos ojos tan distintos a los míos, que no podía dejar de mirarlos.

- Haloooo, nice to meet you finally -me dijo como pudo
- Very nice to meet you -dije como pudo esforzándome el doble que ella por hablar y no sólo por el idioma.

Después fuimos a un bar, un irlandés de éstos que tan buena suerte me traen y pusimos dos jarras de cerveza negra entre nuestras sonrisas, la mía la más estúpida del mundo, la suya haciéndole competencia al sol.

Yo no era yo. Era verano y tenía frío, y habría tenido calor de ser febrero porque mi cuerpo estaba desajustado por no saber qué hacer con todo aquello que le llegaba por los sentidos.

No fuimos capaz de acabar ninguna frase por culpa del idioma, pero el punto y coma lo poníamos riéndonos en todas y cada una de ellas.

Y parecía tan de verdad que yo me lo creí por si acaso.

Quedamos algunas veces más después de aquella, y yo siempre llevaba la cara de tonto puesta desde casa. Hasta que aquella mañana de domingo en el parque de Yoyogi dijo que quería hablar conmigo. Sonó tan serio que estuve nervioso, más si cabe, desde el primer minuto que la vi. Bajo el cotilleo omnipresente del sol paseamos durante largo rato hasta que nuestras piernas acabaron tomándose una tregua consentida en un banco. Allí me cogió de la mano derecha con su mano izquierda y puso la otra encima. Todo el calor del mundo se fue allí, a esos cinco dedos que daban envidia, de la mala, al resto del cuerpo. Beseé ser tan pequeño como mi mano y poder recostarme en una y taparme con la otra para dormir allí acurrucado para siempre.

Costó mucho, muchísimo, que empezase a hablar, y yo que sabía que lo que fuera que fuese que me quería decir tenía que ver con grietas y ventrículos, esperé pacientemente atesorando el tacto de sus manos mientras respiraba el olor pregonero de su silencio agridulce.

- Hace tiempo que te quiero decir algo -su inglés sonó perfecto, se notaba que se lo había preparado- y es que tienes que saber...
- Ya está, se acabó, un mes había durado el sueño y ya iba siendo hora de despertarse -dijo mi mente- Si, dime -camufló mi garganta.

Con una lágrima quitó el pestillo y las puertas de su alma se abrieron dando un portazo por la corriente provocada por sus miedos y temores. Habló de nacionalidades y de personalidades, de futuros hipotéticos y almas partidas en trozos que nadie supo juntar de nuevo del todo. Y todo sonó tan razonable, tan poco a mentira, que no pude más que acatar todos y cada uno de sus secretos.

Y de doloroso acuerdo, no nos volvimos a ver más que entre las líneas de algún mensaje que todavía hoy compartimos entre primaveras y otoños.

Ahora yo también guardo un secreto. Y es que la veo a veces cuando amanece sin nubes y después de mirar al sol por un segundo. Vuelve su sonrisa a rubricar mis párpados por el lado de dentro.

Aquella temporada estaba metido en muchos jaleos, quise abarcar mucho y sin embargo apretar más: karate, Yosakoi, ceremonia del té, estudiar japonés... había demasiado que hacer siempre y aunque la mayoría de las veces la sarna ni siquiera picaba porque nunca había dejado de gustar, si que había momentos en que solo quería quedarme en casa sin hacer nada más que mirarme el ombligo.

Una tarde después de volver de Yosakoi tuve uno de esos momentos y pensé que antes vivía no mejor, pero si más tranquilo. Nao-chan me vino a la memoria y decidí escribir sobre ella para desclavararme esa preciosa espina de una vez por todas.

あなたはいるから、光る

Miércoles, 4 de noviembre de 2009

BRILLANDO POR TU PRESENCIA

Fui el tercero de la lista de los tres hijos de mi madre, aunque ejercí del mediano a expensas del mayor según me convenía y eso que me quedé a medio crecer entre cuatro casas, siete bares y un polideportivo que quedaba lejos.

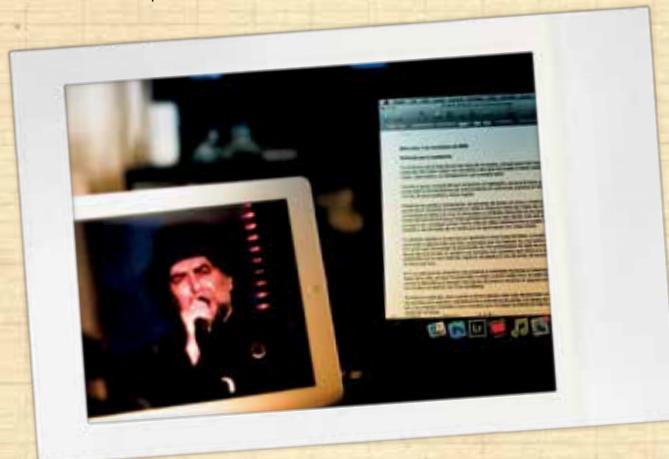
Heredé el gusto musical del que compartía mi habitación, aunque él decía que era suya, y empezaste a acompañarme por entre andenes en polvorosa, pupitres en tela de juicio y noches de picos pardos y lunas negras.

Hablabas de poetas y aeropuertos, de placeres de besos sin amor y mentiras de obligado acatamiento mientras yo buscaba un atajo a Jauja por entre las líneas de mis manos. Levantabas la falda a la luna, te abrazabas a verdades desnudas de tus feas en hoteles dulces de amores furtivos y horas secretas porque se iban dando más allá de las diez. Y yo seguía sin conseguir poner mucho más de metro sesenta entre la suelas de mis zapatos y las entradas de mi frente que se agrandaban con cada intento.

Tu velabas veladas a la vez que yo aprendía a mirar fuera de tiesto, a invertir en velas para estar a alguna más que dos, a provocar que me bajasen de una hostia los humos, con acné, que intoxican la poca ilusión de mis amaneceres de tests de autoescuela.

Aquel día tu le hiciste un quiebro a la cerrajera con guadaña que venía a tu derribo, y apareciste con la cara redonda, cigarrillos de plástico y voz de antes del amanecer. Y todos te dímos por vivo.

A mí un juez que se creía dios me condenó a soledades forzadas al desamparo de las leyes de la vida, aunque he aprendido a violar.

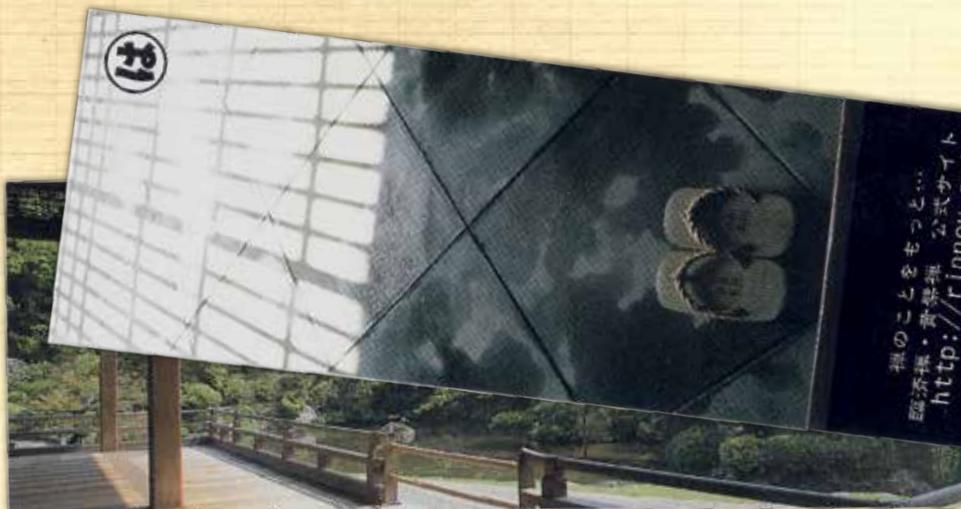


cuando nadie mira, la orden de alejamiento contra la felicidad que también me impuso de propina mientras tu seguías componiendo tus sonetos de alterne con rima canallesca.

Té traiciono cada día, pero cuando el ánimo decide volar bajo dándome las con queso, te las apañas para aparecer aventándome tu aritmética de pareja, tus doses de más de un par y tus infames verdades como incordios que me dejan la crisma sin blanca y me acartonan el dique.

Y es que, Joaquín, la gran mayoría de mis lágrimas han brillado por tu presencia.

Todo un gusto poder sentirte de nuevo ahora que llega el maldito invierno maquinando cómo cuartearme el talle desde dentro.



La mayoría de la música que todavía hoy escucho no es muy diferente de la que escuchaba mi hermano, es lo que había en casa en aquellos años 90 en los que uno trataba de sobrevivir al cambio de hormonas.

Dire Straits, Queen... y Joaquín Sabina. Las canciones de Sabina me han acompañado desde entonces, me han hecho llorar, me han emocionado y sobretodo me han inspirado mucho más de lo que quizás me doy cuenta. Al margen de la música, no creo que sus letras tengan rival. Siempre pense que escribía canciones de amor, pero no del amor de las películas, sino de amores imperfectos, honestos, sinceros, llenos de problemas tan humanos como reales.

Cuando me enteré que sacaba nuevo disco, quise escribir todo lo que había supuesto para mí el flaco.

http://rincon...
経済学・政治
のことをやつす
日本語訳本
http://rincon...

ESTA MAÑANA, LA DE HOY

Mi hermano Javi abre el regalo y nos regala sus carcajadas, ésa que suenan entre sinceras y fingidas dos a dos, pero de inmensa felicidad contagiosa.

- Como te pasas, titi — me dice entre medias, y yo medio emocionado le hago coro mientras encuentro la mirada de mi madre que parecía estar buscándome desde hace una eternidad.

Entonces me despierto...

La camiseta verde lo es unos tonos más oscuro en el lado izquierdo de mi pecho, como si los latidos hubiesen costado el doble.

He sudado, pero tengo frío.

No...

No puede ser que otra vez empiece mis mañanas de ésta manera... con un corazón escarchado que cada vez cueste más cafés caldear.

No puede ser, todavía no, por favor.

El regalo para mi hermano todavía descansa encima del tatami, junto a los narukos de Yosakoi y el cinturón de karate. A veces creo que bastaría un vistazo a mi habitación para saber, con bastante exactitud, qué hace y cómo es el que allí vive. Me gusta esa sensación de calidez que da tener todo lo que soy yo sin encerrar entre armarios, porque cada vez que deslizo la puerta, me encuentro de golpe con lo que está formando mi vida en este momento. Es como un lienzo cambiante de mi mismo que puedo contemplar siempre, decidiendo qué pinceladas sustituirán o cubrirán a otras sobre la marcha de ésto que es vivir.

Como sé que pasará todos los días



de este invierno, bajo las escaleras con un empacho de melancolía y café, de nostalgia y galletas, de frío y de frío. Y por una alfombra de hojas marrones camino ausente bajo la lluvia que, gota a gota, marca el ritmo de mis pasos en el paraguas.

Esbozo una mueca de sonrisa triste al acordarme de mi hermano. A veces alguien viene a visitarme por dentro y se queda acompañándome un rato en mi deambular por las horas. Hoy parece que toca Javi y los paseos con su mano en mi hombro, las canciones de Sabina que cantábamos a medias, las cosquillas que provocaban lágrimas opuestas a las de ahora...

Hay días en que cuesta verle el mar a la playa, y lo que queda es un desierto.

Ya estoy sentado en el tren y no puedo dejar de mirar, sin ver, al suelo. No quiero levantar la vista porque a nadie le interesa saber que está un poco más empañada que los cristales, así que busco algo de música que me distraiga de mis recuerdos. Suenan dos o tres canciones y de repente me oigo a mí mismo leyendo la historia de aquella chica que me regaló su olor durante un mes, y me quito los auriculares con rabia... ¡basta de melancolía por esta mañana! \$ 〒〒〒

Descubro de golpe que la chica del paraguas amarillo que tengo delante me está atravesando con sus ojos, parece que lleva leyéndome desde que me senté cuatro estaciones atrás a pesar de mi esfuerzo por aparentar lo que los demás entienden por normalidad.

Ya en el andén camino de la oficina la busco por entre los cristales, y encuentro su mirada que sostengo hasta que el tren decide aburrirse de la parada rompiendo de un pitido nuestra pequeña y breve complicidad.

Pero antes creo leer en ese otro par de ojos tristes que no... que ésta mañana, la de hoy, tampoco es la suya.

A veces, simplemente no funcionan las cosas. O quizás si lo hacen, pero uno se siente bajo y no es capaz de ver lo que tiene alrededor. O quizás si lo ve, pero no lo mira. O si lo mira pero no importa lo que se ve, porque esos días poco más importa que llegar de nuevo a casa a esperar al siguiente.

A aquella chica la conocí por dos meses en los que aunque estuvimos juntos, los dos sabíamos que se iría del país para no volver en mucho mucho tiempo. Aún así decidimos ser el uno del otro aún sabiendo que iba a doler incluso la sola idea de pensar en su inminente partida.

Durante ese tiempo, mira por donde, se me compensó el invierno.



ビロの左側に

Sábado, 5 de diciembre de 2009

A LA IZQUIERDA DEL CERO

Cuando el cielo amenaza nostalgia y siempre comunica el teléfono de los sueños porque no se quieren poner.

Cuando lo de fuera es mentira y lo de dentro sólo mío porque nadie llama.

Cuando las pestañas pesan de más lastrando los párpados y uno es la mitad de lo que fue, y ya no hay olores que sepan, ni sabores que huelan, ni sonidos que ver, ni más paisaje que recuerdos de colores claros del pasado superpuestos en un mundo de tonos que caducaron ayer.

Cuando las horas vocean a los cuatro vientos que están limando la vida por real y cruel decreto de los días, y lo que se pone al buen tiempo es mala cara y al mal tiempo, lágrimas.

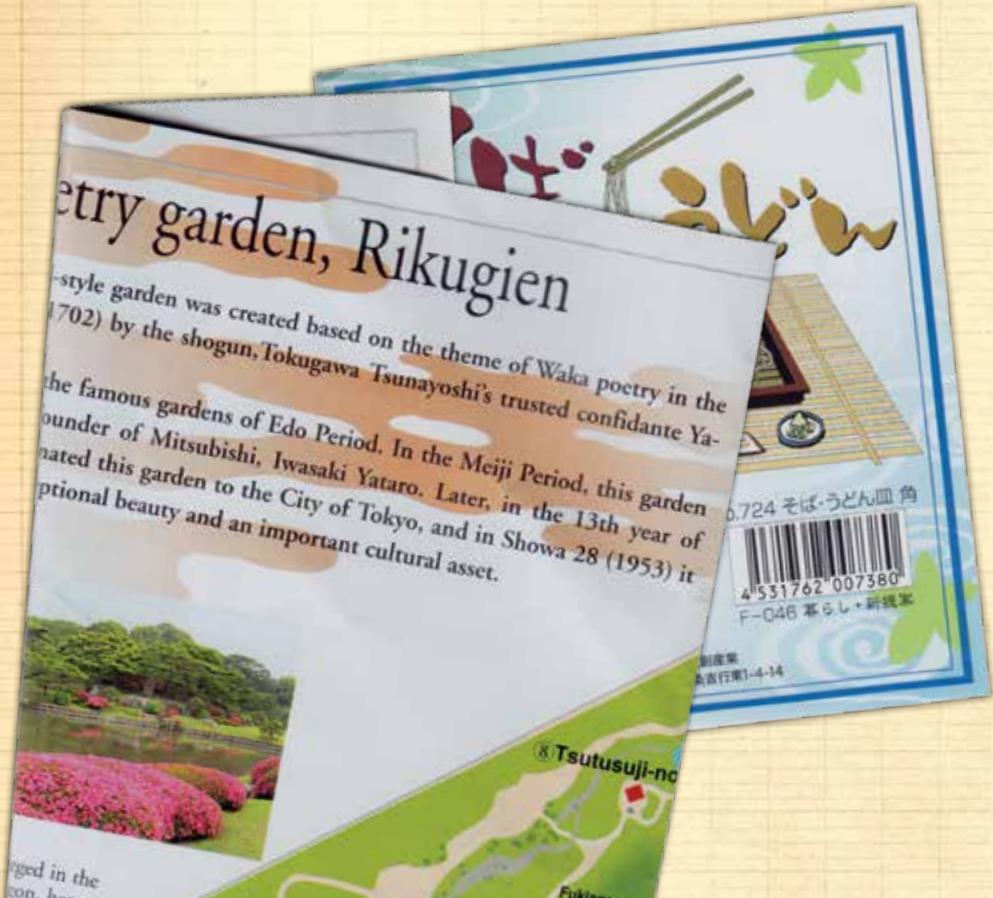
Cuando ser es nadar en un río revuelto donde ni los pescadores se acercan porque hay un tipo que sólo ve empañado y les mira con la cabeza bien baja.

Cuando sobre las ríes ya no importan los puntos y empieza a dar igual que haya ríes, llegas tú y vas y lo das todo por posible, y

me haces estar a tus anchas, y traes las llevadas que sacan las cuentas haciéndome pasar, de la mano, al otro lado del cero.

Los dos sabemos que te irás pronto, pero, ¿sabes?, da igual porque ya me has vacunado del invierno y sé que podré seguir con esto tan mío de ir apretando mucho más de lo que abarco.

Aquí me quedaré cuando pase, intentando, una vez más, que dejen de salir mis restos en todas las divisiones.



CONVERSACIONES CON UN GAIJIN

En el baño de un izakaya, un chico alto y muy joven me habla mientras los dos ejercemos la actividad miccionante:

- Are? Gaijinsan desu. Hellooo (hotia! un extranjero!! hola!!!)
- Jajaja, hello, konbanwa
- Hoy hay un montón de extranjeros cenando aquí!
- Pues si que hay si, ¿porqué será?
- Jajaja, vete a saber, oye que bien hablas japonés
- Buff, que va que va!... Hasta luegooooo.
- Hasta luego!

Después nos cruzamos dos o tres veces más y nos saludamos riéndonos.

En el combini de la esquina la hija del dueño que me conoce de sobra aparece con un niño pequeño que viene donde mí corriendo, y yo le hago monerías:

- Mira mira, es un gaijin, viene del país del fútbol
- Jajaja, país del fútbol, y dale
- Yo soy su abuelo
- Si? pues es muy majo, se ríe mucho!
- I'm his grandfather
- Si si, si ya lo había pillao
- Pero España es el país del fútbol, ¿no?
- Será, pero a mi no me gusta nada
- Jaja, por eso huiste a Japón, ne?
- Jajaja, ja



En Honmonji, una niña de unos tres años me mira toda sorprendida y me señala directamente mientras le hace gestos a su padre:

- ¡Mira mira!
- ¿Qué dices hija? ¿Quién es, un profesor tuyo? -la niña no contesta pero me sigue señalando
- Holaaaa -digo yo
- Holaaa -me contesta el padre- perdón....
- Jaja, nada nada

Y la niña se esconde detrás de él sin dejar de mirarme asustada y sorprendida a partes iguales...

En el supermercado de mi barrio, montó en la bici con un par de bolsas mientras dos chicas con uniforme escolar me miran y dicen a gritos:

- kakkoi!!!!!! (¡cómo mola!)
 - Arigato
 - Are? ¿hablas japonés? ¿de dónde eres? ¿¿cómo te llamas? ¿vives aquí? ¿qué has comprado? ¿te gusta Japón? -me asalta una, la otra me saca una foto con su teléfono móvil
 - Jajaja, si yo sólo he venido a comprar huevos!, pero sí, vivo ahí al lado, vengo de España y me llamo Oskar
 - Oskar!! como el de Berusaiyu no bara!!! jajajaja (es un anime que por lo visto es famoso aquí y cuyo protagonista se llama Óscar)
 - Eeeeh, siempre me dicen eso, pero el del anime ese es una chica!!!
 - Jajajaja, es un nombre muy kakkoi!!!
 - Arigato, bueno, que voy a ver si ceno
 - Ja ne, bye byeeeeee
- (kakkoiii siguen diciendo a dúo mientras me voy)



En un restaurante en el barrio chino de Yokohama con una amiga, un señor muy mayor me ve y le habla a mi amiga, que es japonesa:

- Es americano, ¿Verdad?, ¿le gusta Japón?
- No no, viene de España

Al hombre le cambia la cara, de repente deja de dar la sensación de estar incómodo y me empieza a hablar a todo meter:

- España, Gaudí, San Fermín, Tomato matsuri, matador ¿te puedo hacer una pregunta?
- Jajaja, si, si, claro
- ¿En España se come el rabo del toro?
- Si que yo sépa, en estofado o así
- Es que yo soy carníero y estoy muy interesado en saberlo porque creo que es un manjar -después suelta unas parrafadas sobre el noble arte cárnicoy acaba con un...
- ¿Es tu novio? -le dice a ella
- No no, jaja, es un amigo
- Pues tiene cara de buena persona
- Menuda cara tonto tengo que tener -pienso yo.

En el tren, me siento y dos señores mayores entrajetados que están enfrente, visiblemente borrachos, me miran y ponen cara de mofarse:

- Mira un gaijin, por qué tendrán que venir aquí!!!!, seguro que no tiene ni idea de japonés
- Mejor que no aprenda y que se vaya a su país. kusai (huele mal!)

Les miro directamente para que sepan que les he entendido, me sostienen la mirada y me dice uno envalentonado:

- What?
- Nada nada

Se miran entre ellos y se rien triunfantes sin darse ni cuenta

que les he contestado en japonés. La gente de al lado pasa de todo, finalmente me levanto y cuando voy por el andén y les miro, uno me hace el gesto de levantar el dedo anular desde el tren.

En una cena con los del Yosakoi:

- Figo, siéntate aquí
- Jajaja, ¡que yo no me parezco a Figo en ná! es como si yo digo que tu eres igual que Bruce Lee
- Mukatsuku jan! (será cabrón!)
- Yo creo que se parece a Tom Cruise -dice una- cuando se ríe, Oskar ríete
- Eso Figo, ríete
- Jodeee que cruz!! aunque si me dais a elegir me quedo con Tom Cruise -me río
- Si si, a Tom Cruise!! -y hace la música de misión imposible y el gesto de tirar las gafas de sol que explotan
- Claro y como me parezco tanto a Tom Cruise por eso estoy más sólo que la una, ¿no?
- Eso es porque no te gustan las japonesas porque las españolas tienen más caderas y más pecho
- Si, estamos como para discriminar nacionalidades... — pienso yo

En una cena con los de Capoeira, hablo con un chavalico que no tendrá más de 20 años:

- ¿España? pues yo estuve en Salamanca
- Seguro que llamaste la atención, al ser japonés... ¿fuiste a algún bar?
- Si, y me venían a hablar mucho, ¡se acercaban por mi dinero!
- Si, por eso va a ser... — pienso yo mientras me cambio de sitio...

El domingo con una amiga paseando por Shibuya:

- ¿Entonces, ya te has acostumbrado a vivir en Japón?
- Supongo que si, pero a veces me doy cuenta que soy el único extranjero y me siento incómodo, aunque nadie me diga nada ni a nadie le importe. Mira, por ejemplo ahora mismo si paras el tiempo, seguro que sólo estamos aquí mismo dos o tres. Es raro.
- Ya me imagino... tiene que ser duro
- No, no es que sea duro, impresiona un poco, y sólo a veces... encima esto es Tokio y nunca pasa nada, el caso contrario en España sería mucho peor.
- Pues el caso es que para mí tu no eres un extranjero, eres Oskar, sin más
- Ojalá todos pensásemos de esa manera... tu para mí eres Naoko, y ya.
- Algo tan simple y tan complicado a la vez...
- Cierto, muy cierto



Vivir en Tokyo siendo extranjero cada vez es menos raro: somos muchos, quizás es la ciudad de Japón donde más acostumbrados están a vernos. Lo que no quita para que de vez en cuando se sigan dando situaciones curiosas, cuanto menos.

またね。。。さよなら。。。おそらく永遠に

Martes, 22 de diciembre de 2009

HASTA LUEGO, ADIÓS... QUIZÁS PARA SIEMPRE

Apenas un mes después de mirarte mirándome con tus ojos por primera vez en aquellas escaleras, te casaste conmigo por accidente pactado, y en menos de una semana ya nos hemos divorciado a propósito, como dijimos. Y aún sabiéndolo, hoy me he pillado por sorpresa echando tu ausencia de más al preparar un café de menos.

Vuelta al futuro impar, a una taza, un cuenco y un sólo par de palillos por fregar del desayuno, a tres de cuatro agujeros vacíos en el vaso del cepillo de dientes, a la abolición de los turnos del baño, a que sobre cena y falten mantas, a callar después de las diez, a que las velas duren el triple, a las ganas de quererte sin conocerte, a cultivar polvo en las copas de vino, a que el espejo omita tu

reflejo y parte del mío, a renovar el contrato de exclusividad con el frío de la mañana, que vuelve a ser mío del todo mientras te busco en otra cara por cada calle.

Venías con fecha de caducidad, como bien daba a entender esa frescura con la que me traías tanto



calor. Y te fuiste por donde fuera que viniste, dejándome una cana más en la barba por debajo de estos labios de nuevo huérfanos, y con mil cinco sueños que resoñar, uno por beso y noche.

Le he hecho prometer a la almohada que me guardará tu olor un poco más, e incluso con la tortura de no respirar tu aliento, duermo feliz de haberte podido perder porque eso es que antes tuve el privilegio de encontrarte.

Te veré pronto por última vez, cuando el hasta luego se convierta en el adiós que me dejará un quizás tallado en el talle para el más eterno de los siempre.

Ya sabíamos que se iba a acabar, porque estaba claro desde el principio y finalmente llegó el momento de encarar la última vez que nos íbamos a ver.

Recogiste lo tuyo el fin de semana anterior. Yo me sentía ilusionado pero triste, contento pero ya melancólico te echaba de menos hasta cuando estaba esa última vez contigo porque sabía que ya te estabas yendo.



LA CHICA DE ENOSHIMA

En esto tan nuestro de respirar todos los días, a veces toca poner a los cambios buena cara, y es que cada vez uno se da más cuenta de que nada es para siempre. También es verdad que si se tiene siempre presente que esto es así, cada bocado de aire que entra en los pulmones como que vale un poquito más, porque ese aire ya no tendrá el mismo sabor con el tiempo, para bien o para mal, así que merece la pena aprender a saber saborearlo.

Y también es cierto que en época de cambios a uno le cuesta soltar amarras y parece que vamos navegando hacia lo nuevo con lastre. Uno se aferra a lo que ya no es, y los recuerdos se recuerdan de más, apareciendo a traición en nuestros ojos reflejados en las ventanas, en cada paso, en cada nube.

El domingo, sentado en el tren camino de Yokohama, me acordé de la chica del pendiente en la nariz con la que compartí una noche de verano hace ya más de dos años.

Cuando llegué no tenía amigos en Tokio, y tampoco echaba eso de menos, digamos que necesitaba enfrentarme a mi nueva vida pongamos que lo más sólo posible, porque tenía mucho en qué pensar. No dejaba de ser curioso, porque conocía el lugar de sobra, así que no hacía falta que nadie me dijese cómo hacer las cosas, o a qué lugares ir, no echaba de menos a nadie porque echaba a todos de más, no quedaba con nadie porque no había nadie con quien quedar, ni falta que hacía.

Sea como fuese, prefería alinear mi soledad premeditada un poco más allá de las paredes de mi casa, y procuraba estar siempre en la calle. Esa tarde me fui directamente a Enoshima y me recorrió la isla hasta el final. Como el camino es único, y el ritmo de cada uno es distinto, al final nos acabamos conociendo más o menos todos los que estábamos en el paseo, cruzándonos aquí y allá según donde nos parásemos a curiosear con más calma alguna parte del recorrido.

Compañeros anónimos de paseo entre los que estaban dos ancianos, él con bastón, ella con sombrero, que andaban con paso ligero, había dos o tres parejas de diferentes edades, y después destacaba el grupo de chicas de aspecto grunge que no hacían más que sacar fotos a todo armando mucho ruido con sus gritos y risotadas. La verdad es que molestaban bastante y mis paseos por aquél entonces buscaban mucho el silencio que me permitiese escuchar el ruido de dentro, así

que apreté el paso para tratar de poner distancia entre ellas y la paz que se suponía que tenía el lugar.

Enoshima es famosa, entre otras cosas, por tener muchos gatos que, por lo visto, son un problema para los establecimientos y habitantes de la isla. A mí me gustan los gatos y me paré a acariciar a uno que estaba en un lado del camino: era muy gordo, tanto que parecía imposible imaginarse haciendo cosas de gatos... justo hasta que las chicas doblaron la esquina y nos alcanzaron coincidiendo con una estruendosa carcajada que nos asustó a mí y al animal que se perdió entre los árboles de dos saltos físicamente imposibles.

Ellas se dieron cuenta, pero no dijeron nada aunque, a su manera, expresaron cierta mezcla de malestar y disculpa guardándose para ellas su alegría sonora el rato que pasaron por mi lado.

Las horas parecían haberse dormido a ratos, pero empezó a anochecer y yo acabé sentado en la playa de Kamakura con una cerveza mirando al mar. Compré seis, y la que tenía en la mano era, por lo menos, la tercera de otras tres que planeaba beberme encima de aquella arena negruzca mientras trataba de dejar de pensar.

Ahora me doy cuenta, una vez más, de cómo añoro el calor del verano, a pesar de que aquél momento estuvo lejos de ser el más feliz de mi vida.

Entonces pasó una de las chicas del grupo de antes, pero sin grupo que le corease las carcajadas. Llevaba un pantalón de camuflaje que me pareció muy pasado de moda junto a una camiseta blanca rota aquí y allá dejando entrever partes de su espalda.

Tenía un pendiente en la nariz y un pañuelo azul en la cabeza por el lado de la frente que conseguía que todo su pelo de color caoba colgase hacia atrás, aunque tampoco demasiado porque no lo tenía muy largo. Andaba descalza con sus dos botas negras en las manos, y en su cara creí leer cierto aire melancólico... aunque a ver quién no lo tiene si se está mirando en solitario al mar...



Pensé que sería bonito que me reconociese y se sentase a mi lado para hablar un rato sobre cualquier tema, aunque fuese irrelevante como los gatos de Enoshima o de lo distintos que somos, y que, como pasa en las películas, acabásemos apoyados en el muro abrazados en silencio mirando al mar.

Lo que habría dado en aquél momento por un abrazo...

Pero pasó de largo, claro, creo que ni siquiera me vio y si lo hubiese hecho, desde luego no iba a querer acercarse a un tío que está en medio de la nada rodeado de latas de cervezas ya más vacías que por vaciar.

Menuda estampa. Vaya una manera de hacer amigos... daba igual, total, el día ya vino así de roto desde casa, más bien se trataba de desescombrar lo que alguien abandonó dentro de mi corazón porque de seguir acumulándose, lo iba a quebrar todavía más y aunque maltrecho, era el único que tenía y ya iba siendo hora de que me sentase delante de él y averiguásemos entre los dos para que iba a valer que siguiese latiendo.

De repente, mientras la espalda de la chica se alejaba diciéndome adiós, empecé a llorar.

Lloré mucho y de muchas maneras, lloré a veces con rabia apoyando la cabeza en los brazos y haciendo más ruido del que querría y también lloré despacio, con calma y en silencio mirando al mar. Me vacié por los ojos de tal manera que sentí que me ardían, que me ardía toda la cara, que me ardía el alma como si no fuesen a quedar más que las brasas de mi.

Eran lágrimas de derrota, porque así me sentía: vencido, sin fuerzas y lo que era mucho peor, sin ganas de tenerlas.

Ya era totalmente de noche, pero yo seguía allí sentado tratando de que la brisa marina me recompusiese el gesto, de que no se notase que acababa de morir de pena unas veinte olas antes. Estaba borracho, no demasiado, pero si lo suficiente como para tener la brillante idea de querer fumarme un cigarrillo y de alguna manera me encontré caminando hacia el pueblo. Tiré las seis latas, una a una, al contenedor correspondiente y compré dos más, de las grandes esta vez, un paquete de cigarros mentolados, un mechero de plástico de color naranja que todavía conservo y un cenicero portátil que parecía más una pequeña cartera.

Y empecé a caminar hacia la playa de nuevo, aunque no tenía intención de bajar a la arena, sino de quedarme en uno de los bancos de al lado de la carretera. Me hice fuerte en el de más a la derecha, me descalcé y empecé a intentar acordarme de cómo se fumaba cuando vi una espalda que me resultó familiar... parece que yo no era el único que se

resistía a dar por terminada aquella noche.

Con cierta sensación de vergüenza por la tos, dejé de fumar. Si alguna vez he tenido estilo en algo, desde luego no ha sido fumando, y me alegra por ello: no es un hábito que quisiera tener, se nota que no sé y después de algunas caladas me reafirmo en no querer. Lo que no entiendo es porque de vez en cuando me apetecía tener que reincidir...

Las estrellas se habían ido a otra noche y el mar sólo sonaba. Pero a ella se la podía distinguir bien, la misma chica que hace unas horas asustaba gatos, ahora velaba olas en compañía de nadie. Como yo.

Alguien se le acercó. Era otra chica, una amiga que se sentó junto a ella durante un buen rato. El mismo rato que yo tardé en vaciar la última lata de cerveza que me quedaba sin abrir y calzarme de nuevo dispuesto a cortar el sueño con tijeras.

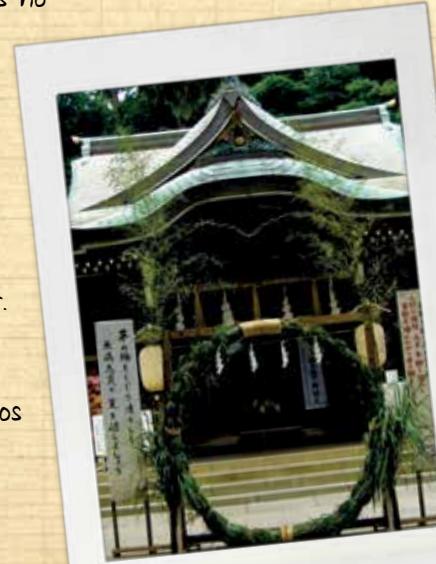
Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, nos levantamos los tres a la vez y empezamos a caminar en la misma dirección, y cuando yo estaba tirando las latas a los contenedores de la puerta de la tienda, ellas entraron dentro. Su amiga era más alta, con la piel más morena pero esa misma pinta de desaliño adrede, con el pelo de cualquier manera y vaqueros rotos colgando, como si no hubiese cintura ahí debajo que los sujetase.

De nuevo el escándalo: risas y gritos que venían desde la sección de alcohol de la tienda que se escuchaban desde fuera, y eso que sólo eran dos.

Así, de sopetón, me agobié. Me di cuenta de que si no empezaba a coger trenes, iba a tener que estar allí sólo toda la noche y el plan de estar en el banco mirando al reloj cada diez minutos no me acababa de cuadrar, así que empecé, resignado, a andar hacia la estación. Malditas las ganas que tenía de irme.

Por el camino escuché música que venía desde el mar. En medio de la oscuridad, una serie de casetas iluminaban la playa a modo de refugio de los que, como yo, no teníamos muy claro eso de que las horas que quedaban tuviesen que ser para dormir.

Me acerqué y descubrí una especie de plaza artificial repleta de mesas y sillas de plástico rodeadas de restaurantes y bares improvisados con cuatro maderas y mucha pintura. En total no habría más de treinta personas que



bebían y bailaban con Bob Marley que sonaba a todo volumen entre olores de carne asada, salitre y alcohol.

Una coronita en botella, con su limón, era bastante más prometedora que mi banco de jugar a fumador, así que allí me senté más que dispuesto a olvidarme de recordar.

- Helloooooo -me dijo alguien más o menos sobre la segunda cerveza, y cuando me giré había tres chicos también con Coronitas que me sonreían tratando de entablar conversación.

- Hi -contesté sorprendido

- Are you alone? please, come with us -me dijo otro señalando un lugar un poco más apartado donde habían juntado dos mesas alrededor de las cuales habría como siete u ocho personas más

- Ehh, I feel shy, really?

- Yes yes, please come come !! we invite you

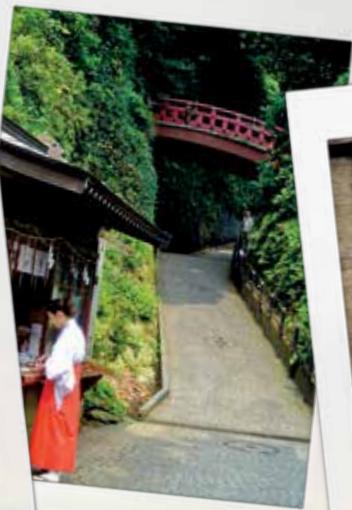
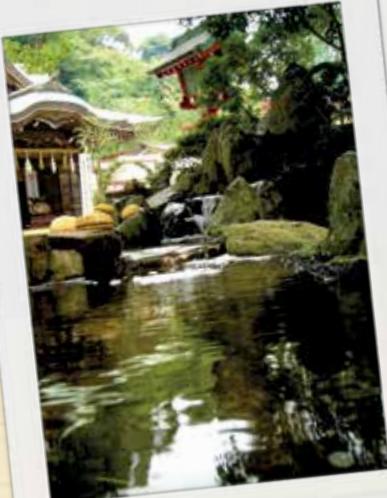
Y como andábamos parejos de borrachera, me fui con ellos.

Sin saber cómo, me encontré sentado en medio de un montón de personas que no dejaban de hacerme mil y una preguntas mientras se aseguraban de que hubiese siempre algo que comer y una Coronita con limón que vaciar entre puntos que siempre eran y seguido. Hablamos de chicas, españolas y japonesas, de idiomas, de chicas, japonesas y españolas, de trabajos, de ropa, de chicas, de culturas opuestas y costumbres que iban de la mano... y el caso es que me pareció que todos salimos ganando.

Como no me dejaban pagar, yo aprovechaba uno de cada dos de mis viajes al baño para pedir más comida y más bebida y hacer que la llevasen a las mesas sin que Miwa, la camarera de cuyo nombre me sigo acordando gracias a esa minifalda verde, dijese de dónde venían. Al volver de mi segundo o tercer viaje de los pactados y sentarme en mi silla de plástico ennegrecido, me dijeron, entre risas y palmas, que no se me ocurriese pagar ni un yen más, que

yo era su invitado y que para la siguiente pagaría como todos, pero no esa noche. Y mientras yo jugaba a que me hacía el ofendido, vi que la chica de Enoshima y su amiga venían directas hacia nosotros con sus bolsas del combini, sus pelos distraídos y su griterío que hacía enmudecer al mismísimo Marley de los altavoces.





- Aquí viene Mika, por fin -alcancé a entender, y un par de chicos fueron corriendo a ayudarles con las bolsas y darles la bienvenida

- She is our friend, she is coming with snacks and shochu, do you know shochu? -me dijo uno de mis nuevos amigos

- Yes, and I also know her, she was in Enoshima this afternoon and she scared my cat -dije yo mientras devolvía el guiño al destino.

- She did what? -dijo sin hacerme demasiado caso

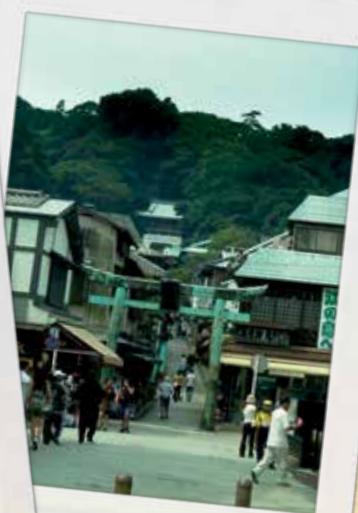
- Hahaha, nothing, nothing

Entonces nos presentaron, yo era "el extranjero de España al que le gustaban las japonesas porque hablaban muy dulce", entre otras muchas facetas mías que yo mismo desconocía, y ella era Mikachan.

Esa noche no pude retener más nombres. Estaba Miwa, mi camarera aliada de minifalda verde.

Y Mika, la chica de Enoshima.

Por un instante, quizás algunos segundos, el tiempo duró el doble y se me pasó por la cabeza que todo ocurre siguiendo el guion de algún bios que hace tiempo que escribió la vida de cada uno de los personajes de su teatro privado. Y me puse serio, como lo había estado antes de ser invitado, como cuando me evaporaba por los ojos apenas una o dos horas



antes y creía que los latidos de mi corazón eran un simple trámite.

- Oskar san, are you ok? you look sad -me dijo el mismo chico que me invitó a la mesa en la que ahora estaba sentado y que ejercía de anfitrión

- Oh, I'm ok, don't worry, I'm just fine!! -dije, recomponiendo cada músculo de mi cara para que pareciese verdad aunque dudo que nadie lo creyese en ese momento

Entonces me presentaron a Mika, pero ella casi ni me miró, de hecho en aquél momento cualquiera diría que no le gustaba un pelo que yo estuviese allí. Pero de expectativas tenía yo el corazón vacío desde hacia semanas, así que interpreté el papel de pretender que ella era una más y seguí con mis historias de extranjero de las Europas que no entendía ni iota de japonés, y poco más de inglés, mientras las olas hacían de teloneras de todas y cada una de las canciones del negro con rastas que llevaba toda la noche dejándome bien claro que sin mujeres, no hay lágrimas.

- ¿Has fumado marihuana alguna vez? -me preguntó Mika interrumpiendo la receta de la tortilla de patatas que trataba de contarle a otra de las chicas del grupo

- Si, si que he fumado, bastantes veces, una vez en Amsterdam

me pasé de la raya y casi no podía tenerme en pie -contesté yo, dándome las de más, como si estuviese orgulloso de ello.

- ¿Has estado en Amsterdam? ¡mola! allí es legal la marihuana, ¿no?

Y después vino París, y Barcelona, y Madrid y Bilbao. Y así, tal cual, de repente estábamos los dos hablándonos y escuchándonos mientras el resto se iba buscando a quien hablar y escuchar. A veces nos mirábamos a los ojos, a veces no. Ella no tenía mucho que contar que no tuviese que ver con Japón, lo cierto es que no parecía gustarle mucho hablar quizás porque tenía que hacerlo en inglés. A mi cualquier cosa que me contaba me valía porque hacia rato que estar cerca de ella multiplicaba por cinco el valor, el interés, el fondo de sus palabras. Era la luna, o su olor, o sus ojos, o el mar, o mi soledad, o el alcohol, o todo junto, o nada.

- ¿Sabes que no es la primera vez que te veo hoy? -le solté de sopetón - ¿sabes que te he visto en Enoshima ésta tarde?

- ¡Lo sabía! ¡sabía que eras tú! estabas con un gato y cuando iba con mis amigas te has enfadado porque hermos asustado al gato

- Hombre, mucha gracia no me ha hecho... ¡pero no me he enfadado!

- Perdóname, son mis amigas de la universidad y casi no nos vemos, así que cuando nos juntamos estamos todas emocionadas -me dijo en un inglés adorable mientras ponía su mano en mi brazo por primera vez -y empezamos a hablar de chicos y de novios y no podemos parar!

- Jajaja, no pasa nada, no te preocupes -dije en mi inglés castizo- sólo estaba dando un paseo y el gato ese pasó por casualidad

- ¿Sabes qué? deberíamos ir a Enoshima mañana tu y yo a buscar a tu gato, seguro que está allí

- Hombre, mientras te estés callada...

Y juro que su risa oía dulce, lo juro.



Pasó el tiempo entre conversaciones a veces sincronizadas y al de un rato en las dos mesas de plástico sólo quedábamos tres personas: había un chico dormido, o lo parecía, estaba Mika y estaba yo. El resto habían asaltado el centro geométrico del lugar y hacían lo posible por parecer que bailaban al ritmo del Marley que hacia tiempo que se venía repitiendo cada hora y pico. Su mano pasó de mi brazo a mi mano, y se levantó y me hizo levantar y me dijo que quería bailar conmigo y yo, como desde hacía horas, me dejé llevar con la careta de reír y la guardia baja.

Si al atardecer era la persona más sola del universo, ahora resulta que tenía una Coronita en mi mano y en la otra la cintura de una chica con cuatro o cinco años menos que yo que me sonreía con su pinta desaliñadamente encantadora, y mi anfitrión levantaba el dedo gordo de su mano derecha aprobando lo que fuera que fuese aquella situación, y al abrigo del resto que nos ignoraba, yo la besé. Y el caso es que ella también me besó.

Así pasamos las dos o tres horas siguientes, entre bailes de mentira, cerveza de México y besos de prestado de después de la

medianocche. Ni yo sabía de ella, ni ella sabía de mí, y qué más daba mientras supiésemos a qué sabíamos los dos.

Ahora calculo que el momento en el que decidimos irnos sería sobre las cuatro de la mañana, esa hora ambigua de poco antes de amanecer en la que el despertador ya está frotándose las agujas con la vil idea de no dejar ver el final de los sueños. Nos despedimos de los que quedaban, incluyendo dos parejas quizás también improvisadas y muchos borrachos como nosotros, y acabamos durmiendo el empacho de besos con limón abrazados sobre la arena.

La mañana llegó en minutos, con su resaca que no invalidó la promesa de la noche de hace un rato y volví a Enoshima, ésta vez con Mika. Olímos a alcohol, a noche en vela, a sudor y a excedente de horas robadas al fin de semana que parecía durar ya tres o cuatro días.

Dentro del tren no quedaba muy claro qué pintaban, aunque me



pareció pisar varias veces la sombra que su arrepentimiento proyectaba a mis pies, que junto a un silencio horrible y tres jubilados con sombrero, nos acompañó el resto del viaje.

Cuando empezamos a cruzar el puente que nos separaba de la isla, Mika me cogió de la mano y así, en silencio, empezamos a subir la cuesta y luego las escaleras hasta que llegamos al primer templo. No había nadie, y Mika no hablaba, sólo me cogía de la mano y andaba. El silencio duró mucho tiempo y aunque al principio me pareció incómodo, decidí compartirlo y me acabé acostumbrando, calculo que estuvimos como media hora sin articular palabra mientras subímos y bajábamos escaleras cogidos de la mano. Fue raro, y aún a día de hoy no me ha vuelto a pasar nada parecido con nadie.

Llegamos al lugar donde el gato salió huyendo gracias a los gritos de la chica que hoy decidió callar, y nos dedicamos a buscar por entre los árboles por si decidiese volver. Por supuesto, no vino, así que nos sentamos tranquilamente en las escaleras, más por descansar que por esperarle. Yo no sabía muy bien qué hacer, parecía que estaba allí forzada, que se arrepentía y eso me quemaba por dentro.

Como si me estuviese leyendo el alma, de repente me abrazó y me pidió perdón por haber espantado a mi gato y mientras yo me reía dos veces, una por ver morir al silencio y otra por la frase con la que lo mató, ella me volvió a besar.

No contaré aquí más besos, pero si diré que los hubo.

Contaré que volví a ver a Mika algunas veces más hasta que el destino se la llevó a otro país. Diré que no volvimos a Enoshima pero que me enseñó a entender que aunque la soledad siempre está rondando, se aburre y no se suele quedar mucho tiempo seguido. Contaré que creo que llegamos a querernos mientras descubriamos Tokio de la mano desmenuizando calles y protegiendo lunas.

Confieso que he llorado a veces paseando sólo por la isla. Y que una vez sentado en las mismas escaleras, volvió el gato gordo a dejarse acariciar y juro que se me quedó mirando fijamente a los ojos como si quisiese sonreír y guiñarme un ojo porque, al fin y al cabo, se salió con la suya y todo ocurrió como él había planeado desde el mismísimo principio en que decidió cruzárseme.

La historia de una noche mágica de verano que conté en tres veces, pero que he recordado más de mil. No soy capaz de leerla en voz alta hasta el final sin que se me quiebre la voz al encharcárseme las pupilas. Y ya llevo más de cinco veces intentándolo.

渋谷5店舗共通割引

延長料金から

1



スタッフ募集中 新宿 渋谷 逸見 各エリア TEL 03-3366-3109

カシタボ 携帯サイト
<http://manbabo.co.jp>



ハビ

Lunes, 21 de Mayo de 2012

JAVI

Sabemos que va a cumplir 43, pero no nos lo creemos y da igual porque a él le da igual y para nosotros siempre tendrá doce o trece años aunque a veces nos haga dudar cuando habla como si de verdad fuese camino de los cincuenta.

Sé que lo pasó muy mal, que mis padres lo pasaron muy mal, que está vivo de dos o tres milagros encadenados después de quince o veinte desgracias seguidas. Que empezó con dolores de cabeza y que después de que intentaran quitárselos sin saber muy bien como ni de donde, se quedó dormido durante semanas. Sé, porque me lo han contado los que después se atrevieron a que yo naciese, que cuando despertó, su cerebro decidió estancarse poco más allá de los cuatro años que tenía y que por eso es el más dulce de los señores mayores de cuarenta. Digo yo que también será por eso por lo que te da besos sin pensar y no se rie con la garganta como tu y como yo, sino con el alma, redefiniendo el concepto de ser feliz quizás hasta límites que nosotros nunca sabremos.

Lo mismo si te ve, te pregunta por tu nombre y seguramente te cuente algo que ha visto en la televisión ese día o que ha leído en tal o cual tebeo. Y le caerás bien a nada que le prestes dos o tres segundos de tu tiempo y le escuches, no te digo nada si encima le sonries... serás su amigo para siempre. Después se irá en cualquier momento, no se lo tires a mal; es que se habrá acordado de algo que tenía por hacer: acabar de colorear aquél dibujo, el puzzle de

Toy Story o la película que dejó a mitad en el DVD. Pero nunca se olvidará de tu nombre si se lo has dicho. Nunca. Como nunca se olvida de ninguna fecha de ninguno de los cumpleaños de mis amigos, que yo olvidé al minuto de saberlos, como nunca se olvida de mil millones de detalles, como el de reír.

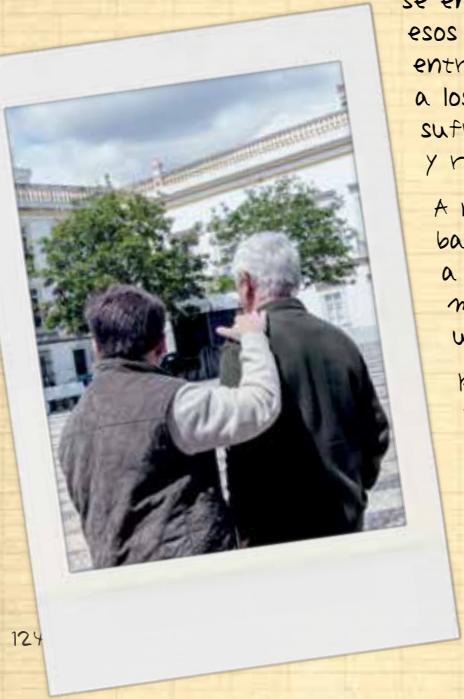
Dice mi madre que era un niño muy listo, que no es justo que le pasase lo que le pasó. Yo no lo sé porque no había nacido y mi hermano Javi siempre ha sido tal y como yo le he conocido: mi hermano el mayor, mi eterno hermano pequeño que me daba la paga cuando empezó a cobrar en el taller, que se sentaba a mi lado cuando hacia los deberes del instituto y cantábamos juntos canciones de Sabina escondiéndonos de mi madre que hacía por estar buscándonos. El señor bon Francisco Javier, Javono, Javoneta, Javi, mi Javi, el primero por el que pregunto cuando se le desliza a uno la vida y busca la calidez de una voz familiar que te recuerde que hay quien se acuerda de ti al otro lado del teléfono.

Abundante pelo castaño, ojos del color del cielo de verano, gafas que se sostendrían en dos rollizos mofletes de no tener esa nariz chata debajo. Cicatrices aquí y allá que le recuerdan lo que le pasó, torpeza al andar, panza cervecera de cocacolas, candor en la mirada, negada mano izquierda, gesto infinitamente risueño, ilusión en cada recodo de la cara. A veces su cuerpo tiembla y se le apaga el gesto por

un momento mientras retoma el aliento y se enfada, se enrabieta consigo mismo, con esos ataques traidores que le sobrevienen entretanto a nosotros se nos cae el alma a los pies y lloramos por dentro de verlo sufrir aunque no tarda en recomponerse y reír como si no hubiese pasado nunca.

A nosotros... a nosotros nos cuesta bastante más recuperarnos y volver a enfocar con claridad. Javitxu, ¿estás mejor? no te levantes todavía, descansa un poco más...

Raro será pasear con él y que no se paren a saludarle, poco importa que sea Euskadi que Extremadura, igual pasaría en Estocolmo porque hace amigos a la que te descuidas. "¿Dónde vas Javi?", "¡hasta luego chaval!", "¿Este es tu hermano?" y él, condescendiente,



contará que soy el pequeño, el canijo que se ha ido a vivir a Japón, el pequeño que le mangaba dinero a mis padres para ir a jugar a las maquinitas y que ahora le da por pegar patadas de karate. El enano saltarin que se tiraba desde la cuna y caía de cabeza. El hermano pequeño de él, el hermano mayor de los tres, el cuarentón que no quiere novias porque le aburren.

Regresé con Chiaki a España con la intención de contárselas que me iba a casar con ella. No podía dejar de mirarle cuando intentaba hacerse entender siguiendo su táctica: la de repetir lo mismo dos o tres veces hablando cada

vez más alto. Me reí cuando le daba besos de repente llamándola guapa y soñé conmigo de niño cuando le contaba historias de mí que ni yo mismo sabía o si las supe alguna vez, se me olvidaron hace mucho. A él no, ni se le olvidarán. Me odié por estar aquí y no estar más tiempo con él y a la vez me sentí un privilegiado por tener la inmensa suerte de que mi hermano el mayor sea a la vez el mejor hermano pequeño del mundo que además lo será para siempre.

Cuando partió el autobús de Badajoz y los dejamos atrás, descubrí que Chiaki hacia rato que me acompañaba en lo de soltar lágrimas por tener que pasar por el horroroso trago de la despedida, doblemente amargo por lo escaso del tiempo compartido. Supe que él tenía mucho que ver y a la vez confirmé que quería que aquellos preciosos pequeños ojos que me miraban húmedos estuviesen conmigo hasta el fin de mis días por aprender a querer a Javi y saber echarle de menos en una semana tanto como yo en cinco años.



Lunes, 28 de Junio de 2010

TERNURA

Probablemente aquella fue la historia más bonita que me haya pasado nunca.

En el vuelo de vuelta a Tokio desde Frankfurt trábé amistad con mi compañera de avión y en lo que volábamos por la mitad de Rusia resultó que íbamos cogidos de la mano por debajo de las mantas. Recuerdo esa historia, la recuerdo a ella con especial cariño como si no hubiese sobrado o faltado nada. Recuerdo su sonrisa, sus ojos cerrados mientras dormía sobre mi hombro, su pelo haciéndome cosquillas en el cuello, su aliento a los snacks del avión.

Es curioso, me acuerdo de todo lo referente a ella, incluso de algunas de las fotos que me enseñó de España, todas de grupo y todas haciendo la V con los dedos. Hasta me viene a la memoria la ropa que llevaba ella en ese momento aunque no tengo ni idea de que llevaba yo ni que había de menú. Del viaje sólo sé que hubo turbulencias, después besos y que el avión pareció llegar en la mitad de tiempo.

Nos separamos en el aeropuerto como si nunca nos hubiésemos conocido, ella con sus padres y yo con mis maletas. El adiós nos lo dijimos justo después de soltarnos las manos cuando el avión acabó de aterrizar, y luego sólo hubo miradas que se cruzaron aquí y allá por la ruta semiseñalada de la terminal, ahora en la cinta transportadora de equipajes, luego en el control de pasaportes, después en la estación de tren.

Más que un sayonara, fue un hasta luego porque los dos teníamos el teléfono del otro y sólo faltaba esperar a que alguien se atreviese a sacar fuera del avión una historia tan perfecta para tratar de rodarla en la vida real. Mismos protagonistas, distinto escenario, guion por escribir.

Fue ella la que mandó el primer mensaje.

Vivía lejos, pero venía dos veces al mes a Tokio a un curso de algo relacionado con Ikebana, aunque nunca lo tuve claro del todo. Y algo así como un mes después de perdernos entre equipajes y azafatas, volvimos a vernos sin cinturones de seguridad de por medio. Fuimos a cenar a un izakaya en Shibuya y la primera media hora fue horrorosa. No teníamos absolutamente nada de que hablar, cada vez que uno hablaba de algo, el otro se quedaba bloqueado. Risas tensas, fuera de lugar, incómodos silencios, conversaciones sin punto y seguido.

La novedad, la frescura del avión pareció no existir y cuando la despedí en la terminal de autobuses, no fui capaz de quitarme el vaho de tristeza del alma que se quedó allí por unos días empañando el recuerdo de una historia preciosa.

Pero lo volvimos a intentar porque nos lo mereciamos con creces, teníamos que hacerlo.

Al de dos semanas volvió y quedamos de nuevo. Estrenaban la película del Ché y quizás porque no tuvimos que hablar demasiado, la cosa fue a mejor. Casi creí que de haber luz de por medio, nunca íbamos a saber qué hacer. No es que sobraran besos entre adolescentes en celo, sino que parecía que sentirnos uno al lado del otro era más que suficiente para los dos, o más bien que no había más remedio dado que no éramos capaces de mantener dos conversaciones seguidas coherentes. Resultó que más allá de los tópicos sobre España y Japón, estábamos vendidos como los perfectos desconocidos que habíamos sido siempre.

El vaho no se acababa de evaporar; no pareciamos los mismos que deseábamos que el avión tardase tres horas más en aterrizar en Narita. Lo que estaba claro es que nosotros no acabábamos de despegar.

Como en la canción de Mecano, la siguiente vez fuimos a un concierto, el de Coldplay en Saitama. Ella consiguió las entradas, todavía no sé como porque estaban agotadas desde hacía tiempo, y por lo menos esa vez parecía que compartíamos gustos musicales. Después me confesó que nunca había escuchado Coldplay, pero ya no importó. De nuevo las manos se unían en la oscuridad, y sólo en la oscuridad. Cuando nos fuimos a cenar esa noche, supongo que por la emoción de lo vivido, acertamos a hilar una buena conversación que acabamos al amanecer. Si hubiese que ponerle una conclusión a la despedida en la estación, escribiría "esperanza".

Volvimos a quedar dos veces más. Pero, casi como temía, fueron los dos días más aburridos de la historia de los días aburridos. Tardes incómodas, sin saber qué hacer ni donde ir; sin saber cómo actuar con la chica con la que viví la historia probablemente más preciosa de mi vida.

Y de mutuo acuerdo, aún sin decirnos nada, decidimos no volver a llamarnos más.

Hasta hace unos días, año y medio después de nuestro último desastre, cuando en un mensaje me contó que se ha vuelto a

su pueblo natal a unos cuatrocientos kilómetros de Tokio, que vio que había perdido España y se acordó de mí. Dice que se acuerda mucho de la comida de Andalucía, de las gentes... del viaje de vuelta conmigo. Me pregunta si todavía tengo las zapatillas de la goma blanca que tanta gracia le hicieron, que si he aprendido a manejar la cámara de fotos, que si he vuelto a coger un avión.

Y yo, ya sin valho, le contesto que no, que no he vuelto a coger ninguno desde entonces. Y mientras sigo escribiendo, rememoro todo a la vez: las horas de vuelo abrazados y los paseos por Tokio sin saber qué decir, los besos en el asiento de ventanilla a escondidas de sus padres y mis conversaciones de karate que sólo me interesaban a mí... y si agito un poco el baúl de los recuerdos y lo vuelco en busca de un sentimiento, seguro que cae el de ternura. Fue la historia más romántica que haya vivido nunca y ahora, con la perspectiva del tiempo, creo que fue infinitamente tierno que intentásemos una y otra vez repetir aquella magia, que tratásemos de dar, sin éxito, con la receta que nos hiciese llegar a algún lado mientras nos aburriáramos, a morir, el uno con el otro en cada intento.



Ahora me doy cuenta de todas las desilusiones, de todos los intentos fallidos de buscar a la poeta que haga que me rime la vida en los días asonantes. Hoy que los versos fluyen a pares porque tengo a la mejor musa de por vida, pienso en las cabriolas que le hace dar al corazón entre las idas y venidas de pasajeras de paso.

Las recuerdo a todas con ternura y no me arrepiento ni de uno solo de mis desengaños.



Cuando se te cruza cierto tipo de personas por delante, no hay mucho que se pueda hacer mas que tratar de que sigan ahí cerca el minimo tiempo posible. demasiado aguanté, demasiado...

ブラインドデート

Jueves, 15 de julio de 2010

LA CITA A CIEGAS

Hará ya más de un año de la primera y única cita a ciegas a la que he ido en mi vida.

Ella era la amiga de un compañero de la oficina que nos lió por separado para intentar liarnos juntos y después de escasos dos o tres mensajes aparecimos en un izakaya en Shibuya un viernes por la tarde, a esa hora en que uno se empieza a acostumbrar a no tener un ordenador delante y te empiezas a hacer a la idea de que al día siguiente ya no hay que madrugar.

Ella era de Fukuoka y había venido a Tokio a trabajar de diseñadora aunque por el camino le había tocado hacer todo tipo de trabajos temporales hasta dar con su lugar. No era demasiado guapa, pero de verla venir tengo yo el camino más que andado, y no iba a perder la oportunidad de conocer a alguien sólo porque lo de fuera no me acabase de convencer.

Fumaba mucho y bebia todavía más. Al de una hora ya tenía montada allí la fábrica papelera y ya me llevaba muchas cervezas de ventaja... no tenía yo claro si iba a llegar a la prórroga sin poner las largas para ver mejor. Y como siempre tenía algo en la boca, fuesen cigarros, karaages o jarras, pues no hablaba mucho, claro. Así que me tocó a mí tirar de repertorio y contar las historias que en ese momento decoraban mi vida: que si karate por aquí, que si oficina por allá, que si Yosakoi...

Yosakoi... menuda lié contándole que estaba apuntado a un grupo de Yosakoi....

¿Haces Yosakoi? ¿y por qué?

- Pues no sé, hacia un amigo y me parece algo como muy japonés que me llama la atención y quería intentarlo

- Muy japonés dice... bueno bueno, vale

- ¿Qué? ¿que pasa con el Yosakoi?

- No no, no digo nada, no quiero hablar más de ello

Y su tono cortante me acabó de convencer, todavía más si cabe, que

en la vida iba a volver yo a quedar con semejante fenómeno. Ella siguió bebiendo mucho y fumando más, añadiendo a tan entrañable rutina la bonita actividad de viajar al baño cada poco tiempo mientras yo ya me limitaba a cumplir expediente. No veía la hora de irme, ya ni hacia esfuerzos por mantener ninguna conversación, más bien pretendía que se notase que me quería ir para ver si acababa ya de pedir jarras. Es más, hubo un rato largo en que decidió ignorarme por completo y se puso a mandar mensajes a medio Japón con el móvil mientras yo comía tratando de que el tiempo pasase un poco más rápido.

Hubo un momento en que, por alguna razón, la camarera no acababa de traer el último pedido y mi encantadora cita se puso a llamarla a gritos. Cuando llegó, le montó un jaleo tremendo a la pobre chica, que yo soy ella y dirímo, claro está, después de meterle un bofetón a esta persona absurda y tirarle el sushi a la cara. En vez de eso, nos trajo los platos pidiéndonos perdón con reverencias mientras ella no se dignó ni a mirarle a la cara y yo hacía lo posible por quitarle importancia al asunto.

Cuando volvió de su séptima u octava incursión al servicio, en un alarde de iniciativa sin precedentes en toda la noche, empezó una conversación:

¿Quieres que te diga lo que pienso de lo del Yosakoi?

- Si si, claro
- Yosakoi es la actividad a la que se apuntan los frikis de la universidad, los que no saben hacer nada, los que no tienen amigos, los raritos.
- Anda, bueno, a mí me llama la atención porque soy extranjero y me parece algo bonito.
- Además, ¿hombres bailando?, que hagas karate me parece bien, pero que hagas Yosakoi no es normal. Seguro que tus compañeros son unos otakus de cuidao.
- Pues no, la verdad es que son gente bien maja, y también van señoritas mayores y niños, me parece un grupo super majo y además siempre me están ayudando cuando me lio con los pasos o cuando no entiendo algo.
- Yosakoi es de otakus, de raros y tu puedes decir lo que quieras, pero deberías dejar de ir ya. ¿Yosakoi? ¡lo que tengo que oir!
- Pues a mí no me lo parece y por lo menos voy a seguir yendo

este año porque me gusta y porque quiero acabar lo que he empezado. Igual en Fukuoka tiene esa fama, pero aquí no creo que sea así.

- Igual, en Tokio es igual que en Fukuoka seguro. deberías dejarlo y hacer kendo, pero no Yosakoi, me da hasta vergüenza pensarla.

después acabamos de comer lo que habíamos pedido, pagamos a medias y salimos por la puerta unas dos horas y media después de haber entrado. Mientras bajábamos solos en el ascensor le dio por abrazarme y toquetearme y ya en la calle va y me dice que le he caído muy bien, que si nos vamos a un bar a tomar algo, que si tengo planes para después, que a ver por que zona vivo.

Y yo le digo que si, que tengo planes, que al día siguiente tengo ensayo de Yosakoi con mis compañeros los raritos y que no puedo faltar. Y sin alargar más mi agonía, cojo la cuesta camino de la estación y me marcho a paso ligero mientras le escribo un último mensaje al móvil antes de borrar su número:

Ha sido la peor cena de mi vida, eres una borde.

- Y tu eres un puto extranjero otaku, vete a tu puto país a hacer perder el tiempo a las chicas de allí. Y deberías haber pagado tu la cena, y... -me contesta entre dos o tres frases poéticas más del estilo, poniéndome a parir cada cuatro o cinco palabras.





告白

Viernes, 6 de agosto de 2010

CONFESIÓN

Debo reconocer que la primera vez que fui a uno de sus conciertos fue por obligación. Ella era una de las mejores amigas de mi novia: "su novio toca con ella y tiene unas pintas que te van a hacer gracia" me dijo como para convencerme, aunque yo ya sabía que iba a ir por mucha pereza que hubiese que quitar del medio porque hay obligaciones que han de ser cumplidas para que al equilibrio no le salgan heridas que se acaben infectando.

Recuerdo que nos perdimos, que llegamos con el concierto a medio empezar y que ella nos guiñó un ojo desde el escenario mientras iba por la mitad de una extraña canción más hablada que cantada al estilo de "Todos menos tú" de Sabina. No sé si fue lo íntimo del lugar, pero desde el primer momento me gustó lo cambiante de su voz, cómo conseguía sonar dulce y al minuto siguiente desgarrar dos frases en el más rudo de los japoneses, ese de las erres exageradas y los omaes.

Supongo que por aquello de la erótica del poder me empecé a enamorar de ella en secreto, me encantaba cómo cerraba sus ojos y movía la cabeza al compás de acordes donde no tocaba

que estuviese su voz. Me deshacía por dentro cuando en los descansos se acercaba a nuestra mesa y nos daba las gracias por venir, y nos contaba todos los planes que íbamos a hacer juntos las dos parejas. Ella con su novio el batería, y yo con mi novia que era una de sus mejores amigas. "Es muy buena chica, cuídala" me decía tocándome la pierna, y yo asentía con cara de embobado aunque ninguna de las dos sabía por quién y lo cierto es que yo tampoco.

Todavía hoy, dos años después, soy capaz de recitar de memoria en japonés aquella primera canción gracias al CD que le compré y que escuché mil veces. Y sigo sin saber qué dice. Ni me importa.

Confieso que me odiaba un poco más con cada concierto, y eso que no fueron muchos, pero sentía que me estaba engañando a mí, y que engañaba a la que dormía a mi lado, aunque nunca se me hubiese ocurrido confesar lo que era más una quimera que una oportunidad real. Sin dejar de querer a una, empezaba a querer a la otra del mismo modo y me perseguía la idea de perderlas a las dos. Era como si viese borroso. Ya no sabía lo que tenía y lo que no, lo que quería, lo que debía ser.

Pero me gustaba tenerlas a las dos.

Algunos de esos planes se hicieron realidad, y sin importar demasiado lo que hiciésemos, la verdad es que nos lo pasábamos muy bien juntos los cuatro. Eramos muy parecidos, nos hacían gracia las mismas cosas, mismos gustos, misma manera de mirar a la vida; a la vez, teníamos la suerte de tener pasados tan distintos que nunca faltaba de que hablar en algún cuchitril al abrigo de las noches de invierno.

Yo me sentía afortunado porque cada uno de los planes estaba pensado en su mayoría en enseñarme el Tokio que se saben los que no escriben las guías, y quizás el momento más especial fue en aquel restaurante donde la cocinera cerró y se sentó a comer los postres con nosotros mientras mirábamos nevar en silencio. Calentándonos el alma con sake, acordándonos de ser un poco más que de estar. Siendo quienes fuésemos, estando donde estuviésemos.

Esa noche me horrorizó darme cuenta de que las quería a las dos por igual. Que sentía lo mismo cuando una me miraba que cuando la otra me sonreía, que cuando besaba a una en realidad estaba besando a las dos.

Las razones que hicieron que volviese a necesitar tres mantas ese invierno poco tuvieron que ver con su amiga la cantante, pero lo cierto es que no supimos mantener nuestra relación y nunca contaría aquí por qué.

Confieso que a veces he pasado por delante del bar donde ella sigue dando los conciertos cada dos viernes, y que la he visto a través del cristal pero nunca me he atrevido a entrar, ni me atreveré. Reconozco que la eché de menos tanto como a la que compartía mis desayunos, y que lloré la ausencia de las dos muchas veces durante ese invierno en que fui feliz odiándome mientras trataba de olvidarme de una y querer un poco más a la otra, sin saber muy bien quien debía ser quien.

Hasta que acabé por perder, de una vez, a las dos.



No duró demasiado, pero hubo una temporada en que estuve saliendo con una compañera de trabajo. Sabía desde el principio que no era buena idea y tratamos de mantenerlo en secreto todo lo que pudimos hasta que los demás pudieron más y supieron enterarse. Fue bonito en su gran mayoría hasta que empezamos a salir junto a otra pareja y mi corazón se empezó a liar sobre dónde debía y dónde quería estar.

人々

Miércoles, 18 de agosto de 2010

GENTES

Si metiese mis últimos años en una coctelera y la agitase y volcarse, seguramente el vaso se llenaría de retazos de gente. Personas iguales y personas distintas a mí, gente con la que he tenido la suerte, no siempre buena, de compartir tiempo y lugar. Almas que han pisado un poco más fuerte en la arena de la mía dejando marcas que se quedarán ahí hasta que algún soplo del corazón las diluya.

Uno tiene ya sus años. Eso me sonará pretencioso cuando lo lea dentro de unos años, pero es verdad que de vez en cuando parece que toca atinar a desenredar un poco el barullo que se me va acumulando de nua para adelante. Y es que, a veces, uno siente agujetas en las pupilas de tanto ver caminar meses. Como en la canción de los Celtas, que te haces viejo de repente, aunque sin lo de las ganas de morir. Eso si que no, que pensar en morir y dejar un poco de vivir tienen más que ver de lo que parece y uno no está como para religiones ni cuentos.

Supongo que cada cual llevará el paseo a su manera, el de vivir digo. A mí por el camino el corazón se me ha roto ya un par de veces, y al que tengo ahora no creo que le quede mucho de garantía, así que ando con mucho más cuidado y casi no dejo que lo toque nadie. Si acaso, de vez en cuando, lo tiendo al sol para que se tuesten un poco los amores pasados a ver si se acaban de evaporar de una vez.

También me he llevado alguna que otra hostia, de esas que dueLEN más cuando se recuerdan que cuando se reciben, coscorrones que me han dado amigos que eran de mentira o la vida misma que a veces te da por abrir la mano de par en par y soltarte un bofetón para que espabilles y aprendas a mirar más allá del agujero ese que queda al sur de la tripa.

Así que creo que he vivido lo mío. Ah, me sigue sonando pretencioso... a mis 33, ¿que pensará uno de 50 si me lee?

Pero es lo que hay ahora por aquí dentro, siento que me ha pasado de todo y que



uno, a su manera, lleva todos esos arañazos implícitos en los andares, en el sudor, en la forma de actuar, en el hablar.

Creo que he aprendido a apreciar lo bueno, los momentos de calidad, los que cuadran las cuentas cuando llega la noche y vuelve a importar lo que realmente importaba por la mañana, sin la falsa neblina del medio. Y suelen ser siempre compartidos con gente.

Sé que se me ha suavizado el carácter, que ya no hace falta que me esfuerce, que me conformo con los cuatro y ya me sale sólo no buscarle tres pies a los gatos. Pero también sé que la paciencia y yo hace tiempo que no nos tratamos, que no aguento, que me voy antes que tener que quedarme, que no puedo con alguna gente, que hay que ganarse eso de dar consejos y ya no me valen ni la mitad de los que recibo. No es que me haya avinagrado con el tiempo, pero he aprendido a pintar la raya con tiza y elegir muy bien a los que dejo que estén a este lado, y al resto les ignoro con la mayor de mis sonrisas, que la franqueza esta que me ha entrado es más cosa mía y va por dentro, pero la cortesía es obligada y la sirvo con miel, que quede dulce y brille.

Mi vida creo que cada vez más y más al final se reduce a todas esas gentes, personas, almas que me rodean en lo que yo voy latiendo y respirando.

Compañeros de oxígeno, enemigos por
afición, novias de internet,
amigos míos que no
yo de ellos y otros de
verdad tan ciertos como
respirar, esposas en mis
sueños, amantes de ocasión,
compinches de borrachera,
autosabios gilipollas, cerdos
con el buzón lleno de
margaritas, mentirosos de
verdad, ídolos en secreto,
compadres de volteretas,
gurús de chichinabo,
acomplejados sin complejo
consciente, amores patas

arriba, graciosos sin puta gracia, serios hilariantes, comentaristas
de los de yo nunca comento, followers que no followeo, familiares
hipotecados de por vida en mis ventrículos, enamoradas sin amor,
artistas en la sombra, enlazadores del menéame, vidas que jamás
daré por muertas en mi memoria, amigas y amantes, amantes a





las que perdí el respeto a la vez que yo perdía mi camiseta, camaradas de katas y patadas, corazones sin latido, sonrisas perpetuas, enlaces que no enlazo, parejas de tres conmigo, comentaristas de ocasión, adversarios dignos y rivales hijos de puta, primos adoptados, amigos con derechos por antigüedad y escalafón, conocidos que no conozco, aparentes sin apariencia, ángeles disfrazados de señora, ex-solteras amadas, japoneses que se creen americanos, confesores de mis pecados, ricos en el sentir, pobres de humildad, genios sin ego, feos de cojones, payasos sin nariz pero con corbata, hadas de incógnito, retweets la meculos, colegas de salario y pagas extra, hermanas de mentira pero de verdad, examigas de Facebook, aprovechados de mierda, replies de emails de amor, estrellas pasadas sin brillo ni hostias, envidiosos odiosos, envidiados queridos, jefes que son más amigos que jefes, aliados del pasado que están presentes, sinceros de verdad...

Ahí estáis, y no sobráis ni uno.



Desde que me dio por contar mi vida aquí en Tokio, empecé a tener cierta fama, no demasiada, ni mucho menos, pero si más que en cualquier otro momento anterior.

Ni me gustaba ni me dejaba de gustar, pero me pareció curioso darme cuenta del tipo de personas que de repente aparecieron a mi alrededor y no siempre con buenas intenciones. Gente que no conocía de nada y que no dudó en halagarme, insultarme, idolatrarme, crucificarme y hasta hubo quien me confesó su amor. Sin conocerme de nada. Insisto.

富士山へ

Miércoles, 18 de agosto de 2010

FUJISANへ

El suelo era como las minas de las películas, pero al aire libre y sin vagones ni raíles. Si hubo algún diamante, yo sólo vi su reflejo.

El cielo lo pintó un niño con ceras azul marino que extendió con las yemas de sus dedos hasta dividir cualquier tono original en miles de ellos en un orden que sólo tiene sentido dentro de su cabecita. Birria que hasta usó la uña del dedo meñique a veces para que hubiese alguna estrella.

Las nubes eran un vestido de novia blanco y gris que la montaña se puso esa noche más arriba de lo normal para que se le viesen bien las piernas. Un vestido tan largo que se arrastraba hasta donde se mira y ya no se ve.

El sol era un ovillo de lana de color mentira que pendía de un hilo del que alguien tiraba hacia arriba a paciente ritmo hasta depositarlo en el regazo de la novia que lo retuvo sólo un instante para después lanzarlo lo más alto que pudo. Bien arriba ahora que hace calor y tiene el ánimo y la fuerza de mandarlo tan allá que todavía tarda más de una docena de horas en caer.

Y nosotros éramos tan pequeños...

pero tan pequeños...

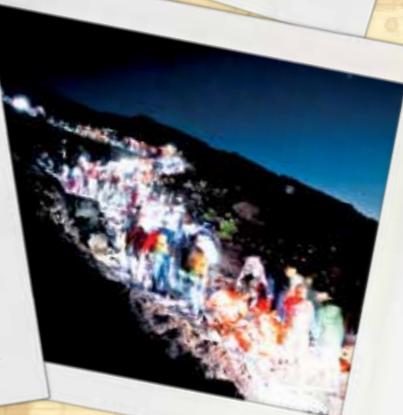




Después de dos años consecutivos de intentos fallidos para escalar el monte Fuji, finalmente lo logré en el verano del 2010. Se empieza a subir sobre las once de la noche con el objetivo de llegar a la cima antes del amanecer y así poder presenciar desde una posición privilegiada por encima de las nubes cómo el sol aparece inaugurando un nuevo día.

Físicamente fue mucho más duro de lo que pensaba, animicamente fue la experiencia mas bonita, mas vital... que mas me ha hecho pensar hasta la fecha.

Hice un video con el amanecer, pero también quise escribir sobre lo vivido.





いつも笑顔の女子

LA CHICA QUE SIEMPRE SONRÍE

Recuerdo con claridad la primera vez que la vi: estaba sonriendo. Era lo que más destacaba de ella: que parecía que se tomase todo a broma, que fuese capaz de ver la vida con un filtro tal que le era imposible permanecer, no solo con gesto serio, sino ya neutro... como si el aire que ella respirase tuviese algo que a los demás no nos afecta. O al revés.

Cuando repitió mi nombre tres o cuatro veces sin parar de reír al ser incapaz de pronunciarlo correctamente, supe que, al menos, nos íbamos a llevar muy bien.

Michiko era su cliente: ella trabajaba en una tienda de decoración y había ido a su casa a hacerle un presupuesto para cambiar el papel del salón. Puro trabajo, no habría más que añadir aquí de no ser porque Michiko es como es y cuando hay sal, pronto se tarda en hacerse bien las buenas migas.

A la tercera visita ya se trataban como amigas y empezaron a contarse las cosas de cada una. Era cuestión de tiempo que se hablase sobre mí, no por nada, sino porque me enorgullezco de contar que Michiko suele hablarle de mí a menudo a la gente: un español que trabaja con ella, que se vino sólo a vivir aquí y que se esfuerza mucho. O eso cree ella. Total, que no fue sino casualidad que al mencionar



mi país, resultase que ella había estudiado castellano un mes en Salamanca. Michiko, que sabía que me moría de ganas de tener una aliada contra el invierno, empezó a hablarle un poco más de mí con cada nueva visita y a mí de ella en la oficina.

Finalmente quedamos en aquel izakaya los tres y me pareció tan bonita que pensé que sería imposible que pudiese siquiera pensar en estar con alguien como yo. Pensé que aquello era cortesía profesional, no poder decirle que no a su cliente, que era Michiko, y que simplemente aquella cita pasaría sin pena ni gloria por mi historial de enamoramientos infructuosos.

Aún así...

Cuando me quise dar cuenta, me encontré a mí mismo sonriendo a remolque de su boca. Era una fuerza invisible, una energía misteriosa... no sé lo que era, pero yo no podía más que sonreírle a su sonrisa. Resulta que, además, tenía un precioso pelo castaño que le llegaba a la altura de los hombros. Que encima de la nariz chata más graciosa que he visto nunca tenía dos pequeños ojos que prácticamente desaparecían cuando se reía, lo que era siempre. Era más baja que yo, así que si estaba de pies a su lado y me miraba, tenía que alzar ligeramente la cabeza lo que hacía que pareciese que me dedicaba el doble de interés.

Me encantaba ese gesto. Me encantaba hablarle cuando estábamos de pies uno al lado del otro.

Camino de casa me enfadé conmigo mismo por haberme enamorado tres o cuatro veces de aquella chica esa noche porque ya sabía lo que pasaba: llegaría un mensaje con un "me lo he pasado muy bien, muchas gracias por todo" y después no llegarían más. Y al final siempre era yo el que debía ajustar cuentas con mi corazón en la soledad de un futón de uno.

Pero no fue así. El mensaje llegó pero después llegaron más. Y volvimos a quedar los tres más de tres y más de cuatro veces en distintos lugares de un Tokyo que me veía volver con las pupilas bañadas en romanticismo cada vez.

Las veladas de los tres eran un calco unas de otras: nos contábamos la superficie de nuestras cosas mientras cenábamos y, a



veces, dejábamos ver un poco más de lo que había debajo según nos parecía. Todo era en japonés hasta donde llegaba y si no, Michiko se encargaba de hacer que llegase traduciendo a uno u otro según tocase.

El órdago, precisamente, fue de Michiko: nos invitó a cenar en su casa y de postre había cocinado una bofetada de sinceridad que nos propinó a traición a cada uno. Gracias a Dios:

- A ti, Chiaki, ¿te gusta Oskar o no te gusta?
- Pues si, claro, es muy simpático.
- ¿Y a ti, Oskar, cómo ves a Chiaki? ¿Te gustaría estar con ella?
- Hombre, tu me dirás
- Pues ala, ya estáis juntos. Que no hacéis más que dorar la pildora y me tenéis aburrida ya, que estáis perdiendo el tiempo y la vida son dos días y tres tormentas.

El té vino, entonces, acompañado por risas nerviosas y miradas solapadas encima de mofletes coloreados. No teníamos muy claro lo que acababa de pasar.

¿Aquella preciosidad acababa de acceder a azucararme los días de mi vida?



Por si acaso, actuamos como si nada hubiese pasado hasta que en el andén separamos nuestros destinos exactamente en sentidos contrarios. Entonces decidí que aquello debía quedar zanjado esa misma noche, para bien o para mal, y empecé el intercambio de mensajes que cambiaría mi vida para siempre:



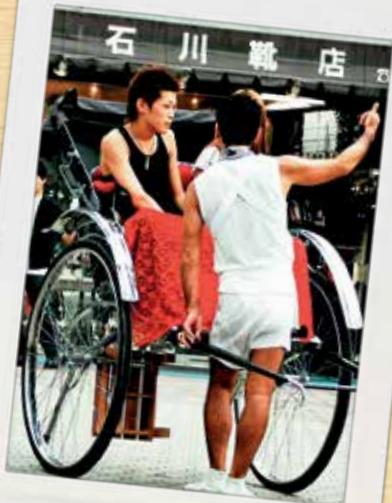
- Entonces, ¿estamos juntos o algo? ¿Somos novios?, no tengo muy claro qué ha pasado en casa de Michiko.
- Pues si, ¿no?, pero la cosa es que yo no sé cocinar, ¿no te importa, Oskar?
- Jajaja, claro que no, ya cocino yo. Lo que pasa es que no sé si me vas a entender porque ya sabes que hablo japonés como un niño.
- Hace tiempo que te entiendo perfectamente y creo que tu también te has dado cuenta que nuestros corazones saben lo que se dicen desde hace tiempo.

Kokoro wakaru kara.

Fue así desde el primer momento. Nos entendíamos con sólo mirarnos y quizás nunca llegaríamos a hacerlo tan bien por palabras. Bastaba estar uno al lado del otro para que esto de vivir pareciese que se hiciese tres o cuatro veces más.

Y así fue.

Aquella noche volví a casa empachado por la pizza de Michiko, una bolsa con algunas sobras y la promesa de que Chiaki, una chica japonesa de nueve años menos que yo, me iba a deleitar los días que viniesen a partir de entonces. Hora a hora. Sonrisa a sonrisa.



Viernes, 3 de septiembre de 2010

NATSU 夏 VERANO

Horas extras de la nevera,
termómetro hasta los topes, sed
en la mirada, lastre en los andares.

Abolición de las mangas, sudar por
decreto solar, querer con pereza,
pensamientos al baño María, soledad
de pantalón corto y chanclas. Nadie
al otro lado de la wifi, vacaciones
Santillana pero no Tokio, muerte
social, planchamiento horario,
internet a medio fuelle, banda
estrecha de capa caída.

Natsu 夏, verano, chicharras de
gira 2010, kakigoris en regla, surcos
en la camiseta, desodorantes sin
jurisdicción, telarañas en la balda de los
jerseys, sábanas pegajosas, besos que
empalagan, vivir x 1.5, mosquitos de juerga con barra libre, cuerpos
que resbalan, lagartijas que envidiar, cucarachas de kilo y medio.

Intimar con el sol, negar todo frío conocido, aire con condiciones
pactadas, grifos sin agua fría, piel que anocchece de día, cerveza de
exterior, barba que pica, calcetines que agotan, siestas transpiradas,
tés que quemar, flexiones de menos, pulsaciones de más, poros de par
en par, flequillos con la permanente de gratis, codos que gotean, pelos
omnipresentes que ahora sobran, hielos con corta esperanza de vida,
ir y no llegar nunca.

Minifaldas XS que figuran mas que estar, escotes de kilowatios
que yo los bendigo, piernas de kilómetro y medio, ojos que meten
horas, mentes desbordando imaginación, rosas que nunca se
come uno aunque cuente diez, soñar despierto a razón de tres
enamoramientos por hora.

Fuegos de esos de colores que vuelan, yukatas, kimonos, abanicos,
yakitoris callejeros, esterillas azules con gente encima, asahis,
sapporos, kirins, ebusus, cielos rojos, estrellas sobreexpuestas,
viento tibio, horizontes con lipotimia, lunas venidas a más.

Tus cuatrocientos treinta y tres atsuis por hora, mi risa cosida y

tonta, tus orejas enrojecidas, mi pelo menos negro y más marrón, tus ojos todavía más pequeños, nuestras manos escurriendose por los dedos, tu llácame, mi te llamo.

Te conocí este verano y tu no lo sabes, pero hace tiempo que te estoy liando para que durante el otoño te decidas a compartir mi invierno, ese infame achaque traidor mío que me seguirá matando más cada año si no te aclaras a quedarte de una vez.



S u i c a

Me encanta el verano, ojalá lo fuese siempre. En invierno vivo la mitad y en verano soy tres veces yo: no puedo parar.

Pensando en lo que se habían convertido mis veranos desde que los pasaba en Japón, me salió esto.

カワイイ

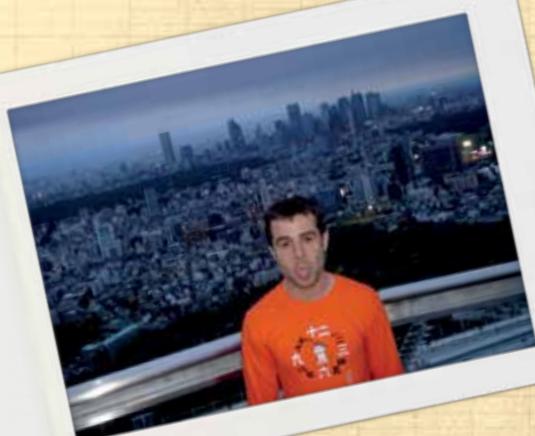
Sábado, 11 de septiembre de 2011

KAWAII

— Suenas a kawaii que das un mal rollo importante —va y me suelta la tía— y eso no puede ser

24 años de japonesa florida. 2 en Irlanda. 22 por los Tokios con escapadas a Corea de picospardos, algunos meses rondando mi vera, como pasando, así, de pasada. Minifaldas de tortura, pantaloncitos con el bajo justo para albergar los bolsillos y desalbergar unas piernas que hacen arte del camino, escotes de exhibición, maquillaje de competición, morritos de comer helado sin manos, pestañas de kilómetro, ojos de denuncia.

Bendito verano.



— Eso tiene que ser porque seguro que la mayoría de las veces que hablas en japonés lo haces con chicas y se te pega la forma de hablar, y pareces marica —después no se cortaba, no — pero no te preocupes que yo te arreglo eso si tu me enseñas algo de Español, por la cuenta que te trae.

Cobró sentido de repente la vez aquella que en

karate me preguntaron si era gay.

Había que hacer algo con mi japonés de chica de Shibuya pero ya, así no podíamos llegar nada lejos. Tiene huevos que me entere después de cuatro años... aquí, con mi prima la resalá de Ginza.

Pero claro, la tía se las sabía todas y dos más. De haber una boda, a ella mirarían todos cuando lo de que hable ahora. Todo lo que tenía de bajita lo tenía de irreverente, a lo extranjera maleducada pero en japonesa, y esa sinceridad, con tacones quieroynopuedo, me atormentaba la misma libido que ella ponía en entredicho.

Vamos, que me ponía.

La madre que la fue a parir.

—Uno, dos, tres, cuatro... —y ella lo repetía y se lo aprendía, así hasta que llegó a veinte pronunciando hasta las erres. No, si lista era un rato largo. De otras cualidades también entendía otro poco.

Su parte del trato pasó por quitarme, a base de descojonarse de mí, los nes y dayos de final de frase, me corrigió la entonación, me enseñó a dejar de ser kawaii porque...

— lo que no puede ser es que seas mas kawaii que yo —después dijo algo que sonó a copón, y entre borderías y puñetazos, que me dejó el brazo morado, aprendí a dejar de parecer el Boris Izaguirre de Nishi Magome.

Nunca nos llegamos a liar. Bueno, no del todo, o sólo un poco, o no sé lo que sería prudente contar aquí... pero vamos, total, que la cosa no fue a más e inesperadamente nos convertimos en amigos de recámara, de esos que quedan de Pascuas a San Pedro cuando se tercia que la luna se ve muy sola estando solo.

El otro día fuimos a ver Inception. Yo hablé a lo macho cabrío de Hokkaido, bajé el tono todo lo que pude, apostar me dejé los dejes, esos que cuesta cuestas quitárselos, y cuando de repente salió un tren en medio de la película a toda hostia formando una scandalera en Dolby Surround o la madre que lo parió, yo me asusté.

— Maricón —me dijo en el más borde de los japoneses

— Mierda —pensé yo

No es que sea yo un playboy, vaya que no, pero si que la nueva vida de soltero que me esperaba en Tokio trajo algún que otro encuentro, digamos que casual y distraído. Algunas pocas veces con mejor fortuna, aunque la mayoría desastres a olvidar a la que amague amanecer.

A aquella chica no la llegué a ver mas de cuatro o cinco veces. Ni me quería, ni me pedía que la dijese que la quería porque los dos medio pactamos que mejor poco que sepa a mucho mientras dure, que será poco.

Entre otras cosas, me reí mucho con ella desde la primera hasta la última vez que nos vimos.



SE ABRE EL TELÓN

Yo no tenía estas ojeras antes... ni esto que está entre un lunar y una mancha que me ha salido debajo del ojo derecho, como si fuese una lágrima negra que llorase el alma por añorar la juventud.

Pero me siento bien. Ahora que casi siempre me siento bien, tampoco viene de nuevas, es como si hubiese aprendido a que de verdad igual lo que se sabe que da igual.

... por la ciudad camino, no preguntéis a donde, busco, acaso, un encuentro que me ilumine el día y no hallo más que puertas que niegan lo que esconden...

Con Sabina sonando en el cada vez más maltrecho iPhone que se desgaña por hacerse oír entre grifos y duchas, me vuelvo a mirar al espejo con la cara medio blanca esta vez, y cuchilla cual goma de borrar en mano, elimino todo rastro de sombra de la faz del de enfrente. La máquina de afeitar parece un quitanieves abriendo la autopista entre la oreja y la barbilla, tomando ahora el desvío al sur que lleva a la nuez, desbloqueando la rotonda que bordea los labios...

...I have climbed the highest mountains, I have run through the fields, only to be with you... only to be with you...

Toca traje. Toca volver a coger tarjetas de visita con las dos manos, pintan reverencias de corbatas colgando. La cosa va de que se abra el telón y a uno le dé por decir cosas en idiomas de otros, de repetir la historia de uno maquillando esto o lo otro según quien haga de público. Qué presuntuoso, qué prepotente es pretender que es posible que se llegue siquiera a intuir a una persona con apenas una hora de compartir oxígeno.

...besos, ternura, ¡qué derroche de amor!, ¡cuanta locura!...

Una señora con un carrito me habla mientras voy camino de la estación. Me suena su cara, creo que no es la primera vez que la veo por el barrio. Mequito los auriculares, digo adiós a Ana Belén por un rato y trato de entender a esta personita con la cara llena de arrugas que me habla, risueña, sin darse quizás cuenta de que vengo de lejos.

Y que mas dará si ahora estamos aquí los dos.



— Buenos días, mira, tengo aquí a Pichan, es muy pequeño, lo estoy cuidando —creo entender en el idioma de las abuelas, ese que se habla despacito, haciéndose querer, como si todos fuésemos nietos por decreto.

— Buenos días —contesto con mi mayor sonrisa que no le llega ni a la mitad a la suya —¿Pichan? ¿es un perro?

— Mira mira —dice, y por la manera de decirlo intuyo a la niña de la que viene esta mujer — es Pichan, lo encontré ayer en el suelo y no puede casi moverse.

Retira la manta del carrito y unos ojos casi sin abrir me miran desde allí dentro. Es un pájaro, un bebé recién nacido que sólo sabe volar lo que duran los saltitos que logra dar, como si todavía nadie le hubiese enseñado que si mueve las alas entremedias, no hace falta volver a caer tan pronto. Alargo la mano para tocarle, porque dan ganas de hacerlo, pero la niña se vuelve anciana de repente y se hace respetar de nuevo poniendo la manta entre mi mano y Pichan.

— Lo estoy cuidando yo —repite, muy seria esta vez, y sigue andando dando por terminada la conversación con una reverencia.

Sigo mi camino pero no igual, el corazón pesa menos, se ha reblandecido, está un poquito más tierno y aunque Ana Belén hace tiempo que se fue, Robe me hace compañía el rato que queda entre Pichan y la estación.

...quedamos cerca del suelo, a la altura de tu cintura... quedamos cerca del suelo, donde se refleja la luna...

Repaso mentalmente lo que está por venir y me descubro pensando en inglés. Preparo las coplas que voy a cantar aunque la mayoría serán verdades a cachos, mentiras con que regalar los oídos de los que se pondrán delante que oirán lo que más o menos esperan que diga. El tren es mi camerino, y en un rato se subirá el telón. No hay pánico escénico, de momento.

...you only get one shot, do not miss your chance to blow, this opportunity comes once in a lifetime...

Sigo instrucciones. Salida este, Starbucks a la derecha, Family Mart a la izquierda, recto un par de bloques. Una chica me sonríe y sus hoyuelos me agujerean el corazón ese que ya venía a punto de nieve desde hace un rato, le devuelvo la sonrisa sin hoyuelos, con ojeras, pero con gratitud. A tus pies, preciosa.

...como siempre que se cambian los papeles, voy a quedarme dormido en tu cintura...

Acaba el primer acto, no ha pintado demasiado bien... un público difícil tenemos este lunes, bueno, perder tampoco hemos perdido nada, es más, de no haber madrugado no habríamos conocido a Kichan, ni a la chica de los hoyuelos. Es lo que importa, lo demás sólo da igual. Es así como he reprendido a Vivir de un tiempo a esta parte, flotando de la mitad del vaso para arriba, que por debajo no hay aire.

...que dulce era hablar si te hacia sonreír, sentados en cualquier bar... tuve que marchar porque soy un músico loco...

En algo parecido a una cafetería me hago fuerte. Bueno en realidad no soy yo del todo, sólo una copia venida a más a base de traje y zapatos. Así que pongamos que esta versión sería del que no soy es el que se sienta en una mesa y le arranca una sonrisa a la chica del mostrador al señalar el plato de pasta diciendo "kore" pretendiendo ser todavía más extranjero de lo que ya se siente. Saco el ordenador, creo que es la primera vez que lo saco de casa desde que lo compré, y abro el entorno de programación...



Pero no lo toco porque tengo el alma tocada.
Yo lo que necesito es desahogarme, achicar sentimientos, endurecer de nuevo el corazón para afrontar el siguiente acto un poco más entero.

Y así vuelvo a empezar, mientras borro líneas, escribo párrafos y me seco las lágrimas en la manga del traje de Zara



que me traje de Bilbao. El nudo de la garganta bloquea el arigato que debía a la camarera cuando me rellena el vaso de agua, y mientras carraspeo para el siguiente me doy cuenta que más vale que me vaya acercando a la estación, que la comedia está por volver a empezar y el protagonista sigue sin llegar.

Me tocó cambiar de trabajo. La situación no era demasiado urgente, pero si que cabría la posibilidad de tener que volver a España por temas de visado. Empecé a hacer entrevistas día si y día no y la verdad es que no me costó demasiado encontrar algo, pero hasta que firmé el contrato, la sola idea de tener que irme obligado de aquí me estaba matando.

Me tomé las entrevistas muy en serio, me las preparé a conciencia. A pesar de todo, entre unas y otras no pude evitar sentir que estaba participando en un teatro sin sentido.

? 日本語で何に?

Viernes, 5 de noviembre de 2010

ARRIANDO

Izo velas, todas, y tremenda ilusión por bandera con viento favorable de alegría poniente, parto a casa de Michiko con la noble misión de darle los abrazos que le llevo debiendo desde la última vez que solté amarras en su presencia. Es familia, así que no hacen falta ni avisos ni excusas para arribar a su malecón, ni siquiera mapas, basta con mirar al cielo y seguir el brillo de hospitalidad de su faro para no perderse ni entre la más opaca de las nieblas.

No hacen falta excusas, pero yo tengo una: ayer fue su cumpleaños, así que llevo la bodega cargada con presentes que no veo el momento de entregar. Y setecientas historias que contar entre sueños saldados y deudas cumplidas. De corazón a corazón, como desde hace ya años, sin secretos en la quantera ni vergüenzas escondidas en el trastero.

Navego por el océano de estaciones de Tokio con un puño apretado dentro de la gabardina, no vaya a ser que aparezca algún pirata, que dicen que los hay con muy mala baba, y fondeo en el puerto más cercano donde con el aire arrogante que me da el ser extranjero de allende los mares, recorro y tuerzo calles y esquinas exagerando andares, por si a alguien le diese por girar la cabeza a mi paso. Que se sepa lo que hay, que hoy pintan bastos.

Bejo el parking de bicicletas a la izquierda, avanzo hasta la farmacia y al pasar la peluquería me meto por la calle estrecha de la derecha hasta que el restaurante de tempura me da la bienvenida al vecindario, a mi otra casa, la que queda a muchos nudos dirección noroeste, más allá del bien y del mal donde naufragar está bien visto, sin peajes.

—Haaaaai, está abierto, pasa, sube! — se oye desde la cocina del segundo piso cuando llamo. Ya lo sabía, pero es de los pocos gestos corteses que aún conservo por alguna razón, aunque hace años que dejaron de hacer falta.

Abro la puerta, y me descalzo. Huele a tatami y protección, a café y a cariño, a cobijo.

Se me tembla el pecho con una buena sensación, ¿será felicidad?, seguro que se le parece.

Subo las escaleras buscando sus ojos, y los encuentro allá por el penúltimo escalón. Son la mitad de los míos pero brillan el doble, aunque los pierdo de vista pronto porque el hola en esta casa se dice con un abrazo de los de apretar.

— ¡Muchas felicidades Michiko, que ganas tenía de verte y felicitarte!

— Gracias, pero no me felicites, que me hago vieja, no es algo para celebrar. Celebramos que nos hemos juntado otra vez más, pero del cumpleaños no se habla hoy, ¿eh? —y se ríe, casi carcajea mientras sigue preparando algo entre una tortilla y lasagna.

Entonces empieza lo que nunca parece que vaya a acabar: hablamos y hablamos sin parar, de mi nuevo trabajo, de su nueva vida, de mi miedo al invierno, de su rutina, de todo a la vez, de nada por separado.

Ya nos hemos puesto al día cuando llega su madre del hospital, y me habla en japonés, despacio, sin prisa pero con convicción y yo la entiendo a medias, pero no le suelto la mano porque me recuerda a mi abuela, y yo quería mucho a mi abuela aunque no se acordase de mí. Me cuenta como está su marido, nos habla de las enfermeras que le han visitado hoy, y de repente se acuerda del día que fueron a Hakone juntos y vieron el Fuji hace ya más de cuarenta años, y se va para volver con fotos en blanco y negro tan antiguas como los surcos de su frente o el poso de sus palabras. Me cuenta lo que se acuerda de ese día hasta que se cansa y con disculpas y reverencias se va a su habitación, la única que queda con tatami en la casa, digo yo que a dormir un poco la edad.

Entonces le doy la caja con los regalos a Michiko, pero no los abre, nunca los abre si estoy delante. Me da las gracias, y la deja encima del sofá, después seguimos desgranando las horas pasadas durante horas hasta que vuelve su madre y llega su hija, y todos juntos nos vamos al restaurante de yakiniku de al lado de la estación.

Arropado.

Menos solo.

Así está la cosa por dentro.

Cuando llega la hora de pagar, saco la cartera, no por invitar sino por pagar mi parte, pero su madre se enfada un poco pretendiendo un mucho.

— ¿Has venido hasta aquí y todavíaquieres pagar?, no señor, esto lo pago yo en agradecimiento por poder verte

— Si, déjala que pague, que tiene mucho dinero —bromea Michiko
Y a mí, que tengo los ojos a punto de desbordarse, sólo se me ocurre agachar la cabeza e imitar sus reverencias.

Y darle las gracias.

De corazón.

Con toda mi alma, que yo vine vendido.

Cuando camino de casa, el móvil encuentra cobertura en alguna estación, recibo un mensaje:

"Me ha encantado volverte a ver, ojalá que podamos juntarnos aunque sea una vez al mes siempre. Muchas gracias por los regalos, los guardaré toda mi vida para acordarme siempre de ti. No te digo que te quiero porque ya lo sabes de sobra, pero por favor, cuidate mucho y sigue bien. Muchos besos.

Michiko"

Y yo no acierto a escribir siquiera un arigato en todo el trayecto porque no soy capaz de dejar de llorar.



Muchos días tuvieron sentido sólo porque
Michiko estaba en ellos...

Pasamos muchos días y un abril juntos hasta que uno de los dos no pudo con el otro. No acababan de cuadrar opiniones que se falseaban demasiado y ése era el problema, que siempre quedábamos bien aún no sintiéndolo. O no, yo que sé, si todavía no tengo claro que fue lo que pasó allí.

Pero el caso es que estuvimos juntos una temporada, y empezamos a querer querernos, creo que tu un poco más que yo, aunque yo tenía más ganas de quererte que tu. Hubo muchas tardes de paseos yendo de la mano y cervezas de yakinikus de esquina, meses de soledad compartida a la sombra de cualquier árbol que quisiera cobijarnos, sin preguntas sobre el pasado ni atisbo de planes de futuro, pero con edredones y sábanas en común. Como si sólo importasen las horas que eran nuestras y no hubiese que pensar más allá... ni más acá, porque estaba poco claro por donde iban a ir ambos. Es lo que es, los dos lo sabemos y ya, ¿para qué liarlo más? El pijama está bien donde está, que yo te lo lavo para cuando vuelvas.

- Un día nos encontraremos, y tendremos el doble de edad, y nos miraremos a los ojos recordando que el ahora fue ayer, y por mucho que te empeñes, no me habrás olvidado, eso te lo he ganado ya

- ¿Y porqué querría olvidarte?

- Porque lo veo en tus ojos, en tus gestos, en la fuerza que pones de menos cuando vamos de la mano y nos cruzamos con alguien que conoces. Esto para mí es un sueño que sé que acabará cuando tú lo decisas

- Dices cosas muy raras -mentía yo, acatando sin rechistar lo que los dos sabíamos y sólo ella se atrevía a reconocer.

Parques, templos, bares, paseos, ningún viaje fuera de Tokio aunque muchos fines de semana dentro, algunos incluso de los de tres noches y tren de ir al trabajo los lunes compartido hasta donde coincidía. Cuatro ojeras para dos desgraciados de oferta, como éramos nosotros dos, con oficio y con beneficio, pero sin una misera mueca de felicidad por descubrir mientras nos turnábamos ser el roto o el descosido.

El asunto trataba ya de buscar con quién los latidos latiesen juntos más que apañarnos el uno al otro la melancolía del que se sabe sólo, y por primera vez en mi vida, di yo el primer paso de la caminata que me llevaría a volver a sentir el frío del invierno dejando de lado un calor que aunque harto apetecible, se sentía casi siempre frío como el témpano. Pan para hoy y pan para mañana, el hambre vendrá después, a la que no mires.

Y así fue. Adiós, hasta luego, hasta siempre, hasta nunca. Hasta cuando sea que cuadre que nos volvamos a sentir solos los dos a un tiempo.

Y no cuadró más.

El sábado pasado, por la noche, llegó un mensaje casi seguido de la llamada perdida de aquél número desconocido que irrumpió en mi teléfono a eso de las cuatro de la tarde.

- Hola Oskar, hace tanto tiempo... estaba dando un paseo por Yokohama y me acordé de aquél día contigo, era invierno y hacia frío, como hoy, ¿te acuerdas?... sólo eso. Hasta luego.

Y no fui capaz de contestar.

¿Tendrá frío?



El invierno
hace compañeros de
soledades. Alguien cuya piel
añadir a nuestra piel para
que duela menos el frío de
saberse impar.

La conocí una noche de verano y sin embargo fue el invierno el que decidimos pasar juntos. Pero fue solo por no estar solos... saberse con el presente templado lo único que estaba haciendo era inventar un futuro que era falso de todas todas.

¿Qué estará haciendo hoy? ¿le irá bien?

東北の大地震

Domingo, 13 de marzo de 2011

EL GRAN TERREMOTO DE TOHOKU

El Jueves, el día anterior, me reía sobre el terremoto que al parecer todo el mundo notó pero del que yo ni me enteré. Así de habituales son aquí los temblores, dicen que todos los días hay aunque quizás no tan fuertes como para que nos demos cuenta. De éstos últimos, después de cuatro años aquí, yo diría que uno al mes. No duran nunca más de medio minuto, y suelen tener un momento álgido en el que se mueven un poco más violentamente que el resto del tiempo haciendo crujir la casa de repente. Asustar, asustan todos, pero después de tus cinco o diez primeros, como que ya te dan relativamente igual.

El viernes, después de comer, empezó como siempre. Paré la música del iPhone, sonaba "Romance de José Etxailarena" de Marea, me quité los auriculares y empecé la ronda de miradas a mis compañeros de oficina esperando el momento en que para y nos colgamos la risa tonta volviendo al trabajo.

Pero no paraba, es más: iba a más.

Una chica empezó a medio gritar, dijo "yada yada yada" tres veces muchas veces. "Joder joder joder". Un compañero, decía "decai" de vez en cuando, en voz baja, como para sí mismo, "decai", "este es gordo"... hasta que ya alguien gritó "under the table!" y rompió la tensa calma, había que hacer algo y a mí me dio por ponerme de pies y agarrar la chaqueta y el móvil. Muerto de miedo pero sereno, consciente de la situación.

Como acabábamos de mudarnos a la segunda planta de la nueva oficina, todo estaba pulcramente colocado, no había desorden, no caían libros de las mesas porque no había libros en las mesas todavía. Los inmensos monitores de las salas de reuniones aguantaron en su sitio, no había lámparas que se balanceasen. No era ese tipo de pánico por el caos que se ven en las imágenes de televisión.

Era peor.

El inglés del departamento de diseño lo vio claro y salió corriendo hacia la puerta de emergencia, la gran mayoría hicimos lo mismo, no podíamos aguantar más la falsa balsa de aceite en la que estábamos, había que reaccionar. Yo le aguanté la puerta a unos cuantos compañeros más hasta que uno de los filipinos trajo una

silla que la mantuviese abierta. Nadie se tambaleaba, no perdíamos el equilibrio, no se nos caía nada encima, pero el suelo se movía y nos sentíamos mareados. De haber sido la octava planta del viejo edificio anterior seguro que habría cambiado el asunto.

Bajamos las escaleras, la primera vez que lo hacía, con orden. Nadie atropella a nadie, nadie se empuja, hay miedo pero no es pánico incontrolado, se mantienen las formas.

El último piso de las escaleras de emergencia da a una valla de rejas que impide la entrada de extraños al edificio... y la salida. Dos chicas de empresas vecinas están ya escalándola torpemente, yo habría podido en ese momento dar dos saltos y pasárlas por encima sin problema, pero no lo hago porque un chico de gafas está quitando el seguro que abrirá la verja. Está muy nervioso, le tiemblan las manos, diría que está llorando, pero logra abrirlo algunos segundos después de que las chicas aterrizan en el otro lado y todos retomamos la carrera hasta encontrarnos en el medio de una calle estrecha en cuesta.

Miramos a nuestro alrededor, el suelo se mueve y la sensación de mareo sigue aunque no es difícil mantener el equilibrio, es incluso menos que ir de pies en tren. La magnitud de la situación no está en nosotros, está en los edificios que nos rodean, en los rascacielos cercanos que se mueven. No es el movimiento ajetreado que se ve en la televisión, no es un traqueteo, es un balanceo amplio, armónico, cuya suavidad da mucho más miedo; edificios de más de treinta plantas inclinándose a un lado y al otro, y yo ahí mirándolos con los puños apretados dispuesto a correr donde sea con toda mi alma.

En la carretera cercana los coches están parados, como en esas escenas de las películas en las que los conductores se apoyan en la puerta y miran para arriba. La autopista elevada que recorre media ciudad también se está moviendo, me pregunto si los coches





de encima estarán todos apelotonados en una esquina o ni siquiera se habrán movido. Allí arriba están fijos nuestros ojos, de pasar algo gordo en el lugar en el que estamos, todos parecen que hemos decidido que será en esa autopista. Las farolas se mueven violentamente, temo que alguna sea arrancada por la vibración y se nos aviente encima.

Curiosamente yo me encuentro apoyado en una aquí en el suelo, aferrándome a una falsa estabilidad donde en realidad no hay ninguna.



No sabría decir cuando dejó de temblar el suelo, porque la sensación de que todo sigue moviéndose duró hasta muchas horas después, pero si que pareció normalizarse. Mi primera reacción es llamar a Chiaki, pero el teléfono no funciona, paso a mandar un email a su teléfono móvil que si parece llegar aunque no hay confirmación. Ella conduce habitualmente en el trabajo y me da por pensar cosas que no merece la pena pensar, de esas que te nublan la razón y azuzan los nervios. Y me separo del resto para seguir tratando de localizarla desesperadamente, 59 veces pone que lo intenté en el teléfono, ninguna con éxito.

El mayor momento de tensión fue ese en el que yo supe estar bien pero no sabía si ella lo estaba. Los diez o quince minutos que tardó en llegar su mensaje fueron los peores.

Gracias a internet sé que todos mis amigos están bien y volvemos a la oficina. "Me vuelvo a España mañana" le digo a

dos compañeras que me preguntan si estoy bien, y nos reímos exageradamente, demasiado, tanto que casi lloramos de risa los tres soltando tensión y nervios con cada carcajada. Quiero abrazar a una con fuerza, me da igual cual de las dos, pero casi no nos conocemos.

Kiwotsukete ne, tened cuidado.

Todo vuelve a temblar, no es tanto como antes pero ya no dudamos y nos encontramos en la calle de nuevo a la que nos queremos dar cuenta, aunque para cuando bajamos ya ha parado. Miro al cielo, hay nubes extrañas, o me parecen extrañas, el sol pasa a través de ellas dándoles un color entre amarillo y naranja, y no se ve ni un pájaro cuando un momento antes el cielo estaba atestado de ellos. Una chica con una cámara réflex me saca una foto y al ver que la he visto, me hace una reverencia. Alguien me roza el brazo, me giro y una marea de gente se dirige ya hacia la estación de Shibuya, por hoy parece que ya vale de oficina, todos tendrán a los suyos que querer ver cuanto antes.

Subo de nuevo, siempre por las escaleras, y me siento delante del ordenador sin quitarme la chaqueta en ningún momento. Las teles de las salas de reuniones están encendidas y muestran en directo una horrible ola llevándose coches y edificios por delante. Un compañero se ríe cuando un barco choca contra un parking de coches, y se permite seguir haciendo bromas un buen rato. Nadie le ríe ninguna y termina dándose por vencido, después como queriendo rectificar su inmensa estupidez dice "seguro que hay víctimas", en este caso tampoco nadie le concede un atisbo de respuesta. Tardará semanas en recibir cualquier indicio de simpatía.

Cuatro chicas están llorando, un compañero australiano dice que dos amigos suyos viven justo donde el tsunami, que en un email uno dice que está bien, que les han evacuado, pero que seguramente no quede nada de su casa, del otro no sabe nada.

Alguien decide que no es bueno seguir viendo aquellas imágenes y apaga las teles.

En una situación dantesca, tratamos de normalizar la tarde y seguimos casi hasta la hora de salir delante del ordenador. Los teléfonos siguen sin funcionar, el país está completamente patas arriba pero nosotros seguimos sentados en nuestros puestos haciendo que trabajamos. Me niego completamente y me dedico a buscar noticias sobre lo ocurrido, a tratar de que alguien contacte

con mi familia y les tranquilice sabiendo lo horrible que se pintará el asunto en las televisiones de allí, a tratar de dar el máximo de señales de vida por internet que pueda. Es fácil hoy en día.

"Señales de Vida", qué poco de frase hecha y cuanto de verdad.

Las líneas de tren se han suspendido absolutamente todas, el jefe por fin reacciona asimilando un poco la situación y nos dice que nos vayamos a casa como podamos, que guardemos recibos de taxis o autobuses, que nos quedemos a dormir... que lo que haga falta.

Me vuelvo en moto, no marca la velocidad, chirria, se para a veces, pero en ese momento me pareció la mejor moto del mundo. La estampa de Tokio por la noche es un completo caos ordenado, nadie grita, no hay escenas de pánico, pero las calles están atestadas de gente que incluso anda por el medio de carreteras de coches que no avanzan. Si conducir entre coches no es lo más fácil del mundo, esquivar

a personas que aparecen por cualquier lugar hace que tarde el triple del tiempo normal en volver a casa.

Pero puedo volver. Mis amigos lo hacen andando o en bici, hay quien dice que hasta cuatro o cinco horas en una noche de viento que se siente especialmente frío.

Mi casa no está tan mal como pensaba aunque la tele se ha estampado contra el suelo. Es igual, yo lo primero que hago es encender el ordenador y hablar con mi madre vía Skype

Estamos nerviosos los dos y se da la ridícula situación de que es ella la que me cuenta lo que ha pasado porque "lo ha visto por la tele", no me deja hablar, no me deja contarte lo que he vivido y yo me muero por contárselo. La dejo hablar y sólo contesto con monosílabos de "sí" a sus "¿estás bien?". Finalmente acaba con un "¿para qué te has ido tan lejos?", y la emoción nos silencia un rato.



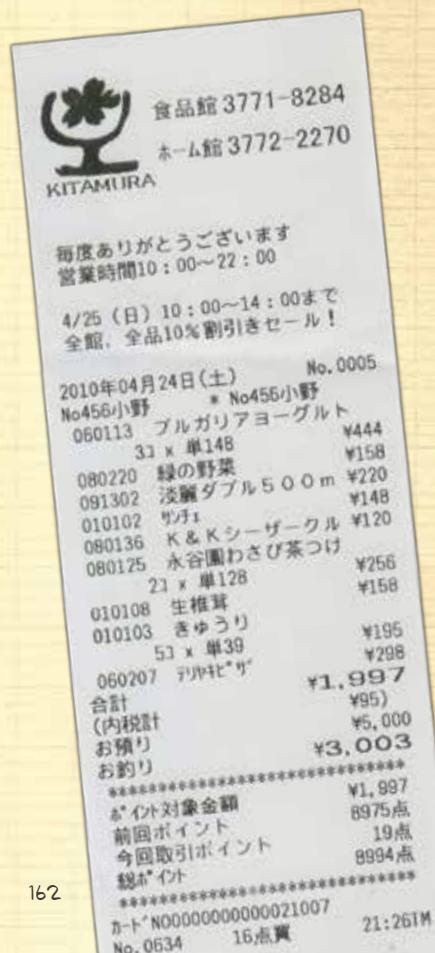
Bajo a la tienda a comprar algo para cenar, pero no queda casi nada. La balda de las botellas de alcohol también está vacía, más que mis vecinos queriendo olvidar, supongo que las estanterías no habrán aguantado los embistes.

Ya en casa rebusco en la nevera mientras otra réplica más me replica el miedo del mediodía.

El pecho se me enfria de repente y esa sensación va subiendo por mi garganta hasta que rompo a llorar allí mismo sentado en un suelo lleno de borra de café con la nevera abierta.

Así me tiro un buen rato: achicando la tensión a fuerza de lágrimas.

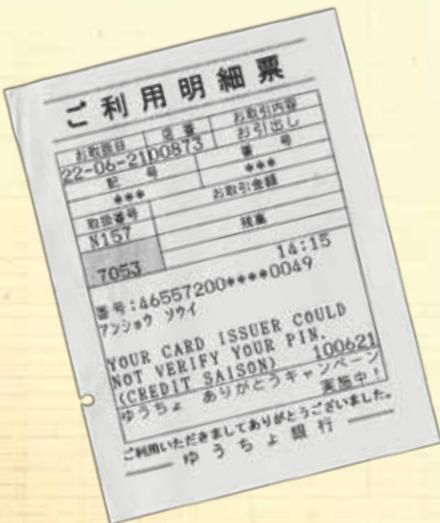
Esa noche duermo vestido, de mi cama al refugio de mi barrio le calculo unos 10 minutos corriendo, si ha de pasar que no me pille quitándome el pijama.



Cuando en el 2011 me pilló el terremoto en la oficina, no tenía ni idea de todo lo que aquellos bandazos traían detrás: un tsunami con miles de víctimas, una central nuclear descontrolada... en aquél momento lo único que queríamos era que acabasen las réplicas y llegar a casa para tratar de buscar un poco de paz y tranquilidad para poder valorar lo que estaba sucediendo en su justa medida.

Sólo dejé pasar dos días antes de ponerme delante del ordenador y escribir cómo fue para mí el gran terremoto de Tohoku de 2011. No quería que se me olvidase nada.

Tiempos de confusión, de desinformación, de desconfianza. No sabíamos qué estaba pasando en realidad en Fukushima, no podíamos calcular hasta qué punto estábamos seguros en Tokio. Todo esto era cierto, pero sin embargo, la manera con que se trataron las noticias en el extranjero donde sabían incluso menos, me pareció tan vil, tan ruin...



Jueves, 17 de marzo de 2011

NOZOMI, ESPERANZA

Mientras en España centramos todos los esfuerzos en hacer de la tragedia un disparate, en Japón, una vez más, se da una lección de solidaridad al mundo.

Cabinas telefónicas y wifi gratis, ni se ha planteado la subida del precio de la comida o la bebida, escasa repercusión en el de la gasolina a pesar de la gigantesca demanda inesperada y aunque medio Tokio está a oscuras por ahorrar electricidad, no hay vandalismo, ni saqueos.

En la televisión tratan de explicar lo que está sucediendo en Fukushima con esquemas, con palabras sencillas para los que no tenemos ni idea de energía nuclear, y no dejan de repetir que, por favor, ahorremos electricidad. Parece que no sólo yo les hago caso, porque casi ninguno de los apagones previstos han sido necesarios. ¿Porqué? porque la demanda ha bajado increíblemente.

Ante el vil oportunismo, el alarmismo inútil y el ruido estéril de los necios, cabeza fría, compañerismo y muchas dosis, si, pero de esperanza y optimismo en cada gesto, en cada par de ojos que se me cruzan cada día desde el puto viernes pasado.

Me siento orgulloso de estar aquí.

一週間後

Viernes, 18 de marzo de 2011

UNA SEMANA DESPUÉS

Anda, mira tu, viernes otra vez. Hace un par de horas que hizo 7 días del mayor terremoto registrado en Japón y uno de los más grandes de la historia. Una semana ya, y aquí estoy, en el mismo sitio, delante del mismo ordenador. Hay que ver, nadie diría que pasó nada.

Todo parece estar igual, pero mi corazón no, ése no es el mismo, tiene miedo, está más a lo de fuera que a lo suyo, no ha vuelto a ser el tipo tranquilo y campechano que era, veremos si a fuerza de latidos se arregla aunque me da a mí que ya nunca volverá a ser el de siempre.

Yo le digo que tuvimos suerte de vivir el terremoto en el lugar del mundo mejor preparado para que pase tamaña locura. Fíjate, le digo, 9 o por ahí en la escala esa y los daños en Tokio son de risa... Es igual, no se fía un pelo ya de mí, él prefiere sentir las cosas a su manera, dale tiempo.



No quiero quejarme, es casi al revés.

No tengo derecho a quejarme porque en el norte es donde está la verdadera tragedia.

No en la central nuclear ni en la falsa escasez de alimentos o gasolina de Tokio, sino en todas las víctimas de allá arriba, los hogares desaparecidos, el invierno al cuadrado que sufren los que quedan, los trabajadores de la

central, sus familiares, los refugiados, los voluntarios...

Lo mío, lo nuestro aquí en Tokio no ha sido más que un susto, se ponga como se ponga quien se ponga, sean paisanos aquí o periodistas allá. Nunca nos ha faltado de nada y tampoco hemos estado en peligro serio prácticamente en ningún momento desde el viernes. Sustos muchos, por las réplicas, por la confusión e

incertidumbre, pero sobretodo por el miedo que nos ha metido en el cuerpo la prensa y la televisión extranjera. Y claro, menudo percal, ponte tu a tranquilizar a una madre, a contarle que no pasa nada mientras que todo el mundo a

su alrededor habla de poco menos que Chernobyl, que nadie sabe exactamente lo que pasó allí pero fue horroroso seguro. A una madre no se le vienen con cuentos, una madre quiere que te vayas lo más lejos de lo que sea que fuese que haya, y a poder ser cerca de ella para poder darte besos y decirte cosas de madres, porque es lo suyo, que no andes descalzo, que el suelo de la cocina está frío.

Pocos de mis amigos quedamos en Tokio una semana después, no por no sentirnos seguros, sino por tranquilizar a familias que se estaban dejando las uñas y las lágrimas al teléfono cada día y que prefieren saber que estás lejos de todo posible peligro, que cuando el río suena, agua lleva. Aquí van mis respetos por todos y cada uno de ellos, sé que la mayoría se han ido contra su voluntad, os espero a la vuelta, traed jamón, pipas y tebeos de Mortadelo.

Yo sigo bien, ahora que esto ya lo sabéis de sobra, porque vosotros también estabais igual.



Hoy viernes, después de la semana más mentira de mi vida, se vive Tokio con cierta normalidad. Hay colas para echar gasolina, por la tremenda demanda y el cierre

de algunas refinerías debido al asunto del tal Richter este, las tiendas siguen cerrando antes y apenas hay farolas encendidas por la noche para seguir ahorrando la energía que Fukushima ya no provee, ni proveerá en mucho tiempo. Sigue habiendo réplicas, temblores a veces fuertes y a veces suaves, pero que dan mucho más miedo que hace 5 días, nunca volverá a ser lo mismo para ningún otro corazón tampoco.

No hay caos, hay compañerismo, hay preocupación que nunca será exagerada por el norte, por la verdadera catástrofe, hay admiración por los trabajadores de la central, por el tal Edano, el portavoz del gobierno que no se sabe si ha dormido en días, hay campañas para ahorrar electricidad, para donar dinero, para ayudar lo que se pueda. Hay un pueblo volcado con los suyos haciendo caso omiso al mundo que se empeña en hundirles todavía más. Ellos no lo sentirán, pero yo sí: vergüenza ajena, y de la gorda.

Yo quiero descansar, coger este fin de semana largo de tres días y abrazar a quien aquí se deja que la abrace, y reírme de todo con cervezas al calor de los amigos que queden. Comer mucho y de lo malo, pasear por las pupilas de las gentes del Tokio que me acogió hace cuatro años y seguir atento a los cerezos que me da a mí que vamos a ser muchos más los que este año lloremos cuando se tornen blancos. Poco les tiene que quedar ya.

Después, con el tiempo, saldrán solas las dos espinas, ahora es mejor no tocarlas, que se infectan:

La de la embajada
que no nos
contactó, que no
movió ficha por
casi ninguno de
nosotros, que al
desaparecer en
medio del desastre
nos dejó un claro
mensaje de ahí os
las compongáis solos.
Ese gobierno que sólo
empezó a tomar
medidas muchos
días después, cuando
algunos medios se

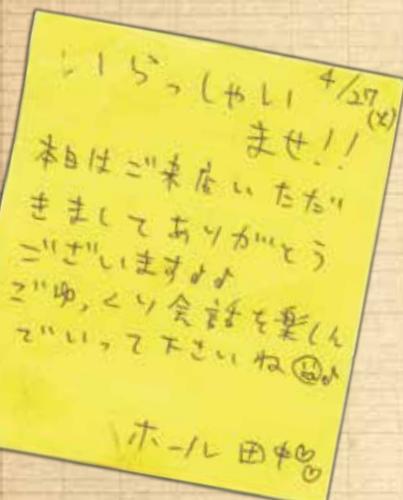


hicieron eco de la situación de abandono y poco o nada ya podían hacer para proveer ayuda real que ya no se necesita.

La de los medios y su absurda y sensacionalista versión de los hechos que, precisamente, hicieron sufrir a nuestras familias tan innecesariamente que no creo que esto deba quedar así. No ha sido bonito veros jugar con el miedo de los míos. Señores: esto es personal.

Pero con esto ya nos pondremos después. Cuando me haya emborrachado tres o cuatro veces y me dejen de durar las resacas.

No llaméis, que no cojo. Amatxu, contigo ya sabes que hablo luego... apaga la tele ya, mujer.



Una semana entera llamando a casa todos los días, tranquilizando a mis padres, diciéndoles que no, que en Tokio no nos habíamos quedado sin alimentos y sin agua, que podíamos salir a la calle, que no había caos, que no pasaba prácticamente nada en realidad.

Tocó reflexionar sobre lo ocurrido.

Vivíamos en una absoluta incertidumbre que nos impedía tomar ninguna decisión. Seguimos las noticias con muchísima atención, comparábamos información de multitud de medios: televisión, periódicos, internet... tratábamos de estar lo más informados posible: no nos creímos nada, desconfiábamos de todo.

Me molestó, me dio muchísima rabia que estando como estábamos viviesen a darme lecciones desde fuera diciéndome lo que tenía o no tenía que hacer. Gente que vivía a miles de kilómetros de Japón que de repente se convirtieron en expertos en energía nuclear y desastres y venían a darnos charlas sobre nuestra propia situación.

Me pareció tan ridículo que traté de escribir el caso contrario para ver si de esa manera se daban un poco de cuenta de su falta de sensibilidad.

Fue en vano. Totalmente.

認知感謝

Martes, 29 de marzo de 2011

DE PERCEPCIONES Y APRECIACIONES

Pongamos León en vez de Fukushima, de verdad, intentemos imaginar la copla, y que Madrid haga de Tokio, claro, por aquello de la zona más poblada cercana. Echémosle todavía más fantasía al asunto e imaginemos que esa misma central, la de León ha sido afectada por un tsunami ahí toda ella casi en el medio de la península, o un meteorito, es igual, se trata de ponerte en situación, seguidme el juego.

Tendremos, pues a una serie de trabajadores de Iberdirola jugándose la vida cada día por arreglar el tinglado y digo yo que alguien cercano a Zapatero se encargaría de salir en la tele cada poco contando las noticias, tratando de dejar claro que en realidad en Madrid se está seguro, que los que tienen que marcharse pero ya mismo, son los que quedan a la altura de Ponferrada, que son los que la guardia civil ha evacuado ya por Salamanca y alrededores.

Los gabachos estarían poniendo el grito en el cielo porque les pilla cerca el desaguisado que una vez más han preparado sus vecinos los de la siesta y todo el mundo en general opinaría y

criticaría la mínima noticia que saliese en TVE1, o la primera como se llama ahora. Habría miles de programas de expertos en energía nuclear que ayer resulta que lo eran en la ley Sinde y antes de ayer en controladores aéreos, poco tardarán en conocer los amoriños de Gadafi a la que claree.

Y de mientras, cinco millones de personas en Madrid con sus trabajos, con sus familias, con sus vidas. Cinco millones de tipos a los que les dicen que en León la cosa no está para bromas, pero que en el peor de los casos a ellos no les pillaría si el asunto se fuese a tomar vientos, o eso dice Zapatero en la tele porque en el resto del mundo no dan un duro ni por León, ni por Iberdrola, ni siquiera por Barcelona que aunque pilla a desmano de todo, allende los mares se mete todo en el mismo saco y ya son todos los españoles los que no tienen ni un ápice de cordura. Y el resto del mundo erre que erre diciendo que esos cinco millones de pobres desgraciados no tienen cordura, que no tienen conciencia por seguir viviendo en sus casas de Madrid cuyas hipotecas se siguen pagando por seguir yendo a la oficina que queda cerca de la Puerta del Sol a mano derecha, que son unos dementes por aparentar normalidad saliendo a la calle los fines de semana ahora que es primavera y ya no hace tanta rasca, que habría que encerrarlos a todos por no haber dejado todo por un cortijo extremeño entre Badajoz y Olivenza.

Pero claro, uno está en su casa un sábado en pijama y se asoma a la calle y todo está igual, y el vecino que siempre ha sido un tío raro, nos enseña un medidor de radiación que ha comprado por internet y allí los numeritos marcan siempre lo mismo, que lo más raro que pasa es que no queda un guiri por la calle porque escamparon todos a la que Pedro Piqueras dijo cuatro palabras clave estilo película de la Jovovich. Uno, que no es tonto, seguro que no se fía ni de Zapatero ni de la madre que parió a Iberdrola y a su torre de Bilbao, y está atento desde su casa de Torrelodones a toda esa información de León que, por lo visto, el PSOE no quiere contar del todo, con el coche lleno de gasolina e intenciones de pasarse el 110 de las autopistas por el sobaco al mínimo indicio serio de que desayunar en La Latina aporta más microsieverts de esos que colesterol.

Pongamos que así estaría uno de Madrid, sin viviendo su rutina entremedias de todo este percal, yendo a trabajar todos los días pero recorriendo cada mañana las noticias para ver si por fin dicen que en León se puede dar el asunto por finiquitado

y que las galletas de Cuétara se pueden seguir mojando en vasos de la central lechera asturiana sin que allí dentro esté fermentado nada más de lo habitual.

Y mira tu que tendría guasa que a este hombre, que bien sabe lo que hay, que la ciudad sin iluminar cada noche le recuerda que la percepción de normalidad es más tema de apreciaciones propias que de realidades, le viniese uno de Tokio a contartele cómo está Madrid, que los que se quedan se suicidan un poco más con cada día que pasa, que se lo ha dicho su vecina de Shinbashi, que por no quedar, no queda ni agua y que bien sabe él, que lo ha leído en el Yomiuri Shinbun, que la radiación está hasta en los cerezos en flor, si los hubiese por la capital, claro, que de normalidad nada, monada, que él, que se documenta una horilla todas las mañanas a base de periódicos online y comentarios del menéame.jp, tiene las cosas mucho más claras que el de Madrid, que vive allí con un ojo atento al hilo que cuelga de la lámpara para saber si es otra réplica de los cojones o su imaginación que le ha vuelto a traicionar porque el miedo en el cuerpo está lejos de querer irse.

Pero pongamos eso. Pongamos que hablo de Madrid.

お'ガえり)~

Jueves, 12 de mayo de 2011

REGRESO

Pensé que no volvería a asustarle nunca más, pero el nuevo calor de la primavera le trajo otra vez al pequeño banco con tejado donde él solía soñar con estar soñando en un futón.

Yo caminaba camino de casa echando en el alma la cuenta de los abrazos que había dejado a deber entre Zalla, Bilbao y Barcelona y ya desde la esquina de la droguería pude distinguir la inconfundible bicicleta medio en medio del camino. Allí estaba de nuevo, tapado con la manta azul ennegrecida por los bordes que apenas dejaba ver el gorro de lana cómplice del secreto de su calva.

Burmiente la vida, que vivida sólo a ratos pesa menos.

Me alegré mucho, no entiendo todavía por qué tanto, no tengo ni idea de quien es, pero saberle vivo me desbordó la sonrisa de dientes. Uno cree que tiene problemas hasta que se los relativizan de un tirón. Más que compasión o pena, es humildad, de la buena e injectada intravenosa. Cortes de luz decían, cuéntaselo a este hombre y de paso añade que no hubo agua embotellada ni gasolina por una semana que con que siga soplando viento sur...

Llegué, me duché y caí rendido un tiempo. Me resistía, todavía me resisto, a divorciarme tan pronto de la que quiso casarse 10 días conmigo entre embarques, metros y camas de prestado y la acompañé hasta casi su casa llevándole la maleta. Muerto de sueño, con las lágrimas discutiendo por no ponerse de acuerdo si salían por pena o por felicidad, volví andando entre andenes cambiando líneas como si nunca hubiese abandonado Tokio y las cosquillas de Javi de ayer me hubiese imaginado reírlas.



Bajo un cielo de cerezos compinchado con el viento, la Vieja bicicleta cargada de paraguas rotos seguía velando las cabezadas de su dueño y yo supe que no podría conciliar las mías de haberme ido sin más. Entré en el combini y compré dos o tres platos de comida para llevar asegurándome de que hubiese bien de carne. También pensé que sería bueno que tuviese frutos secos que comer en cualquier momento, y que le darían sed, así que añadí a la bolsa una botella de agua de dos litros y seis cervezas de las grandes que mi vergüenza y quizás su orgullo no me dejarían compartir con él y sus historias, ojalá no le diesen más resaca de las habituales. La bolsa que planeaba dejarle al lado de la bicicleta se convirtió en dos porque pensé que convendría que tuviese muchos onigiris con arroz y también pan y alguna revista indecente que le adecuntase el ojo a la sombra de alguna farola en la comisura del Tokio que le acogiese esa noche.

Así lo hice.

Dejé las dos bolsas dentro de la cesta de su bici, procurando no hacer ruido y me volví a casa con la sensación de ser más persona que un rato antes pensando que esa noche iba a ser yo el que durmiese a pierna suelta.

No fue así, y dudo que el jetlag tuviese siquiera la mitad de la culpa.

El vagabundo que dormía en mi calle y yo nos conocíamos y nos saludábamos a base de muecas esbozadas de pasada al encontrarse nuestras miradas hasta que después de una noche horriblemente fría no le volví a ver. Yo pensé que no la habría sobrevivido, y no podía dejar de pensar en que estaba durmiendo a escasos 20 metros de las dos o tres mantas que me sobraban en casa.

Una especie de culpa me acompañó por unos meses hasta que quiso volver demostrándome que aquel invierno no pudo con él. Coincidio con nuestra vuelta a Tokio desde Bilbao y no pude tener mejor bienvenida que saberle vivo.

本日のメニューの会話

Domingo, 22 de mayo de 2011

CONVERSACIÓN DE MENÚ DEL DÍA

Volver después de dos años a Zalla con todo lo que ha pasado últimamente, ha sido casi como soñar durante una semana con vivir mi vida anterior. Ahora, ya despierto de nuevo, casi me parece mentira que hace nada estaba paseando por el pueblo que más moretones me causó a fuerza de no parar de correr y saltar por sus calles. Más de una acera se conoce mis rodillas de memoria.

Fueron días emocionantes, sin excepción.

Me gustó mucho enseñarle a la que me acompañaba mi mundo de siempre y que fuese yo, por una vez, el que tradujese menús y recomendase platos. Camino a Gaztelugatxe, paramos en Bakio donde la camarera nos atendió con encantadora hospitalidad:

— A ver pareja, ¿que os pongo aquí?. Huy, ¿tu me entiendes cuando te hablo? anda, a ver como hacemos esto porque yo chino no sé y tampoco inglés, bueno, a veces el castellano se me olvida, no te digo más

— Jaja, no te preocupes, bueno ella es japonesa, pero yo le intento traducir

— Ostras, perdón, no pretendía ofender, jeh?, pero claro, pocos japoneses se ven por aquí, para nosotros todos son chinos. ¿Le puedes decir eso?, que no quería ofenderla, jeh?, que perdona, que una es una ignorante como la copa de un pino.

Le comenté la situación a Chiaki que se ríe y me dice que es normal, que no tiene que pedir perdón por nada.

— Menos mal, buff, no os he dicho ni el menú y si ya empezamos así... no quiero ni pensar cuando probéis la comida!

— Jajaja, seguro que está todo muy bueno



— ¡Eso espero! Bueno, esto es lo que hay

Le traduzco, más o menos, lo que va diciendo la camarera y Chiaki se extraña con que haya que elegir tantos platos, no le cuadra lo de primer plato, segundo plato y postre, y menos que el primer y el segundo plato sean platos grandes y que haya una cesta llena de pan sin fondo. Acabamos decidiéndonos por el arroz con almejas, los guisantes con jamón y sendos platos de carne. Como hay que conducir, no será vino con gaseosa sino agua.

— Oye, chiquito, ¿puedes venir un momento? —me dice la camarera, y me lleva a un rincón— ¿cómo se dice "gracias" en japonés?

— Pues se dice "arigato"

— Arigato arigato —practica por lo bajo poniendo el acento en la segunda a, lo que hace que suene muy gracioso, así que no le digo nada. Cuando trae el segundo plato y Chiaki hace ademán de pasarse el plato vacío, se lo suelta con la mayor naturalidad del mundo.

— Arigato —y se va

— Jajaja, de nada —le dice Chiaki en castellano

— Pero lo has dicho mal, oye, que vas de entendida por la vida —dice una de las señoras de la mesa de al lado— es arigato gosomas, que lo se yo, ja que si? ja que se dice así? —le pregunta directamente a Chiaki, y yo se lo traduzco

— Si si —contesta Chiaki en castellano riéndose— bien bien

— Vaaaale, vaya aquí con la entendida —le dice la camarera a la señora— pues fíjate que yo no sabía si era japonesa o no y la he llamado china

— ¡¡ Pues anda que no se distinguen !! si está claro que es japonesa —dice la señora, y yo se lo traduzco a Chiaki, que me dice que a veces es muy evidente que alguien no es japonés, pero que ella misma no lo sabe muchas veces a simple vista, yo no digo nada.

— Pues los distinguirás tú que eres una relista, pero yo ya les he pedido perdón, ¿verdad moza que te he pedido perdón?, no te me enfades, ¿eh? que una es una inculta, que le vamos a hacer

Cuando vamos por las goxuas, Chiaki me pregunta cómo se dice "estaba muy bueno todo" y yo se lo digo tal y como está escrito entre comillas en esta misma frase. La camarera vuelve:

— Bueno chicos, ¿os pongo un café o algo?

- Estaba muy bueno todo
- Jajajaja. ¡¡anda!! Árigato
Árigato. que maja. ¿has
oído que me ha dicho que
estaba todo muy bueno?
- le dice a las señoras
de la mesa de al lado—
no como vosotras que
nunca decís nada. Sosas.
¡¡que tiene que venir
alguien de fuera!!



Salimos de allí encantados con el buen trato que nos ha hecho pasar tan mejor rato. Mirando al mar respiramos profundamente, una, dos, tres veces... a ver si el aire ayuda a bajar tanta comida, que hace mucho que el estómago no está acostumbrado a estos festines de los mediodías.

Madre del amor hermoso.

- Oskar —me dice Chiaki— hoy he sido tu por un rato. ¡eh? jaja. ahora sé como te sientes cuando vamos a un izakaya
- ¡Para que veas!

Montamos en el coche y con el cinturón de seguridad hasta los topes, arrancamos.

Próxima parada: Gatzelugatxe.

Aunque fue solo de visita, la vuelta a Zalla fue muy especial por muchos motivos. Uno de ellos es que lo hice con Chiaki. Tenía muchas ganas de que conociese a los míos y de que los míos viesen su sonrisa y supiesen al instante por qué estaba con ella.

Aunque en Tokio no nos damos demasiada cuenta, somos de mundos distintos al fin y al cabo. Allá por entre Zalla, Bilbao y Barcelona, se dieron situaciones muy curiosas, diría que bonitas y entrañables.

Esta es una de ellas.

アスファルトでにげる

Jueves, 26 de mayo de 2011

ASFALTO DE POR MEDIO

Seguía con los ojos entrecerrados cuando empecé con el nudo de la corbata, abrirlos del todo era como si me patearan todavía más las sienes, aunque lo peor había sido lidiar con la camisa del traje cuando con cada mínimo movimiento las costillas me rajaban la piel por dentro. Casi era mejor que estuviesen rotas, así por lo menos alguien me obligaría a estarme quieto "oficialmente" y no me vería en estos berenjenales.

No era, ni de lejos, mi mejor día para una entrevista de trabajo. Súmale una resaca de cojones al dolor del costado y te saldrá que no habría sido un buen día ni para salir a coger billetes de 500 euros ni metiendo a Angelina Jolie en la ecuación.

Por primera vez en mucho tiempo caminé con gafas de sol. No las uso en Tokio desde que aquella, digamos, secretaria de día, me dijo que eran de gaijin, por muy a halago que ella quisiese que sonase. Tremenda mujer, por cierto, si se pudiesen rebobinar los reflejos de esas gafas ella tendría dos o tres secretos de los que sonrojarse y yo un ego que deshinchar. ¿Habría vuelto por fin a Nagoya? ¿seguiría en Tokio?... mejor no preguntar que las cosas están muy bien sin que se planteen dejar de estar como están.

Decidí que sería mejor para mi dolor de cabeza quitar la música, aunque sería después de aquella canción que merecía ser escuchada hasta el final. Por alguna razón, un amigo de los que no se tienen tres en esta vida, me viene a la memoria cuando el iphone decide que ya va tocando volverla a poner. "Escucha bien, mi viejo amigo, si algún día nos volvemos a ver, solo espero que todo sea como ayer... en el límite del bien, en el límite del mal. Te esperaré en el límite del bien y del mal".

Nos veremos dentro de poco, seguro, por mi parte todo igual, te tocará mover a ti.

La entrevista de trabajo era cerca de Shinjuku, el barrio al que otrora me acercaba cuando no sabía muy bien qué hacer con algún que otro domingo de esos que salen mustios y subía al rascacielos del ayuntamiento a buscar un Fuji agazapado entre brumas. El mismo barrio donde estúpidos adolescentes juegan a ser adultos bravucones al abrigo de mafias que nadie ve, como las meigas. Be perder el último tren, mejor apagar cámaras que en ciertos lugares nunca

se ha de reconocer haber estado. Cualquier testigo es un enemigo y en la noche no se hacen prisioneros.

Quizás me tocase trabajar por allí cerca a partir de entonces. Por lo menos, en ello estábamos.

Cogí aire mientras el ascensor bajaba. De esto que respiras todo el que te entra y lo dejas ahí un rato como si cada segundo que aguantas parase el mundo otro tanto. No más de tres o cuatro esta vez porque el súbito traqueteo del teléfono hizo que pusiese al mundo en marcha de nuevo de un soplido. Teléfono que, para variar, no cogí. Los que me conocen ya saben que rara vez lo hago y aún así siguen cerca, no me merezco a ninguno y temo el día en que se den cuenta porque me quedaré solo. Esta vez y sin que sirva de precedente, tenía excusa. O eso decía mi conciencia para cubrirse las espaldas mientras entraba en aquel cuchitril de mala muerte disimulando no estar muriéndome de dolor.

"Web application programmer" ponía en el anuncio, pero el olor de aquel lugar distaba mucho de ser el de una oficina. Pongamos que era un aroma con garra; yo diría que humedad mezclada con sudor en una habitación cuyas ventanas parecían no haberse abierto en meses.

En la entrada había un teléfono junto a un mugriento papel con indicaciones de marcar el 955. Por alguna razón que todavía no me explico, decidí seguir adelante con aquel disparate y una voz al otro lado me dio la bienvenida instándome a esperar en la misma entrada. Fue una voz inesperada por lo dulce; seré yo que todavía no me he acostumbrado a la fingida afectividad femenina que tanto se prodiga por aquí en según qué contextos y me las acabo creyendo siempre como el iluso que soy.

Me enamoro tres veces por hora.

Menos mal que se me pasa pronto; a la que se me aírea otra por delante.

Lo primero que llegó fue un escote seguido de una chica de por lo menos una década más de los años que pretendía aparentar con esa ropa, y cinco más de los que le echaría yo.

- Diaz-sama, ¿Verdad?, gracias por venir, espero que hayas encontrado bien el sitio

Era medio guapa, dejando el otro medio a decidir en base a como se levantase uno de solo ese día. Hoy el ratio no le era propicio, pero caminar detrás de ese contoneo forzado me alegró el cuarto de

hora que ya venía turbio desde el ascensor y además se agradecía poder degustar la mezcolanza de colonia y champú que dejaba a su paso diluyendo el asqueroso ambiente del lugar.

Me estaba quitando la chaqueta cuando un microondas acabó de calentar lo que fuera que fuese y me descubrí pensando en la razón por la cual todos los microondas del mundo suenan igual.

Como le de a alguien por patentarlo ya me veo yendo a por el café cuando suene un ladrido, pensé, y debí reírme de mi propia gracia.

- ¿Estás bien? ¿te encuentras bien?

- Si si, perdón. Es solo que estoy un poco nervioso -mentí

- No te preocupes. Ahora va a venir el presidente para hablar contigo y después vendrá un ingeniero que evaluará tus conocimientos. Espera aquí, por favor

Se fue y sólo volvió para traermé un café que no habría probado ni cobrando, después no la volví a oler aunque confieso que soñé con sus contoneos aquella noche.

Oteé la habitación. Las paredes tenían grietas cerca del techo y en una esquina había una gran mancha de humedad. En el suelo había una moqueta, que ya era parte inherente del propio suelo y seguro que hace años era de un color parecido a gris claro. Creí ver una cucaracha en una esquina, pero no sabría decir y tampoco querría saber.

Hacía rato que había decidido que yo allí no iba a trabajar por mucho que me ofreciesen cuando entró un señor entrajetado de unos sesenta años por la puerta con cara de que yo le debía dinero. Se saltó toda formalidad y directamente empezó a hablar sin mirarme a la cara en ningún momento, en un japonés del que no entendí prácticamente nada pero asentí a todos y cada uno de sus "ne" como si me



fuese la vida en ello. La única pregunta que me hizo quiso Buda que la entendiese:

- ¿Porque quieres trabajar con nosotros?
- Estoy buscando una empresa que me permita desarrollar mi capacidad como programador de páginas web y ... -gracias, a dios esta vez, me interrumpió con otra retahila de la que ya solo paró para levantarse e irse directamente.

De los diez minutos en total pongamos que se adjudicó nueve para él perdiendo totalmente el sentido final del concepto de entrevista de trabajo. Me ahorró mi parte de la farsa.

Me entró la risa floja cuando reparé, mientras se alejaba, en que iba en traje pero con chanclas sin calcetines. Al de poco entró un chico de aproximadamente mi misma edad que parecía ser el más cabal del lugar. Por lo menos me miraba a la cara y tuvo la cortesía de presentarse. Que no era japonés estaba claro. Por el acento yo diría que entre irlandeses jugaba de pequeño.

- Aquí hacemos páginas web en PHP, pero de vez en cuando hay clientes que ponen como requisito utilizar otra tecnología, y queremos a alguien que investigue antes de dar una respuesta y ver si es viable... bueno, antes de soltarte el rollo, vamos a lo que importa: ¿tu tienes trabajo ahora?
 - La verdad es que si, desde hace medio año más o menos
 - Vale, pues ya está todo hablado. Espera un momento -se levanta y cierra la puerta de la sala del todo- mira, el puesto es para un becario, te van a pagar aproximadamente cien mil yenes y te van a tener trabajando hasta tarde todos los días. Si no tuvieses trabajo seguiríamos con la entrevista, pero no te merece la pena si ya tienes algo.
 - Anda, me dejas de piedra. Bueno, pues nada, encantado de hablar contigo -dijo pensando en poner kilómetros de asfalto de por medio
 - Espera espera, esto se supone que tiene que durar un rato, si no te importa esperar un poco... ¿cuanto llevas en Japón? ¿porque viniste?
- Así nos tiramos un buen rato hablando y alhogando alguna que otra carcajada hasta que por fin me acompaña a la puerta y me despidie con un apretón de manos.
- Ya te llamaremos para darte una respuesta -ironiza

Camino a paso ligero tratando de alejarme de allí. durante un momento pienso en que en realidad ha sido una brillante entrevista de trabajo, que le he contado tantas cosas en ese rato con tanta naturalidad que no creo que hubiese mejor manera de conocer

como es de verdad una persona. en tan poco tiempo. Que todos eran actores, desde la cuarentona adolescente hasta el arrogante presidente que me hablaba con tanta soberbia.

Nah. No puede ser. Aquel olor era demasiado.



En el camino al nuevo trabajo tuve un accidente de moto que me dejó el cuerpo dolorido por unas semanas a parte de un inmenso agujero en el bolsillo. No estaba en mi mejor momento, prácticamente no

podía hacer nada más que ir y volver de la oficina mientras esperaba recuperarme física y económicamente. Con más pena que gloria, decidí presentarme a una entrevista de trabajo, y lo que me ocurrió parecía más un mal guion de una película, que la vida real.

Así decidí contarla.

Jueves, 14 de julio de 2011

LA CHICA DE LA PENA PERPETUA

"Yo quiero que vivamos juntos" fue todo lo que se le ocurrió decir cuando por fin fui capaz de atarle un nudo a mi alma para llorar sólo por dentro diciéndole adiós.

Había momentos en que me encantaba estar con ella... como cuando sonreía porque no lo hacía jamás. Me tomaba cada uno de sus escasos atisbos de felicidad como recompensas, regalos de lujo, pan de días de hambre. Pero lo cierto es que casi siempre temblaba de frío al ver su faz eternamente triste y aunque siempre me lo negaba, sé que lloraba a veces: en la soledad del cuarto de baño al amparo del sonido de la ducha, en el tren camino a casa... una vez creí oír sollozos mientras dormía. Era como si sus pupilas filtrasesen cualquier indicio de júbilo que rara vez entraba en su interior condenando esos preciosos ojos a una pesadumbre perpetua imposible de abolir.

Estuvimos juntos un tiempo en el que yo saboreaba increíbles conversaciones entre dos almas de distinta raza pero con semejante manera de pensar. Pasábamos horas barnizándonos el uno al otro capas de costumbres y culturas hasta que los

tonos acababan parejos o Tokyo se acababa durmiendo alrededor nuestro, lo que pasara antes.

Pero yo no podía con la culpa.

Odiaba sentirme feliz ante quien parecía imposible que lo fuese, aborrecía tener que falsear melancolía. Me horrorizaba pensar que quizás, por aquello de la empatía, yo también podría acabar infestado de amargura sin saber muy bien porqué ni para qué se llora.

Así que antes de que los despertares juntos fuesen a más, decidí ser cobarde y no prolongar aquella semivida con la chica de la infinita tristeza. Paseamos por Yoyogi y ella me cogió de la mano



multiplicando por cuatro los ya remordimientos por decirle lo que fuera que fuese que iba a decirle. Ella, sin estar radiante ni haberlo estado nunca, parecía tener más brillo en la mirada ese día, puede que cierta ilusión que yo iba a tal vez de raíz.

Me sentía miserable. Quizás era el inicio, puede que ya estuviese apagándome yo también porque hacía tiempo que no me sentía así.

Nos sentamos y le dije, todavía cogidos de la mano, que nunca había encontrado a una persona que pensara tan igual a como pensaba yo pero que sentíamos tan distinto que no me era posible seguir con ella. Le callé que no tenía fuerzas para combatir su implícita desdicha, que temía que me arrastrase con ella a una espiral de velos en la mirada y vacío en las entrañas.

Su gesto no cambió en absoluto cuando me contestó "pero yo quiero que vivamos juntos".

El mío se desafinó.

"Pero bueno, que le vamos a hacer" dijo después con espantosa calma sin ni siquiera congelarme los ojos con esa mirada gélida hecha suya tiempo ha.

Me soltó la mano, se levantó y se fue.

En el momento en que desapareció de mi vista me derrumbé y lloré, de una vez, todas y cada una de las lágrimas que llevaba aguantándome desde hacia dos meses y tres días asegurándome bien de purgar toda pena que quedase diluida entre venas y arterias.

No he tenido ninguna relación larga desde que vine a parar a Tokio. Nunca he pasado de algunos meses hasta ahora. La mayoría de las veces fue la otra parte la que rescindió el contrato por razones que, siendo honesto, no entendí pero acaté. Este fue el caso contrario... no me atreví a decirle que de seguir con ella, moriríamos de pena los dos.

お酒と寿司とキス

Viernes, 14 de octubre
de 2011

ALCOHOL, SUSHI Y BESOS POR DOCENAS

Era de Osaka la princesa que atinó a birlarme la voluntad sobornándome con besos que de tanto que duraban, hasta me llevé a creer uno o dos de cada doce. Así era la letra pequeña del contrato: si le daba la gana de venir a darlos, lo hacía por docenas.

- Y tu no me llamas, y bajo ningún concepto se te ocurra tener "un crush on me" que no estoy para dramas, que ya sabes que yo aquí voy a durar poco.

Que no me enamorase decía. Pídemelo que no respire tampoco si ves que así se te sigue sintiendo íntegra la integridad esa tuya que se te tambalea desde lejos. Ahora que las cosas las tenía claras, y nada mejor que achuchar al corazón asumiendo el desengaño desde el principio para que vaya doliendo desde ya mismo y así, cuando acabe, solo haya de escocer.

Dos veces la fui a buscar a la estación, a partir de la tercera ya se presentaba en casa ella sola y a la que me descuidaba, ya tenía una de mis camisetas por pijama y mi alma a su merced si yo no miraba. Si algo había de respetar, eran mis clases de karate, después cualquier momento era bueno para aparecerse sin avisar.

Y yo encantado.

La mayoría de las veces traía botellas de alcohol de colores y países que ni sabía que existían. Rara vez hacíamos prisioneros entre los frutos secos y el sushi de oferta de última hora del supermercado desde ésta, mi casa, nuestra trinchera.

No dejaba de hacer preguntas, apenas acababa de responder una cuando ya tenía dos más preparadas que disparaba a bocajarro



mezclando inglés y japonés en una proporción directamente proporcional a la distancia que quedase entre la superficie del líquido y el fondo de la botella. Tenía curiosidad por todo lo mío, por mi país, mis costumbres, mi idioma, mi vida... quizás, ahora lo veo un poco más claro, para que no tuviese tiempo yo de hacer pregunta alguna. Cuando ya no nos entendíamos, o las palabras no se querían hacer entender más, pasábamos a los hechos, que según disponía su señoría, solían durar hasta justo el inicio de las resacas.

Después desaparecía porque tenía que trabajar, o arreglar la bici, o comprar maquillaje o cualquier carajo que fuese lo que se le ocurriese para evitar enfrentarse con cualquier indicio de que al que se quedaba durmiendo le diese por decir tonterías de esas de amores y futuros.

Huía. Literalmente.

Un día antes de volver a Osaka, si es que de verdad era de allí, me mandó un mensaje de linea y media diciéndome que se iba, que me cuidase mucho y que si alguna vez volvía a Tokyo, me llamaría. Yo le dije que no lo hiciese, alegrándome y entrisciéndome a la vez, con una especie de escozor en el corazón.

やっほり

Tardé más de un mes en dejar de escuchar entre sueños el timbre de la puerta, ése que anunciaba alcohol, sushi y docenas de docenas de besos.

El sonido de sus zapatos de tacón subiendo las escaleras lo sigo escuchando a veces, aunque ya cada vez menos siento el escalofrío aquél que se me enzarzaba entre las vértebras desde la segunda vez que se presentó sin avisar.

Hace poco me envió un mensaje diciéndome que se casaba.
Quién lo diría.



どうする? おしえて~

Jueves, 19 de noviembre de 2011

DIME... ¿QUÉ HAGO?

Si la brisa del Cantábrico en los acantilados de Barrica me tergiversa los alvéolos igual que el olor del Pacífico entre el dragón y la campana en Enoshima. Si el sol de enero me caldea los huesos y me da la razón tanto si estoy subiendo Gaztelugatxe como bajando las escaleras de Honmonji, si la luna me miente con la misma cara sin importar que la Ventanilla desde la que yo y mi melancolía la miramos sea de la Yamamoto o la del último tren volviendo a casa desde Bilbao.

Si tus ojos me traen el horizonte que se ve desde lo alto del monte Ubieta de mi Zalla natal, pero ir contigo de la mano me hace sentir que somos sólo dos aun entre cientos de personas que se pierden por senderos del monte Takao bajo un techo de hojas tan rojas como la sangre de mis venas.

Ya me dirás tú qué hago yo cuando a veces mataría por abrazar a mi madre y escucharla hablar durante días y sin embargo no soy capaz de pasar horas sin tus besos a riesgo de morir de pena imaginando un mundo sin ti. Si duele celebrar los cumpleaños de Javi sin Javi, si pasarme de visita se convierte en una ecuación de milésimo grado entre incógnitas imposibles de tiempos divisores y distancias al cuadrado.

Si ya no sé vivir sin pelearme de vez en cuando con otros que se visten también de blanco y se ponen cinturones de colores, y quieren pegarme patadas con sus pies tan descalzos como los míos. Y, dime, que algo se te ocurrirá, dime, ¿que hago yo? si pagaría el triple por celebrar con txakoli que pasó otra competición más bajo la mirada de profesores ya legendarios. Si recuperaría fuerzas con sandwiches del EME de Bilbao a veces y otras con udón del que hace a mano cada día el señor de pelo gris de la pequeña tienda de Nishi-Magome.

Pero es que resulta que echo de menos las celebraciones con los compañeros del equipo con tortillas y pan de verdad en la cafetería de la empresa de Zamudio y sin embargo me sigo derritiendo cuando alguna compañera del equipo de diseño, aquí entre Shibuya y Roppongi, me regala chocolate para darme las gracias, reverencia mediante, por algún trabajo bien hecho. Si es que el kampai de los nomikais de empresa descalzos en izakayas de Ebisu me sabe igual que las nueces con membrillo de después del txotx en las sidrerías del casco viejo.

Qué le voy a hacer
 si el pecho me arde
 y me quema tanto
 corriendo entre
 tumbas y templos
 con el Fuji a la
 espalda como dando la
 vuelta a Ibarra, si el
 ego crece lo mismo
 cuando decido apretar
 y llego hasta Meguro
 por la orilla del río
 Nomigawa que si voy hasta
 Balmaseda y vuelvo por Otxaran acompañando al Cadagua.

Me olvido del rumbo, me pierdo conmigo mismo porque sé que
 volvería a emocionarme igual escuchando a Sabina en la plaza de
 toros de Vista Alegre que cuando vimos juntos la exquisita danza
 de aquellas geishas en Kyoto. ¿A dónde me voy a soñar mis sueños?
 ¿dónde elijo despertarme? si devolvería mil veces el préstamo de
 este idioma que no es el mío, pero sé que no podría no saber decirte
 lo que me vocea con rabia el corazón y volvería a pasar millones
 de noches en vela estudiando sólo para
 volver a ver cómo destella tu mirar
 al escucharme.

Si iría de txozna en txozna por El Arenal
 y luego pararía para comer takoyaki con
 una buena kirin sentado en el suelo hasta
 que pasasen los que llevan el omikoshi, y
 después subiría a kobetas a ver los fuegos
 artificiales sobre San Mamés para
 bajar hasta las callejuelas de detrás del
 Sensoji en Asakusa a encontrarme con
 Guillermo, Nerea, Xabi, Héctor, Antonio,
 Rodrigo, Carlos, Ferpi y los demás. Y la
 resaca la pasaría igual sacando fotos
 a los rascacielos imposibles de Shinjuku
 que patinando desde el Euskalduna
 hasta El Casco Viejo pasando por
 el Guggenheim.

Dime, ¿qué hago yo ahora? si
 mis suspiros ya no saben donde



evaporarse, si lloro porque las lágrimas mojan sólo un lugar cada vez.

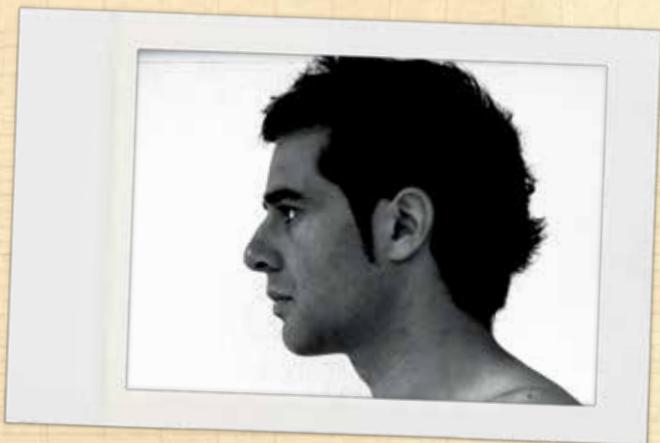
Si lo único que sé es que quiero que tú estés, que sigas, que no te vayas de mi lado mientras la mitad de las veces mataría por estar allí y la otra moriría por morir aquí.

bime, si tú lo sabes,

¿qué hago yo
ahora?...



Nunca supe bien qué significaba aquello de tener el corazón dividido hasta que Japón me lo partió.
Y nunca, me temo,
volverá a pegarse.



Jueves, 8 de diciembre de 2011

AGUA, GLUCOSA, PROTEÍNAS, SODIO Y POTASIO

Hoy he llorado bajo la ducha. desconsoladamente, haciendo mucho ruido.

He llorado y al salir, me he puesto a buscar qué contienen las lágrimas. He encontrado que por lo visto un 48,3% es agua y luego el resto una mezcla entre glucosa, proteínas, sodio y potasio.

No me lo creo, las mías no.

Yo sé que mis lágrimas tenían mucho más. Sé que casi la mitad iban cargadas de desahogo por lo sucedido días anteriores, que aunque nunca habríamos de preocuparnos por quienes no se preocupan por uno, cada mala palabra recibida se había quedado encerrada en los adentros y de alguna manera debían salir.

Otras que han brotado se han diluido con el agua caliente por el frío de saberme frío entre soledades alternas cuando el alma se acatarra más que el cuerpo que se siente tan diminuto, que uno no le encuentra el calor de saberse cálido. La mitad de lo que he llorado es porque odio los despertares gélidos, los aborrezco, sé que envejezco dos días cada día que duran, tres con lluvia.

Han sido lágrimas horribles que he detestado aunque era necesario que aflorasen. Después me he sentido más entero, quizás un poco más cabal.

A lo rojo del otoño debo algunos segundos de mi llanto, al niño de chubasquero amarillo que me señalaba divertido, a la anciana que

siempre barre las hojas de la entrada de su casa y me da los buenos días sin saber que quizás no la entiendo, aunque lo hago. A la picara de falda imposible que se me quedó mirando mientras subía la cuesta de la calle de detrás de los cerezos, dejándome deseando volver a bajarla para seguir fantaseando un poco más con la longitud de sus piernas. A tus ojos que son la mitad de preciosos que tenerte contigo.

Han sido lágrimas bonitas, me ha gustado mucho llorarlas.

Me asustaría no saber que se han caldeado mis mejillas con gotas debidas a los míos, a mi madre que se me viene a visitar por dentro a veces con su cara de mirarme hablando sin hablar, a Javi y su risa tan infinita y sencilla como candorosa y sincera, a mi padre y sus dos pares de gafas de leer, a la sobrina cuya infancia sólo imagino entre sueños, al otro hermano de mi hermano que está sin estar ni saber que se viene.

Han sido lágrimas amables, tiernas... culpa de una nostalgia testaruda que no me deja seguir viviendo si no paro, de vez en cuando, a abrazar con el alma a los que están lejos por estar yo lejos.

Hoy he llorado bajo la ducha. Seguía llorando mientras me secaba y dejé de llorar muy poco antes de salir de casa.

Me siento tranquilo, con calma, feliz y melancólico a partes iguales.

Es como si hubiese dejado por un rato que el corazón hablase, que patalease, gritase y se enfadase, que confesase de una vez lo que sinceramente le pasaba porque de otra manera, no habría acabado nunca haciendo las paces y así no se podía vivir.

Ahora late adrede, con ganas otra vez. Y ya reconciliados, el resto le seguimos de nuevo.



Me preocuparé, y mucho, cuando pasen más de tres semanas sin que haya llorado al menos una vez.

Viernes, 17 de febrero de 2012

二人のこと COSA DE DOS



Aquella noche fue mentira.

Por alguna razón decidí abrir la botella de vino que guardaba para compartir a la sombra de alguna que quisiera taparme la luz de la vela que compré a la par. No se dio el caso, y hacía ya muchas lunas de la última vez... ya no aguanté más. Bescorché ese Rioja Siglo Saco y el alcohol desinfectó heridas

que empezaban a hacer nido en el corazón, ese del que uno no hace cuenta hasta que de repente late a cañonazos gritando que como siga estando solo, va a reventar.

Cuando logré dejar de apiadarme de mi maldita estampa, estaba tan borracho que no podía ni andar.

No recuerdo demasiado el final de aquella noche, pero si sé que me dio rabia estar así, que lloré muchas veces recordando que acordarse duele cuando lo que se quiere es olvidar.

Me metí en la ducha y estuve un buen rato bajo una docena de pequeños chorros de agua fría

que me horadaron las malas ideas y me enjuagaron la morriña hasta que me espabilé lo suficiente como para no dar por acabada aquella madrugada de verano tirado en el futón esperando a morirme de resaca.

Cogí la cámara de fotos y me fui al templo de al lado de mi casa.

El camino de entre cinco y diez minutos lo hice en más de media



hora. Me paré a sacar fotos a todo, como si hubiese decidido que no iba a seguir aquí más y esa fuese la última vez que peregrinase a verme el ombligo por dentro entre tumbas, pagodas y cerezos. Era como si sintiese que no había más que rascar y ya tocaba mudarse de vida de nuevo por aquello de dejar de seguir intentando reír, porque ya saldría solo.

Cuando por fin llegué, me senté en las escaleras y miré hacia la derecha instintivamente. Desde allí se ve el monte Fuji en días claros... se me olvidó el pequeño detalle de que eran algo así como las dos de la mañana. Apoyé la cabeza en la pequeña columna de la parte superior, y empecé a revisar las veinte o treinta fotos que acababa de sacar. Borré todas, no se veían más que sombras negras entre las que asomaban tímidamente luces de alguna farola cercana. Sombras negras entre las que asoman, a veces, luces... ¿a quién me recuerda?

Cerré los ojos y me quedé dormido un rato imposible de medir, lo mismo podría haber sido un minuto que dos horas. Cuando me desperté, ya con dolor de cabeza, vi a un gato negro y blanco... negro con luces... allí sentado como a dos metros de mí. Me miraba fijamente y yo le hice gestos para que viniese, aunque no lo hizo. Sin levantarme, traté de hacerle fotos con la cámara pero cuando logré acertar a quitar la tapa del objetivo, ya se había alejado unos metros. Le seguí un buen rato tratando de no hacer



ningún movimiento brusco que provocase que volviese al mundo de mentiras del que había venido, hasta que se paró justo delante del edificio principal del templo. decidí sentarme a dos o tres metros de él, a veces le sacaba alguna foto aunque la mayoría del tiempo sólo le miraba.

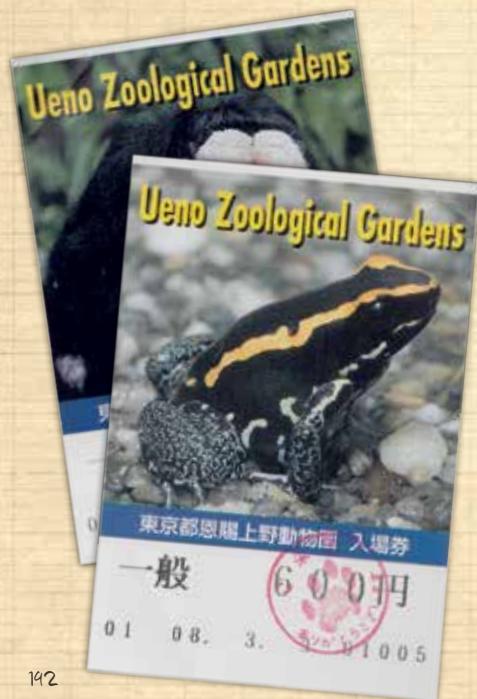
Él, o ella, no se movía más que para rascarse la cabeza como dudando si se fiaba del único ser vivo cercano más grande que él. O que ella.

Finalmente vino y me rodeó un par de veces antes de decidir sentarse a mi lado. Se dejó acariciar e incluso parecía querer contarme su vida de gato de templo soltando maullidos a modo de charleta desconsolada.

Agradecí su compañía, me gustó que hablásemos.

Desperté al día siguiente en mi casa con un dolor de cabeza horrible. No recuerdo muy bien el camino de vuelta pero a juzgar por la laguna de recuerdos, parece que la ducha no logró contrarrestar ni de lejos los grados del Rioja.

Incluso dudé que había salido la noche anterior... hasta que vi las fotos que me contaron que aquella madrugada de verano fuimos dos los que nos lamimos las heridas.



La soledad que me acompañó prácticamente desde que llegué me valió para aprender a desenvolverme, a pelear por lo que quería y sabía que debía hacer y gracias a ella hice muchas cosas que seguramente nunca habría necesitado afrontar estando acompañado.

Pero también me arrepiento de mucho que he hecho al amparo de no haber testigos...

Jueves, 9 de febrero de 2012

OTRA VIDA MÁS

La vida es el resultado de las decisiones tomadas en el pasado junto a grandes dosis del impredecible y muchas veces burlesco azar. La rutina del día empieza y acaba casi siempre de la misma manera aunque uno nunca sabe que va a pasar en el medio, que es donde suele estar la migaja que pellizcar si se aprende a no dejarse llevar por el vil pasar de las horas.

Elegí irme del trabajo anterior y fruto de esa decisión unido a mucha suerte de cuya magnitud quizás no soy consciente, hizo que empezase unos días después en una nueva oficina donde llevó una semana aprendiendo cómo se corta la baraja en la empresa más japonesa en la que he estado nunca. Fui yo quien decidió anteponer la ley de no tolerar jamás tratos intolerables y me fui. Pero fue el azar el que quiso que pasase de PHP y Objective-C a Ruby on Rails, de contratos temporales por sistema a condiciones en condiciones. Mi vida ha mejorado porque tome una decisión cambiando algo que debía ser cambiado en ese preciso momento, el azar hizo lo demás.

Me apunté prácticamente sin pensar a la maratón de Tokio en la que es muy difícil que te cojan. Quise seguir adelante en serio cuando lo hicieron y de nuevo mi vida cambió radicalmente. La elección la hice yo, la suerte hizo el resto. Ahora corro durante toda la semana y miro al domingo 26 con mucha ilusión y entusiasmo porque sé que es un día que no olvidaré jamás. Pero también he tomado la decisión de no seguir por este camino porque no me gusta en qué se ha convertido esta parte de mi vida en los últimos cuatro meses. Han cambiado muchas cosas: me encuentro mucho mejor físicamente pero no es lo que quiero hacer con mi tiempo libre así que ya he tomado cartas en el asunto. Dejar de correr todos los días es sin duda una provocación al azar que seguro que cruza algo nuevo en mi camino. Por de pronto retomaré karate con muchas ganas y estoy convencido de que la motivación con la que afrontaré este regreso al dojo traerá algo más consigo.

El otro día un viejo conocido de cerca de Bilbao me dijo que yo tenía mucha suerte, que tenía un buen trabajo, que estaba en buena forma, que hablaba idiomas, que conocía mundo, que parecía que había nacido con una flor en el culo. Este buen hombre dejó los estudios hace muchos años porque no le llenaban, llevaba muchos meses en el paro

y me contaba que había engordado por culpa de la ansiedad que le provocaba la situación.

Encontró trabajo, uno que dice odiar con toda su alma tanto como a la mayoría de sus compañeros, aunque tampoco va demasiado a menudo porque tiene dolores de espalda debidos a su sobrepeso que le obligan a cogerse bajas frecuentemente. Me decía que me tenía envidia, que todo me salía bien, que ojalá fuese yo.

Que ojalá fuese yo.

Cuando llegué a Japón 5 años atrás, mi vida estaba tan rota que se me escurría el alma por las grietas. Estaba tan solo entre tanta gente que me sentía triplemente vacío. Pero por mis huevos que me aseguré de mirar una y otra vez las cartas que me tocaron y de empezar a jugar hasta que pude arrastrar o cantar las cuarenta aunque fuese

de Pascuas a San Pedro. Porque la cosa va así: casi nunca se gana, lo normal es que pierdas o que te quedes como estabas.

"Que ojalá fuese yo" me dice. Y el tío, más cerca de los cuarenta que de los treinta, todavía no ha empezado ni a barajar las cartas.

Que ojalá fuese yo.

Simplemente no puedo con esa gente que deja escurrir su vida entre quejas y envidias sin hacer nada por conseguir sus ambiciones, y eso cuando tienen alguna. No los aguento.





私の東京のマラソン

Domingo, 26 de febrero de 2012
MI MARATÓN DE TOKIO

El día anterior dejé todo preparado diez o doce veces: la camiseta del Athletic con el dorsal prendido con imperdibles, los calcetines con silicona por debajo para que no salgan ampollas, las mallas, la licra, los guantes... y vuelta a empezar: el dorsal, la camiseta.... Si había de fallar algo, que no fuese por falta de preparación.

El domingo tenía que estar en Shinjuku alrededor de las siete de la mañana y era imprescindible un desayuno titánico, así que

poner la alarma por lo menos a las cinco parecía ser algo más que una buena idea.

Cuando me desperté eran cerca de las seis y media. Resulta que había cambiado la hora de la alarma "de entre semana" de la oficina, y estábamos en domingo. Empecé el día corriendo, literalmente: mientras se cocía la pasta, pasaba por la ducha y me ponía ya el uniforme de faena. Comí de pies quemándome por no poder esperar a que se enfriaran aquellos macarrones y cuando me quise dar cuenta ya iba camino de Shinjuku con las Nike que estrené dos meses antes y la camiseta de Etxeberria que me trajeron Arantzazu, Alex y Nahia.

La idea de correr la maratón por fin aquella mañana no me puso nervioso en absoluto.

Uno se pone nervioso cuando tiene que salir a hablar delante de gente o cuando te toca pegarte con alguien que no conoces en un combate de karate, ahí si merece la pena tener nervios porque debes responder ante otros. Aquella mañana yo no estaba nervioso, estaba tremadamente ilusionado, emocionado como nunca: con ganas de empezar a poner un pie delante del otro ya de una vez porque la cosa iba conmigo mismo: si abandonaba sería cosa mía, si llegaba al final también... era yo peleando contra mí, así que todo quedaba conmigo.

En la maratón de Tokio te dan una bolsa bastante grande donde puedes meter todo lo que necesites, y ellos se encargan de llevártela a la meta. Yo llevaba esa bolsa con orgullo mientras iba camino de la estación, como queriendo fardar de lo que me proponía hacer, como un niño que aprende a andar en bici: quería que todos mis vecinos lo supiesen.

Estaba de verdad ilusionado, como hacia tiempo.

Ya en el tren pude distinguir a muchos que como yo llevaban el chip puesto en una de las zapatillas. Gracias a él, la organización sabe que has hecho todo el recorrido como debes hacerlo: sin atajos de por medio, y también cualquiera podría saber por dónde ibas a través de la web oficial. Cruzamos muchas miradas sin llegar a sonreírnos abiertamente porque las caras eran de seriedad, de concentración. "Ganbatte kudasai" me dijeron más de una vez, "ganbatte kudasai" respondía yo con el corazón a pleno pulmón.

A pesar del intento frustrado de madrugón, llegué con bastante tiempo y empecé a calentar junto a cientos, miles de locos que

me rodeaban a las siete y algo de la mañana entre ráfagas de viento helado. Menuda lección de contraste era sentir el frío de fuera y el calor de dentro.

Me resistí casi hasta el límite de la hora para entregar la bolsa-mochila porque no quería dejar la chaqueta... me costó decidir si salía a correr con ella o no y si descartaba la riñonera repleta de gelatinas energéticas. Al final hice lo que ya sabía: metí la chaqueta en la bolsa, cargué con la riñonera que oculté debajo de la camiseta del Athletic, me puse los guantes y entregué el equipaje. Ya no había vuelta atrás, mis cosas estaban ahí y no podría recuperarlas hasta Odaiba.

Y estaba en Shinjuku.

Me morí de frío siete veces y resucité ocho. Estiré, calenté corriendo ligeramente por la zona, y finalmente me dirigí al bloque J que me asignaron. Saliamos los últimos aunque daba igual, como también daría igual llegar en este lugar. Esto va de uno consigo mismo, insisto, te ganas a ti mismo. Pierdes contigo mismo. Los demás están de mas.

Fuimos apilandonos según nos iban indicando por megafonía. A un lado tenía a un señor que poco debía faltar para que me doblase la edad, a la derecha uno más joven, un poco más atrás un grupo de extranjeros también de distintas edades. En el cielo dos helicópteros, enfrente un semáforo que cambió, sin sentido, millones de veces de colores a pesar de que esa mañana el asfalto seguía perteneciendo a goma, si, pero de las suelas de nuestras zapatillas.



Zapatillas encima de las cuales había ilusiones, sueños, escalofríos intermitentes en los huesos, miedo diluido en la médula, chispas entre los dedos de los pies. Miles de almas contenidas gritando querer salir ya. De una maldita vez, carajo, de una maldita vez, ¡que no aguantamos más!

Se oyen fuegos artificiales a lo lejos aunque el rascacielos más grande de Tokio sólo nos deja imaginarlos, dicen que soltaron globos pero tampoco los vimos.

El grupo A ya debía estar corriendo, a nosotros nos quedaban diez minutos más aunque ya empezamos a tomar posiciones andando hacia la salida. En un balcón cercano un señor con un niño grita "ganbatteeeee" y el silencio solemne que nos unía se convierte en un grito ensordecedor.

Estábamos dormidos y nos acaban de despertar. Gritamos con todas nuestras fuerzas, aplaudimos, reímos y si no volamos es porque sería trampa.

Nunca olvidaré ese momento en mi vida.

Llegamos por fin a la línea de salida, la gente descarta las últimas prendas en el espacio designado para ello: chubasqueros, jerseys... botellas vacías de bebidas isotónicas y cáscaras de plátanos se acumulan en las esquinas. Me llena el depósito que salgo ya, póngame de los de pintitas negras, que esos son los mejores.

Salgo ya. Madre mía, esto es real... está pasando



Juro por dios, por toda mi vida que los diez primeros kilómetros los corrí sin darme cuenta que estaba corriendo. Eran tantos los estímulos que no era sólo que uno no sabía donde mirar, sino que uno no sabía qué era lo que se sentía con tanta intensidad.

Ganas de llorar y de saltar, de reír y gritar con todas las fuerzas. Ganas de acabar para poder contarlo, ganas de que no se acabe nunca.

Yo quería chocar todas las manos de todos los que estaban allí animándonos, quería parar y retroceder unos metros para volver a pasar por donde aquella chica que me gritó "fight" y que me lo volviese a decir siete veces más, quería darle besos, a ella y a la de al lado, y a la otra... quería seguir volando y no aterrizar por jamás de los jamares.

Cruzamos el Tocho de Shinjuku entre aplausos. Recuerdo estar rodeado de personas por todos los lados, de no poder seguir el mismo ritmo durante más de uno o dos minutos porque había alguien más lento que esquivar o porque no dejaban de pasar más rápido a los lados. Recuerdo pasar cerca de la Tokyo Tower cuando parecía que sólo habían pasado cinco minutos desde que salimos, y los muros del palacio imperial y la larga recta que tanto temía sobre el mapa: la que nos llevaba hasta Shinagawa para dar un giro de 180 grados y volver sobre nuestros pasos. Planeé la música a propósito para que las mejores canciones sonasen durante esos en apariencia tediosos kilómetros, pero no recuerdo haber escuchado lo de nos sobrarán las ganas de volar de Maldita Nerea, ni a Fito empezar su casa por el tejado ni a Robbie gritando aquello de salir, beber, el rollo de siempre... no recuerdo ni una sola de las canciones.

Retrasé el momento de ir al baño muchas veces porque había colas interminables de gente y no quería parar, pero no me quedó más remedio, el botellín de agua de antes de salir pasaba factura. Comprobé tres o cuatro baños y seguí adelante esperando que el del kilómetro siguiente estuviese más vacío, pero nunca ocurrió. Tuve que parar y calculo más de diez minutos allí esperando mientras se me llevaban los diablos por poder seguir.

Yo no quería estar quieto, yo quería seguir jugando a pillar con miles de personas fantaseando con que si me paraba, me pillarían a mí.

El giro de Shinagawa llegó cuando ya empecé a notar las piernas

un poco cargadas aunque no excesivamente para llevar cerca de veinte kilómetros si tomo como referencia los entrenamientos. El pecho no se resentía, podría haber mantenido una conversación sin problema, no me sentía sin aliento y lo cierto es que no me sentí así en toda la carrera.

No hubo ni un sólo metro sin gente animando, y estamos hablando de cuarenta y dos mil doscientos en total. No había corrido ninguna carrera nunca, así que no tengo para comparar, pero si que puedo contar que en la maratón de Tokyo uno no puede aburrirse; es como si hubiesen querido condensar toda la cultura de un país a los lados de un camino para deleitarnos a los que allí vamos tratando de seguir avanzando hasta el final:

espectáculos de Yosakoi que hacen que aminores el paso para no perder detalle, orquestas de música, bailes, coreografías, taikos, tambores que hacen que te retumben los huesos del mismo cráneo y miles, millones de personas. No estaban sólo allí mirando, estaban ilusionadas, nos gritaban, nos aplaudían, ponían las manos para que palmeásemos, establecían contacto visual contigo y saltaban gritándose "ganbatte!! fight!!!" cuando les mirabas, no eran simples espectadores, era toda una ciudad totalmente entregada. La próxima vez que vuelva a leer eso de "los japoneses son fríos", por éstas que voy a por el escritor.

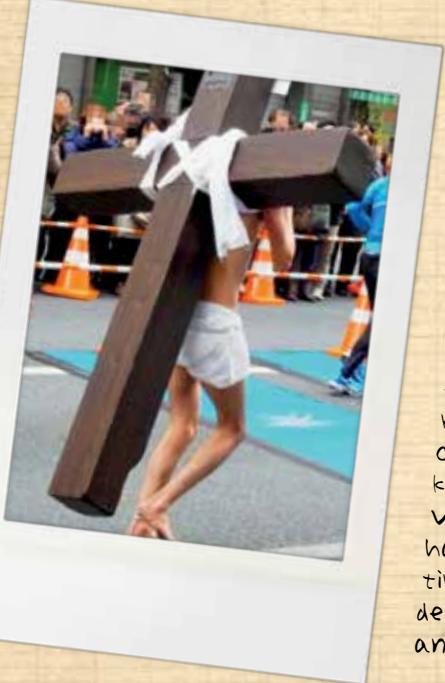
Allá por la mitad, sobre el kilómetro 24 me esperaba una sorpresa que no dejó de serlo aunque lo supiese de antemano: Guillermo y Fernando, el Lorco y el Chiqui le echaron cuatro huevos entre los dos y saltaron a la pista para correr conmigo justo en el tramo en que el temido muro te acecha, y vaya si me acechó. Dicen que hay un momento en que el cuerpo no puede más, que de repente se queda sin fuerza, que se rinde



porque no tiene de donde sacar para seguir y estadísticamente es a partir del kilómetro 30. Por eso, estos dos figuras decidieron acompañarme sobre esa distancia.

Cuando les vi, el corazón se me aceleró todavía más, no pensé que me iba a alegrar tanto de llegar hasta allí y verles saltar al ruedo. Corrimos juntos durante hora y media donde pude compartir siquiera una pizca de aquella tremenda experiencia ya inolvidable aún sin haber acabado. Me reí mucho con ellos, me sentí un privilegiado por tener amigos como aquellos dos artistas que me escoltaban sin parar de hablar para distraerme de las ampollas y el dolor. Nunca lo confesaré, pero me dieron ganas más de dos y tres veces de darles un abrazo de los de vaciar pulmones.

El momento más especial de toda la carrera, con permiso de la llegada a la meta, fue con ellos: entramos en Asakusa encontrándonos de frente con la puerta Kaminarimon entre gritos y aplausos bajo la atenta mirada de la nueva Sky Tree. Fue precioso haber vivido aquello con semejantes personas: el murciano, el albaceteño y el vasco echando carreras cual chiquillos en uno de los lugares más emblemáticos del Tokyo de los libros.



Calculo cinco kilómetros corriendo juntos cuando las piernas dijeron que no podían más. Estaban tan cargadas que simplemente no podía seguir, no me mantenían. No me faltaba el aire, no estaba exhausto, era simplemente que las piernas no funcionaban. Ni siquiera en los entrenamientos me había pasado algo así. Iba con ellos y tuve que parar y andar a ratos. Venga, vamos hasta aquella curva y después hasta el siguiente kilómetro seguimos corriendo. Venga... así tres o cuatro veces hasta que por fin me paré y me tiré en la acera a estirar y tratar de recuperar, incluso andar se antojaba imposible. Rabia infinita, de

la mala. Impotencia. No podía estar pasando, no puede ser que haya llegado hasta aquí y no pueda seguir.

Aunque sea a rastras, yo llego...

Después de estirar, parece que recuperé y ya seguimos corriendo un rato más hasta que me dejaron ya camino del final de Ginza enfilando el desvío hacia Odaiba justo en el momento en que el iphone decidió morir. Pude seguir corriendo a un ritmo muy muy lento hasta el kilómetro 37 donde ya no pude más. No me paré más, pero tuve que seguir andando dos o tres kilómetros hasta que vi la señal de que quedaban los dos últimos para acabar. A veces trataba de correr, pero no lograba seguir más de cien metros, incluso hubo una vez en que perdí el control de las piernas y casi me caí al suelo.

Los dos últimos kilómetros, los de las cuestas, los hice corriendo todavía no sé como. Entré en Odaiba muriéndome dos veces por metro, y me di cuenta que llevaba llorando un rato largo cuando pasé por el arco de meta. Lloré de dolor y de alegría, de emoción y de alivio. Lloré porque acababa de vivir la experiencia física más increíble de mi vida a pesar de haber tardado casi seis horas en acabar algo que cualquiera medianamente preparado hace en cuatro. Lloré tanto y con tantas ganas porque desde que salí no había parado de estar midiendo fuerzas contra mi propia alma, peleándome contra las piernas a base de corazón y huevos... Lloré porque me sentí vivo con rabia a rabiar y ya no podía más.

Cuando recuperé el equipaje y pude cargar la batería del móvil, recibí una llamada de Carlos diciéndome que me esperaban fuera. Apenas pude, me levanté y fui a su encuentro. Todavía no podía casi ni andar, pero cuando les vi esperándome con la lata de cerveza, se me olvidaron todos los males por sentirme arropado con amigos como estos que fueron capaces de desafiar al frío esperándome horas y horas en la llegada sin saber muy bien ni siquiera si iba a llegar.

Para alguien que corre regularmente, una marca de cerca de seis horas no es una marca de la que estar orgulloso. Yo tenía cuatro meses para prepararme con el único objetivo de llegar a la meta. Me lo tomé tan en serio, que los entrenamientos anularon cualquier otra faceta de mi vida: no bebí alcohol, cuidé mi alimentación al máximo, no dejé pasar ni uno sólo de los entrenamientos programados. Como no estaba acostumbrado a

las largas distancias, las agujetas y el cansancio me condenaban a prácticamente fallecer en el sofá el resto del fin de semana. Al principio no podía correr apenas más de 5 kilómetros, en los últimos entrenamientos ya corría cerca de 30. Me desafíé a mí mismo, sufri y disfruté con cada nuevo reto cada semana.

La aparente ausencia de significado de lo que estaba haciendo, los ánimos perdidos por el estrés que el entrenamiento causó a mi vida desaparecieron el día de la maratón. Con mucha mejor base y con tiempo, el año que viene repito con más ganas, con más fuerza, con más lágrimas que voy a ir guardando desde ya para soltarlas todas en la meta si tengo la inmensa suerte de que me vuelvan a coger.

En momento tacharé de la lista que ya hice una cosa más: ya he corrido una maratón.

Y en Tokio, ni más ni menos.



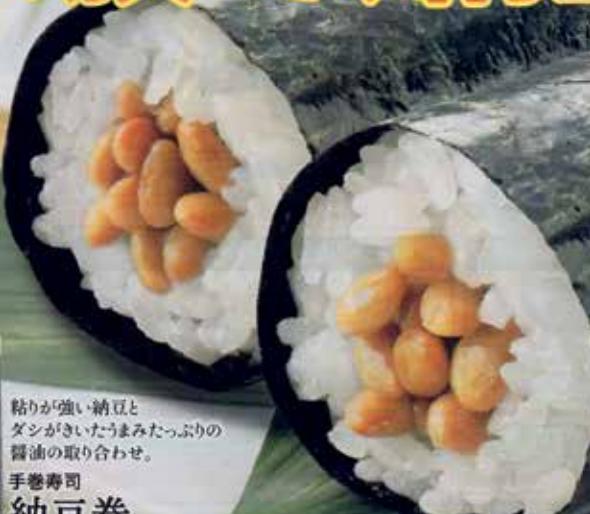
durante el entrenamiento para la maratón de Tokio pasé por muchas fases. Empecé

tremendamente motivado hasta que el frío invierno y los días de lluvia me hicieron plantearme muchas veces si lo que estaba haciendo tenía algún sentido. Lo pasé más mal que bien, bastante más. Hasta que el día de la carrera sentí tantas emociones, me sentí tan feliz, tan radiante, tan vivo que al día siguiente de acabar, estando todavía tan cansado que apenas podía andar, me puse a buscar otras maratones a las que apuntarme para tratar de volver a vivir semejante trozo de vida de nuevo.

7月10日(土)は、 家族で、納豆の日。

有明産海苔使用
手巻寿司納豆

ご予約
承り中



粘りが強い納豆と
ダシがきいたうまみたっぷりの
醤油の取り合わせ。

手巻寿司
納豆巻
136円

納豆巻

136円

ボクの
元気い！

ママの
キレイに！

パパの
パワーに！

おじいちゃん、
おばあちゃんの
イキイキに！



新商品



いつもの食べ方を手巻寿司に。
納豆とたまごのマイルドな味わいです。

手巻寿司
たまご混ぜ
納豆
147円

●商品サイズ：幅3.2cm 高さ4.2cm 厚さ1.2cm
特定期材：卵、小麦



プレーンタイプの納豆巻、
赤じそ酢飯の沢庵納豆巻、
青じそ納豆巻の詰合せです。

三色納豆
詰合せ

250円

●商品サイズ：幅3.6cm 高さ4.7cm 厚さ1.0cm
特定期材：卵、小麦



410円

●商品サイズ：幅17.8cm 高さ7.8cm 厚さ7.5cm
特定期材：卵、小麦、粟米

豆の風味が活きた、
食べやすい大きさの納豆です。

7 セブンプレミアム

極小粒納豆 3P

78円

●商品サイズ：幅1.0cm 高さ7.0cm 厚さ0.6cm
特定期材：小麦



一年前

domingo, 11 de marzo de 2012

UN AÑO ATRÁS

No parece que haya pasado un año. Parece que han pasado diez... o que en realidad no pasó nunca. La normalidad ha vuelto a nuestras vidas de una manera insultante, como si quisiésemos de verdad haber soñado con mares que se desaguan, como si nunca hubiesen existido las quince mil personas cuyos sueños el agua diluyó para siempre.

Uno ni siquiera hace por hacer vida normal: viviendo en Tokio es fácil. La rutina se encarga de cogernos de la mano y tirar cuando nos paramos a tratar siquiera de empezar a asimilar lo sucedido apenas unos cientos de kilómetros al norte. Tengo que comprar café que se me ha acabado, a ver si llego a la reunión de mañana con el trabajo, que no se me olvide pagar la renta y la factura de la luz... no parece haber lugar ni tiempo para acordarse, aunque tampoco hay mucho que recordar porque no estuvimos allí.

No estuvimos allí.

Nuestros recuerdos, o mejor, mis recuerdos se emplazan dentro de una oficina después de comer. Uno de tantos terremotos que ignoramos al principio hasta que va a más y a más y entonces no sabemos ya qué hacer. No sabíamos qué hacer. El manual de instrucciones dice que te metas debajo de la mesa hasta que base para que no te caiga nada encima. Yo salí corriendo. Y seguramente lo volvería a hacer. Instinto, nervios, miedo, adrenalina... todo junto, supongo.

Pero pasó y aunque seguía habiendo réplicas, nosotros el tsunami lo vimos por la tele. No estábamos allí.

Por eso cuando me preguntan no puedo contar más, porque no sé más que cualquiera que lo viese por televisión. No sé qué es tener que correr con toda tu alma colina arriba, ni siquiera puedo imaginar qué se siente al perder de una vez todo y a todos... si es que uno puede seguir sintiendo algo. Por eso tengo tres o cuatro emails sin contestar con invitaciones a programas de radio para entrevistas sobre el aniversario de aquél día, porque no sé qué voy a decir, porque yo sigo con mi vida igual que siempre y no tengo nada nuevo interesante que contar porque yo estaba aquí y aquello fue allí, porque cualquier cosa que pueda imaginar o aventurar sobre el tsunami sería una falta de respeto a los que sí tuvieron que estar.

Falta de respeto a los que sí estuvieron...

El mar desgajó tantos sueños que quedaron por soñar, se llevó tanto... que no puedo dejar de pensar que fue ofensivo cómo el mundo borró su recuerdo cuando se supo lo de la central nuclear. Había, quizás todavía hay, un peligro real y fue lógico tratar de esclarecer lo que podría haber supuesto otra catástrofe de proporciones incalculables. Pero fue absurdo pasar, literalmente, de página de la "mayor catástrofe nuclear de la historia desde Chernobil" a "Gadafi y sus excesos". Así, de repente. Sólo volvía a salir Japón cuando a Fukushima se le revolvían las tripas y de todas todas se olvidaba a los que sí estuvieron donde con tan mala estampa les tocó estar. A día de hoy no ha habido ni una sola víctima por radiación, pero sigue habiendo dos o tres suicidios por semana en Ishinomaki donde la situación parece estar infinitamente lejos de normalizarse... aunque claro, yo esto tampoco lo sé, porque tampoco estoy allí aunque hace tiempo que me propuse tratar de ayudar como voluntario.

Pero yo si estuve aquí cuando todos mis amigos se habían ido ya de Tokio. Muchos dicen que fui valiente por quedarme, pero lo cierto es que me quedé porque dejarla sola a ella ni siquiera se me pasó por la cabeza, no era una opción. Bajo la amenaza de una nube radiactiva, nosotros paseábamos por un Tokio apenas iluminado por una de cada diez farolas tomando cafés en cafeterías que siempre estaban por cerrar por ahorrar luz.

Queriéndonos más que nunca por si acaso.

Pero claro que me habría ido, a Osaka lo más cerca sólo para saber tranquilos a los míos.

Luego no pasó nada en realidad. Nunca llegó radiación en niveles perjudiciales para la salud, nosotros sólo teníamos miedo. Teníamos miedo... cuéntaselo a los de Ishinomaki, que en Tokio teníamos miedo de la radiación mientras dormíamos calentitos en nuestras casas de siempre después de un buen baño.

Así que con esta sensación, no tengo claro si hablar por la radio. No parece tener demasiado sentido contártelos precisamente a ellos que mi mayor problema fue tranquilizar a mi familia por teléfono porque sus primos los de la televisión y los periódicos se empeñaron en exagerar la situación hasta el disparate. ¿Que voy a decir? ¿que parece que todo está bien?, si no tengo ni idea, si lo que sé lo veo por la tele o por internet... lo que yo diga no tiene mayor interés, creo yo. Que viva en Tokio, a estos efectos, me acredita experto del tema igual que a uno que viva en Seúl: nos

pilló el asunto al lado, pero nada más. Podría soltar una de poco a poco. Japón recupera la normalidad, se puede ver en las caras de las gentes... claro, claro.

Y me vienen con prisas, los de la radio y los de la tele. Me mandan mensajes el viernes, que conteste rápido si cuentan conmigo el domingo para salir en antena, que grabe videos, que lo necesitan ya me dicen. Hace un año de esto y ahora que se acuerdan, ahora que parece que toca acordarse... por dios, que disparate es todo. Así va la cosa. Oskar, contéstame cuanto antes que estamos fuera de tiempo. Y me mandan el mensaje dos días antes, con prisa, con urgencia, para preparar un programa sobre algo que pasó hace casi doce meses a la que le sumes unas horas.

Yo hoy, once de marzo del 2012, no estoy para circos. Yo hoy tengo una cita con la chica más guapa del mundo que resulta que es la mía. Mi máxima preocupación es afeitarme para no pinchar y tratar de no pasarme con la colonia. Ni que decir tiene que iremos cogidos de la mano aunque hoy sólo podré reprimir uno de cada cinco besos, porque hace mucho que no nos vemos por culpa de la influenza esa. Seguramente estaremos en uno de los muchos homenajes a las víctimas que se harán por todo Tokio, y probablemente tendremos que volver a ver, con la garganta tiritando y los ojos húmedos, imágenes y más imágenes de programas especiales que se emitirán en todas las cadenas de televisión.

Y mañana volverá un lunes, un lunes totalmente normal en Tokio, un lunes de madrugón, trenes y oficina, de cafés y bento. Nos acordaremos de los que hoy se homenajean hasta el miércoles o jueves y después nada.

Hasta que un año después llegue otro email con prisas.



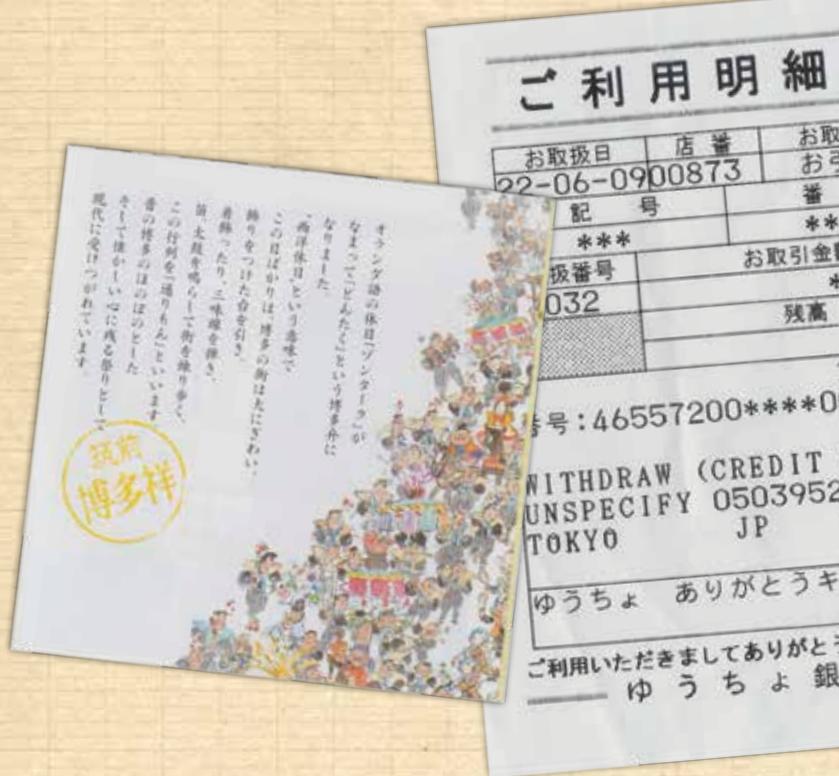
ALGUNOS DATOS:

- El terremoto fue de escala 9 al que sucedieron más de 1000 réplicas, siendo unas 60 de escala 6 o superiores. El sistema de detección de terremotos envió alertas un minuto antes.
- El tsunami inundó unos 560 kilómetros cuadrados de tierra y se cobró más de 15.000 vidas. Casi 4.000 están todavía oficialmente desaparecidas. Unos 260.000 supervivientes siguen viviendo en emplazamientos temporales como pabellones prefabricados, tienen un límite de dos años para encontrar una casa por su cuenta.
- Se evacuó a unas 40.000 personas que vivían a menos de 20km de la central de Fukushima. Todavía no pueden volver y seguramente no puedan ya mientras vivan. El mayor problema de los evacuados no está causado por la radiación, sino por el trauma psicológico que supone estar como están lejos de sus hogares.
- La situación en Fukushima es estable, aunque el plan trazado por Tepco para limpiar totalmente la zona se mide en décadas.
- Un año después del terremoto, todos los trenes de Tokio se pararon a las 2:46 para recordar lo sucedido.

Algunas ideas y percepciones totalmente personales:

- En Tohoku no parecen estar nada contentos con la actuación del gobierno, apenas les llegan ayudas y todo el trabajo de reconstrucción se está llevando a cabo con voluntarios que vienen de todo el país.
- En Fukushima están igual, no acaban de decirles que no van a poder volver nunca y ni el gobierno ni Tepco les dan alternativas reales a su situación.
- El alcance del problema de Fukushima quizás no se sepa nunca, pero está claro que el agua radiactiva vertida al mar y las fugas en las tierras de alrededor traerán consigo consecuencias a muy largo plazo. Se van, y se irán encontrando alimentos con radiación más alta de lo normal durante muchos muchos años. Es de esperar, y con eso nos quedaremos, que siga habiendo controles estrictos para minimizar el impacto real a la sociedad.
- Ya no parece que haga falta ahorrar electricidad, todo funciona con normalidad en este sentido.
- Últimamente está habiendo terremotos con bastante

frecuencia en la zona de Tokio. lo que nos tiene preocupados por si viniese el temido y esperado gran terremoto de Kanto, cuya probabilidad se ha incrementado después del de Tohoku. No es que estemos en un sín vivir, pero si que lo tenemos presente.



Se acercaba la fecha del primer aniversario del terremoto y de repente me empezaron a llegar un montón de emails de medios españoles que querían contactar conmigo para que les contase algo. Mi primera reacción fue positiva: trataría de dar mi visión personal sobre lo que yo pensaba que era la situación. Después me di cuenta de que en realidad no tenía ni idea de cuál era la situación porque yo tuve la suerte de que no me tocara vivirla.

Cuando vi algunas entrevistas que estaban haciendo a gente que no solo no estaba en Tohoku, sino que ni siquiera estaba en Japón cuando ocurrió, sentí algo entre rabia y vergüenza y pensé que era una total falta de respeto a las víctimas inventarse cualquier historia nada más que por querer aparecer en algún medio.

Sábado, 23 de febrero de 2013

LA CONVERSACIÓN

En la octava planta de uno de tantos edificios de Tokyo, sentado en un Starbucks al lado de dos parejas con un quince o veinte por ciento más de edad que yo, me doy cuenta que queda exactamente un mes para mi boda con Chiaki.

No es que me haya olvidado, ni mucho menos; hay tantos preparativos, tantas cosas que hacer, tantas ilusiones puestas en tanto... ¿cómo me voy a olvidar?. Simplemente hoy, ahora, en este rato, me he dado cuenta de la fecha: 23 de febrero, queda exactamente un mes para el 23 de marzo.

Justo ahora, además, el chico de la pareja que tengo a la izquierda me ha llamado por mi nombre. Resulta que es un antiguo compañero de mi oficina anterior, un chico chino que lloró cuando se despidió de todos nosotros, que mandó un email dando las gracias por tantos buenos ratos, que cantaba el mejor del equipo en los karaokes. Pues ahí está, con su novia, con su sonrisa, con su camiseta de manga larga roja y su buen japonés. Uno cree que Tokyo es grande y se encuentra a un excompañero en la octava planta de uno de tantos edificios de Shinjuku que como si me hubiese leído el pensamiento, lo primero que ha preguntado después de la sorpresa inicial, es si me he casado ya. Y le he contestado que justo ahora me acabo de dar cuenta que mi boda es el mes que viene, que no es que me haya olvidado, sino que me acabo de dar cuenta simplemente que quedan cuatro fines de semana....

Y me han venido a la memoria muchos recuerdos de golpe, muchos momentos desde que dejé aquella empresa cuando todavía andaba medio ennoviado con Chiaki y sobretodo me he acordado como si hubiese sido esta mañana de aquella charla tan especial, de aquella conversación.

En nuestras primeras citas apenas hablábamos, mitad porque yo no me acababa de soltar con mi japonés y mitad por los nervios. La verdad es que yo pensaba que a la siguiente no iba a contestar a mis mensajes o quizás en el mejor de los casos me diría que estaba ocupada, que no podía salir a dibujar un Tokyo que fuese pintado entre los dos porque ya se había cansado de verlo con mis tonos.

Pero siempre contestaba y siempre volvíamos a quedar.



Aquella tarde de verano decidimos subir a la azotea del Roppongi Hills, el rascacielos más alto de Tokyo en el que te dejan estar en el exterior, al aire libre, en lo más alto. Era temprano y hacia una tarde preciosa, así que le propuse sentarnos allí mismo y esperar las dos horas y algo que quedaban para el anochecer. Pensé que sería bonito verlo juntos desde aquel privilegiado lugar, aunque lo cierto es que lo que yo quería era que aquella cita no acabase nunca porque sabía ya sin ninguna duda que estaba enamorado hasta doler.

Nos sentamos y de alguna manera nos sinceramos. No sé porqué, quizás porque ya iba tocando empezar a planear algo serio juntos y yo me moría de ganas de contarle cientos de cosas que me apretujaban el corazón. Le dije que tenía dos hermanos, que el mayor enfermó cuando tenía cuatro años y que a partir de ahí se convirtió en el menor, que ojalá que le conociese, que seguro que se iban a caer bien.

Ella me contó que su padre había fallecido unos años atrás, que desde entonces era su hermano el que se encargaba de las ceremonias en el templo donde vivían y que también tenía otro hermano menor que estaba estudiando en Hokkaido. Me dijo que desde que murió su padre o quizás un poco antes, no había vuelto a ser capaz de hablar con normalidad con la gente, que se ponía muy nervioso, que le costaba incluso estar junto a otras personas.

Yo le conté que no podía con mi vida cuando llegué a Tokyo, que me costó mucho recogerme del suelo y recuperar la sinceridad en la sonrisa. Le dije que desde que llegué tuve una novia que siempre estaba enfadada, luego otra que siempre estaba triste y luego otras dos que me dejaron. Ella me contó que tenía un novio al que dejó cuando me conoció porque pensó que yo merecía más la pena que él porque la brújula de su historia hacía tiempo que no marcaba el norte, que quería ver si era capaz de entenderse conmigo.



Le dije que si se iba a reír siempre como hasta ese día, que entonces quería estar siempre a su lado, porque tenía que ser una delicia compartir la vida con una persona tan alegre, tan risueña, tan, en apariencia, feliz. Creí entender que su sonrisa contrarrestaría cualquier invierno, cualquier atisbo de soledad y dolor que todavía pudiese quedar en mi corazón, cualquier bandazo con los que a veces te sacude la vida en forma de varapalos, enfermedades, accidentes.

Ella me dijo que era al revés, que era yo el que siempre estaba sonriendo y que por eso ella se reía también, que le salía solo con verme.

Yo le dije que se
viniere a vivir
conmigo. Ella me dijo
que era una chica de
templo, que su madre
nunca permitiría eso
sin habernos casado.
Yo sólo me reí a modo
de respuesta pero
mientras las luces
de los rascacielos de
Shinjuku cobraban
relevancia a medida
que la oscuridad nos
envolvía a más de 50
pisos de altura, supe
que sólo era cuestión de tiempo que velásemos lunas desde la
misma cama hasta el fin de nuestros días.



— Me llamo Tomomi, hoy estoy a vuestro servicio y mi misión hasta que se haga de noche es que seáis felices. No importa lo que tenga que hacer, pero no pararé hasta que os vea reír con el corazón.

En aquella habitación de aquel ryokan, una señora nos hablaba sentada en seiza con tanta pasión que resultaba difícil no sentir siquiera ganas de sonreírle a su sonrisa aunque no se entendiese japonés. Tenía tantas arrugas que se le rebosaban por los ojos como si hubiese querido reírse de todas y cada una de las horas de los días de su vida. De alguna manera le hacían juego con aquél precioso kimono verde. Sus arrugas o el moño, o el exagerado maquillaje de sus labios... todo a la vez sumaba y la cuenta le salía favorable. Seguro que de joven había robado más de un giro de más de una cabeza.

— ¡Pero tú que haces ahí sentado!, no no, ¿sabes?, en Japón el hombre es la figura importante de la pareja, el samurai. Tu tienes que sentarte aquí y dejar que nosotras las mujeres cuidemos de ti mientras tu descansas.

Incluso con esa caduca manera de pensar, o quizás por eso, uno tenía la sensación de ser un privilegiado por escucharla. Era como vivir dentro de una de tantas películas de épocas pasadas; no me habría extrañado si de repente el mundo se hubiese tornado en blanco y negro.

Por supuesto que me dejé hacer, uno no tiene siempre la oportunidad ni la necesidad ni las ganas, de sentirse el shogún del lugar. Me levanté de al lado de Chiaki y me senté en el sitio que se suponía que me correspondía. Poco tardó ella en servirnos un té de los de preparar despacio mientras nos preguntaba por nuestra historia. Pareció que a nadie nunca le había importado como a aquella buena señora el cómo nos conocimos y el porqué decidimos no seguir separados. O seguramente es que se tomó a pecho la promesa aquella del principio de tratar de hacernos feliz y consiguió hacernos creer que de verdad daba un duro por saber cómo aquél chico del norte de España acabó con aquella chica de templo de Saitama. Nos regaló escucharnos con tanta atención que daban ganas de no acabar nunca de hablar.

— ¿Y no conocéis a ningún señor de mi edad para que me haga de novio?, sólo por un rato, no me hace falta para mucho. Seguro que tu tienes algún amigo que presentarme. Ni aprender español hace falta, porque en la cama todos nos entendemos. Huy lo que he dicho,

que sois mis clientes, no se lo vayáis a decir a mi jefe que me despidió y a ver que hago luego, habrase visto Tomomi que no eres capaz de estarte callada!

Y como sabía de sobra que nos tenía ganados, siguió contándonos momentos de días pasados de sus años vividos.

— Yo vivía y trabajaba en Tokyo, pero me volví para bogashima cuando me jubilé. Al principio no hacía nada más que dar paseos como los viejos, pero me moría de aburrimiento. Así que decidí hablar con el jefe del ryokan y pedirle trabajo, aunque sea temporal. Me dijo que tenía que llevar kimono, y yo encantada porque me gustan mucho los kimonos, ¡a que me queda bien!

— Estás más guapa que guapa, yo porque tengo novia, que si no...

Sus carcajadas, y afortunadamente las de Chiaki, sólo fueron interrumpidas cuando uno de los muchos aguiluchos que sobrevolaban el lugar decidió sentar las alas en la barandilla de nuestro balcón y graznar quizás a modo de suspiro.

— ¿Mira el aguilucho donde se ha ido a poner? Eso es que sois buena gente, los animales saben de lejos de quien se pueden fiar y si es del lugar, este a mí ya me conoce, así que si se ha posado ahí es que le gustáis. ¡A mí también me gustáis! Da gusto ver una pareja tan joven como vosotros, que vais dando envidia.

Envidia me daba ella a mí, ojalá yo a sus años fuese, si acaso, una cuarta parte de encantador. Seguro que la adoran sus nietos, y todos los amigos de éstos.

— Pues si os digo la verdad, esto para mí no es un trabajo. Si no me pagasen me daría igual, porque sólo con poder ver todos los días las increíbles vistas de las que disfruto estando aquí ya me considero pagada. Porque vosotros habéis venido para uno o dos días, pero yo veo esto siempre. Cada anochecer, cada amanecer... por eso me fui de Tokyo, por eso volví aquí, porque seguramente no me queden muchos años más, pero los que me queden quiero sentir lo que siento cuando veo cómo el sol se esconde en el mar. Si esperáis algo así como una hora, lo veréis vosotros también, yo os recomiendo que no salgáis de la habitación, que lo veáis desde aquí.

No apartó la mirada del mar en todo ese rato en que sus labios hablaron desde un corazón que se sentía latir desde lejos. Y allí se quedó un rato más, con las pupilas fijas en el agua y la mente a muchos kilómetros y años de aquella habitación con tatami. Me pareció que se le escaparon una o dos lágrimas en lo que logró volver.

— Y ahora me voy y os dejo solos, porque ya llevo sobrando desde hace mucho. Sé que os gustará lo que vais a ver porque yo soy como el aguilucho aquél, el aguilucho Tomomi. Y de sobra sé que sois de los míos.

しつれいします

Y ya sólo nos quedó soñar con aquella mentira deseando no despertar nunca porque entonces, entre legañas, nos íbamos a dar cuenta de que dejaría de ser verdad.

Chiaki reservó un viaje a un lugar que le habían recomendado en una agencia. Yo, como la mayoría de las veces que ella planeaba algo, me dejé llevar con toda la ilusión sin saber muy bien dónde íbamos o qué íbamos a hacer. Cuando llegamos a aquel ryokan, una anciana quiso contarnos parte de su historia haciendo que la velada fuese tremadamente emotiva.



くつ屋のおじいさん



Miércoles, 13 de febrero de 2013

EL SEÑOR DE LA TIENDA DE ZAPATOS

No sabría la razón. A veces es el invierno que de tanto sentir frío no deja apenas margen para sentir nada más. Otras veces simplemente es despertarse torcido, como si se hubiese estado la mitad de dormido el rato que se estaba durmiendo.

Pero toca.

Por lo menos dos o tres días al mes, uno se siente cansado, molido, desorientado... concluyamos que sin ganas de hacer mucho más que tratar de llegar a la cama para dormir la otra mitad que nos falta.

Así fue la cosa ayer: preparé la bolsa de karate y me levanté una hora antes para poder llegar a la oficina y salir también sesenta minutos menos tarde. Estaba tremadamente motivado por la clase del viernes con el especial aliciente de poder ya hacer

deporte sin escayola y prácticamente con el 100% de movilidad en la muñeca izquierda. No hay nada como que te quiten algo de una hostia para aprender a apreciarlo con toda tu alma. Es horroroso quedarse sin algo con lo que siempre has contado. ojalá no me pase nunca más.

Pero ayer no tocaba que tocarse karate, tocaba un día de los de sentirse cansado, molido, desorientado... sin ganas de tener ganas de ganar.

Así que me despedí de los compañeros de trabajo pidiéndoles perdón por irme antes y cogí el tren, pero no el que me suele llevar a ese lugar secreto donde me dejan soñar dos o tres veces por semana con patadas imposibles, sino en el que me lleva a mi casa.

En el vagón íbamos un ciento de personas, mis remordimientos y yo. Remordimientos que aun a sabiendas de que ayer era imposible, volvieron con su férrea disciplina a pasar lista y sembrar quizás

todavía más pesadumbre al ya de por si mohino día.

En el móvil, Chiaki me avisaba que iba a llegar tarde a casa y a mí tampoco me acababa de agradar la idea de estar sentado en un sofá de dos sin uno, así que me bajé una estación antes y enfilé con paso mustio hacia la tienda de zapatos del centro comercial más por alargar la hora de meter la llave en la cerradura que por querer comprar ningún zapato. Es una de esas tiendas que tanto abundan por Tokyo en las que tienen cientos de carteles de oferta puestos prácticamente en cada artículo, anulando así el propio concepto. Había cuatro dependientes varones, jóvenes, de pelos imposibles y cuellos camiseros alzados buscando arrogancia.

No me fijé hasta un rato después en un quinto: era un señor que doblaba la edad de cualquiera de los demás. Llevaba una camisa de cuadros un par de tallas más grande lo que le daba un aspecto desaliñado, diría que andrajoso al lado de cualquiera de sus compañeros de tienda. Noté algo extraño en sus andares aunque no le di mayor importancia. Es cuando decidió hablarme cuando confirmé que algo había en él que era distinto a los demás:

— Ese zapato está de oferta y yo creo que te quedaría muy bien, —me dijo risueño— a los extranjeros siempre os queda bien la ropa, mejor que a los japoneses que somos más pequeños, aunque es verdad que tu tampoco eres muy grande. Seguro que tu número de pie no pasa del 25.

No fue sólo que tuviese cierto incoherente compás al andar, sino que también ligaba frases saltándose palabras haciendo que se le entendiese, y no del todo, aproximadamente hacia el momento en que tocarián los puntos y seguido. Supe al instante que tenía algo que no teníamos los demás, comprendí, al igual que con mi hermano, que todo lo que saliese de su

boca iba a estar teñido de tierna inocencia y extrema bondad. Me sentí inmediatamente vinculado con él, diría sin duda que incluso aprecio y sobretodo orgullo por ver que estaba desempeñando un trabajo normal igual o mejor que cualquiera de sus colegas.



bos de sus compañeros vigilaban la escena desde lejos. En sus ojos también intuí cierta ternura aunque era claro que estaban atentos a mis maneras o a mi reacción por si fuese de rechazo o quizás confusión... al fin y al cabo, a este mundo le sobran personas con sentimientos por sentir y almas por albergar.

— Jajaja, es verdad, soy bequeñico y encima has acertado con el número, sólo un pelín más grande, es 25.5. ¿Sabes?, en España tendría un número 40, pero aquí usáis números distintos, menudo lio. ¿Verdad?, yo no sabía al principio...

— ¿Te lo traigo? ¡te traigo el zapato de tu número!, no me cuesta nada, ¿te lo traigo? —me interrumpió visiblemente contento por tener el dato que le faltaba para seguir con su trabajo.

— Claro, por favor, me encantará probármelo.

Sin mediar palabra desapareció por la puerta naranja que quedaba a la derecha de las zapatillas deportivas de mujer. Uno de los dependientes entró detrás de él, puede que para echarle una mano si hiciese falta. Estaba claro que allí a todos nos sonaban las pulsaciones al mismo ritmo.

No pude más que sentarme en el banco a esperar que aquél señor me trajese un zapato que seguramente no habría elegido por mi cuenta.

— No quedan 25, sólo queda un 26, pero ¿porqué no te lo pruebas?, pruébátelo que lo mismo te queda bien. A veces un número no hace tanta diferencia, además como eres extranjero... los extranjeros sois más grandes. Aunque tu no eres tan grande pero creo que no importa, ¿te lo pruebas?, como ya te lo he traído...

— Claro que me lo pruebo, faltaría más.

Abrió la caja y sacó el derecho. No sabría decir si eran sus manos o sus dedos, pero no acababa de tener la movilidad que tenemos el resto. Lo que le sobraba era destreza: con las dos muñecas dobladas hacia adentro sujetaba un zapato al que fue capaz de ajustarle los cordones sin saber yo cómo y dejármelo después al lado de mi pie ya descalzo. No dijo una palabra porque estaba concentrado en hacer algo que a él le cuesta más que a tí, por lo que a tí te da mucho más igual que a él.

— Me queda perfecto —mentí por verle sonreír— ¿sabes?, me lo llevo. Y también si no te importa, me gustaría probarme esas zapatillas que tenéis ahí de oferta, ¿te importaría...

Tampoco me dejó acabar. Había vuelto a desaparecer y apenas me acababa de desatar los cordones de aquél zapato un número más grande que el mío cuando ya estaba de nuevo extremadamente concentrado en otros cordones que ajustar de otro pie derecho de otro par de zapatillas.

- También me quedan bien, me llevo los dos si no te importa. ¿me pones los dos?

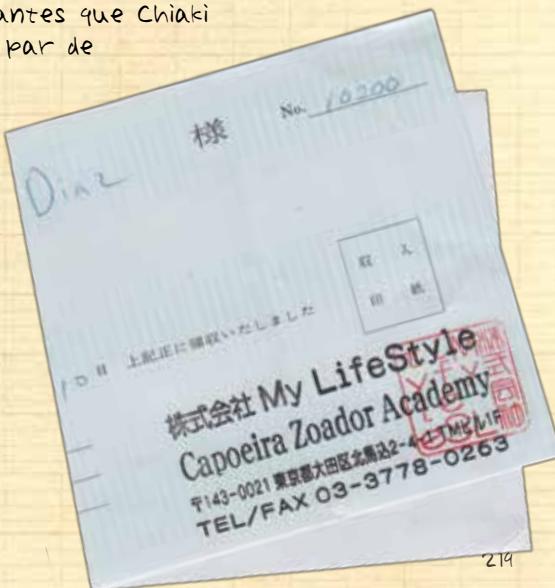
- ¿De verdad? muchas gracias, gracias, muchas gracias. Gracias. Gracias

Seguía dando las gracias aleatoriamente mientras íbamos hacia la caja registradora. El mismo compañero que entró al almacén con él ya estaba allí supervisando la operación mientras simulaba estar limpiando el mostrador con un trapo. Me gustó que tuviese el tacto de no mediar palabra, de simplemente estar allí sabiendo que no iba a haber problema alguno, pero con el detalle de estar a mano por si hubiese algo que en ese momento se torciese.

Quise ser su amigo. Quise contarle que encontrarme con él fue como si alguien le hubiese dado un empujón a la línea del día que volvió a enderezarse de nuevo, que me encantó haberle conocido y que en ese momento echaba de menos a mi hermano más que nada.

En lugar de eso dejé que me acompañase hasta los límites de la tienda con el pasillo del centro comercial y me despedí de él dándole las vueltas una o dos veces de las veinte o treinta reverencias con que me pagó.

Esa noche llegué a casa un poco antes que Chiaki con unas zapatillas de oferta, un par de zapatos que me bailan en el pie y el alma tres o cuatro números más grande.





Domingo.
22 de Julio de 2012

LA PROPOSICIÓN

プロポーズ

Quise que
volviésemos a
Enoshima. Fue el
lugar de nuestra
primera cita y
pensé que sería
bonito hacerlo allí.
Ya habíamos decidido
que nos íbamos a

casar, pero yo quería proponérselo a la antigua
usanza. Yo quería hincar mi rodilla en el mismo suelo que estuviese
pisando ella y prometerle desde allí abajo mirando hacia sus ojos allá
arriba, que si ella quería, yo iba a intentar con todas mis fuerzas
hacerla reír todos los días que estuviésemos juntos. Pasase lo que
pasase.

Así que compré el anillo más caro que me permitían mis ahorros
y a la vez una anilla en un todo a cien que pretendía sacar en
el momento más solemne de la petición, porque ya me estaba
tomando muy a pecho lo de hacer que se riera todavía más de lo que
normalmente lo hacía. Aquello era serio, lo de reírnos, digo.

Y volvimos a Enoshima un par de años después de la primera vez
que nos atrevimos a pasar unas cuantas horas juntos a pachas.
Subimos las mismas escaleras, pero de la mano esta vez. Ella no se
sentó en la esquina de la entrada de aquel templo como aquél día, pero
sí que llevaba el pañuelo con el que se secaba el sudor de tanto en
tanto. También nos paramos cuando algún gato de la isla se cruzaba
por nuestro camino y yo me alegré de que no pudiesen hablar, porque
aunque lo que tendrían que callar hacia tiempo que había pasado,
mejor era que se quedase precisamente allí en el pasado. Pensé
en cómo había cambiado mi vida de un tiempo a esta parte, en su
mayor parte por el tiempo con ella. Sabía que estaba haciendo lo
correcto con cada cruzar de miradas, con cada escalón subido, con cada
aliento suyo respirado.

No sabía que se podía querer tanto a nadie. La quería hasta llorar si
trataba de pensar en cuanto. Así la quería. Así la quiero.

Llegamos al otro lado de aquel mágico lugar y nos sentamos en una

roca mirando al mar, como la canción. A nuestro lado una pareja de señores mayores paseaba a un perro que se entretenía en tratar de morder, sin éxito, a un pequeño cangrejo que estaba por allí. Chiaki, una vez más, se reía cada vez que el pequeño crustáceo contraatacaba pinzando la nariz del can con lo que éste daba un salto hacia atrás ladrando de sorpresa para volver a intentarlo con fuerzas renovadas. De momento ganaba el cangrejo y el perro estaba claro que capacidad de aprendizaje, tenía poca.

Aquél era el momento. Chiaki todavía conservaba los restos de la risa del pellizco anterior y aprovechando que no miraba escondió el anillo de verdad detrás de una pequeña piedra. La argolla del todo a cien la traía en el bolsillo desde casa. Hacía sol pero no demasiado calor gracias al viento que nos afrescaba trayéndonos chispas de gotas del agua del océano Pacífico que teníamos a escasos dos o tres metros. Aquél día, el océano hacía honor a su nombre a pesar del viento.

Y la cogí de la mano con las dos manos y me puse de rodillas. Y ella empezó a llorar de inmediato. Y yo con mi argolla del todo a cien preparada en el bolsillo. Pensé en no romper ese instante, en no hacer la broma, en declararme y dejarnos llorar lo que hiciese falta, que cuando son de felicidad y compartidas, las lágrimas son oro. Pero ella estaba esperando a ver que pasaba y yo, desconcertado, decidí empezar con el discurso que me había preparado:

"Chiaki, te quiero. Te quiero más de lo que nunca pensaba que se podía querer a nadie..."

No pude continuar. No pude decirle que yo lo que quería era hacerla reír siempre, que quería que jugásemos con la vida entre los dos. Ella lloraba y yo lloraba y callaba que en realidad no podía ya pensar siquiera en despertarme sin ver su carita a mi lado. Que el mejor momento de cualquier día del año eran sus besos. Que la quería. Eso lo dije una vez, pero lo callé trescientas veces por cada una de sus lágrimas.

Y saqué la argolla del todo a cien y se la puse en el dedo. Y ella empezó a reír pero seguía llorando. O lloraba de risa. El caso es que no podía hablar, a veces balbuceaba algo pero se le escapaba una carcajada seguida de dos o tres sollozos. Madre mía qué cosa más bonita, qué ganas de abrazarla y consolarla, o reír con ella, o yo que sé... Por de pronto, yo seguía con su mano entre mis manos mientras ella se miraba la otra con la anilla que era cinco veces más grande que su dedo y se reía. Y a la vez lloraba y volvía a reír. Y el cangrejo volvía a pellizcar al perro mientras sus dueños, que habían

sido testigos de toda la escena, nos miraban y aquella anciana me hizo, creo, un gesto de aprobación, una especie de mueca cómplice que creí ver desde mis ojos empañados.

Chiaki reía y lloraba, pero no me contestaba. Así que le quité la argolla del dedo, me recompuso lo que pude, y entonces ya sí, ya le puse el anillo de verdad. Y ésta vez acerté a decirle todo lo que callaba momentos atrás y acabé haciéndole la pregunta de nuevo.

— Chiaki, ¿te casarías conmigo? ¿me harías el inmenso honor de dejarme estar contigo para siempre? Si me dices que sí, yo prometo que intentaré que nuestros días nunca se parezcan unos a otros, que siempre haré algo para sorprenderte y poder seguir viéndote reir, porque eso es lo que tu eres y eso es lo que me hace a mí que vivir sea tan tan bonito que no quiero que acabe nunca.

Y allí, al lado de un matrimonio con un perro que se peleaba y perdía con un cangrejo salido del océano Pacífico, la chica que nunca dejaba de sonreír asintió con la cabeza y dijo que sí.

Mil veces cada cosa.

Sin dejar de llorar. Sin dejar de reir.



結婚式の日

Sábado, 23 de Marzo de 2013

EL DÍA DE MI BODA

Cuando deposité en el buzón aquel sobre que contenía la más especial invitación de boda que habíamos preparado, estaba totalmente convencido de que nunca iban a venir. Incluso teníamos planes alternativos: una segunda versión de la boda en mi pueblo, en Zalla, con mis amigos de allí para que mis padres también pudiesen estar en la reválida del día más bonito de mi vida. Pero estaba totalmente justificado que no viniesen: dos señores mayores que sólo se habían montado una vez en un avión para viajar apenas una hora, mi hermano Javi con sus ataques y un día entero por el aire eran razones más que suficientes para no esperarles.

Así que cuando aquella mañana les vi aparecer en el aeropuerto de Narita, supe que nuestra boda ya era especial. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal cuando me di cuenta de que Javi venía en una silla de ruedas. Era la primera vez que le veía así, pensé que algo muy gordo le habría pasado para no ir andando con la mano apoyada en el hombro de mi padre como siempre, quizás un ataque demasiado grande... pero no, era simplemente que resultaba más conveniente desplazarse de esa manera por el aeropuerto y además tenía trato preferente a la hora de embarcar y desembarcar del avión. Me alegré, pues, doblemente: por verle y por comprobar que estaba bien, que estaban todos bien.

Camino de nuestra casa en el autobús todavía no acababa de creer que estuviesen allí. Mi familia estaba en Tokio y yo me moría de ganas de enseñarles el lugar que me había recomuesto la vida desde que

llegué, de que viviesen conmigo mis días, de que supiesen que aunque aquí no estaba con ellos, estaba arropado por Chiaki, por mi familia política, por tantos y tantos buenos amigos que nos rodean. Quería que se creyesen, como yo sabía, que estaba bien, que vivía bien, que era, que soy feliz y que nunca había dejado de quererles, ni pasaría nunca un sólo día sin pensar en ellos.



El día de mi boda fuimos todos juntos al templo de mi mujer donde nos iba a casar mi cuñado. Dos trenes y un taxi después, estábamos ya sentados en el salón de mi suegra esperando a que viniesen las chicas de la tienda de kimonos que nos vestirían a mi madre, la madre de Chiaki, Chiaki, mi sobrina y a mí. Nos vistieron rápido a la niña y a mí, pero cuando estaban peinando a mi madre que ya llevaba un rato con el kimono puesto, de repente se empezó a encontrar mal. Se mareó por el calor, por el sofoco que suponía estar debajo de tantas telas, por la presión del obi y todavía más porque encima se estaba agobiando porque según ella me estaba aguando la boda. Como si no nos casáramos, pensaba yo mientras le abanicaba, si aquello eran tan especial era precisamente porque ella estaba allí, ¿qué más daría?

Por suerte se le pasó pronto y ya con el obi un poco menos apretado, lució kimono junto a la madre de Chiaki como si realmente no fuese la primera vez que se lo ponía.

La que se hizo esperar todo lo que quiso fue la novia. Yo, que había visto algo de cómo le estaba quedando el kimono, no pude sino hacerme fuerte junto a la puerta corredera tras la que se escondía la mujer de mi vida, y esperar. Cuando por fin salió, apenas pude contener las lágrimas: Chiaki... era mi Chiaki pero a la vez no era ella. Como si de una película se tratase, delante de mi apareció una chica preciosa con una peluca majestuosa que acentuaba todavía más sus rasgos japoneses. El kimono era de un blanco atenuado, como tenues eran sus andares de muchos pasos cortos con los que apenas recorría distancia alguna. Era, sin ninguna duda y como no podía ser de otra manera, la protagonista absoluta de la sala, su presencia intimidaba a pesar de la eterna sonrisa que nos regalaba en todo momento. Una noche entera haría guardia despierto detrás de aquella puerta si pudiese volver a verla así.

Michiko se encargó de que nuestros amigos llegasen sanos y salvos al templo, incluidos invitados de Bilbao que también se animaron a venir. Cuando ya llegaron todos empezó la



ceremonia, la primera boda budista en la que iba a estar, que resulta que era la mía. Semanas atrás ya habíamos ensayado, así que nada me pillaría de sorpresa aunque sé que a los invitados, por lo menos, les llamaría bastante la atención. En una boda budista, la mayor parte de la ceremonia son rezos que se hacen entre todos en voz alta. Lo cierto es que hay que tener bastante paciencia y todos aguantaron hasta el final, niños incluidos. Yo recuerdo que trataba de seguir los rezos leyendo en Hiragana en el libro

pero que me perdía cada dos por tres y que Javi bostezó dos o tres veces. Pero finalmente aprovechando que estábamos con los kimonos, nos hicimos las fotos de rigor. Un fotógrafo japonés que trabajaba en la misma empresa donde alquilamos los kimonos, se encargó de inmortalizar muchos mágicos momentos con fotos hechas con muy buen gusto y mejor tacto.

Volviendo a la boda, todavía quedaba la segunda parte donde nos cambiábamos de ropa para ir con esmoquin y vestido de novia occidental al restaurante. De nuevo a mí me vistieron muy rápido, de nuevo la novia se hizo esperar y, por supuesto, de nuevo me dio otro vuelco el corazón cuando la vi con ese vestido blanco. Me estaba casando con la mujer más guapa del mundo, rodeado de mi familia y muchos de mis amigos. Menudo día. Fue normal, pues, que llorase desde lo más adentro cuando en la misma mirada se me juntaron Javi y Chiaki... tuve que abrazarme a mi padre porque aquello me pareció tan tan precioso por todo lo que significaba....

Ya camino del restaurante, el autobús tardó bastante más de lo que pensamos y llegamos tarde al rascacielos Roppongi Hills donde



ya nos estaban esperando muchos más invitados que no cabían de ninguna de las maneras en el templo. Era una boda cargada de sorpresas, muchas nuestras y otras que nos habían preparado: nos dedicaron canciones, nos prepararon videos que hicieron que no parásemos de llorar... para mí la velada consistió en encadenar lágrimas una detrás de otra por distintos motivos y personas, por ver cómo fui capaz de pasar de no conocer absolutamente a nadie en este país, a tener tantos y tantos amigos... fue un placer compartir un día tan especial con tanta gente distinta de mundos totalmente diferentes que estaban allí para celebrar que nos habíamos conocido en algún momento de esta loca vida.

Pero la sorpresa final nos la guardamos nosotros. Preparamos un video en el que contamos cómo nos habíamos conocido, las cosas que habíamos hecho juntos y que... Chiaki estaba embarazada. No lo sabían más que dos amigos, así que todos se enteraron a la vez mi familia y la familia de Chiaki incluidas. Efectivamente, estábamos esperando un hijo que llevábamos un tiempo buscando y cuando supimos que venía en camino, decidimos aprovechar que habíamos conseguido reunir a tanta gente especial en aquél restaurante para contarla.

Hoy, tres meses después, ya sabemos que va a ser un hijo varón, que probablemente se llamará Kota Díaz Shiina y que nacerá a finales de Octubre abriendo un nuevo capítulo del libro de mi vida, ese que se escribe día a día, hora a hora, pulsación a pulsación.

De momento toca poner punto y final que seguramente se convertirá en seguido cuando volvamos de la luna de miel de Okinawa porque esto de escribir, amigos míos, es algo que no puedo parar. Lo que no sé es qué vendrá después porque todavía lo tengo por vivir, pero podéis estar seguros que de una u otra manera acabaré aquí, en una vieja cafetería de Tokio, con lágrimas prestas, un café en la mano y una hoja en blanco por empapar.

またね。

東京、13年6月29日（土曜日）

オスカレヒヨウ





Miércoles, 30 de Octubre de 2013 a las 15:33
KOTA





desde que salí de mi Zalla natal, he pasado de tratar de no ahogarme a duras penas a volver a aprender a remar, primero a contracorriente y muchos meandros después en el sentido que yo creía ya correcto. Hoy, que no sólo me mantengo a flote, sino que me dejo llevar en volandas por la corriente del río de la vida que me ha tocado nadar, me doy cuenta de que hay personas que un día, en algún momento y por alguna razón se mojaron conmigo, me salpicaron y ya se quedaron ahí a acompañarme a desembocar juntos en ríos que lo son cada vez más grandes quizás, quién sabe, hasta que vayamos a acabar en algún mar.

Les pedí que leyesen el libro. Cada uno de ellos llegó a mi arroyo en distintos lugares y momentos del cauce, así que sabía que lo que leyesen les iba a provocar distintas sensaciones, distintas emociones según el Toscano con el que se toparon en cada instante. Sabiendo esto, les pedí, también, que escribiesen lo que quisiesen con la promesa de que iba a salir publicado al final del libro tal y como me lo hubiesen enviado, sin cambios.

descorchemos, pues, las botellas que lleva arrastrando la corriente demasiado tiempo ya y leamos, con el permiso de los autores, el mensaje que encerraron en cada una de ellas.

T.M. es el apodo con el que firmaba alguien que siempre comentaba en todos y cada uno de los posts del blog prácticamente desde el principio. Yo escribía por la noche, así que cuando me despertaba por las mañanas, revisaba los comentarios y como siempre recibía al menos el suyo, me pareció que era su manera de darme los buenos días. Ella siempre decía, dice, lo que piensa para bien o para mal; de hecho, uno de los primeros comentarios que dejó lo hizo para poner a parir una camiseta que nos compró.

A partir de ahí, y de alguna manera, logramos entendernos hasta el punto que la hecho en falta cuando tengo la primera taza de café de la mañana y sus buenos días todavía no han llegado.

No la conozco en persona, pero... no sé, tengo la sensación de que sabemos más el uno del otro de lo que pensamos.

Su botella sería rosa, como el gato de su avatar, y la carta, que no tenía claro que fuese a escribir, huele a rocío de la mañana, al principio del amanecer, a esos días que uno sabe que van a ser buenos si ella aparece.

Sensibilidad, esa es la mejor palabra que define a Oskar cuando lees sus relatos, sus vivencias, sean reales o no, porque también le gusta ser personaje ficticio.

Desde luego que si no tienes sensibilidad, él la despertará y si tienes un poquito, él te la desbordará.

Escribe de una manera especial que engancha. Describe como nació las sensaciones, las emociones, los momentos, las personas... A veces no sabes si quieres que se termine el relato por empezar uno nuevo, o que no se termine y disfrutar hasta de los acentos, las comas, los puntos y seguido...

Desnuda su alma a veces sin darse cuenta o sin importarle delante de quien lo hace. Cuenta cómo son sus lágrimas, su soledad, esa que tantas veces le hizo una visita sin ser invitada porque ella es así: impertinente. Cuenta también como es su felicidad, esa que con algo pequeño, algo simple a él le llena. Es enamoradizo, cuenta sus amores, desamores y correrías (y las que calla como un canalla) sin ninguna vergüenza, sin reparo en abrir su corazón.

Su prioridad es ser feliz y hacer feliz a los que tiene a su alrededor, su gente: los de allí y los de aquí, o los de aquí y allí, tanto monta, monta tanto.

Pero hay una cosa que envidio de él, y es su vitalidad, su tesón, su constancia, su fuerza de voluntad para hacer todo aquello que se proponga, incluso la publicación de este libro y por el cual te quiero dar las gracias y darte mi más sincera enhorabuena y felicitación, porque con este libro a mí me has hecho feliz en muchos momentos.

Gracias y ¡¡buenos días!!

T.M.

Fernando Picazo, el Chiqui, es una de esas personas que no dudan en lanzarse de cabeza sin importarle si cubre o no: lo mismo se mete por donde los rápidos que te pasa por debajo de aquel árbol buceando con tal de no quedarse parado, de no encallar. Le conocí, me crean ustedes o no, junto al rey Juan Carlos y la reina Sofía que vinieron a visitarnos a Tokio. El tío salió de aquella recepción con una botella de vino que le sacó a uno de los camareros... era impensable que me cayese mal. Pero se volvió a España pronto, no le conocí de verdad hasta que regresó a Japón muchos meses y un año después. Esta segunda vez ya sí, ya revolucionó el lugar organizando mil y un saraos que tocaron techo con una noche de monólogos en Tokio con Joaquín Reyes y Ernesto Sevilla en la que debuté yo como telonero monologuista a proposición suya.

Me consta que es un cabronazo, un golfante, un vividor y a la vez el tío más trabajador y perseverante que conozco. Me mandó tantas críticas, tantas revisiones y cambios que él haría en el libro, que no tenía claro si meterle una hostia o darle dinero.

Al final, me lo llevaré de cañas. Porque no deja de ser uno de mis mejores amigos que, me da a mi, que lo será para siempre estemos en el continente que estemos. Su mensaje es inconfundible, es el que está metido dentro de la botella de Ron Moreno.

Hace un tiempo yo también dudaba en si debía o no intentarlo, muchas veces no estaba seguro de qué y cómo tenía que hacer las cosas. Pero de eso ya han pasado unas cuantas arrugas de tropiezos y experiencias. Y alguna que otra traicionera cana de locura.

Puedo recordar nítido en mi memoria aquél instante: yo estaba en la pequeña ciudad de Wakō, en Saitama, sentado frente a la pantalla de mi viejo ordenador. Leía con curiosidad a ese muchacho de Zalla, que con su peculiar manera de hacerse entender, contaba que asistiría a una recepción que el Rey de España (lleno de orgullo y satisfacción) ofrecería a los compatriotas residentes en Japón.

Por aquél entonces yo era un pobre pichón recién llegado a Tokio desde la vasta llanura manchega. Precisamente por ese motivo yo no estaba invitado al evento, que organizaba la embajada española únicamente para los que estaban formalmente registrados. Pero a mí me apetecía mucho acudir por diversas razones.

Vacilé unos segundos antes de apretar el botón; aunque finalmente me decidí a hacerlo para enviarle a Oskar un correo electrónico y preguntarle si precisaba acompañante para aquél sarao, que yo intuía jamonero e ibérica. Creo que no tardó más de dos minutos en responderme que estaría encantado. Sin más. Así que, tras un sencillo intercambio de mensajes, convenimos en vernos a la entrada del hotel donde se celebraría el monárquico asunto.

Creo que nunca una decisión tan banal ha tenido tanta trascendencia en mi posterior existencia. Porque para relatar todo lo que ha venido después de aquello me harían falta muchas más páginas de este libro. Y tampoco es cosa de abusar, o al menos, no más de lo debido.

Seguro es que me equivoco una y otra vez juzgando a la gente que conozco en un primer envite, pero ese día tuve claro que no sería la última ocasión en que vería a Oskar. Compartimos cervezas y conversaciones a partes iguales con los eternos Guillermo y Nerea. De esto hace ya casi cinco años. Y muchísimas (incontables me temo) reuniones, alegrías, izakayas, sorpresas, bodas, birus, clases, liadas y sonrisas. Probablemente la palabra que ando buscando para que entendáis lo que quiero decir es "fácil". Porque así es como todo es al lado de esta gente: fácil. No damos complicadas vueltas, ni nos paramos en absurdos detalles; simplemente disfrutamos de la suerte que tuvimos un día de habernos encontrado. Personas que se han convertido en mi referencia espiritual en mi aventura japonesa y, lo que es aún más importante, en mi proyecto principal por llegar a ser algún día una mejor persona.

Hoy no me queda ni una sola de aquellas dudas que me asaltaban en mi adolescencia nipona. Lo que me ha quedado rotundamente claro es que sentado en el mullido sofá de tu casa no te va a pasar nada de nada. Las cosas buenas te esperan fuera, así que sal a buscarlas, lúchalas con ilusión y, sobre todo, no les des un sólo día de ventaja.

Si hay una persona que no sólo estuvo allí cuando naufragué sino desde cuando ya se intuía que estaba por pasar, esa es Arantzazu. Yo entré el último en un equipo ya formado en Zamudio, cerca de Bilbao, para dar servicio a la web de Iberdrola. En aquella planta había muchísima gente pero quizás por estar en el mismo ajo, ella y yo nos empezamos a llevar mejor. Recuerdo que un día le hablé, así sin más, sin venir a cuento, sobre mi hermano Javi. Le conté lo que le había pasado, cómo era... no trataba de buscar simpatía, no buscaba nada, simplemente me apeteció contárselo porque, supongo, intuí que le gustaría escucharlo porque era una historia bonita, porque yo estoy muy orgulloso de mi hermano por todo lo que significa que esté vivo y sea como es. Y sabía, de alguna manera, que ella me iba a entender.

Todo cambió a partir de entonces, creo. Empezó, porque me dejó que se los contase, a saber ella mucho de mis problemas, de mis ilusiones, de mis sueños. Supo aconsejarme como nadie y no dudó en apoyar las decisiones más difíciles de mi vida, que fueron hace ya casi siete años entre ordenadores, teléfonos y facturas de gas y de luz.

Hoy, a pesar de la decena de miles de kilómetros que nos separa, sigue descifrando mis pensamientos como yo nunca sabré hacerlo. Su botella es de las que se abren rápido, con prisa, con ansia por leer y releer lo que contiene una y otra vez porque es el mensaje de mi socia confidente, de mi compinche, de mi amiga la de Bilbao.

Octubre de 2006. Recuerdo muy bien el dato porque fue cuando nació mi primera hija. Mi vida daba un giro importante en esas fechas, casi al mismo tiempo que la vida de Oskar a este lado del mundo comenzaba a desmembrarse. Oskar tenía que haber cubierto mi puesto de trabajo durante el tiempo que durara mi baja maternal. No llegó a completar la misión. Apenas tres semanas antes de que yo me incorporara de nuevo, cogía un vuelo a Tokyo tras una decisión que poco tuvo de fácil, y mucho de meditada y valiente. Un vuelo de ida sin vuelta, un viaje en el que su maleta no era lo que más pesaba y en el que, por suerte, no tuvo que facturar por kilos la carga que llevaba sobre sus espaldas.

El blog, que ya llevaba sus años de andadura para entonces, empezaba un proceso de cambio que transformaría por completo lo que había venido siendo hasta entonces.

En un principio, nos permitió a los que nos quedamos aquí, saber de sus andanzas en ese otro lado del planeta y nos sirvió para saber que se encontraba bien algunas veces y no tan bien otras. Los posts que escribía nos fueron mostrando la evolución. Pudimos asistir como espectadores y contemplar cómo, día tras día, iba buscándose su sitio y haciéndose su hueco, muchas veces a codazos, al tiempo que otros huecos más difíciles se iban, también muy poco a poco, rellenando.

Entre líneas, nos presentaba un modo de vida, una cultura y una sociedad sorprendente para nosotros, un país que le acogió y siempre se mostró hospitalario con él. Ceremonias de té y lunes de kárate, mezclados con escenas cotidianas de gente común con la que nos fuimos encariñando. Seres humanos a los que nunca llegaríamos a conocer pero que sentíamos muy próximos: el chico del chandal azul, la señora de los paraguas, el vagabundo de su calle... Anhelábamos los relatos en los que continuara la historia de estas personas en el punto en que había quedado, o nuevos actos en los que nuevos personajes salieran a escena.

A medida que los posts se fueron volviendo más intimistas, los que ojeaban el blog de vez en cuando, empezaron a venir para quedarse. Fue aumentando el numero de personas que leía cada una de las entradas y que, ya antes de acabarla, estaba deseando que escribiera la siguiente. Oskar continuó abriendo su corazón y desnudando su alma, mostrándose como algunos ya sabíamos que era, ganándose la simpatía y el afecto de todos los que habían decidido que merecía la pena dedicar tiempo a leerle.

Que el blog se convirtiera en un libro era sólo cuestión de tiempo. La idea surgió muy pronto, pero han tenido que pasar años hasta que haya podido llegar a materializarse. El libro que tienes en tus manos es el resultado del empeño, la tenacidad y la perseverancia de alguien que siempre ha mantenido la ilusión y ha perseguido sus sueños. Alguien que voló a Japón hace ya algunos años para alejarse pero que, en realidad y aunque entonces no lo sabía, se estaba acercando.

“El futuro pertenece a quienes creen en la belleza de sus sueños.” (Eleanor Roosevelt)

A Carlos le conocí un día de excursión a un monte en la parte de fuera de las afueras de Tokyo. Era la primera vez que le veía: un tipo pelirrojo, alto, corpulento y más bien tímido. O eso me parecía a mí. Por lo visto estaba de visita y teníamos algún amigo en común, así que se vino a sudar cuestas a pachas en vez de irse a fotografiar la Tokyo Tower. Si señor.

después desapareció. El siguiente contacto fue en forma de email desde España en el que me preguntaba sobre la probabilidad de encontrar un trabajo en Tokyo desde allí. Contesté a ese email con pesimismo fruto de la retahila de comedias de entrevistas de trabajo en la que me acababa de ver envuelto. Mandé unos cuantos enlaces que consideré relevantes en mi búsqueda pero no creía posible que encontrase nada desde allí y así se lo hice saber.

Hasta que la siguiente vez que le vi resultó que estaba trabajando en Shibuya. El tío consiguió trabajo haciendo una entrevista por skype y aterrizó en Tokyo sin saber ni papa de japonés. Me alegra ver que no perdió las ganas, o no todas, después de leer mi mohino correo.

Quién me iba a decir a mí que iba a ser él el que me consiguiese trabajo a mí algunos meses después... resultó que acabamos en la misma empresa gracias a que me introdujo a su jefe que me cogió, supongo, confiando en el criterio del de Madrid.

Me enseñó todo lo que sé de Ruby on Rails con infinita paciencia y puedo decir que el hecho de haberme casado tan pronto tuvo mucho que ver con conseguir ese trabajo con contrato fijo y sueldo decente por lo que creí especialmente importante que su firma estuviese en nuestra partida de boda.

Carlos es un tío íntegro, un señor de la cabeza a los pies que sin embargo te puede cascarr la mayor bestialidad en cualquier momento del día y al segundo siguiente te suelta dos o tres frases desde lo más profundo de ese inmenso corazón que tiene que tener ahí dentro.

Su botella es aquella de vino tinto del final, la más grande, la que se bebió ayer de un tirón porque le entró esa nostalgia que le tiñe a veces sin piedad el alma pero que tuvo el detalle de guardar para meter el mensaje que me tenía escrito desde hace tiempo y no acabó de echar al agua.

Comencé a leer el blog de Ikusuki hace varios años, no sabría decir exactamente cuando fue la primera vez que llegué hasta esa página. Lo que si recuerdo es que la intensidad de lo que allí había escrito me sorprendió mucho.

Por aquella época recuerdo que vivía en Madrid, que vivía soñando con el día en que pudiera visitar Tokyo. Mi sueño por aquel entonces no era otro sino vivir en Japón, y como tantas otras personas, buscaba información de otros expatriados viviendo por allí.

Pero no fue la información sobre Japón lo que hizo que lo visitara una segunda y una tercera vez. Fue simplemente que me había enganchado a su manera de plasmar en letras sus vivencias del día a día.

Poco podía yo imaginar por aquel entonces que terminaría compartiendo mas de una experiencia con este señor, y menos aun, que un buen día me mandara un mail explicandomo el proyecto en el que se embarcaba. Esto es el Ikulibro.

La primera vez que lo leí debo reconocer que me abrumó la intensidad de los textos. Es como si, capítulo tras capítulo, nos abriera cada vez más una rendija que da a parar al fondo de su alma.

Me costó un par de lecturas el poder dar algo de feedback, porque resulta fácil perderse en las historias y olvidarse de todo lo demás.

En esta versión final, la cosa no hace sino mejorar.

Con un estilo que sugiere una canción de Sabina a medio degustar, Oskar nos lleva de paseo por las atestadas y frías calles de Tokyo, donde se puede saborear soledad y degustar compañía a partes iguales, dependiendo del día o la estación.

Pasea bajo la sombra de los cerezos en flor mientras ves a una pareja sentada a lo lejos en un banco del parque, hablando con voz queda frases entrecortadas. Camina entre los arcos de templos de barrio, no esos que aparecen en las guías de viajes, sino aquellos que pasan desapercibidos a ojos de los turistas, y cuyas paredes han escuchado los ruegos y los temores de tantas personas anónimas, cotidianas, como la señora de los paraguas de aquella esquina, o ese par de hombres de negocios con un par de copas de mas que vienen por allí.

Comparte el abrazo de una desconocida que deja de serlo entre copas de vino y palabras habladas en voz baja, y descubre un amago de sonrisa en un mar de soledad. Es un viaje que seguro tardarás en olvidar.

Con Fran tampoco empecé con buen pie. Es un tío que si te tiene que decir cuatro cosas, te las va a decir de la manera más directa posible. Recuerdo que broméé sobre su consejo de sacar fotos en RAW y poco menos que me mandó a la mayor mierda de todas las mierdas.

Pero, como pasó con T.M., supimos entendernos. No hablamos igual, no pensamos igual, no nos parecemos prácticamente en nada pero creo que hay un lazo que nos une y es que los dos tenemos la misma clase de respeto por este país. Que no vemos el Japón de los frikis ni el de los que vienen aquí con el objetivo de saberse todos los clubs nocturnos de Shibuya. Que a la vez que yo trato de ayudar y entender al vagabundo de la esquina de mi calle, él se hace amigo del cocinero de gyozas de un restaurante perdido de Kamata.

Se vino a una de mis clases de la ceremonia del té y grabó y montó un video que atesoro entre mis recuerdos. Se puso de pies y saludó al profesor a la vez que todos nosotros cuando se vino a aquella clase de karate, porque le salió así.

Poco más coincidimos en Japón porque tuvo que volverse y sin embargo nos acogió en su Barcelona natal a Chiaki y a mí haciendo que aquellos dos días fuesen simplemente perfectos.

El diseño de este libro es suyo. La mayoría de buenas ideas son suyas: el aire a diario personal, la letra escrita, los recortes de papeles que estuve recopilando durante más de un año, los títulos escaneados a mano, las notas en los márgenes... Este libro no habría salido sin él. No tengo ninguna duda, le debo mucho más de lo que sé que le debo. Así que cuando le vea, le tendré que invitar al doble de lo que haya pensado, como poco.

Ya llega su botella, es aquella blanca de allí que acaba de pasar por entre dos rocas, si, la de la bebida sin alcohol, la de agua.

A ver qué trae dentro.

Oskar no fue el primer amigo que encontré en Japón. No. Pero si uno de los últimos a los que quise ver antes de volver a Barcelona. Sí.

Puedo contar con las dedos de una mano los blogs de españoles en Japón que leo al cabo de la semana y el suyo normalmente es uno de ellos.

Oskar no es un japonófilo, japonólogo, japonístico ni nada de esas gilipolleces que se hacen llamar algunos aspirantes a friki para parecer más intelectuales. No es un experto en Japón. Ni de las tarifas de telefonía móvil japonesas o de las estructuras de trabajadores dentro de las empresas o de cómo funciona la línea Yamanote... Oskar es un experto en buscarse la vida, en sonreír y disfrutar de las pequeñas cosas buenas que tiene cerca. Un experto en fintar a idiotas y sus idioteces. Y eso se nota.

Quizá llegues a su blog atraído por el país en el que vive, pero te quedas por la persona que lo escribe.

Fran (<http://www.historiasdeunabreacto.com/>)

DE CABALLEROS Y SOMBRAZOS

Este libro, si alguna vez acaba de salir, es lo más personal que habré hecho nunca pero está lejos de haberse llevado a cabo sólo por una sola persona. Debo mucho a mucha gente, sobretodo a todos aquellos que un día empezaron a leerme en el blog y se quedaron empujándome cada día a que siguiese escribiendo con sus comentarios. A todos ellos les debo un descubrimiento de sombrero.

A Fran (<http://www.historiasdeunabstracto.com>) por su diseño e ideas, por su apoyo incondicional desde el principio de los tiempos, por su paciencia esperando que le enviase historias o fotos que nunca acababan de llegar... por ser un amigo muy cercano en la distancia más lejana. Más de la mitad del libro es suyo, sin duda alguna.

A Andrés Jarit (<http://andresjarit.blogspot.com.es>) por prestarme su genial ilustración para la historia "Otra vida más". A este señor le das una excusa y ya te ha hecho tres dibujos para que elijas.

A Héctor (<http://www.kirainet.com>) por las fotos de la historia "Melancolia". Salieron de dos excursiones maravillosas que compartimos por montes nunca encontrados de Japón.

A Rodrigo (<http://www.frikis.net>) por ser de los primeros y más rápidos en leerse la primera versión del libro y pasarme casi al instante correcciones y opiniones zordor style. De paso pedirle perdón por no haber puesto la calefacción aquella noche que se quedó en mi casa y pasó más frío que el bigote de un esquimal delante de la nevera con la puerta abierta. Gomen ne?

A Guillermo (<http://www.nerelorco.com>) por ayudarme a buscar imprenta, por apoyar todo en lo que me meto y participar en mis locuras de videos con su traje de ninja y muchas muchas cervezas. Y a Nerea, claro, por dejármelo de vez en cuando.

A Michiko por haber estado tantos y tantos momentos a mi lado.

A todos aquellos a los que les pedí leer el libro y me pasaron correcciones y comentarios infinitamente valiosos que mejoraron, sin duda, la forma y el contenido de mis párrafos.

A todos los que les pedí leer el libro y no me pasaron ninguna corrección ni ningún comentario más allá de vanales "está bastante bien"... gracias por tomaros la molestia al menos de contestar. No me di cuenta de que sois olmos y yo os estaba pidiendo que dieseis frutas. No volverá a pasar.

A mis padres y Javi, que no entienden de internet ni de blogs y probablemente tampoco entenderán nunca la razón por la que yo me vine y sigo en este país tan lejos de ellos. Que pudiesen tener este libro en sus manos ha sido, de lejos, la mayor de mis motivaciones por sacarlo adelante. Aunque sólo imprima uno que sea el que les envíe, ojalá que lo lean algún día.

A Mari Carmen, la de la librería de debajo de casa... donde quiera que estés: yo me sigo acordando de ti con una sonrisa, gracias por haber hecho de mi infancia y de la adolescencia de Javi una época mejor, sin duda.

Al todo a cien de al lado de mi casa por proveerme de chocolate y cervezas las noches que tocaba escribir. A The Terminal en Harajuku por ayudarme a enfocar la vista en mi mismo por estar rodeado de extraños aunque el café sea lo más malo que ha parido cafetera alguna.

A Chiaki por alegrarme invariablemente la vida con su candidez, su sonrisa, su energía y su alegría en toda situación y lugar consiguiendo que sólo haya maduras y nunca duras a su lado.

A ti por tener este libro en tus manos.



Llamé a las puertas de muchas editoriales pero sólo unas pocas me abrieron, creo recordar que un par de una y dos. Me hicieron pasar a la más fría de las salas y allí me dijeron que lo que veían no les acababa de convencer. Una, que no les cuadraba. Otra, que el diseño habría que cambiarlo entero. Ambas, con un par de palmadas en la espalda, me indicaron el camino de vuelta que entendí rápidamente que no era otro que por lo segao.

Entonces piqué a los porteros de gente que sabía que estaban por ahí detrás y les hablé de mi sueño: el sueño de contar cómo encarrilé, coloreé, afiné la quimera de locos que fue venirme conmigo mismo al más inmenso de los Tokios sin descosido posible para el roto que llevaba encima. Y no sólo me escucharon, sino que bajaron con galletas y un café a abrirme el portal y allí en el descansillo dejaron que les contase mi locura.

Es una fantasía, es poesía pura que este libro se haya podido llevar a cabo gracias a todos vosotros sorteando empresas e intereses comerciales. No se me debe olvidar nunca. Una vez más, por todas y para siempre: gracias a todos y cada uno de vosotros. Ha sido de verdad preciosa vuestra respuesta, vuestro apoyo desde el principio con la campaña de Verkami y no solo eso, sino que encima me hayáis contado tantas y tantas cosas en vuestros emails...

Adrián "Laegnur" P. Vales, @JIFF01, @jlopezdia, @Viajandob6, 42kilos (Oscar Alonso), Adela (la madre de Nerea), Adrián Mora Perela, Adrián y Naroa Montes Sáenz, Ainara Saracho, Aida Canedo, Aimar Abdinago Saez Fernández, Ainhoa Lezamiz Herrero, Aitor (aitorpc) y Mada(madamont), Alain García Bariel, Alba Delgado, Alberto Fernández, Alberto Martínez, Alex Nava, Almu, Amparo y José Ángel, Ana Cacho Guerra, Ana Cuesta Gaset, Ana María Guiot, Ana Martín Sanchez, Ana Rosa Hernández Rojo, Ángel Mariscal (McCoy), Ángel Moreno Morán, Antonio Greppi, Antonio Nicolás Carrasco, Antonio (Pastillerkojer, acolcher), Arroyo (& Mai), Arturo Fernández Olalla, Asier Telletxea, Asoria43, Atatiwa, Aurora Espinosa Sesar, Babelen, Balmasedo el Lukax, Beatriz Mateos, BegoEsti, Begoña Marco (pilarbego), Ben Sullivan (cucumberman), Beñat Epelde, Bittor Arrillaga, Borja Melero Rodríguez, Borja RF, Carlos, Carlos Bonderis (cads, debuggerman), Carlos Mayo Sotillo, Carlos Santiago Ramal, Carmen Rodríguez León, Cartopo, Caterina, Celularfreak, Ceto, Concha (la madre de Zordor), Cristian R.M., bani Ramiro, Daniel Guzmán Luna,

Daniel Halens Rodríguez, Daniel Muñoz (ese bani!), Daniel Pereira, Dario Palacios San Felipe, David B. Gil, David Bel, David Esteban (Flappy), David Lorenzo Santana, David Mari, David Mosteiro, David Navarro Peco, Dbara M. Nicolas, Boris (mi prima lejana), E4UU (Jesús Ortiz), Eduardo Alvarez Lorente, Eduardo Beltrán, Eider Uribarri, El blog de Ko, El tío Chiqui, Elena Salgado, Elena Moro, Elenita y compañía, Elvis, Emilio Jimenez, Encarni (buenos días!), Eneko Caballero, Eneko Muñoz, Eneko Sainz-Ezquerra, Enrique Quirós Fernández, Esperanza Martínez-Barve, Ester Pérez, Esti&ñigo, Eva Martínez Vidal, Felipe de Eurowon, Fermín Shó, Ferri, Firão, Fran Mosteiro, Franz Joseph R C, Gonzalo Malpartida, Grissss de Barcelona, Haaaaarrrgg, Héctor Cabrera, Ibai Diaz, Ignacio Izquierdo, Ignasi Pi Ferrer (Iguana san), Igor Villasol, Iker Vázquez Baños, Iker Zoco Lus, Inma Hernández, Iñaki Diaz de Arcaya, Irene Mateo (Airin), Isaac Castro Fuentes, Iván, Iván (Erreká), Iván Alonso Bes, JadriSama, Javier Abolafio, Javier Akira Luca (akirarai), Javier Calatayud, Javier Escribano, Javier Ginestar, Javier Marcos (the gemelo), Javier Marquez, Joaquín Aparicio Sosa, Joaquim Rofes Diaz, Joel, Jon Martinez, Jonkoman, Jordi Ferris Camarasa, Jordi Martínez, Jordi Olaria, Jordi Valverde, Jordipatordi, Jorge(Battosai), Jorge Heras, Jorge Juan Buendía, Jorge Salvador Corell, Joru, José A. Pedraza, Jose Daniel Gil Climent, José Diego Sanz, Jose Iriondo Tamayo, José Manuel Armada Bacal, José María Alandí Somoza, José Rafael Martínez Pina, José Tomás Caballero, Jose Vicente, Josep Jou i Llop, Juan Antonio Correa Guzmán, Juan Blanco, Juan Domínguez del Hierro, Juan Jose Lopez Juarez ("LUY"), Juan Manuel S. (Khyuoki), Juan Romero Benítez, Juan S. Sztark, Judith Rivero Quera, Julieta Kuba, Julio Diaz Rivera, Karstiel, Kopfnat, Krissie, Laia Nice Day, Laura Villalba Cubero, Laurilla, Lauryncorr, Leo, Lluís Soler Turró, Los Newman Bretos, Luis A. Arce, Luis Agudo Segrelles, Luis Borja de Diego, Luis Clemente Villaescusa, Luis Moreno Morán, Luis Palomar, Luis Ruiz Simarro, Luismi Garcia, Lluís Roca Cerdà, Manuel Molines (karrantzaman), Manuela Rguez, Laranga, Marcos Caballero (Markitos), Marcos Flórez Álvarez, Marga, María del Mar Jurado, María del Mar Otero López, María E. Fernández Menéndez, María y Pablo, M. Ángeles Lara Rodríguez, Mario Morellon Suja, Marta Ezquerro, Marta Moraza, Memoriadepez, Michael Belgado Rodriguez, Miguel Ángel, Miguel Arbe y Chihiro Oba, Miguel Blanco, Mikel Aranburu, Mikuera, Miquel Planella y Montse, Mireia Moreno, Mirekki Perez, Mística, Mochileros 2.0, Montserrat Peiris, Mutant-e.

Nacho Viloslada, ナゴ (la chata), Nahia Epelde, Natalia "Kalruth", Nemasuneko, Nere (la hija de Adela) y Lorco (el yerno de Adela), Nerea Torrealba Arnal, Noelia Alguacil, Nu Andrade Bautista, Nuria, Nuria (Nihon mon amour), Nuria Blanco, Omar Eletxigerra, Onioman, Orhan Ramadánov Bekirov, Oscar Bonilla, Óscar Zorrilla, Oskar Valles, Pablo Álvarez López, Pablo de Eguileor, Pablo J. Alo, Pablo Méndez (Osiann), Pablo Nebreda, Pablo RR, Pablo Trancón, Paco Gordón, Pau (Pachinker), Penche (Iván Fernández), Rafa, Rafa Pérez (Mafrune), Ramón Barceló, Raquel Bautista (Serendipity), Raül Barberà Sangràs, René Bolea Sanhermelando, Ricardo Fuertes, Ricardo Portugués (Portu), Rikardo, Rita y Nacho, Robert Albert, Roberto de Balmases, Roberto Ramudo Arregui, Rodrigo Fernández (Zordor, el hijo de Concha), Rubén Castellanos Arroyo, Rubén Fernández Báz, Rubén Illodo, Ruth y Jose C. Saekihi, Saioa Ibarguren, Salvador Sánchez Neira, Sandra de la Fuente, Santi Botella (@santibg), Santi Orozco, Sara Blanco, Sara Hoshi, Álvaro "Sargentito Algodón" Crespo, Sara Medina (Saruli), Sergi Mas, Sergio Fuentes (medikuchu), Sergitxu, Silvia Guimmá Ros, Silvia Oliver Ventosa, Silvia Piñeiro Fernández, Sol, Susana Fuentes, Teodoro Báz Báz, Tresdk, Txarly Santa Coloma, Txelis, Tximas, Ulises, María y José Carlos, Urui Shepard, Valmon, Vanessa Calderón, Verónica Ortega, Viajar code: Verónica, Vicente Oliver Marqués, Víctor Amarillo, Víctor Bercial, Víctor del Pino Castilla, Visperas, Willy, Xavi Serrano (otsuriman cald...riller), Ximo, Zallako Udal Liburutegia, Zopokx, Zuriñe Gómez Azcue.

Por su ayuda tan especial, vayan las gracias por triplicado a: Héctor (Kirai), Sara Luna e Iñigo Herrero (Neki). ¡Sois más majos que los pantalones de pana en diciembre!

Y gracias de todo corazón a las editoriales por rechazararme, de no haber sido así no habría sido todo esto tan tan bonito.

Ni por asomo.



